BREVE HISTORIA del...

MUNDO

LAS CLAVES PARA ENTENDER LA HISTORIA DEL HOMBRE

Luis E. Íñigo Fernández

La vibrante crónica de la humanidad y los grandes cambios que han ido marcando la evolución de las distintas civilizaciones. Una visión global de la evolución cultural y social que permite entender el mundo de nuestros días

nowtilus saber

BREVE HISTORIA DEL MUNDO

BREVE HISTORIA DEL MUNDO

Luis E. Íñigo Fernández

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Mundo
Autor:© Luis E. Íñigo Fernández
Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3° C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13:978-84-9967-199-4
Fecha de edición: Septiembre 2011

Índice

Prólogo

Capítulo 1. El amanecer de la humanidad
- Un protagonista escurridizo
- *East Side Story*
- Los monos del sur
- El primer hombre
- La humanidad viajera
- La era de la piedra

Capítulo 2. La primera revolución
- Con duro trabajo la harás producir
- El largo camino de la domesticación
- El fin de la igualdad
- Entonces ¿por qué?

Capítulo 3. Siervos y señores
- Infamia en el paraíso
- Más allá del Mediterráneo
- La difusión del Estado
- Ascenso y caída de los imperios
- La vida de los humildes

Capítulo 4. El amanecer de Occidente
- El alba de la razón
- El nacimiento de la polis
- Griegos y persas
- La herencia griega
- Los romanos
- La decadencia
- El cristianismo

Capítulo 5. Cuando Europa no era el centro
- El fin del mundo, pero no del todo
- Vientos del este
- Europa despierta
- La gente del Medievo

Capítulo 6. La primera globalización
- Europa se encoge
- ... antes de expandirse
- Gigantes con pies de barro
- Un mundo oculto tras la bruma

Capítulo 7. La segunda revolución
- Pararse a respirar
- El Siglo de las Luces
- El gran cambio
- Los perdedores

Un mundo distinto

Capítulo 8. Del Imperio a la guerra
Occidente
... y el mundo
La guerra
Los años locos
Fascismos y guerra

Capítulo 9. ¿El fin de la historia?
La guerra fría
La vieja Europa
¿El fin de la historia?
¿Choque de civilizaciones?

Bibliografía

Prólogo

Cuando propuse al autor que acometiera la tarea de resumir la historia del ser humano, la historia, vaya, pues no hay otro conjunto de acontecimientos que tal nombre merezca, mi amigo Luis no dudó un momento. Sólo convinimos dos objetivos como horizonte del reto: uno de ellos caía por su propio peso, la brevedad, pues su nuevo libro iba a engrosar la categoría de esta colección, breve por antonomasia; más el otro tenía que ver con la intrínseca característica del título que queríamos que leyeras como ahora haces, querido lector.

¿A qué me refiero? A esa estomagante tendencia de explicar la historia del mundo, la historia, la del ser humano, como si no hubiera habido más seres humanos que los que hemos habitado, habitamos y habitaremos ese espectro genuinamente avanzado, dirigido al éxito del linaje humano, que es el mundo occidental. Occidente. En efecto, el segundo objetivo que debería de servir de faro permanente, de anclaje definitorio a este volumen, era que fuera una historia de las sociedades humanas, pero no sólo de las europeas y de aquellas que han ido constituyendo lo que ahora entendemos por Occidente. Quisimos que fuera una auténtica historia universal, mas no una historia al uso.

Y el autor, a mi juicio, lo ha conseguido. Lo ha logrado no sólo porque todo el globo terráqueo aparece interrelacionado en este acercamiento lúcido al transcurso de la especie humana por este planeta, sino porque, además, y no de una manera menos importante, se nos muestra como el espacio en el que ocurre una andadura prodigiosa a la que asistimos sabiendo los interrogantes esenciales y las respuestas más perentorias. Luis Íñigo lo verbaliza de forma contundente: «La división en capítulos no obedece tanto a criterios meramente cronológicos, propios de la historiografía tradicional, como a los grandes cambios que han ido marcando la evolución de las distintas civilizaciones, de modo que la obra responde en todo momento a preguntas del tipo de cómo, por qué y cuándo».

Pero es que, asimismo, como un rasgo que la diferencia de obras similares en su aspecto conceptual, esta breve historia del mundo «da prioridad a las masas sobre las élites, al pueblo llano sobre la aristocracia, a los gobernados sobre los gobernantes». Y no sólo eso, nos deja un enigma para acabar su lectura, el interrogante por antonomasia de nuestro tiempo: ¿será sostenible la prosperidad?

Nuevamente estamos ante un poderoso ejercicio de concienciación llevado a cabo utilizando una herramienta tan humana como es la *historia,* ahora con su acepción de disciplina para el conocimiento. Una vez más, sólo puedo dar las gracias a Luis por haber vuelto a dejarnos en la memoria el aroma esencial de nuestro devenir como especie sobre esta tierra tan humana, para lo bueno y para lo malo.

José Luis Ibáñez Salas
Director de la colección Breve Historia

1

El amanecer de la humanidad

Así, pues, hubo que hacer una nueva tentativa de crear y formar al hombre por el Creador, el Formador y los Progenitores. ¡A probar otra vez! Ya se acercan el amanecer y la aurora; ¡hagamos al que nos sustentará y alimentará! ¿Cómo haremos para ser invocados, para ser recordados sobre la tierra? Ya hemos probado con nuestras primeras obras, nuestras primeras criaturas; pero no se pudo lograr que fuésemos alabados y venerados por ellos. Probemos ahora a hacer unos seres obedientes, respetuosos, que nos sustenten y alimenten. De este modo hicieron a los seres humanos.

Popol Vuh

Un protagonista escurridizo

Aunque la literatura, que para eso es arte y no artesanía, no deja de ofrecernos magníficas excepciones, las buenas novelas de aventuras, y esta en el fondo es la mayor de todas, suelen empezar por el principio. Y la lógica impone que ese principio, al menos si se desea ser fiel a los cánones, sea dar a conocer a su protagonista, ese personaje a ratos feliz, a ratos atormentado, que después de sufrir un sinnúmero de peripecias y sinsabores, triunfa sobre sus enemigos, conquista a la chica más guapa del lugar y recibe al fin la gloria y los honores que merece.

Claro que en nuestro caso el protagonista no es un individuo, sino toda una especie, la especie humana, nosotros mismos. Deberíamos, por tanto, conocernos bien, pero para evitar confusiones quizá convenga precisar de qué hablamos. La primera pregunta que debemos responder aquí es, por tanto, ¿qué es el hombre?

A primera vista, se trata de una pregunta fácil, de esas que todos desearíamos que nos cayeran en un examen. Sin embargo, no lo es tanto. Durante décadas se ha dicho que nuestra especie posee unos rasgos que la individualizan, que la hacen única en el planeta, lo que, en última instancia, ha hecho que nos consideremos sus dueños absolutos, con pleno derecho a utilizarlo sin otra consideración distinta que nuestro propio interés.

Esos rasgos parecían evidentes hasta hace poco. El hombre es el único ser completamente bípedo, es decir, el único que se desplaza de manera continua —no de forma ocasional como los grandes simios— sobre sus extremidades inferiores. Esta bipedestación le permite liberar sus manos para valerse de ellas en otras tareas, en especial la fabricación de los valiosos útiles e instrumentos que han facilitado su adaptación a cualquier medio físico. Su elaboración y utilidades, además, se transmiten de generación en generación, y con ellas todo un complejo de pautas de comportamiento, tabúes, roles sociales y símbolos, que constituyen, en conjunto, lo que llamamos «cultura». Por último, no podemos dejar de mencionar el gran volumen de nuestro cerebro, no en términos absolutos, pues hay especies con un encéfalo mayor que el nuestro, sino en proporción al tamaño de nuestro cuerpo y, sobre todo, la complejidad de su red neuronal, que nos ha permitido desarrollar un lenguaje articulado y, con él, una organización social de una enorme riqueza.

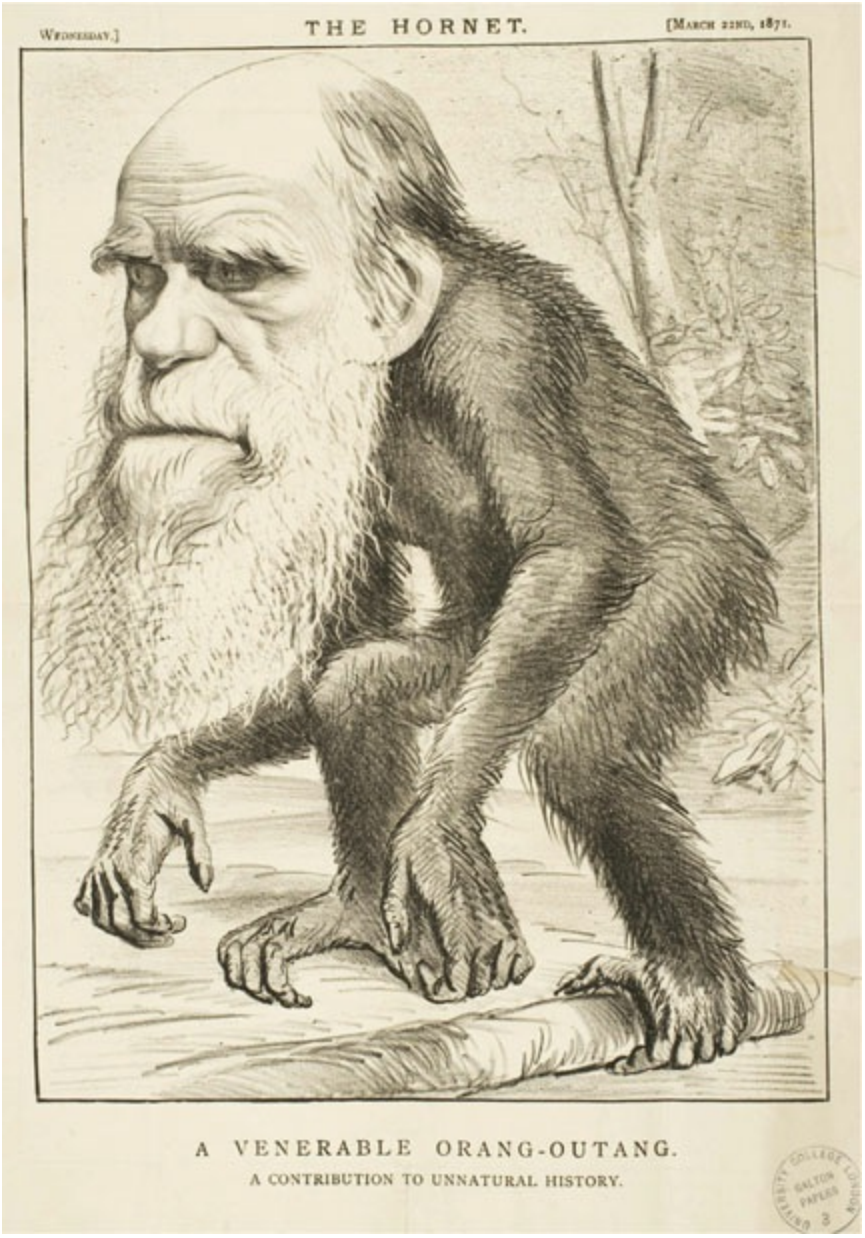
Sin embargo, la cosa no es tan sencilla como parece. Chimpancés y gorilas, por ejemplo, son capaces de caminar erguidos, aunque no podrían hacerlo de manera continua, porque la forma de su pelvis no es capaz de sostener mucho tiempo sus intestinos en esa posición. Los chimpancés, en concreto, muestran además una evidente capacidad para valerse de utensilios y herramientas diversas, aunque muy sencillas, y transmiten su uso de generación en generación; es decir, poseen, de algún modo, una cultura material. No es extraño, así, que algunos investigadores defiendan su inclusión junto a los humanos entre los denominados homínidos, introduciendo una nueva categoría, los homininos, para englobar en exclusiva a nuestros antepasados directos. Por último, en lo que se refiere al cerebro, resulta complicado trazar una frontera: ¿a partir de qué tamaño puede considerarse humana una especie? El humano moderno, el *Homo sapiens,* posee un cerebro cuyo volumen medio es de mil trescientos cincuenta centímetros cúbicos. ¿Era más humano que nosotros el hombre de Neandertal, que superaba los mil seiscientos centímetros cúbicos? ¿Lo es menos el dueño del cráneo más pequeño conocido hasta la fecha en nuestra especie, que se ha fijado en ochocientos treinta centímetros cúbicos?

En conclusión, parece que, como mínimo, debemos bajarnos un poco los humos y aceptar que no somos tan especiales como creíamos. Por lo demás, las señas de identidad a las que aludíamos siguen siendo válidas para retratarnos. A grandes rasgos, podemos decir que lo que nos define como humanos, reflexiones filosóficas o religiosas aparte, claro está, es que caminamos erguidos; poseemos un cerebro de gran tamaño que nos proporciona pensamiento simbólico y lenguaje articulado, y nos valemos de nuestras manos para fabricar todo tipo de herramientas y utensilios que integran una cultura material cuyo conocimiento transmitimos de generación en generación. Podríamos añadir también quizá algún rasgo más, pues inequívocamente humanas son nuestra organización familiar peculiar, que se debe a una infancia muy prolongada y a la ausencia de períodos de celo en las hembras, y una tendencia tal vez innata a la búsqueda de lo trascendente, que se manifiesta en la religión, la filosofía e incluso en la propia ciencia. Tendríamos así completo el retrato de nuestro protagonista. Podemos ya, por tanto, comenzar con su historia.

East Side Story

Charles Darwin, el padre de la teoría evolucionista, tenía razón. Como él había anticipado, la evolución del hombre dio comienzo en África. Fue allí donde nacimos y también el lugar desde el que partimos a la conquista del planeta. Pero, una vez más, la historia no es tan sencilla. El continente en el que se inició nuestra peripecia vital era muy distinto del actual, y el camino que condujo a la aparición de nuestro linaje resultó mucho más tortuoso y largo de lo que cabría esperar de una especie que se considera a sí misma elegida para dominar el mundo.

La historia comienza hace unos siete millones de años. En aquel tiempo remoto, África era mucho más verde y húmeda que en nuestros días. Alimentada por un clima más cálido y lluvioso que el actual, una espesa selva ecuatorial teñía de esmeralda las tierras comprendidas entre el golfo de Guinea, al oeste, y el océano Índico, al este, y flanqueándola al norte y al sur, una densa franja de bosques tropicales alcanzaba territorios que hoy son áridos e incluso desérticos. Y en ese entorno caracterizado por una permanente humedad y una lujuriante vegetación, que ofrecía una gran variedad de alimentos de fácil acceso, vivía un humilde primate de no más de un metro de altura y unos cuarenta kilos de peso que había logrado una perfecta adaptación al medio que habitaba.



A venerable orang-outang, una caricatura de Charles Darwin como simio publicada en *The Hornet,* una revista satírica británica, en 1871. Su subtítulo, *Una contribución a la historia antinatural,* expresa bastante bien la opinión de una buena parte de la sociedad de la época.

Con un cerebro bastante grande, de trescientos o cuatrocientos centímetros cúbicos, y un cuerpo ligero y ágil, debía de pasar la mayor parte de su tiempo colgado de los árboles, pero también, de forma ocasional, se erguía sobre sus extremidades inferiores y caminaba así algún breve trecho. Se alimentaba sin dificultad de hojas, bayas, frutos, insectos, pájaros e incluso pequeños animales, que abundaban en su entorno. Piedras y palos le servían de ayuda para encontrar comida, pero también como instrumentos defensivos. Vivía en pequeños grupos unidos por fuertes lazos de parentesco y jerarquía que vagaban por amplios territorios. Su sociedad era compleja y las relaciones entre los individuos ofrecían todos los rasgos que nos resultan tan humanos, pero que en el fondo compartimos con los grandes simios. La cooperación y el individualismo, la alegría y la tristeza, la sinceridad y la mentira le eran tan familiares como lo son ahora para nosotros.

Pero su tranquila vida estaba llamada a sufrir una trágica, aunque no brusca, interrupción. En una fecha comprendida entre los siete y los cinco millones de años antes del presente, el continente africano comenzó a experimentar una metamorfosis que resultaría determinante para el futuro de aquel pequeño simio y, por ende, de nuestra especie. Por un lado, el clima terrestre se encontraba

inmerso en una fase de enfriamiento global que tendía a hacer más árido el clima de toda África; por otro, la elevación de sus mesetas orientales, iniciada hace treinta millones de años como resultado de la aparición de la gran fractura que conocemos como valle del Rift, alcanzó entonces un nivel lo bastante considerable, hasta 3.000 metros de altitud en algunas zonas, como para bloquear de forma significativa el paso hacia el este de las masas de aire húmedo procedentes del océano Atlántico. Con menos lluvias, la selva empezó a retroceder en el África oriental. Al principio se hizo menos espesa; luego sus márgenes se contrajeron dejando paso al bosque tropical; por último, los claros se multiplicaron y los árboles hubieron de rendir su dominio ante el avance de las praderas herbáceas salpicadas de arbustos.

Aunque el proceso habría de durar millones de años, la suerte estaba echada. Los descendientes de aquel simio de vida fácil que quedaron al oeste de la gran barrera montañosa, conservaron su vida tradicional y siguieron su evolución hasta dar lugar a los actuales chimpancés. Los que quedaron al este, en lo que, con evidente humor, el paleontólogo francés Yves Coppens, que formuló esta teoría en 1994, llamó el «East Side» africano, no tuvieron más salida que adaptarse. El nuevo paisaje ofrecía menos alimento y garantizaba mucha menos protección. Se había terminado para siempre la comida segura y el refugio cierto contra los depredadores que la antaño espesa selva ofrecía con generosidad. Tocaba ahora aventurarse por aquellas planicies cada vez más abiertas donde un pequeño simio resultaba presa fácil de cualquier carnívoro y el alimento era escaso y difícil de encontrar. ¿Cómo sobrevivieron, pues, nuestros antepasados?

Imagen de la sabana africana. En estos espacios abiertos, donde escasean los refugios y los recursos se encuentran dispersos, los antepasados del hombre dieron el salto evolutivo que terminaría por conducir a la especie humana actual.

Simplemente, se irguieron. Lo que antes, durante millones de años, había sido nada más que un acto ocasional se convirtió ahora en la postura habitual de los simios obligados a sobrevivir en los márgenes de la selva en retroceso. La nueva postura brindaba indudables ventajas. Un cuerpo en posición vertical ofrece menos superficies expuestas a la radiación solar, mucho más fuerte en la

sabana, y se calienta menos. Los ojos, al mirar al frente y no hacia abajo, permiten ver más lejos y percibir así antes las posibles amenazas. Y, por último, las extremidades superiores ya no son necesarias para la locomoción, lo que hace posible liberarlas para alcanzar con mayor rapidez y eficacia los frutos de los arbustos, transportarlos a un lugar seguro y, en fin, sobrevivir el tiempo suficiente para reproducirse y perpetuar el propio linaje.

Pero, ¿cuál fue en realidad nuestro primer ancestro, la primera especie que se separó del tronco común del que habrían de nacer los chimpancés, la especie de primates más próxima a la nuestra, y los humanos? Lo cierto es que no lo sabemos. Hasta la fecha, sólo contamos con un puñado de aspirantes a alzarse con un galardón que ninguno ha recibido todavía en propiedad, pues ni siquiera está aún del todo claro que todos ellos fueran bípedos. El más antiguo, llamado *Sahelanthropus tchadensis,* es decir, 'hombre saheliano del Chad', cuenta con unos siete millones de años y su fósil ha sido bautizado con el elocuente nombre de Tumai, que significa en la lengua local 'esperanza de vivir'. Pero hay otros, como el keniano *Orrorin tugenensis,* con seis millones de años, o los etíopes *Ardipithecus kadabba* y *Ardipithecus ramidus,* cuyos fósiles más modernos se remontan a cuatro millones y medio de años. Todos, sin embargo, poseen un rasgo común: en ellos se mezclan características propias de los simios más antiguos con otras que anticipan las propias del género humano. Tanto, que ni sabemos aún ubicarlos muy bien en el árbol evolutivo, de modo que ni siquiera podemos estar seguros de que entre ellos se encuentre nuestro primer ancestro. Después de todo, el bosque húmedo no se había retirado aún lo suficiente para forzarles a abandonar su protección. En pocas palabras: necesitamos desenterrar aún muchos fósiles para responder a tantos interrogantes. Un gran vacío preside aún nuestros conocimientos entre los siete y los cuatro millones y medio de años antes del presente.

Los monos del sur

Pero unos cientos de miles de años más tarde las cosas cambian. De repente, los fósiles nos inundan. En torno a cuatro millones de años antes del presente, un nuevo género de primates bípedos surge en el África oriental y, dividido en numerosas especies, parece desperdigarse con rapidez hacia el oeste y el sur del continente. Son los famosos australopitecos o, para entendernos, los 'simios del sur'.

El número de especies que militan en sus filas no ha dejado de crecer en las últimas décadas. Junto a los más populares, como el clásico *Australopithecus africanus,* y los más recientes, como el denominado, no sin un notable sentido del humor, *Australopithecus garhi* ('sorpresa', en la lengua de los afar de Etiopía), pasando por el bien conocido *Australopithecus afarensis,* el linaje al que pertenecía la famosa Lucy, el antiguo *Australopithecus anamensis* o el también reciente *Australopithecus bahrelghazali,* un total de cinco especies de *Australopithecus* hicieron de África entre los 4,2 y los 2,5 millones de años antes del presente su indiscutible hogar.

Pero los australopitecos tuvieron menos suerte que sus predecesores. Por aquel entonces, el clima se había hecho aún más seco y el retroceso de la selva era mayor. Así, no tuvieron otra salida que aventurarse por las praderas en expansión, desarrollar sus dientes para triturar con ellos alimentos más duros y erguirse sobre sus extremidades inferiores —a diferencia de los anteriores, su bipedestación es segura— para conjurar sus amenazas e incrementar un poco sus posibilidades de conseguir alimento y sobrevivir. El australopiteco, aunque posee aún largos brazos que le facultan

para la vida arbórea, es ya, fuera de toda duda, un primate bípedo.

Sin embargo, en contra de lo que se pensaba hace algunas décadas, no era capaz aún de fabricar verdaderas herramientas. El frágil simio del sur nunca poseyó esa importante industria que su descubridor, el antropólogo australiano Raymond Dart, bautizó a mediados del pasado siglo con el sonoro nombre de «osteodontoquerática», es decir, elaborada a partir de huesos, dientes y cuernos. Sin duda, como hacen los grandes simios actuales, se valió de palos y piedras para romper cáscaras y arrancar raíces, o incluso con el fin de defenderse de sus congéneres o usarlos como apoyo en sus frecuentes alardes sociales. Pero si hubiera contado con una verdadera industria lítica, su vida habría sido sin duda más fácil. Sin embargo, no lo fue en absoluto. Se trataba, con toda probabilidad, de una existencia muy corta, quizá inferior a los treinta años, sometida a los grandes riesgos que le imponía el continuo vagar en busca de alimentos —hojas, frutas, larvas, huevos, raíces, quizá también pequeños animales y carroña— por espacios abiertos donde su frágil cuerpo de ciento cuarenta centímetros de altura y poco más de cuarenta kilos de peso era presa fácil de depredadores más ágiles y fuertes que él, sin que su pequeño cerebro, apenas superior a los cuatrocientos centímetros cúbicos, le sirviera aún de mucha ayuda. Una existencia corta y a veces también solitaria, pues la estación seca, con su inevitable disminución de los recursos disponibles, sin duda dispersaba los grupos en los que vivía, ya de por sí no muy numerosos ni cohesionados.

EL PRIMER HOMBRE

Sin embargo, los frágiles australopitecos lograron sobrevivir durante más de dos millones de años, e incluso compartieron su existencia con los primeros seres humanos, hasta el punto de que la mayoría de los investigadores los consideran los candidatos más firmes a constituir el último estadio evolutivo de los primates anterior a la aparición de la primera especie humana.

Pero, ¿cómo se produjo la aparición del hombre? Una vez más, la respuesta hay que buscarla en la necesidad de adaptación a los cambios ecológicos. Hace unos 2,8 millones de años, el clima de África oriental sufrió una nueva y más intensa disminución de las precipitaciones. La sabana se convirtió en el paisaje dominante y el bosque denso en una excepción. La naturaleza ensayó una vez más respuestas diferentes ante los nuevos retos. Probó primero a fortalecer el aparato masticador de los homininos, haciéndolo apto para triturar sin dificultad raíces y frutos más duros. Grandes huesos en su mejilla, un sólido reborde óseo en el cráneo y muelas de grandes raíces y esmalte grueso son los rasgos que definen a los denominados parántropos, literalmente ‘al lado de los hombres’. Pero ese camino de la evolución resultó ser un callejón sin salida. Las diversas especies de este nuevo género —*Paranthropus aethiopicus, boisei* y *robustus*— se extinguieron no sin antes, como su propio nombre indica, convivir durante mucho tiempo con los primeros hombres.

Con estos últimos ensayó la naturaleza su segunda respuesta a la desecación, esta sí llamada a alcanzar el éxito: un gran desarrollo del cerebro, tanto en tamaño como en complejidad. No obstante, las primeras especies humanas, el denominado *Homo rudolfensis,* es decir, el ‘hombre del lago Rodolfo’, denominación colonial del actual lago Turkana, y el popular *Homo habilis,* que vivieron entre 2,5 y 1,4 millones de años antes del presente, contaban con un cerebro no mucho mayor, en proporción al tamaño de su cuerpo, que el de australopitecos y parántropos, setecientos cincuenta centímetros cúbicos en el mejor de los casos. Pero se trataba de un cerebro más eficaz. Las áreas en las que reside la capacidad para la comunicación y la manipulación muestran ya un evidente desarrollo. No fue el único avance. La alimentación de estos primeros humanos incluía ya sin duda la

carne, quizá robada de las fauces de voraces depredadores, o con mayor probabilidad simplemente obtenida de las carroñas que estos abandonaban tras sus festines, pero imprescindible para garantizar las proteínas y la gran cantidad de energía que necesitaba un cerebro que no dejaría ya de crecer.

A pesar de las apariencias, el salto necesario para pasar de los meros cantos trabajados (imagen superior) a los bifaces (imagen inferior) es enorme. La talla de estos útiles instrumentos exige poseer una idea previa de la forma que se quiere obtener, lo que supone ya una elevada capacidad de abstracción.

No es, empero, por su cerebro ni por sus preferencias gastronómicas por lo que estos humildes ancestros nuestros son ya considerados los primeros hombres. La razón está en sus manos. Con ellas, una y otra especie —para algunos autores son en realidad la misma— eran ya capaces de fabricar herramientas de las que se valían para hacer más sencillas sus tareas cotidianas. No se trataba todavía de útiles muy complejos, sino de modestos cantos trabajados mediante certeros golpes para obtener un filo cortante. Tampoco parece que estos individuos fueran aún capaces de concebir antes en su mente la forma que daban luego a la piedra. Pero se trataba de un avance esencial. Con sus nuevas herramientas, el hombre podía hacerse con esa energía que su cerebro en crecimiento le exigía cada vez más, aprovechando el tuétano de los huesos y las briznas de carne que los grandes depredadores dejaban tras su paso como restos de sus festines. Dos millones de años antes del presente, el hombre, que había inventado la tecnología, se preparaba para someter a la naturaleza.

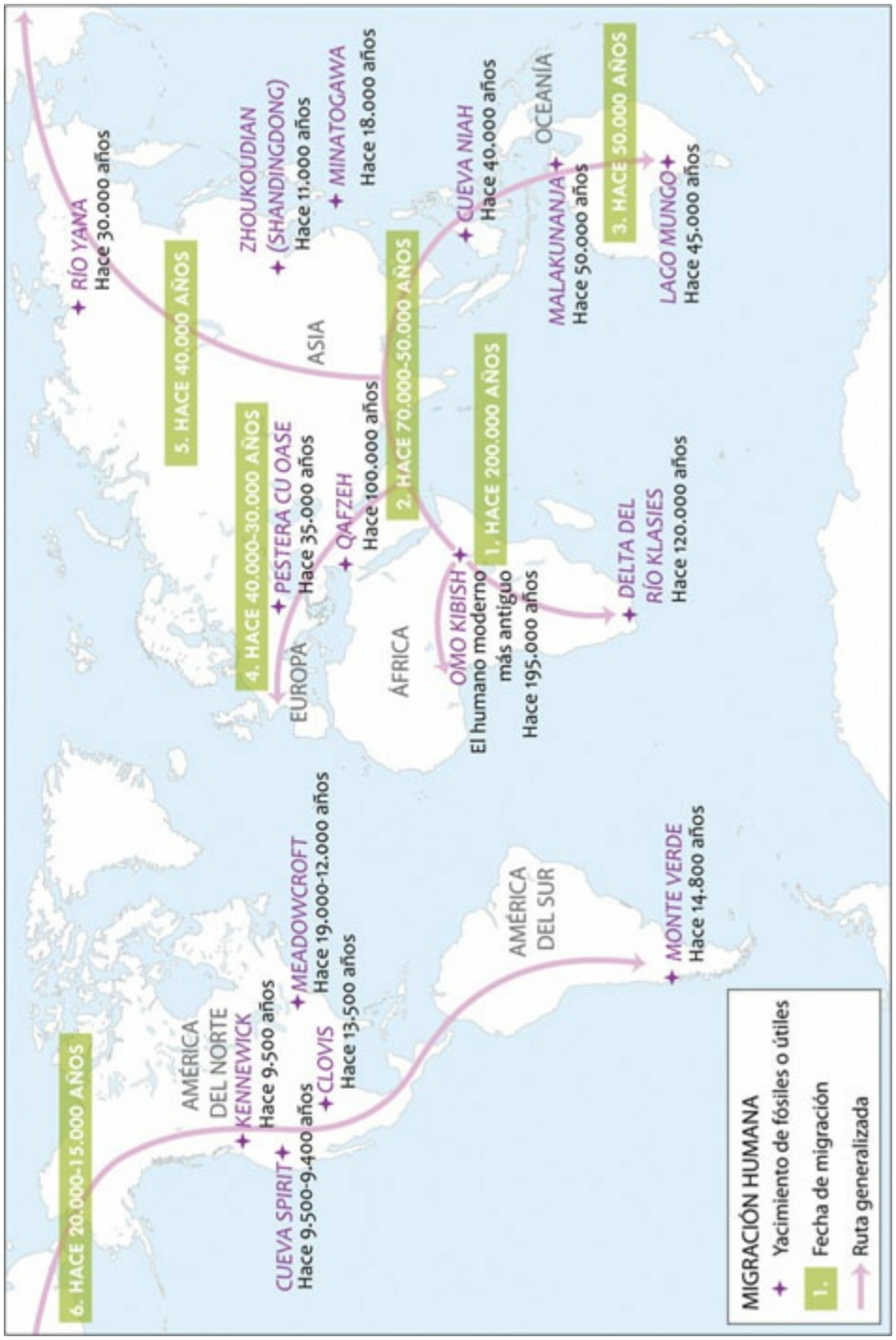
El crecimiento del cerebro, la mejora de la dieta y el progreso de la técnica caminaron ya siempre de la mano. Los sucesores del *Homo habilis* y el *Homo rudolfensis* aprendieron a cazar, de modo que la carne se convirtió en un alimento cada vez más abundante. Mejor nutridos, gozaron de un cerebro más grande y un cuerpo más fuerte. Más inteligentes, se mostraron capaces de desarrollar útiles más especializados, un lenguaje articulado y una organización social más compleja. Más seguros frente a sus enemigos, vivían más tiempo y podían reproducirse más, colonizando una tras otra nuevas regiones hasta que la mayor parte del planeta fue suyo.

Pero el hombre hubo de recorrer un camino extraordinariamente tortuoso y lento para lograrlo. Varias especies humanas tuvieron su oportunidad y todas ellas terminaron por extinguirse. Como ya había ocurrido antes, fue el avance de la desecación el que impulsó los cambios. Unos 1,8 millones de años antes del presente, el clima africano experimentó un nuevo retroceso de las precipitaciones. La sabana avanzó aún más, los seguros bosques disminuyeron y la respuesta que la naturaleza había ensayado con éxito —la bipedestación y el aumento del tamaño y la complejidad del cerebro— volvió a revelarse adecuada.

El *Homo ergaster,* que surgió entonces y vivió en tierras africanas hasta hace un millón de años, era ya capaz de concebir previamente en su cerebro, mucho más desarrollado, los pesados bifaces —las famosas hachas de piedra que acompañan en el imaginario popular al hombre primitivo— que tallaba después en sólidos guijarros; conocía el fuego, del que se valía para cocinar la preciosa carne de los animales que había ya aprendido a cazar, y poseía un notable lenguaje simbólico que le permitía una mejor cooperación social. Incluso su cuerpo, más alto y de forma más cilíndrica, con una piel privada ya casi por completo de pelo, de andar ya plenamente erguido, con un rostro de nariz prominente y mandíbula menos robusta, se nos antoja más parecido al nuestro. Quizá por ello el *Homo ergaster* es el primero de nuestros numerosos ancestros al que todos los paleontólogos consideran, sin discusión, humano.

Al *Homo ergaster* debemos también otro significativo salto en nuestra paciente marcha evolutiva, pues fue esta especie la primera en abandonar las planicies africanas para colonizar otros continentes. Sin duda, sus características le permitían ya una adaptación más rápida y mejor a su nuevo ambiente, de modo que cuando la comida escaseaba o el grupo crecía en exceso, simplemente se formaba uno nuevo que avanzaba hasta una zona próxima. Así, poco a poco, a un ritmo desesperadamente lento pero continuo, el *Homo ergaster* fue ocupando extensas regiones de África y terminó por salir de ellas. Hace alrededor de 1,7 millones de años, el hombre llega a Asia y comienza a dispersarse por este inmenso continente. Allí, a lo largo de una marcha de cientos de miles de años, debe cambiar de nuevo para adaptarse a un medio distinto, y da lugar a nuevas especies, el *Homo erectus,* apenas distinto de su antepasado africano, aunque incapaz, por lo que parece, de fabricar bifaces, o el diminuto *Homo floresiensis,* un endemismo de la isla de Flores, al este de la isla indonesia de Java, que apenas supera un metro de altura y posee un cerebro inferior a cuatrocientos centímetros cúbicos.

Mientras, el *Homo ergaster* evolucionaba también en tierras africanas, aunque no existe aún un consenso claro sobre el modo en que se produjo esta evolución. Para algunos autores, entre ellos sus descubridores en el yacimiento español de Atapuerca, cambió para dar lugar a una nueva especie denominada *Homo antecessor,* es decir, ‘hombre pionero’, que a través del Próximo Oriente asiático habría llegado por primera vez a Europa. Para otros, la mayoría, este primer europeo, que tampoco fabrica bifaces, sería resultado de la evolución del *Homo erectus* y, en consecuencia, procedería de Asia. El *Homo ergaster,* por el contrario, sería el antepasado directo de otra especie denominada *Homo heidelbergensis,* muy similar en la práctica a la humanidad moderna, con sus casi ciento ochenta centímetros de altura, un cerebro de mil doscientos cincuenta centímetros cúbicos y unos logros culturales ya avanzados que incluían la talla de bifaces, el dominio del fuego e incluso las primeras manifestaciones artísticas.



Colonización del planeta por nuestro linaje. Aunque tardó millones de años en abandonar su cuna africana, el hombre fue incrementando progresivamente su ritmo de expansión por las tierras emergidas, pero fue el *Homo sapiens* la única especie humana que alcanzó todos los continentes.

Pero la importancia de este miembro del género *Homo* no está sólo en sus logros, sino en su evolución posterior, pues a partir de él, tras extenderse ya por todo el Viejo Mundo, evolucionaron las dos últimas especies humanas: el *Homo neanderthalensis,* que surgió en Europa hace unos doscientos mil años, probablemente como resultado de la adaptación del *Homo heidelbergensis* al frío intenso de un continente entonces congelado por la glaciación, y, por fin, el *Homo sapiens,* nuestra propia especie, que apareció casi al mismo tiempo en África, quizá como resultado de un nuevo incremento de la insolación y la aridez.

El primero de ellos, descubierto en un yacimiento del valle alemán de Neander, del que tomó su nombre, es el conocido popularmente como hombre de Neandertal. No muy alto, pues rara vez superaba los ciento setenta centímetros, debía ofrecer, sin embargo, un aspecto impresionante. Sus

pesados y fuertes huesos, la amplitud de su caja torácica, la fortaleza de su poderosa musculatura, su prominente mandíbula y su huidiza frente no harían difícil, en contra de lo que ha escrito algún avispado investigador, identificarlo con escaso margen de error en el metro de Nueva York. Pero su primitivismo, fruto en realidad de su adaptación al frío, es engañoso. El cerebro del neandertal, que alcanzaba sin problemas los mil quinientos centímetros cúbicos, supera incluso al nuestro en tamaño, aunque no en proporción, pues se encierra en un cuerpo mucho mayor. Su tecnología, basada como las de sus predecesores en la talla de la piedra, ha alcanzado ya una notable perfección técnica, que le permite obtener útiles precisos y variados. Dueño de unos pulmones inmensos y de unas profundas fosas nasales, se encuentra perfectamente adaptado al frío ambiente de la Europa de las glaciaciones. Capaz de una cooperación social sin precedentes, no halla problema en capturar presas varias veces mayores que él, alimentándose de su nutritiva carne. Y, en fin, dotado de una avanzada inteligencia simbólica y al menos del principio de una conciencia moral, entierra a sus muertos entre elaborados ritos, aunque no todos los investigadores coinciden en esta hipótesis, y no duda en dedicar energías a proteger y cuidar a los individuos que no pueden ya valerse por sí mismos.

Mientras, en África la glaciación tenía también sus consecuencias, aunque bien distintas de las que produjo en Europa. En lugar del frío, su principal efecto allí fue la disminución drástica de las precipitaciones y, con ellas, de los recursos disponibles. Aunque el *Homo ergaster* estaba ya bien adaptado a la aridez, debía enfrentarse a períodos aún más prolongados de escasez de alimentos, con la importante particularidad de que la densidad de población era ahora mayor y de que los desiertos que habían surgido en el norte y el sur del continente le impedían emigrar hacia otros lugares. Así las cosas, su única salida era cambiar, y de ese cambio surgió una nueva especie: el ya mencionado *Homo sapiens,* cuyas características resultaron ser tan idóneas para sobrevivir en un clima cálido y seco como las de su primo neandertal lo eran para hacerlo en un clima glacial. Alto, de figura cilíndrica, nariz corta y frente plana, su organismo se defendía con naturalidad del calor, pero se mostraba por completo inadecuado para enfrentarse al frío.

Entonces, ¿por qué acabó por imponerse nuestra especie sobre su competidora incluso en las frías estepas de la Europa glacial, que alcanzó hace unos cuarenta mil años? Sólo una ventaja tenía el *Homo sapiens* en la lucha por la vida, pero esta ventaja resultó ser crucial. Su cara más corta le hacía sin duda más propenso al enfriamiento, pero también le permitía albergar una laringe mucho más apta que la de su primo neandertal para producir sonidos articulados. Su lenguaje, en consecuencia, podía ser mucho más rico y su cooperación social, por tanto, mucho más intensa. Gracias a ello, los individuos de nuestra especie, que por separado sin duda eran inferiores, creaban grupos más eficaces. Así, cuando en su eterno peregrinar el *Homo sapiens* alcanzó Europa, la presencia de su nuevo vecino resultó fatal para los neandertales, aunque no sabemos aún con seguridad la causa última de su extinción. En Asia, el *Homo erectus* sufrió idéntico destino en una fecha similar. Luego, el *Homo sapiens* alcanzó Australia y, unos diez mil años antes del presente, América. Una sola especie humana, la nuestra, caminaba ya sobre la faz de la tierra.

LA ERA DE LA PIEDRA

La historia que hemos contado no puede darse por cerrada. Las continuas investigaciones sin duda sacarán a la luz nuevos antepasados nuestros que nos obligarán a replantearnos una vez más lo que hasta ahora damos por cierto.

Pero, ¿cómo era la vida de aquellos hombres y mujeres? ¿Cómo se procuraban el alimento? ¿En

qué lugares habitaban? ¿De qué modo se relacionaban entre sí? ¿Cómo tomaban las decisiones que afectaban al grupo? ¿En qué creían y cómo representaban esas creencias? Ahora que ya sabemos cuál era el aspecto de nuestros ancestros, debemos responder a esas preguntas.

Incapaces, como vimos, de producir la comida que necesitaban para subsistir, los hombres primitivos, como el resto de los seres vivos, se veían obligados a tomarla de la naturaleza tal como esta se la ofrecía. No podían alterarla en lo más mínimo, pues desconocían todavía la manera de controlar los delicados procesos reproductivos que se escondían detrás de cada semilla y cada fruto que alcanzaba su mano, de cada carroña que consumían con avidez o de cada presa que abatían sus toscas lanzas y azagayas. Durante millones de años, el hombre no fue sino un depredador más que obtenía su alimento por medio de la recolección, la caza y la pesca, aunque cada vez con mayor eficacia, gracias a una creciente cooperación social y una tecnología más perfeccionada.

El consumo de hojas, frutos y bayas, suficientes para alimentar un cerebro de pequeño tamaño, fue completándose al principio con la ingestión de carroña, a duras penas disputada a hienas y buitres, y luego dejó paso a la caza de animales pequeños, incapaces de oponer otra resistencia que la huida, y finalmente a la captura de grandes presas, que garantizaban comida abundante, cuando el lenguaje más complejo y las armas más perfeccionadas hicieron posible la caza por acoso de una gran variedad de especies. Mamuts y renos, toros salvajes y rinocerontes lanudos, bisontes y ciervos, caballos y otros muchos animales de gran tamaño eran perseguidos por grupos numerosos y bien organizados de cazadores hasta que se veían forzados a precipitarse por un barranco o quedar encerrados en un desfiladero sin salida donde se les remataba con lanzas o pedruscos. Pero los cazadores de grandes piezas no eran en modo alguno los únicos en aportar comida. La especialización en el seno de los grupos avanzó también ligeramente, de forma que incluso los individuos en apariencia más frágiles hallaban la manera de contribuir a la satisfacción de las necesidades colectivas. Los más ancianos, no aptos ya para participar en las grandes expediciones de caza mayor, podían colaborar en la alimentación del clan aportando pequeñas presas. Y las mujeres, volcadas en el cuidado de los hijos pequeños, hacían también su contribución con bayas y semillas que enriquecían la dieta colectiva.

El descubrimiento del fuego debió de ayudar mucho a aquellos hombres casi inermes ante la naturaleza. Su dominio no sólo resultó vital para los sufridos habitantes neandertales de la Europa glaciar, que gracias a él lograron conjurar con mayor facilitad la amenaza del frío, sino también para sus predecesores *Homo ergaster* y *erectus* y sus herederos *sapiens,* cuyos estómagos se beneficiaron de una digestión más fácil de la carne sometida a cocción. De igual modo, el lento pero evidente progreso de la técnica facilitó las cosas. Al principio, el hombre se valía de instrumentos apenas modificados, como palos o huesos, pero su utilidad era limitada y su resistencia, mediocre. Sólo la piedra —en especial las más duras como el sílex, el basalto, el cuarzo o la obsidiana— aunaba duración y una cierta versatilidad. Pero aprovechar estas ventajas exigía aprender a darle la forma que se requería para cada función, y lograrlo no resultó una tarea sencilla.

Las primeras herramientas de piedra no fueron, como vimos, sino cantos trabajados por una o las dos caras, o las lascas sin retocar que saltaban de ellos al golpearlos. Pero estos primeros útiles eran aún muy toscos y su provecho quizá no iba mucho más allá de paliar la pérdida de los voluminosos y afilados caninos que aún conservaban nuestros primeros ancestros. Mucho más tarde, probablemente de la mano del *Homo ergaster,* hacen su aparición los bifaces, piedras de gran tamaño talladas por las dos caras para servir como hachas de mano o hendedores, de gran utilidad para cortar la carne, dar forma a la madera e incluso preparar pieles. No hace mucho se creía que en todos los casos la manera de trabajar la piedra era la misma: golpear un gran pedazo hasta obtener de él la forma

deseada, desechando los fragmentos que saltaban en la operación, con el consiguiente desperdicio. Un kilogramo de piedra, así las cosas, apenas habría permitido obtener entre diez y cuarenta centímetros de filo cortante. Sólo cientos de miles de años después, el hombre habría aprendido a fabricar sus útiles tomando como base precisamente esos fragmentos, las lascas, con lo que obtenía una cantidad mucho mayor de herramientas y podía conferir a estas una forma más precisa, lo cual aumentaba también su utilidad.

Hoy, no obstante, se tiende a pensar que desde el principio el hombre mostró más interés por las lascas que por el núcleo del que se obtenían. La diferencia y, por tanto, el progreso, habría residido entonces en el tratamiento que luego recibían esas lascas, nulo en los pri meros estadios del proceso, cada vez mayor en los poste riores, cuando las lascas sufren retoques de importancia creciente para adaptarlas a las funciones con que han sido concebidas. En cualquier caso, los neandertales, maestros en esta técnica, llegaron a obtener así cerca de dos metros de filo por kilo de piedra. Pero fue nuestra propia especie, el *Homo sapiens,* la que perfeccionó la talla hasta el auténtico virtuosismo. No sólo era capaz de producir entre seis y veinte metros de filo útil por cada kilo de materia prima, sino que las lascas que elaboraba, tan estrechas y alargadas que se las conoce como «hojas» o «láminas», se revelaron más versátiles y le permitieron elaborar una tipología mucho más rica de herramientas que alcanzaron una enorme especialización. Raspadores, buriles, perforadores y otros muchos útiles, concebidos cada uno de ellos para servir a una función única y específica, convivieron así con las tradicionales hachas de mano y puntas de flecha o de lanza, y con una rica variedad de herramientas de hueso, como arpones, agujas y azagayas. Después de millones de años, el hombre se había convertido en un consumado maestro de la talla apto para ejecutar con precisión incomparable las imágenes antes concebidas en una mente que tan sólo empezaba a revelar de lo que era capaz.

Bifaz lanceolado del cerro de San Isidro, en Madrid, datado en unos doscientos mil años. Los bifaces más antiguos han sido hallados en África hace 1,9 millones de años, aunque luego se extendieron por todo el Viejo Mundo debido a la ventaja inicial que aportaba su versatilidad, que permitía usarlos para tareas pesadas como talar árboles o quebrar huesos, pero también para trabajos más sutiles como cortar una articulación o filetear la carne.

Esta evolución técnica reviste tanta importancia para nuestro conocimiento de la Prehistoria, de la que no contamos, por definición, con testimonios escritos, que aún nos sirve hoy como base para su periodización. Dado que el hombre se valió de la talla de la piedra desde sus inicios hasta hace unos doce mil años, momento en el que empezó a trabajarla por medio del pulido, seguimos usando esa fecha para distinguir dos grandes etapas en el seno de la Edad de Piedra, y llamamos Paleolítico, es decir, 'edad de la piedra antigua', al período que la precede y Neolítico, o 'edad de la piedra nueva', al que se inicia entonces. También nos sirve la técnica de tallado para establecer etapas dentro del Paleolítico, que dividimos, de más antiguo a más reciente, en Inferior, Medio y Superior. El primero, en el que vivieron las especies humanas anteriores al *Homo neanderthalensis,* se caracteriza por industrias líticas de cantos trabajados, lascas sin retocar y bifaces; el segundo, protagonizado por los neandertales, presenta una industria basada en instrumentos de lasca, y el

último, monopolio del *Homo sapiens,* es la era de los útiles de láminas y de hueso.

Al mismo tiempo, también las estructuras sociales fueron evolucionando. En la densa floresta en la que vinieron a la vida, nuestros más remotos ancestros carecían de razones de peso para afianzar los vínculos grupales más allá de lo habitual entre los grandes simios. Luego, cuando se vieron forzados a abandonar la oscura protección de los bosques, no tuvieron más remedio que formar grupos de unas decenas de individuos, juntar el alimento en un lugar común y cooperar para defenderlo y defenderse. Todavía no puede hablarse de familias, pues la relación entre los sexos se limitaba a los períodos de celo de las hembras y no llevaba aparejada estabilidad alguna. Luego, la necesidad de mantenerse alerta ante los depredadores, ofrecer menos superficie corporal expuesta al intenso sol de la sabana, acarrear comida y, sobre todo, soportar el peso de un cerebro creciente, convirtió en obligado mantener una posición erguida la mayor parte del tiempo. Pero el caminar erecto requiere una pelvis estrecha, con las consiguientes dificultades en el parto, de modo que las crías morían con frecuencia al venir al mundo. La naturaleza halló la solución adelantando el nacimiento.

De este modo, mientras la gestación esperable en un primate de nuestro tamaño habría sido de veintiún meses, nuestra especie la redujo a nueve, permitiendo así que la cabeza del recién nacido atravesara sin problemas la pelvis de su madre durante el parto. Pero el precio fue muy alto: nuestras crías nacían siempre prematuras y requerían absorbentes cuidados durante un largo período. Las hembras no podían ya, en consecuencia, dedicar el tiempo necesario a la obtención de comida; necesitaban machos que las ayudasen a criar a sus hijos, asegurándoles el alimento y protegiéndolas de las amenazas de los voraces depredadores de la sabana. La experiencia demostró que sólo aquellas que se mostraban más receptivas sexualmente lograban la protección preferente de los machos, así que, poco a poco, los períodos de celo fueron dilatándose hasta desaparecer. Los machos empezaron, de este modo, a tomar bajo su cuidado a una hembra concreta que le brindaba a cambio sus favores con mayor exclusividad. Se había firmado el «contrato sexual», como lo denominara hace unas décadas la antropóloga Helen Fisher. La pareja humana había nacido.

Ello no quiere decir que la familia nuclear fuera ya la célula social básica. La necesidad de cooperación dentro del grupo y los fuertes vínculos de parentesco que unían entre sí a todos sus miembros hacían que fuera el clan y no la pareja la estructura fundamental de la sociedad. Además, la ausencia de propiedad privada, más allá de unos pocos útiles o adornos, que también se compartían, y el continuo errar de las poblaciones, de campamento en campamento, de cueva en cueva, buscando cuando era posible la orilla de los ríos, que ofrecían agua, piedra y comida, siempre en pos de las manadas que llegaron a erigirse en su principal alimento y cuya caza exigía un intensa cooperación, sin duda favorecían el fortalecimiento de los lazos grupales. La propia estructura de los lugares de habitación que han llegado hasta nosotros abona esta hipótesis. Ya sea en los ocasionales y efímeros campamentos al aire libre, ya en el acogedor interior de las cuevas habitadas largo tiempo, los hogares, próximos entre sí hasta hacer imposible la intimidad, revelan una mentalidad social en la que la pertenencia al grupo primaba sobre cualquier otra consideración.

La banda, el clan, lo era todo porque fuera de él la supervivencia era imposible. No se requería la fuerza para convencer a los individuos de ello, ni tampoco era posible ejercerla. No existiendo recursos que pudieran almacenarse, faltaba la base económica sobre la que afirmar el poder, porque no había forma de privar a nadie del acceso al alimento. Tampoco la resolución de los conflictos internos alimentaba la violencia. El autor de un agravio siempre tenía la puerta abierta para marcharse, y sin duda encontraría quien lo acogiera. Pero la ruptura del clan no debía de resultar frecuente, pues, como nos enseñan los pueblos primitivos actuales, casi siempre era posible resolver

las diferencias por otros medios como los duelos de canciones o la reparación moral del agravio. No busquemos, pues, ni reyes ni jefes entre los hombres del Paleolítico. La autoridad era moral y los jóvenes la ganaban como fruto de la destreza en la caza; los ancianos, como resultado de la experiencia en la vida, y algunos individuos especialmente dotados, como fruto de un presunto conocimiento de las misteriosas fuerzas que regían la naturaleza.

Porque las creencias religiosas contribuyeron también a afirmar la fuerza del grupo. La humanidad dependía entonces por completo de una naturaleza de la que se creía parte inseparable en pie de igualdad con el conjunto de los seres vivos, pero no por ello dejaba de antojársele misteriosa y voluble. Unirse para tratar de someterla, para protegerse de ella, incluso para suplicar su generosidad a la hora de obtener el sustento y asegurar la procreación, se convertía en necesidad primordial del individuo y la colectividad. Pero, ¿cómo domeñar la naturaleza con medios tan precarios? Sin ciencia a su alcance, dueño de una tecnología tan pobre, al hombre no le restaba sino valerse de la magia y la religión.

Su primera gran pregunta hubo de ser, sin duda, sobre el sentido de la vida y la naturaleza de la muerte. Temeroso ante un mundo que desconocía, quizá buscó algo de consuelo en la idea de que la otra vida había de ser semejante a esta, y lejos de abandonar a su suerte los cadáveres de los difuntos, quiso prepararlos para ella envolviendo el inevitable tránsito en sofisticados ritos funerarios. Y así, mientras el *Homo heidelbergensis* y el neandertal se conformaron con cavar tumbas que eran poco más que pozos cubiertos de piedras y tierra, nuestra especie multiplicó los ajuares, espolvoreó ocre sobre los cuerpos y revistió la muerte de una trascendencia a la que nunca ha renunciado después ninguna de nuestras civilizaciones.

Pero los ritos no terminaban ahí. Insegura ante la realidad, sin armas racionales que le permitieran comprenderla, pero convencida de que necesitaba de su generosidad para sobrevivir, la humanidad prehistórica imaginó un mundo espiritual detrás del mundo real, un universo mágico, poblado de seres fantasmagóricos que habitaban en cada árbol, en cada fuente, en cada animal y cada planta. Y concibió también las formas de comunicarse con ellos y solicitar su generosidad. La visión animista del mundo dio así lugar a ritos colectivos que habrían por fuerza de tener como destinatarios a aquellos seres de los que dependía el sustento y la procreación. Y así, en los lugares más recónditos de las cuevas, donde la impenetrable oscuridad personificaba el misterio mismo que el hombre percibía en cada manifestación de la naturaleza, el clan, más unido que nunca, se entregaba a rituales elaborados que, a medio camino entre la magia y la religión, entre el conjuro y la súplica, trataban de asegurar el éxito del grupo en la caza y la perpetuación de la especie.

El arte, de este modo, se convertía en un instrumento del rito, en un apéndice de la religión, a la que venía a servir casi por completo. Dejando de lado pequeños adornos, el grueso de las manifestaciones estéticas de la Edad de Piedra posee un significado religioso. Religiosa es la finalidad de las estatuillas que representan mujeres de faz desdibujada y exagerados atributos femeninos, como las halladas en Laussel, Brassempouy, Willendorf y Grimaldi, para algunos simples testigos de contratos de intercambio de mujeres o incluso herramientas de aprendizaje sexual de los varones, pero para la mayoría iconos propiciatorios, amuletos llamados a asegurar el éxito en la procreación, al igual que los símbolos fálicos tallados sobre las paredes de tantas cuevas. Religioso también es el objeto de las representaciones de animales vinculadas a la cultura magdaleniense, unos trece mil años antes de Cristo, encontradas en Lascaux, en la Dordoña francesa, y en las cuevas de Altamira y El Castillo, en la región española de Cantabria: bisontes o caballos, ciervos o elefantes, multicolores en ocasiones, monocromos en otras, con relieve o sin él, superpuestos las más de las veces, sin formar escenas reconocibles, con escasas figuras humanas que robasen protagonismo a los

animales, siempre presas habituales, como especies de las que dependía su sustento. Creían quizá nuestros antepasados que reproducir su efigie, danzar en torno a ella, mendigar así la generosidad de las fuerzas misteriosas que regían el mundo, haría más fácil su vida.

Alimento y procreación, vivir y hacer vivir, comer y engendrar hijos, como escribió el famoso antropólogo escocés James G. Frazer en su obra más clásica, *La rama dorada,* publicada por primera vez en 1890, obsesionaban a la humanidad paleolítica, como, de uno u otro modo, han obsesionado al hombre de todos los tiempos. Después de todo, aquellos primeros seres humanos no eran tan diferentes de nosotros.

2

La primera revolución

> Y dijo Dios al hombre: como le hiciste caso a tu mujer y comiste del fruto del árbol del que te dije que no comieras, ahora la tierra va a estar bajo maldición por tu culpa; con duro trabajo la harás producir tu alimento durante toda tu vida. La tierra te dará espinos y cardos, y tendrás que comer plantas silvestres. Te ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste formado, pues tierra eres y en tierra te convertirás.
>
> *Génesis,* 3, 17-19

Con duro trabajo la harás producir

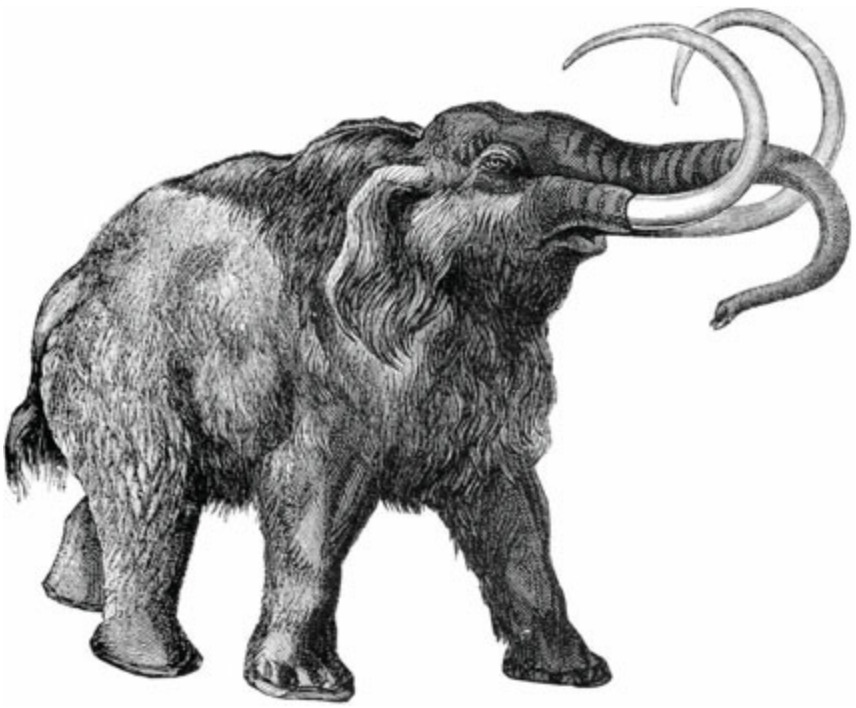
Durante decenas de miles de años, la humanidad apenas tuvo historia. Generación tras generación, los cambios en los modos de vida resultan imperceptibles. En apariencia, y al igual que han hecho sus padres y los padres de sus padres, los hombres siguen obteniendo su alimento de la caza, la pesca y la recolección, tomando todo cuanto necesitan, sin alterar nada, de una naturaleza que apenas entienden pero a la que profesan un hondo respeto. Tallan con maestría insuperable la piedra, la madera y el hueso para obtener de ellos las herramientas que precisan y los adornos con los que se engalanan. Huyendo de la temida oscuridad, se recogen de noche en sus cuevas, escuchando al calor del fuego historias mil veces narradas, disfrutando de la cohesión del grupo, que de todos recibe según su capacidad y a todos da según su necesidad. Resuelven sin violencia sus conflictos y respetan la autoridad aceptada, nunca impuesta, de los cazadores más diestros, los ancianos más sabios y los chamanes más carismáticos. Y alimentan, en fin, la paz de sus espíritus con sencillas creencias que no saben aún de dioses tiránicos y volubles, amantes de los ritos complejos y los sacrificios gravosos, sino tan sólo de la comunión con el hálito vital que anida en cada ser y lo hace parte inseparable del cosmos, al que el hombre, sin más pretensión que vivir y hacer vivir, se siente también íntimamente vinculado.

Pero entonces, unos doce mil años antes del presente, la naturaleza pareció plantear a la humanidad un nuevo reto. La última glaciación llegó a su fin y el clima se tornó otra vez más cálido y seco. Hace unos once mil seiscientos años, y en el transcurso de tan sólo dos generaciones, la temperatura media se elevó en Europa siete grados centígrados. Algo similar sucedió en el resto del hemisferio norte. La rápida fusión de los hielos que cubrían los continentes elevó el nivel del mar y dejó por doquier territorios aislados. Muchos grandes animales como el mamut y el rinoceronte lanudo se extinguieron, y otros como el reno tomaron el camino del norte, siguiendo a los glaciares en retirada.

Al principio no hubo demasiados problemas. A finales del Paleolítico superior, que se extiende entre cuarenta mil y diez mil años antes de Cristo aproximadamente, la economía basada en la caza y la recolección no consistía ya en una recogida indiscriminada de alimentos escasos y difíciles de almacenar que se consumían casi de inmediato. De hecho, había evolucionado en muchos lugares para dejar paso a una actividad más compleja en la que los grupos humanos apostaban por recursos más variados y abundantes que podían almacenarse en previsión de una futura escasez. Al principio

pareció bastar con eso. Las grandes piezas escaseaban cada vez más, pero abundaban las pequeñas; quizá no quedaban ya mamuts, pero sí jabalíes, ciervos y conejos, y las aguas cercanas a la costa seguían mostrándose generosas en pescado y nutritivos mariscos. Útiles mucho más precisos y eficientes, ahora elaborados con «microlitos» —piedras talladas de muy pequeño tamaño—, permitían sacar un mayor provecho a cualquier fuente de alimento. Y la intensificación de los intercambios hacía posible obtener de otras bandas lo que le faltaba a la propia. Así, al menos en la mayor parte del planeta, los grupos humanos mantuvieron con pocos cambios su modo de vida unos pocos miles de años más. Nos encontramos en una nueva etapa, pero apenas distinta de la anterior. Quizá por ello la conocemos por el nombre genérico de Epipaleolítico, es decir, 'lo que está sobre el Paleolítico', expresión que alude a la continuidad esencial con el período precedente. Por supuesto, se observan diferencias regionales. La cultura Aziliense en Europa, la Capsiense en el norte de África o la Kebariense del Próximo Oriente poseen rasgos que las individualizan, pero son secundarios. En esencia, las cosas siguen como estaban en la mayor parte del mundo.

En la mayor parte, pero no en todo. En unos pocos lugares diseminados por todo el planeta, y sin que mediara contacto o influencia alguna entre ellos, los grupos humanos empezaron a introducir cambios relevantes en su modo de vida. En zonas tan distantes y aisladas entre sí como América central y las regiones andinas, el Próximo Oriente asiático, el África subsahariana, la India, el norte de China y el Sudeste asiático, la caza, la pesca y la recolección fueron poco a poco cediendo terreno a la agricultura y la ganadería. Ya no hablamos aquí, pues, de Epipaleolítico. Frente a la tradición predomina la innovación o, para ser precisos, la transición, con fechas y ritmos distintos según los lugares, hacia lo nuevo. Estamos ante una etapa diferente: el Mesolítico, esto es, la 'edad de la piedra media'.



Representación de un mamut del Pleistoceno. Hace unos doce mil años, el comienzo de un nuevo período climático conocido como Holoceno, más cálido y seco, provocó la extinción de la megafauna y obligó al hombre a aceptar transformaciones en su modo de vida. Unos miles de años después, la humanidad sufre el cambio más determinante de su historia: la introducción de la economía productora.

En realidad, lo que había dado comienzo en esos lugares era una auténtica revolución que, cuando alcanzara su punto culminante, supondría trascendentales transformaciones en todos los

órdenes de la vida. Los cambios técnicos, como ya ocurriera en el Paleolítico, aunque innegables y muy visibles para los arqueólogos, no fueron en modo alguno los más relevantes. Se introdujo la cerámica y aparecieron los primeros telares y molinos de grano; la talla de la piedra dejó paso al pulimento, que producía herramientas más sólidas, eficaces y duraderas, pero la materia prima siguió siendo la misma, y las mutaciones económicas, sociales, e incluso en el ámbito de la cultura y las mentalidades, resultaron, a la larga, mucho más importantes. A pesar de ello, la denominación que se dio en un primer momento al nuevo período histórico, acuñada por el arqueólogo y prehistoriador británico John Lubbock en 1865, se ha conservado en nuestros días, por lo que seguimos usando el término Neolítico, literalmente, 'edad de la piedra nueva', para englobar todos esos cambios.

La economía se transformó de forma radical. Aunque la caza, la pesca y la recolección no desaparecieron del todo, la agricultura y la ganadería comenzaron a asegurar al grupo la mayor parte de su alimento. De simple depredador, incapaz de controlar los procesos reproductivos de las especies de las que se nutría, el hombre se convirtió en productor; en otras palabras, llegó al fin a comprender la naturaleza y comenzó a intervenir en ella. Con ello, su mentalidad también cambió de manera substancial. Pasó de la confianza al dominio. Dejó de concebirse a sí mismo en comunión esencial con el mundo para contemplarse como miembro de una especie superior, investida del derecho incuestionable a someterlo. De este modo daba comienzo la verdadera historia de la humanidad, el proceso por el que la cultura se sobreponía a la naturaleza y se apropiaba de ella. Pero en modo alguno se trató de un cambio rápido y sencillo.

Molino de mano de época neolítica. Los cambios técnicos que acompañaron a la introducción de la agricultura y la ganadería fueron relevantes, pero mucho menos que sus implicaciones económicas y sociales. En realidad, la revolución que terminó por suponer el Neolítico se llevó a cabo con herramientas muy sencillas, como este humilde molino.

EL LARGO CAMINO DE LA DOMESTICACIÓN

En efecto, el control de las plantas y los animales llevó su tiempo, y en buena medida hubo de ser un proceso no del todo consciente que iba avanzando muy despacio. Progresaba cada vez que el hombre protegía una especie vegetal concreta, arrancando de su entorno las hierbas parásitas, regándola, sembrando incluso sus semillas de forma esporádica en zonas que la experiencia

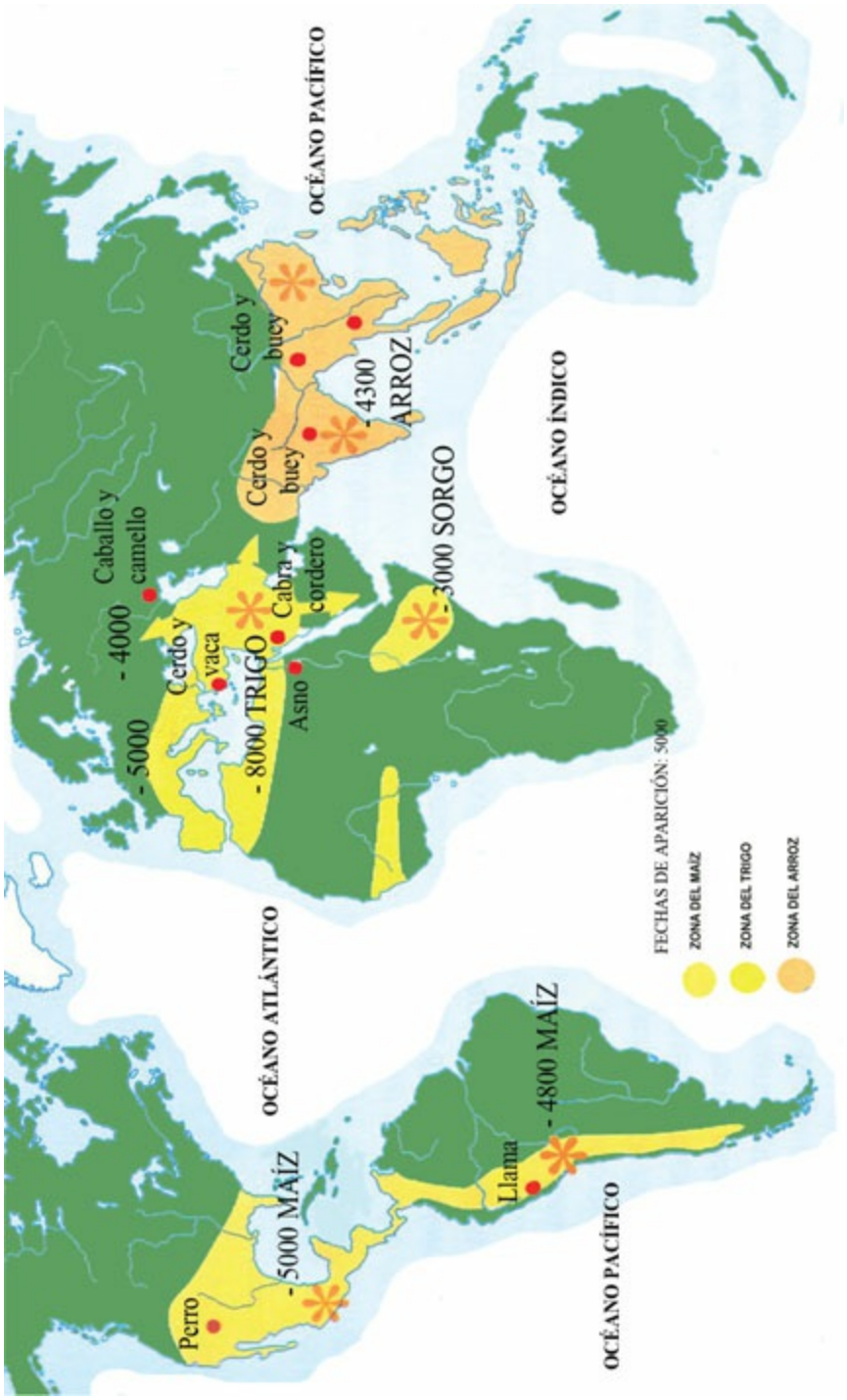
demostraba más aptas para su desarrollo, hasta que la especie así protegida se convirtió en una nueva, por completo distinta de la silvestre, menos exigente y de cosecha más abundante. Progresaba, asimismo, cuando el hombre escogía con cuidado las piezas que abatía, prefiriendo los individuos ancianos o impedidos a los jóvenes y fértiles, asegurándose así la caza futura; cuando, algo más tarde, los encerraba en lugares seguros, de los que podía evitar que huyeran, escogía siempre a los más pequeños y dóciles hasta intervenir al fin en su reproducción, haciendo de ellos, mediante sucesivos y repetidos cruces genéticos, una nueva especie más sumisa y productiva que mantuvo ya siempre a su lado.

La historia de este proceso es similar en todo el mundo. Varían tan sólo en cada zona las especies y la cronología. En torno a diez mil años antes de Cristo, en la actual Palestina, la arqueología ha revelado trazas de cultivo de centeno y de higuera, seguidos mucho más tarde por el trigo, la cebada y las legumbres. En América, por el contrario, la primera planta cultivada de la que tenemos noticias es la calabaza, que aparece en los yacimientos mexicanos unos ocho mil años antes de Cristo, a la que se añaden más tarde la mandioca y las habas. El maíz, que habría de ser el cereal hegemónico en el Nuevo Mundo, no aparece hasta el 4300 a. C, y le siguen mucho más tarde el algodón y la patata. El arroz fue dominante desde el principio en Asia oriental, donde lo encontramos por primera vez hacia el 6000 a. C. en el centro de China, aunque más al norte, lejos ya del área donde el clima hace posible su cultivo, es el mijo el cereal con el que se inicia la agricultura. En África, por último, fueron el mijo y el sorgo, primero, y el ñame y la palma, más tarde, los cultivos pioneros, aunque ignoramos aún la fecha en que se iniciaron, pues la variedad cultivada apenas difiere de la silvestre.

Algo semejante sucede con la implantación de la ganadería. El primer animal domesticado parece haber sido el perro, que acompaña al hombre al menos desde hace catorce mil años, todavía por tanto en el Paleolítico, y sin duda debió de serle muy útil como ayuda en la caza. Pero el verdadero pastoreo de las reses se inicia mucho más tarde y con especies bien diferentes. Fue, una vez más, en el Oriente Próximo donde dio comienzo alrededor del 8500 a. C., momento en el que aparecen los primeros restos de bóvidos domesticados, pronto seguidos por las cabras y las ovejas. Dos mil años más tarde, la vaca se domestica también en el sur de Asia, en la variedad local denominada cebú, caracterizada por su llamativa joroba. Mientras, China, donde no tenemos constancia de pastoreo de animales hasta unos cinco mil años antes de Cristo, apostaba por la gallina y el cerdo. Habría que esperar aún dos mil años para que se generalizara la presencia en sus poblados del ganado mayor. Más o menos por entonces se produce en Sudamérica la domesticación de la llama y la alpaca.

Desde estos lugares, las nuevas formas económicas se difundieron por doquier como una mancha de aceite. En Europa, por ejemplo, la agricultura y la ganadería avanzaron hacia el oeste, desde sus tierras de origen en el Oriente Próximo, a la asombrosa velocidad de 1,3 kilómetros por año. Sin embargo, no sabemos aún con precisión de qué modo se produjo el contagio. Quizá las innovaciones se difundieron mediante contactos esporádicos, sin que ello llevara aparejado el traslado de las poblaciones que las dominaban, o quizá fue la migración de grupos enteros la que produjo la difusión de la agricultura y la ganadería. Lo más probable es que ocurriera de ambos modos, con predominio del uno o del otro según las regiones. Pero lo cierto es que el Neolítico avanzó de Oriente a Occidente, con ventaja de las poblaciones de la costa respecto a las del interior, por lo que alcanzó primero las zonas situadas al sureste del continente y fueron las comarcas del noroeste las últimas en adoptar la economía productora. Así, en torno al 6500 a. C. encontramos ya agricultores y ganaderos en la llanura de Tesalia, en el nordeste de la actual Grecia. Hacia el 5700 a. C. hallamos pruebas de una evidente neolitización en Croacia. Poco después, siguiendo el río Danubio, la vía natural de

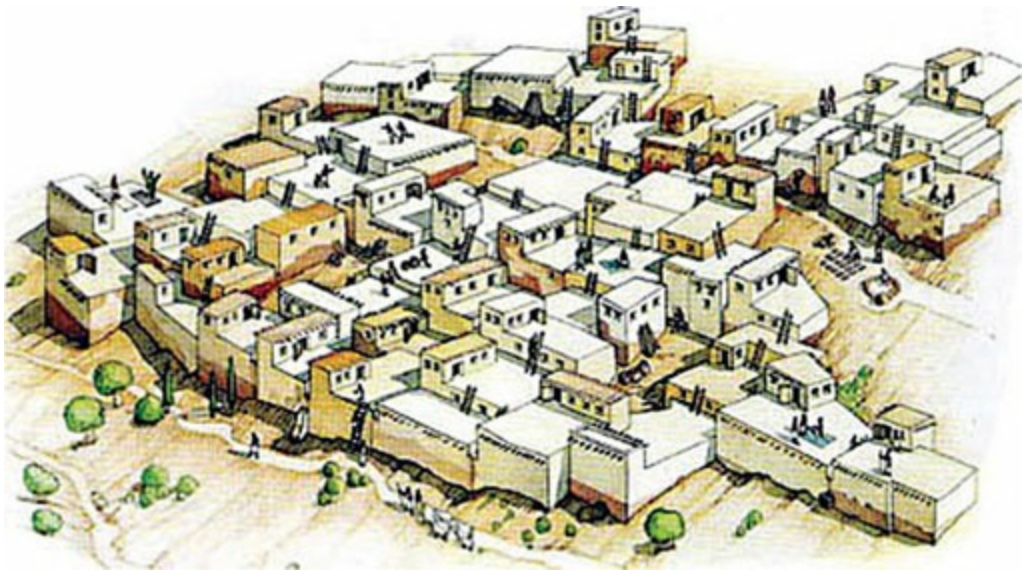
comunicación, la nueva economía alcanza el territorio de la actual Hungría, donde origina la denominada «cultura de la cerámica de bandas», caracterizada por sus grandes casas rectangulares de madera. A partir de ese momento, la difusión avanza a mayor ritmo. En el norte de la Francia actual, los primeros asentamientos neolíticos datan del 5300 a. C. Mientras, el Neolítico ha avanzado también por la costa. En el sur de Italia aparecen las primeras muestras hacia el 6000 a. C.; en la península ibérica, hacia el 5700 a. C. Por fin, hacia el 3500 a. C., el Neolítico alcanza las islas británicas.



Zonas de origen de la agricultura con sus respectivos cereales. El tránsito hacia las nuevas formas económicas se produjo sin mediar contacto entre sus distintos focos, aunque luego la economía productora fue contagiándose poco a poco hasta implantarse en la mayor parte del globo.

El proceso fue similar en el resto del mundo, aunque con diferencias impuestas por la orografía, las distancias o la presencia o no de especies adecuadas para servir de base a la economía

productora. El Oriente Próximo dispersó sus influencias hacia el este, a través del actual Irán, de modo que hallamos poblados sedentarios en Pakistán ya en una fecha tan temprana como el séptimo milenio antes de nuestra era, pero también hacia el oeste. Hacia el 4000 a. C. encontramos las primeras aldeas en Egipto, y antes había aparecido ya en todo el norte de África el pastoreo, como prueban las numerosas pinturas conservadas en cuevas saharianas que representan rebaños de rumiantes de largos cuernos. Más difícil fue la neolitización en África, donde la progresiva desecación del Sahara impidió la evolución hacia una mayor complejidad de la economía productora, lo que explica la ausencia de núcleos estables y el predominio del pastoreo nómada hasta el primer milenio antes de Cristo. En América, los primeros poblados aparecen en la costa occidental de las actuales Colombia y Perú entre el 4500 y el 3500 a. C., pero el proceso es mucho más lento en otros lugares. En el centro del continente no existen núcleos de un tamaño apreciable hasta unos mil seiscientos años antes de nuestra era y en el norte sólo podemos estar seguros de su existencia ya traspasada la frontera del año 1000 a. C.



Reconstrucción ideal del poblado de Catal Hüyük, en la meseta de Anatolia, en la actual Turquía, un asentamiento neolítico datado en torno al 7500 a. C. en sus estratos más antiguos. Llama la atención la ausencia de calles entre las viviendas, a las que se accedía desde las terrazas.

Salta a la vista, pues, que los cambios económicos trajeron aparejadas importantes transformaciones sociales. La producción de alimentos suponía ciertas imposiciones que no era posible soslayar. No se podía cultivar la tierra si sus dueños continuaban vagando sin cesar de un sitio a otro. Los campos requerían cuidados que exigían una forma de vida sedentaria. Los campamentos y las cuevas dejaron su sitio a los poblados estables; las chozas de pieles y ramas, a las cabañas de madera y a las casas de tapial o adobe. En cada región, la disponibilidad de materiales impone formas constructivas distintas y confiere a los poblados un aspecto diferente. En Çatal Hüyük, en la meseta turca de Anatolia, las viviendas, hechas de adobe, se encuentran tan abigarradas que no existen calles entre ellas, por lo que cabe suponer que los viandantes caminaban sobre los tejados y accedían al interior mediante escaleras. Junto al río Huang-ho, en el norte de China, donde el terreno es seco, las casas se hallan semienterradas, mientras al sur, en torno al Yangtsé, se levantan sobre postes para evitar la humedad. Y, en fin, el Neolítico danubiano exhibe sus enormes viviendas rectangulares de postes verticales de madera recubiertos de barro capaces de albergar con comodidad a varias familias.

Porque el tamaño del grupo, al ser más abundante el alimento, crece hasta alcanzar varios

centenares de individuos, a la par que disminuye la superficie necesaria para mantenerlo. En algunas regiones, los poblados dan paso a las primeras ciudades, como Jericó, en Palestina, o la citada Çatal Hüyük, en Anatolia, aunque no es su población, de sólo unos pocos miles de habitantes, sino los cambios que se producen en su interior, lo que permite atribuirles ese estatus. La división del trabajo da sus primeros pasos. El hombre continúa prefiriendo la caza a la agricultura, y la mujer, que se ocupa del laboreo de la tierra, siente que aumenta su importancia y que se torna en una suerte de matriarcado la tradicional primacía masculina. No se concibe aún, sin embargo, la propiedad privada. Si bien la solidaridad hacia el extraño, característica del Paleolítico, se ha diluido hasta desaparecer por completo, es aún fuerte en el interior del grupo. Los campos, los graneros, los rebaños, quizá los mismos aperos, pertenecen a todos, y todos trabajan en todo tomando luego cuanto necesitan del almacén común. En cada casa, el agricultor y ganadero es también alfarero y tejedor. Todavía no hay leyes. En realidad, no se necesitan. Las costumbres, la tradición, son suficientes para guiar al grupo. Los ancianos, sus guardianes, quizá constituidos en consejo, se bastan para resolver los escasos conflictos. Los cambios disgustan; crean inseguridad. Se trata, en fin, de una sociedad homogénea, cerrada, una sociedad de aldeanos, en la que son las relaciones personales, y no los vínculos legales, las que sirven de argamasa al edificio social.

Sin embargo, no se trata de una sociedad del todo estática. En su interior, la aldea neolítica contiene, adormecido, el germen de cambios mucho más relevantes. Aunque escaso aún, el excedente de las cosechas existe ya, y con él, la posibilidad de alimentar a personas, pocas todavía, que pueden dedicarse a tareas bien distintas de la producción de alimentos. Las prioridades se imponen. Urge ante todo apaciguar a los dioses, ganarse su favor. Y así surgen los primeros especialistas a tiempo completo en la religión y sus ritos. La supervivencia depende ahora, antes que de la abundancia de las manadas, de la fertilidad de los campos, esclava del devenir de las estaciones y su corte de fenómenos meteorológicos. La tierra, convertida en la gran madre, transmutada en deidad fundamental, recibe el culto preferente. Pero no se olvidan los hombres del Neolítico de la lluvia que vivifica los campos, el viento que arrastra las nubes, el granizo que arruina las cosechas. Tampoco se posterga a los difuntos, cuyos restos alimentan la tierra bajo las viviendas de sus parientes en un ciclo continuo de muerte y renacimiento, y también, quizá, en un último acto de espontánea gratitud por el trabajo realizado, del que los vivos se benefician. Como antaño, el hombre no busca otra cosa que un poco de seguridad, pero ahora, extraño ya a la naturaleza que desea dominar, se siente más indefenso ante ella y es mucho más consciente de su debilidad. El arte nos cuenta la historia de esos cambios. En las pinturas, las grandes presas prestas a ser cazadas dejan paso enseguida a gentes que cavan la tierra, varean árboles o pastorean ganado, a hombres que montan a caballo o mujeres que danzan en torno al fuego. Las vasijas se decoran, se pintan o se les imprimen conchas de moluscos. En el Oriente Próximo, el culto a los muertos se plasma en originales cráneos decorados mediante conchas y arcilla. Pronto aparecen los primeros santuarios, y en su seno, grandes cabezas de animales representan las fuerzas naturales cuya indulgencia se pretende alcanzar.

EL FIN DE LA IGUALDAD

Pero los sacerdotes no permanecerán solos mucho tiempo. La naturaleza, por lo común generosa, se muestra a veces esquiva. Es necesario prepararse para las malas cosechas o el hambre, su corolario inevitable, se abatirá sobre el poblado, con su compaña fatal de enfermedades y muerte. Para impedirlo, no queda sino incrementar los excedentes; sembrar más de lo necesario, atesorar

para el mañana, cuando de seguro la carestía sucederá a la abundancia. Además, la multiplicación de aldeas y campos de cultivo y el crecimiento incansable de la población en las zonas más adelantadas terminan por agotar las tierras más aptas. La falta de espacio conduce al enfrentamiento. Ningún grupo, ninguna aldea o poblado, por humildes que sean sus campos o exiguas sus reservas de alimentos, renunciará a ellos sin lucha. El esfuerzo ha sido demasiado grande, demasiado continuado, y merece la pena recurrir a la violencia para preservar lo que se posee. Ha nacido la guerra.

La combinación de ambos procesos alimenta un cambio trascendental cuyos rastros arqueológicos se detectan en el Oriente Próximo hacia el séptimo milenio antes de Cristo. En cada aldea, en cada poblado, los acrecidos excedentes se usan ahora también para producir especialistas en la guerra. Junto a los magos y sacerdotes, nacen los guerreros. Y las batallas pueden a veces ganarse fuera, pero siempre se pierden dentro. Los soldados poseen las armas y pueden usarlas para imponer su autoridad. La igualdad desaparece, y la semilla de la servidumbre se planta bien honda en el interior de las comunidades. Las exigencias organizativas, impuestas por la construcción de murallas y fosos, por la disciplina y el entrenamiento militar, facilitan la división entre los que mandan y los que obedecen. Los díscolos, los que no se pliegan ante el abuso incipiente, pueden verse privados del imprescindible derecho a acceder a los graneros colectivos, pronto bajo el control de quienes poseen las armas. Podrán escapar, tratando así de proteger la igualdad que durante incontables milenios ha existido en el seno de los grupos humanos, y llevándose a la vez con ellos el conocimiento de las técnicas que facilitan la extensión del Neolítico a las zonas aún pobladas por cazadores y recolectores. Así sucede al principio. Muchos poblados de gran tamaño se parten y nacen en su lugar asentamientos más pequeños; no faltan quienes, incluso, se tornan de nuevo nómadas. Pero con el correr del tiempo, agotados ya los espacios disponibles, la huida sólo garantiza una existencia aún más precaria y son pocos los que optan por arriesgarse. Han nacido los jefes; pronto aparecerán los reyes.

Los avances técnicos llevarán a las comunidades de campesinos y ganaderos un paso más allá por el sendero de la servidumbre. El metal, cobre primero, bronce después, cuando el hombre aprenda a fundirlo en íntima alianza con el estaño, pero siempre más maleable y sólido que la piedra y capaz de renacer una y otra vez de sus cenizas, hará posible fabricar herramientas más eficaces y duraderas, aptas para arrancar de los campos cosechas más generosas. El excedente aumenta. Su volumen permite añadir a soldados y sacerdotes un nuevo grupo social que no se verá ya obligado a cultivar la tierra. Y los herreros, que guardan para sí el precioso secreto del trabajo del metal, se convierten en imprescindibles para la comunidad. Ya no será posible autoabastecerse. Cada hombre podrá ser a un tiempo agricultor, pastor, tejedor y alfarero, pero no podrá ser también maestro en el arte misterioso del metal. La división del trabajo se impone; las fronteras entre grupos dentro de la sociedad se hacen mucho más nítidas; las diferencias aumentan. Y el guerrero, dotado ahora de nuevas armas, más sólidas y mortíferas, verá reforzarse aún más su primacía en el grupo.

Existen jerarquías, pero aún tardarán en ver la luz los gobiernos, la burocracia, los impuestos, todo lo que la costumbre, paradójicamente, ha dado en llamar civilización. Es necesario para ello un cambio de escala, mayores excedentes, una población mucho más densa, ciudades más grandes, una sociedad más compleja. Las pequeñas aldeas no reúnen las condiciones necesarias para ello. Sólo los grandes ríos como el Nilo o el Indo, como el Tigris o el Éufrates, una vez dominado el ímpetu de sus crecidas, proporcionarán los excedentes suficientes para alimentar a una sociedad más sofisticada sobre la que plantará sus raíces el Estado naciente.

Mientras, los nuevos cambios tienen también su inevitable correlato en el terreno del arte. Unos cinco mil años antes de Cristo, da sus primeros pasos la arquitectura megalítica, que bordea, en una

línea discontinua, la costa atlántica europea de Escandinavia a Gibraltar. Con grandes piedras se erigen enhiestos menhires que marcan territorios o encarnan silentes homenajes a misteriosas fuerzas, dólmenes que sirven de última morada a jefes o cabecillas, alineamientos o círculos de arcanas reminiscencias astrales o religiosas y, sobre todo, túmulos grandiosos que albergan a veces a todo un pueblo, unido en el tránsito a la otra vida, o en ocasiones a un solo hombre, deseoso de mostrar más allá de toda duda la magnitud de su poder en esta. Nada de ello, empero, habría sido posible sin excedentes capaces de alimentar a artesanos y constructores; sin una organización apta para planificar trabajos tan colosales con técnicas tan pobres y movilizar a cientos o miles de hombres para llevarlos a cabo. Sea fruto de la vana ambición de los poderosos, sea, como algún autor ha sostenido, el último intento de las sociedades igualitarias de resistirse ante el imparable avance desde el este de las culturas neolíticas, marcando como propio más allá de toda duda un territorio que, sin poblados estables que permitieran asegurar su control efectivo, quedaba expuesto ante los recién llegados, el arte megalítico se vincula de forma indisoluble al fin de la igualdad entre los hombres.

Imagen del monumento megalítico de Stonehenge, a unos trece kilómetros al norte de Salisbury, en Inglaterra. Iniciado hacia el 3100 a. C., la finalidad de este vasto círculo, construido con bloques de arenisca procedentes de las lejanas montañas de Gales que llegan a alcanzar veinticinco toneladas de peso, aún se ignora. ¿Con qué objetivo se embarcarían gentes que disponían de una tecnología tan atrasada en un esfuerzo de tal magnitud?

ENTONCES ¿POR QUÉ?

¿Por qué, entonces, el hombre se hizo agricultor y ganadero? ¿Por qué abandonó un modo de vida con el que parece haberse sentido a gusto durante centenares de miles de años? Parece una pregunta fácil, pero es muy probable que la mayoría de nosotros le diéramos una respuesta equivocada. Por desgracia, nuestros prejuicios culturales entorpecen a menudo nuestro entendimiento sin que

lleguemos siquiera a darnos cuenta de ello.

Algo parecido les sucedía a las gentes de los siglos XVIII y XIX, cuando la historia empezó a dar sus primeros pasos como disciplina. En aquellos años, en los que la Revolución Industrial y el triunfo del liberalismo parecían garantizarle a la humanidad un futuro de progreso indefinido, los intelectuales burgueses tendían a ser optimistas. La historia era, más allá de cualquier duda, un proceso ascendente y positivo. Su ritmo podía verse de vez en cuando ralentizado por alguna crisis económica, o incluso frenado por la aparente victoria de las fuerzas de la reacción, pero se trataría siempre de una parada momentánea, casi un mero descanso del que la humanidad saldría con fuerzas renovadas, dispuesta a continuar con su desarrollo imparable. Incluso la Edad Media, que se extendió durante un milenio, podía ser considerada, desde este punto de vista, un simple parón, aunque, eso sí, un poco más largo de lo habitual, en la marcha del hombre hacia un futuro mejor.

Pensando de ese modo, no era extraño que aquellos historiadores tendieran a interpretar todo cambio duradero experimentado en el pasado por la sociedad humana como una manifestación de su progreso global. De este modo, en última instancia, la aparición de la agricultura no sería sino el primero, y quizá el más importante, de esos cambios.

En palabras sencillas, para los primeros historiadores burgueses, el hombre dejó un buen día de errar de un lugar a otro en pos de las manadas de animales salvajes que le daban sustento y se cansó de recolectar pacientemente las raíces, frutos y bayas que venían completando su dieta desde hacía millones de años. Lo hizo porque, al fin, después de muchos intentos, había descubierto la forma de cultivar la tierra y criar ganado. Como sin duda estas actividades le garantizaban una alimentación más segura y abundante, las abrazó con entusiasmo y dejó para siempre de ser cazador y recolector; se estableció en un lugar fijo; construyó poblados estables, y, en fin, empezó a caminar por una senda, la del progreso, que no abandonaría jamás. El salvajismo, como se decía en aquella época, había dejado paso a la barbarie. Era cuestión de tiempo que tras ella llegara la civilización.

Sin embargo, es seguro que no sucedió de ese modo. En realidad, la vida del agricultor no tiene por qué ser mejor que la del cazador y, en la mayoría de los casos, no lo es. Como bien sabemos hoy gracias al estudio de las sociedades primitivas actuales, los pueblos cazadores y recolectores que cuentan en su entorno con recursos suficientes dedican muy poco tiempo al trabajo. Sus días transcurren en un ocio casi interminable que entretienen comiendo, bebiendo, danzando, acicalándose o, por qué no, practicando juegos sexuales, los cuales, al menos desde el Paleolítico superior, se han desligado ya de la mera función reproductora. Cuando, pasado el tiempo, la comida se termina, unos pocos de ellos, por turnos, salen del poblado y recolectan o cazan lo suficiente para unos días más. Y vuelta a empezar.

La vida transcurre de forma bien distinta en las sociedades de agricultores y ganaderos. Frente al ocio interminable de los cazadores y recolectores, los pastores y campesinos casi siempre tienen mucho que hacer y bastante de lo que preocuparse. Para empezar, han de preparar la tierra para la siembra, oxigenándola y arrancando de ella las malas hierbas. Luego deben esparcir las semillas, asegurándose de que los pájaros o los herbívoros no se dan con ellas un festín. Toca después mirar al cielo, suplicando lluvia y buen tiempo a las caprichosas deidades que lo gobiernan. Y, si todo ha ido bien y una granizada que se retrasa o una tormenta que se anticipa no han terminado con las espigas, llega por fin el trabajoso momento de cosechar el grano, almacenarlo en los silos o graneros y separar de él lo necesario para garantizar la siembra del año próximo. La ganadería no es mucho menos exigente. Se necesita alimentar a las reses, incluso cuando las inclemencias del tiempo hacen imposible acercarlas a los pastos. Hay también que ordeñar a las hembras, seleccionar los ejemplares más aptos para la reproducción, esquilar la lana de ovejas y cabras, proteger los rebaños

de los depredadores y, en definitiva, llevar a cabo un sinfín de tareas de mantenimiento y limpieza de las múltiples instalaciones que el ganado necesita.

Una escena habitual en la vida de los pueblos cazadores-recolectores actuales. En un poblado san del desierto africano del Kalahari, un chamán narra historias tradicionales a un atento auditorio. Frente a las sociedades agrarias y ganaderas, que disponen de escaso tiempo libre, los grupos que practican la economía depredadora cuentan con largos períodos de ocio.

Ambas actividades presentan, además, dos problemas añadidos. El primero es la necesidad de realizar una enorme inversión de tiempo y recursos en la construcción de viviendas estables, almacenes y graneros, cercados y majadas, caminos y muchas otras infraestructuras que la agricultura y la ganadería requieren para el desarrollo de sus actividades. El segundo es la urgencia de defender todo ello de las posibles agresiones exteriores. Como es fácil deducir, siempre habrá quien prefiera beneficiarse sin esfuerzo del trabajo ajeno antes que arrimar el hombro para ganarse su propio pan con el sudor de su frente. Así, como hemos visto, la agricultura y la ganadería traen de la mano la guerra, y la guerra exige guerreros, jefes que los manden y comida que los mantenga.

Volvamos, pues, a la pregunta del principio: ¿por qué razón se hizo el hombre agricultor y ganadero si no había en ello ventajas apreciables sobre la vida que venía llevando hasta entonces?

La respuesta no es sencilla. Buena prueba de ello es que, después de varias décadas de intentos fallidos, todavía hoy siguen viendo la luz nuevas teorías que traw o universal, a los grandes cambios que trajo consigo el triunfo del Neolítico. La primera de ellas, conocida como «teoría del oasis», es ya muy antigua. Su autor, el arqueólogo australiano Vere Gordon Childe, propuso en 1936 el cambio climático como motor último de las transformaciones que condujeron a la agricultura y la ganadería.

De acuerdo con sus conjeturas, a comienzos del Holoceno, es decir, hace unos doce mil años, se produjo en el Oriente Próximo y el norte de África una intensa aridez. Hombres y animales confluyeron entonces en los lugares más húmedos, donde la supervivencia resultaba más fácil. Y allí, en la forzada intimidad que les imponía su inusual proximidad, los seres humanos aprendieron a domesticar a los animales y aprovechar sus productos, y dieron también sus primeros pasos en el cultivo de los cereales.

Sin embargo, esta primera teoría planteaba un grave problema: no existía prueba alguna de que la desecación a la que aludía Childe se hubiera producido en realidad. Antes bien, la paleoclimatología pronto demostró que el Holoceno se había iniciado en la zona señalada por el australiano como origen probable del Neolítico con un período más húmedo de lo que luego sería habitual. La incógnita seguía sin despejarse, de modo que era cuestión de tiempo que se produjera un nuevo intento aproximativo.

En los años cincuenta del siglo xx, un arqueólogo estadounidense, el profesor del Oriental Institute de Chicago Robert John Braidwood, trató de poner al día las tesis de Childe mediante una profunda investigación sobre el terreno. Tras un prolongado trabajo de campo en el yacimiento iraquí de Jarmo, junto a los montes Zagros, quedó descartado al fin que se hubiera producido en la zona la desecación en que se basaba el modelo de Childe. Por el contrario, Braidwood concedió más importancia a la existencia allí de las especies animales y vegetales que protagonizaron el tránsito a la economía productora, como la oveja, la cabra y los cereales, y formuló un nuevo modelo explicativo conocido como «teoría de las zonas nucleares» o «teoría de la evolución cultural».

El problema de este nuevo intento es que en realidad no explicaba en absoluto por qué se produjo el cambio; tan sólo describía dónde y cómo. Y, lo que es más grave, en el fondo de la teoría subyacía la misma explicación de siempre: había sido la propia inteligencia humana la responsable de lo que a todas luces el norteamericano seguía considerando un evidente progreso.

Sólo a partir de 1970, discípulos de Braidwood como Lewis Binford y Kent Flannery cambiaron por completo la orientación de las teorías sobre el origen del Neolítico para centrarse en la ecología cultural. Su modelo, denominado «del desequilibrio» o «de las zonas marginales», sostiene que el cambio no se produjo en las zonas nucleares, como sostenía Braidwood, sino en lugares bastante apartados de ellas, y que no fueron las discutibles ventajas que proporcionaba al hombre la economía productora, sino la mera necesidad de hacerlo el factor que le impulsó a adoptarla.

En concreto, Binford y Flannery creen que el proceso da comienzo con los últimos cazadores-recolectores. El inicio del Holoceno hizo que determinadas zonas, beneficiadas por un clima más templado que el que habían sufrido en la última glaciación, vieran aumentar sus recursos. Este hecho atrajo a grupos humanos que practicaban una economía depredadora de amplio espectro que no derivaba en productora porque no tenían necesidad de ello. Sin embargo, la abundancia terminó por producir en esas zonas una relajación de los controles demográficos. La población creció en exceso y terminó por conducir a un fuerte desequilibrio en relación con los recursos disponibles que se saldó con migraciones hacia regiones más pobres. Los recién llegados, enfrentados a una escasez de alimentos que la economía depredadora no podía afrontar, no tuvieron más salida que practicar la agricultura y la ganadería.

El problema de esta teoría es que, a pesar de su evidente atractivo, no existen aún evidencias arqueológicas que la sustenten. Ni los primeros poblados estables aparecen en zonas especialmente duras ni ha quedado resto alguno de las presuntas migraciones hacia las mismas. A pesar de ello, no ha faltado quien no sólo ha defendido un modelo similar, sino que incluso lo considera válido para explicar la neolitización en el conjunto del planeta. A mediados de los años setenta del siglo xx, el

profesor de la Universidad de Nueva York Mark Nathan Cohen afirmó que la aparición de la economía productora se habría debido, principalmente, al crecimiento de la población de las sociedades del Paleolítico superior por encima de los recursos a los que podían acceder con una economía basada en la caza y la recolección. Mientras los grupos humanos pudieron responder ocupando nuevos territorios, todo fue bien. Pero cuando los espacios libres se agotaron, no tuvieron más salida que cambiar su modo de vida y convertirse en agricultores y ganaderos.

Son, quizá, las teorías más conocidas, aunque no las únicas. Barbara Bender, profesora del londinense University College, parece dar prioridad a la interacción entre las bandas de cazadores y recolectores que constituían la célula social propia del Paleolítico superior, cuyos compromisos recíprocos, que se materializaban en forma de regalos necesarios para preservar las buenas relaciones entre grupos, habrían creado la necesidad de obtener un excedente con el que hacerles honor, lo que habría terminado por conducir a la aparición de la economía productora. Por el contrario, Jacques Cauvin, de la Universidad de Lyon, sitúa la evolución de las ideas como motor del cambio económico, de modo que habrían sido las transformaciones culturales y mentales las que impulsaron la adopción de la economía productora y no a la inversa.

Quizá deberíamos renunciar de una vez por todas a los modelos universales. Los datos apuntan, por el contrario, a que la transición al Neolítico en sus distintas zonas nucleares fue impulsada por factores diferentes o, al menos, no por completo idénticos. Si algo demuestran las teorías expuestas, es que la mayor parte de ellas explican mejor la transición en unas zonas que en otras, quizá porque fueron concebidas para explicar lo ocurrido en un lugar concreto a partir de los datos disponibles en él y luego se extrapolaron al resto con excesivas pretensiones de universalidad.

Así, el modelo de Childe, casi del todo desprestigiado durante décadas, cobró renovado vigor cuando se demostró que en el sur de Egipto las cosas parecían haber sucedido como él había pronosticado, pues de otro modo no cabía explicar la presencia en algunos poblados de especies de bueyes procedentes de lugares lejanos y mucho más húmedos en un lugar y una época cuya aridez sí se había probado. En América, por el contrario, donde los primeros cultivos, como la calabaza, no tuvieron importancia como fuente de alimento en relación con la caza o la pesca, resulta más aplicable un modelo similar al propuesto por Bender. O al menos así permite suponerlo nuestro conocimiento del comportamiento de los indios norteamericanos modernos, cuyos jefes ejercían un poder no coercitivo basado en la autoridad y por completo dependiente de los recursos que podían proporcionar a sus seguidores. Su tendencia a atesorar alimentos almacenables y a consumirlos luego en grandes fiestas que les permitieran ganar ascendiente social, los llamados *potlaches,* habría actuado como paso intermedio que fue acostumbrando al conjunto de la sociedad a trabajar para obtener más recursos de lo necesario, y se inició así un proceso que podría haber conducido más tarde al triunfo de la economía productora.

Quizá nunca nos pongamos de acuerdo. Pero si hay algo cierto en relación al Neolítico, es que su trascendencia va mucho más allá de la introducción de un mero catálogo de nuevas herramientas, incluso de la adopción de prácticas económicas innovadoras. En realidad, su triunfo supuso un punto sin retorno en la historia de la humanidad. El hombre ya no contemplará nunca más a la naturaleza como una madre que cuida de sus hijos, sino como una enemiga que ha de dominar y poseer. En ese sentido, la verdadera aparición del género humano se produjo entonces.

3

Siervos y señores

> Todo Estado es evidentemente una asociación, y toda asociación no se forma sino en vista de algún bien, puesto que los hombres, cualesquiera que ellos sean, nunca hacen nada sino en vista de lo que les parece ser bueno. Es claro, por lo tanto, que todas las asociaciones tienden a un bien de cierta especie, y que el más importante de todos los bienes debe ser el objeto de la más importante de las asociaciones, de aquella que encierra todas las demás, y a la cual se llama precisamente Estado y asociación política.
>
> *Política*
> Aristóteles

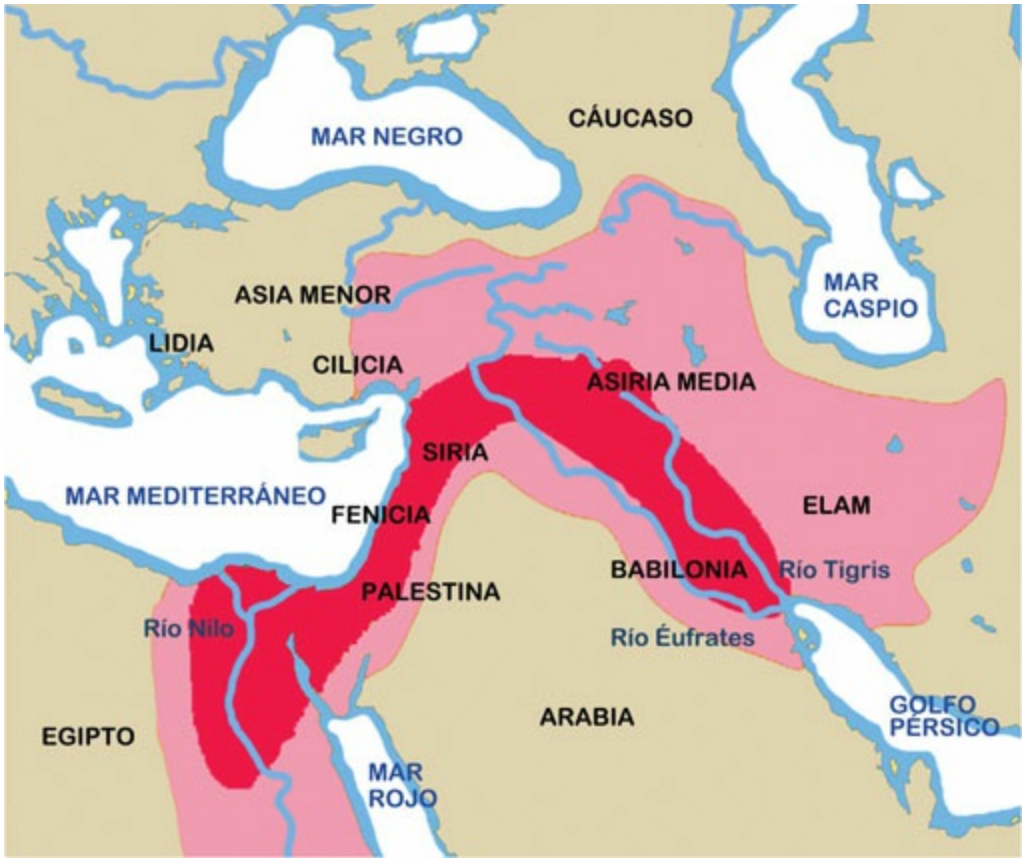
Infamia en el paraíso

A lo largo de unos pocos milenios, de la mano de la economía productora y, más tarde, al ritmo cansino del trabajo del metal, la desigualdad entre los hombres se fue extendiendo por el planeta. Las sociedades de cazadores y recolectores y los pueblos de pastores nómadas quedaron en absoluta minoría. Con el tiempo, la mayor parte de las personas centraron sus esfuerzos en la agricultura y la ganadería, levantaron sus hogares en un lugar fijo y hubieron de aceptar, en mayor o menor grado, la autoridad de quienes se proclamaban, pero sólo en ocasiones lo eran, los protectores de la comunidad.

Sin embargo, las transformaciones en los modos de vida no terminaron con la extensión de las jefaturas. En los albores del quinto milenio antes de nuestra era, cambios no menos importantes estaban a punto de iniciarse. Las culturas de azada del Neolítico y la temprana Edad de los Metales, con su elemental tecnología agraria, no podían ir mucho más allá del punto al que habían llegado. Sin otras herramientas que toscos palos para sembrar, frágiles hoces de piedra o cobre para cosechar y, en el mejor de los casos, el escaso estiércol de sus propias reses para proteger los campos de un inexorable agotamiento, los parcos excedentes de que disponían no podían alimentar un crecimiento demográfico sostenible a largo plazo. Tampoco era posible de ese modo una mayor complejidad de las estructuras sociales, que exige que un número significativo de personas pueda ser mantenido sin necesidad de que entregue su esfuerzo al cultivo directo de los campos. El crecimiento de la población se traducía así tan sólo en la ocupación de nuevas tierras donde hacer lo mismo que se venía haciendo. Pero era evidente que el futuro, si las cosas no cambiaban, sólo podía conducir a un callejón sin salida, semejante al que la humanidad había encontrado al final del Pleistoceno.

No obstante, en ciertas regiones a las que la naturaleza había dotado de características poco frecuentes, la aplicación de técnicas no mucho más avanzadas que las que se hallaban a disposición de las poblaciones de la temprana Edad de los Metales podían producir cosechas mucho más generosas. Los angostos valles de ríos caudalosos como el Nilo, el Tigris y el Eufrates, en el llamado Creciente Fértil —una estrecha banda de tierra con forma de media luna que se extiende desde la actual república de Egipto, al oeste, al emirato de Kuwait, en el este— ofrecían tierras de cultivo de una asombrosa feracidad gracias al limo que, año tras año, depositaba sobre los campos el

desbordamiento de las aguas que seguía al deshielo estival en las lejanas montañas donde tenían su origen aquellos cursos de agua.



El Creciente Fértil, la zona más oscura del mapa, una reducida extensión de tierra productiva rodeada de desiertos y montañas, favoreció cambios tan importantes como la revolución urbana, el desarrollo de la escritura y la aparición del Estado.

Pero no todo eran ventajas allí. Las crecidas tendían a mostrarse irregulares. Rara vez acudían puntuales a su cita anual, y cuando lo hacían, en algunas ocasiones era tan escasa el agua que dejaban a su paso que podían condenar al hambre a quienes de ellas dependieran y en otras tan abundante que podía resultar fatal para las aldeas próximas a la orilla. Además, las comarcas que regaban estos ríos se parecían bien poco a un paraíso terrenal, pues en su mayor parte no eran sino pantanos y florestas infestados de animales peligrosos. Y, por si fuera poco, la banda de terreno cultivable era muy estrecha, no más de unos pocos kilómetros en algunas zonas, y fuera de ella no había sino áridos desiertos y elevadas montañas que no ofrecían oportunidad alguna de supervivencia.

En pocas palabras, como escribiera ya hace más de medio siglo el prolífico historiador británico Arnold Toynbee, la naturaleza planteaba un colosal reto a los grupos humanos que aspirasen a establecer allí sus hogares. Debían desecar los pantanos, controlar la intensidad de las crecidas y embalsar las aguas y conducirlas hasta los campos de labor, asegurándose así el riego y protegiéndose a un tiempo de los excesos, por igual nocivos, de la inundación y la sequía. Si lo lograban, alcanzarían como premio opulentas cosechas y un insólito bienestar. Pero todo ello exigía una formidable organización. Las obras que era necesario emprender, canales y presas, acequias y embalses, demandaban la colaboración de millares de personas que habían de trabajar guiadas por un objetivo común a las órdenes de gentes capaces de concebir y planificar trabajos de tal magnitud. Así debió de ocurrir. Pero el resultado fue mucho más lejos de lo previsible.

Unos cambios condujeron enseguida a otros. El riego copioso trajo de la mano cosechas generosas. La abundancia de alimento aceleró enseguida el crecimiento de la población, y no tardó

en hacer posible el desarrollo de nutridos grupos de personas ocupadas en trabajos distintos de la agricultura, sólo que ahora en un volumen muy superior al que había permitido el escaso excedente de las aldeas neolíticas. A los artífices del metal se unieron bien pronto artesanos de las más diversas especialidades que trabajaban las materias primas traídas de lejanas tierras por comerciantes cada vez más numerosos. Los sacerdotes, que seguían interpretando la oscura voluntad de los dioses, se ocupaban también de someter las salvajes aguas del río, mantener en buen uso las obras que lo apaciguaban y supervisar las cosechas, el acopio del excedente en los grandes silos colectivos y su reparto entre la población.

Tareas tan numerosas y complejas requirieron pronto de instrumentos capaces de controlar sin margen de error las entradas y salidas de grano, materias primas y productos elaborados de los silos y almacenes. La escritura y la numeración, tan complejas que quedaron desde el principio como patrimonio exclusivo de la casta de sacerdotes-administradores, se sumaron así enseguida a los logros de aquellos pueblos, y de su mano, la humanidad traspasó decidida el umbral de la historia. Desde entonces, los documentos escritos se sumaron a los vestigios arqueológicos como testimonios para el futuro de la vida de los hombres.

Y así, poco a poco, la quietud dejó paso a la algarabía; la sencillez, a la complejidad, y las tierras en torno a los grandes ríos del Creciente Fértil, antes estériles cenagales, se poblaron de pequeñas urbes independientes. En torno a cuatro mil años antes de nuestra era, Uruk, en el sur de Mesopotamia, ofrece ya las dimensiones y la fisonomía de una verdadera ciudad. En las centurias siguientes, son muchas las poblaciones que siguen su ejemplo en la propia Mesopotamia y en Egipto. En su centro, un gran templo sirve a un tiempo de hogar de su dios tutelar y sede de su actividad económica. Entre sus paredes, los graneros donde se guardan las pródigas cosechas, los almacenes que albergan los metales, la madera y las piedras preciosas traídas de lejanas tierras, los talleres para transformarlas en productos de lujo a mayor gloria de la deidad y de sus servidores, los archivos donde se apilan cientos de tablillas de arcilla en las que los escribas registran con detalle, con sus plumas de madera o marfil, cuanto entra y sale de la morada divina, todo ello bajo la atenta mirada de los escrupulosos sacerdotes, conforman una realidad distinta a cuanto el hombre conocía hasta entonces. Y en torno al templo, cientos e incluso miles de casas de adobe, elevadas murallas, intrincados canales y extensos campos de labor, reservados unos al dios y a sus servidores más directos, cedidos otros a los campesinos que alimentaban tan compleja maquinaria con su esfuerzo diario, constituyen el primer ejemplo de un mundo nuevo y pletórico de promesas de abundancia y seguridad.

Pero aquel paraíso terrenal distaba mucho de ofrecer a todos las mismas oportunidades de disfrutar de los abundantes recursos que generaba. Los sacerdotes, los servidores más directos del dios que se consideraba dueño de todo cuanto era y poseía la ciudad, retenían para sí, como administradores, una parte mucho mayor de la riqueza colectiva. La aportación a los graneros, antes voluntaria, se tornó contribución obligatoria. El trabajo de artesanos y comerciantes fue tasado y regulado. Quien se resistía podía ser forzado a obedecer, pues los soldados, llamados a defender la ciudad de los agresores externos, podían también usarse para imponer a los díscolos la voluntad del dios, que sólo los sacerdotes interpretaban. Y si los campesinos pretendían, como hicieran antaño, huir de la ciudad que les imponía cada vez más sacrificios en busca de un futuro mejor, sin duda se lo pensarían dos veces, pues la alternativa a una vida de trabajo y opresión, pero con vivienda y sustento garantizados, no existía en una tierra envuelta en yermos desiertos y estériles montañas que no tenían nada que ofrecer a quien, cegado un momento por el ansia de libertad, escogiera internarse en ellos.

Fresco del siglo xm a. C. de la tumba de Ipuy, en Deir el-Medina, que representa a un campesino sacando agua del Nilo por medio de un *shaduf,* un mecanismo de palanca con contrapeso que aún se usa en Egipto. El desarrollo de estos instrumentos, así como de la intrincada red de diques, canales y acequias que llevaba el riego hasta los campos de labor, se encuentra en la base del progreso de la civilización en esta región del planeta.

Fresco de alrededor del año 1200 a. C. hallado en la tumba de Sennedjem, un obrero de Deir el-Medina que vivió bajo la dinastía ramésida, que representa a un campesino arando con bueyes. La invención del arado, unida a las obras hidráulicas que garantizaban agua abundante, permitió obtener grandes cosechas de cereales que alimentaron un rápido crecimiento de la población en las tierras del Creciente Fértil.

Y así, de manera progresiva y quizá inconsciente, la distancia entre la élite de sacerdotes-

administradores y la gran masa de campesinos obligados a entregar la mayor parte de sus cosechas en forma de tributos forzosos a los graneros del templo fue haciéndose cada vez mayor. A la imposibilidad de huir y la burda coacción física, a la que sólo se recurría en caso de necesidad, se sumó desde el principio la sanción religiosa, un instrumento mucho más útil para perpetuar la sumisión de las masas. El poder, antes privado de soporte espiritual, se pretendía ahora parte del orden natural del mundo y fruto de la voluntad de los dioses, como sucedió en Mesopotamia, o de la condición divina de los propios monarcas, como ocurriría luego en Egipto. El arte se reveló asimismo como una herramienta de gran utilidad. Las colosales pirámides y templos egipcios y los imponentes zigurats mesopotámicos, que parecían alzarse hasta el mismo cielo, hacían sentir al individuo impotente y diminuto ante el inalcanzable poder del soberano capaz de levantar de la nada monumentos tan gigantescos. El ritual que lo envolvía, arcano y enigmático, terminaba de alimentar esa impresión. Y con todo ello, el Estado, hijo político de las transformaciones económicas y sociales, entró a formar parte para siempre de la vida de los hombres.

Mientras, el mundo del espíritu se hacía eco, como no podía ser de otro modo, de los cambios que experimentaba la vida colectiva. Las fuerzas de la naturaleza casi en estado puro, objeto del culto de los sencillos moradores de las aldeas neolíticas, se transformaron en deidades dotadas de atributos personales. El sol y la luna, la lluvia y el viento adquirieron cuerpo y rostro, encerraron sus efigies en los oscuros templos, reunieron a su alrededor una exquisita corte de adoradores profesionales y exigieron a través de ellos la devoción y los tributos de las masas. Dueños de todo en nombre del dios al que decían servir, los sacerdotes proscribieron las experiencias religiosas individuales, persiguieron a los viejos chamanes y se erigieron en una casta cerrada de burócratas de la religión, consagrados a secretos rituales, apenas visibles para los simples mortales, que, a diferencia de lo que ocurriera en la Prehistoria, tenían vedado el acceso a la parte más sagrada y recóndita de los templos.

Cada cultura dibujó con trazos propios el lienzo de la otra vida. En Mesopotamia, terribles deidades de hermosos nombres como Anu y Ki, Shamash y Enlil aceptaban sin inmutarse las ofrendas de gentes que, educadas en el temor, no esperaban del otro mundo sino la oscuridad y, en consecuencia, trataban de disfrutar en lo posible de la vida, convencidos de que su comportamiento en ella no les depararía consecuencia alguna tras la muerte. El país del Nilo, por el contrario, seguro al principio en el cálido abrazo del desierto y el mar, que protegían a sus pobladores de toda invasión, desarrolló una visión optimista de la existencia. Así, sus sacerdotes alimentaron la esperanza de los vivos mediante una original y elaborada teología que prometía la inmortalidad a los hombres dispuestos a practicar los precisos rituales y las complejas técnicas que, capaces de preservar la integridad de los cuerpos, también, según decían, podían asegurar la de las almas.

Más allá del Mediterráneo

Pero, ¿sucedió todo del mismo modo en otros lugares? No es muy probable que fuera así. El desarrollo urbano, la aparición de religiones eclesiásticas, la invención de la escritura y, en fin, el nacimiento del Estado, como antes había ocurrido con la implantación de la agricultura y la ganadería, fueron procesos que tuvieron lugar también en otras regiones del planeta sin mediación alguna de influencias externas que los impulsaron. Sin embargo, no todas esas regiones responden por igual a las características propias de los valles de los grandes ríos del Oriente Próximo. E incluso cuando nos encontramos frente a rasgos físicos y climáticos similares a los del Creciente

Fértil, no siempre lo son también los procesos socioeconómicos registrados ni las instituciones políticas y religiosas resultantes.

No es el caso de China. Aunque la aparición de la civilización urbana y la escritura se retrasaron mucho en Extremo Oriente, hasta una fecha próxima al 1700 a. C., la desigualdad estuvo presente allí desde mucho antes, y cuando cristalizaron las primeras culturas estatales, lo hicieron bajo una forma muy similar a Mesopotamia y Egipto. Poderosas ciudades protegidas por murallas lucharon entre sí dirigidas por élites amantes del lujo en esta y la otra vida, como atestiguan sus palacios y tumbas, hasta que una de ellas se alzó con el triunfo e impuso al resto su gobierno centralizado. Así vio la luz la dinastía Xia, la primera que registran las crónicas del Celeste Imperio.

No fue, quizá, muy distinto el proceso de la aparición del Estado en América. En sus dos focos originarios, la cultura olmeca, al sur del actual México, hacia el 1200 a. C., y la costa de Perú, cerca de un milenio más tarde, hallamos testimonios de profundas desigualdades sociales. En el primer caso, las grandiosas plazas, las estatuas monumentales, las pirámides, los palacios y los templos nos dicen tanto de las profundas diferencias entre clases propias de aquella cultura como sus ricos sarcófagos y sus exuberantes ajuares. En el segundo, los amplios espacios abiertos destinados, con toda probabilidad, a la celebración de ritos religiosos y los enormes conjuntos monumentales que los envuelven no resultan menos elocuentes. Estado y desigualdad caminaron también de la mano en América.

Sí parece, sin embargo, diferente el caso de la India. Hacia el 2600 a. C., las diversas culturas calcolíticas que se habían desarrollado en el valle del Indo a partir del 5000 a. C. comenzaron a agregarse para dar lugar a una civilización estatal que originó ciudades tan importantes como Harappa o Mohenjo-Daro. La apariencia de estas urbes, con sus casas rectangulares hechas con ladrillo de tamaño y forma regular, sus grandes ciudadelas fortificadas, casas de baños y templos, así como la presencia de una escritura aún desconocida, pero innegable, nos habla de una cultura avanzada que mantuvo relaciones comerciales con Mesopotamia y las regiones productoras de materias primas más próximas.

Escultura en piedra hallada en Mohenjo-Daro que representa a un hombre. La aparición del Estado en torno al río Indo ofrece peculiaridades que ponen en tela de juicio la validez universal de las explicaciones tradicionales acerca del desarrollo de la civilización en el Creciente Fértil.

Relieve asirio del palacio de Nínive que representa a un arquero en el momento de realizar una carga contra el enemigo. Aunque el pueblo asirio alcanzó celebridad por su belicosidad, el incremento de la violencia, sobradamente atestiguado por la arqueología, acompañó al nacimiento del Estado y, por supuesto, a su expansión en la mayor parte del planeta.

Sin embargo, la civilización del Indo presenta algunos rasgos que encajan con dificultad en el patrón característico de la aparición del Estado en el Creciente Fértil. No se ha hallado en sus ciudades resto alguno de palacios o residencias de lujo, monumentos de gran tamaño o tumbas ricas en ajuares. Faltan también representaciones artísticas de las actividades propias de la clase dirigente, como la guerra o el ejercicio mismo del poder. Quizá todo ello significa que tal clase no existía, o que su autoridad se toleraba siempre que no resultara demasiado evidente. En cualquier caso, nos encontramos ante una prueba creíble de que las cosas no sucedieron de igual modo en todas partes.

Hay estados aún más originales, pero igualmente ciertos. Los hallamos incluso sin ciudades, como los creados por escitas y mongoles; o edificados sobre cortes ambulantes, como el abisinio. No se trata, por tanto, de un problema sencillo ¿Cuáles fueron, entonces, los factores determinantes que hicieron posible la aparición del Estado? En 1978, el antropólogo holandés Henri Claessen y un colega suyo, el checoslovaco Peter Skalnik, publicaron bajo el título de *The early State* —que se traduciría al español como 'El Estado inicial' o 'El Estado temprano'— un profundo estudio comparativo, hoy considerado un verdadero clásico, sobre el origen de veintiún estados repartidos por todo el planeta. Su conclusión fue contundente. Muy pocos rasgos aparecían en todos los casos; en realidad, sólo dos: la existencia de un excedente suficiente para mantener a un nutrido grupo de personas liberadas de la producción directa de alimentos y la presencia de una ideología justificativa del poder que adoptaba un carácter religioso. Otros dos eran, asimismo, sumamente frecuentes: el aumento de la desigualdad y la intensificación de la violencia.

La difusión del Estado

Muchos estados, por otra parte, no surgieron como resultado de la evolución interna de su sociedad, sino como fruto de la acción de fuerzas externas a la misma. En realidad, la nueva construcción política, mucho más eficaz en el terreno militar que la jefatura, era expansiva por su propia naturaleza. Así, en cada zona donde nació un Estado prístino —-tal como lo denominara Morton Fried en 1967—, se originó enseguida un cierto número de estados secundarios. Desde Mesopotamia y Egipto, el Estado se extendió hacia el norte, el este y el sur, generando eficaces imitaciones entre los hititas, los hurritas y los persas, entre otros. Desde China y la India, se contagió a Japón e Indochina. El Estado olmeca quizá se halle en el origen de sus sucesores maya y azteca, entre otros. Y respecto a Europa, sus pobladores experimentaron en los últimos milenios antes de nuestra era progresos innegables. Las herramientas de metal, el arado, la rueda, el barco de vela o el comercio a larga distancia, así como armas más perfectas y ajuares más ricos, no resultaron ajenos a los europeos de entonces. Sin embargo, en la mayor parte del continente la evolución política no fue más allá de las sociedades de jefatura que estos avances atestiguan. El Estado apareció tan sólo hacia el este, en las islas del Egeo y la península balcánica, y fue más un resultado de las influencias externas que de la propia dinámica interna de sus sociedades.

Desde el punto de vista de los estados prístinos, había buenas razones para la expansión. Unos pocos siglos después de la adopción de la nueva forma de organización política, la tierra, habitada por una población mucho más numerosa, se había tornado de nuevo escasa, y el fantasma del hambre se cernía una vez más sobre las gentes. Además, el Estado confería una notable superioridad militar a los pueblos que lo poseían sobre aquellos que conservaban una organización tribal o de simple jefatura. Era, pues, tan sólo cuestión de tiempo que los monarcas trataran de arrebatarles por la fuerza las materias primas que necesitaban sus artesanos en lugar de obtenerlas pacíficamente, imponiendo tributo a quienes las producían más allá de sus fronteras. Los enemigos derrotados les ofrecían, además, una ventaja añadida: convertidos sin más en esclavos, incrementaban la masa de trabajadores a su servicio, y con ellos su riqueza y su capacidad de emprender nuevas conquistas. De ese modo, impulsado por la guerra, el Estado fue extendiéndose. Nacido a veces en una ciudad, otras en una pequeña región, se enseñoreó de territorios cada vez más amplios. Tres mil años antes de nuestra era, todo el país del Nilo aparece unido por vez primera bajo el cetro de un solo monarca, Menes, el primero en ceñir la doble corona del Alto y el Bajo Egipto. Cinco siglos más tarde, Sargón, rey de Akkad, somete a su dominio la mayor parte de Mesopotamia.

Pero era sólo el principio. Los pueblos colindantes también tenían buenas razones para adoptar la nueva forma de organización. En realidad, pronto descubrirían que sólo les cabían dos opciones. Podían someterse a los dictados de sus poderosos vecinos, integrándose como vasallos en su red de producción y redistribución de recursos. Pero también podían imitar su organización, crear ellos mismos sus propios estados y tratar así de resistirse con más eficacia a su voluntad imperialista, controlando en beneficio propio sus materias primas y rutas comerciales. O incluso valerse de esa eficacia para lanzarse ellos mismos a la guerra contra sus vecinos, no con el objetivo de someterlos, sino tan sólo para depredar sus riquezas. Así, de un modo u otro, el Estado se fue extendiendo y unos pocos siglos después de su aparición, dio paso a los imperios.

Pero la expansión del Estado no pudo dejar de producir consecuencias también dentro de él, que modificaron su propia estructura. El poder de las corporaciones sacerdotales que dirigían los templos comenzó a debilitarse. La guerra, como era de esperar, reforzó el poder militar en detrimento del religioso. El rey-sacerdote dejó su lugar al rey-guerrero; el palacio, como ha demostrado la arqueología, se independizó del templo y se rodeó a su vez de graneros, talleres, almacenes y tierras. Las conquistas produjeron también cambios sociales. Junto a la propiedad colectiva de los campos,

administrada por el clero que dirigía los templos, apareció la propiedad privada, de pequeña extensión la que se entrega a los soldados que la reciben tras una campaña victoriosa o una larga vida en la milicia, mucho mayor cuando el beneficiario es un general que ha extendido con sus triunfos las fronteras del imperio, pero siempre individual y ajena al control de corporación alguna. El comercio, antes limitado en frecuencia y alcance y controlado por el Estado, expande ahora sus rutas a los países más lejanos y, mucho más complejo y diversificado, exige medidas fiables del valor y el precio de las mercancías, unidades que permitan pasar del simple trueque o el pillaje disfrazado de intercambio al comercio en toda regla. El dinero, primero como lingotes de metal precioso pesados en cada transacción, sellados después para garantizar su masa y su ley, satisfará tal necesidad. Y de la mano de los cambios económicos, nuevos y opulentos grupos sociales surgen para acompañar a soldados, escribas, artesanos y sacerdotes. Son comerciantes independientes, que trabajan ya en beneficio propio y no sólo del templo o del monarca que en otro tiempo requería de sus servicios, y una clase media de labradores independientes, pero también verdaderos esclavos, numerosos como nunca antes, producto de las interminables guerras que vienen todos ellos a enriquecer una sociedad a cada paso más compleja.

Ascenso y caída de los imperios

Y mientras, por todo el mundo, los imperios nacen, se expanden, se desintegran y desaparecen, tan sólo para ceder su lugar, después de un período más o menos prolongado de anarquía, a un sucesor quizá capaz de englobar una mayor extensión de tierra bajo su dominio, pero llamado en última instancia a idéntico destino fatal.

¿Por qué caían los imperios? ¿Qué suerte de ley histórica, de existir alguna, imponía un sino tan nefasto a construcciones políticas de estructura tan sólida? En realidad, su solidez era tan sólo apariencia. Tras ella se encontraba siempre una sociedad en extremo bipolar en la que una minúscula élite de administradores imponía su dominio a una gran masa de campesinos cuyo excedente gestionaba en beneficio propio mientras los mantenía tan sólo un poco por encima del límite de la supervivencia. Las mejoras en el nivel de vida se producían sólo al principio. Más tarde, cuando el entorno alcanzaba el límite de población que podía alimentar con la técnica disponible, la única opción era la expansión, el dominio de nuevas tierras y gentes a las que someter a idéntica forma de explotación. Pero un territorio mayor exigía también más burocracia, más soldados, más tributos para mantenerlos, y creaba enseguida corrupción e ineficacia, pues los agentes de un gobierno central cada vez más lejano disponían también de mayores oportunidades de enriquecerse a sus espaldas e incluso de romper los lazos con él cuando les resultara beneficioso. Así, el imperio devoraba pronto los beneficios que generaba, aumentando la pobreza y el descontento en su seno y tornándose más vulnerable a los ataques externos, hasta que, alcanzada cierta masa crítica, la autoridad del soberano se desmoronaba y se abría así un período más o menos dilatado de guerra, pillajes y destrucción bajo el anárquico predominio de los poderes locales. Luego, cuando uno de esos poderes lograba imponerse al resto o un invasor los sometía a todos a sus dictados, un nuevo imperio nacía de las cenizas del otro y el ciclo se repetía una vez más.

Con todo, y a pesar de su esencia despótica, cuando el Estado se trocó en imperio, la religión que le acompañaba se transformó con él. Sus deidades, antes propias y exclusivas de cada pueblo, se proclamaron universales, y su rostro, hasta entonces terrible, se tornó amable y dispuesto a acoger bajo su manto protector a todos los hombres sin distinción de raza. No se trató de una casualidad.

Los dioses misericordiosos hacían más fácil el sometimiento de los pueblos vencidos, tentados por las promesas de una vida mejor bajo gobernantes mucho más generosos que los propios. Desde luego interesaba más a los estados en expansión mantener pueblos y ciudades sometidos produciendo para ellos alimentos y materias primas que arrasarlos por completo y eliminar así de un plumazo su capacidad para generar riqueza. Sin embargo, a pesar de todo, los imperios no eran sino enormes depredadores llamados a perecer cuando ellos mismos devorasen las riquezas que los alimentaban pero no sabían producir de un modo capaz de alimentar a una población en continuo crecimiento. Cuando la expansión territorial ya no fuera posible, tampoco lo sería su existencia. La caída del Imperio romano estaba ya escrita miles de años antes de que se produjera. Pero esto es otra historia.

La vida de los humildes

Las primeras civilizaciones estatales impulsaron avances técnicos y económicos de gran importancia. Los habitantes de Mesopotamia, por ejemplo, no sólo inventaron la rueda, el arado, la navegación a vela y el torno de alfarero, sino que descubrieron la multiplicación y la división, así como el sistema sexagesimal. A ellos debemos, asimismo, el primer código legal y los primeros contratos comerciales, así como el cheque, la letra de cambio y el pagaré, herramientas que con el tiempo habrían de resultar indispensables para el desarrollo de los intercambios a gran escala. Los egipcios, por su parte, realizaron decisivas aportaciones en disciplinas como la agrimensura, la arquitectura, la medicina e incluso la cirugía. Y ambos pueblos, al igual que los olmecas en América central, alcanzaron un notable nivel de conocimientos astronómicos y desarrollaron sistemas de escritura ideográfica que, a pesar de su complejidad, sirvieron con eficacia al propósito para el que fueron concebidos.

Sin embargo, muy pocos de estos logros tuvieron repercusiones prácticas en la vida de la gente corriente. En los imperios antiguos la existencia de los humildes distaba mucho de ser larga y cómoda. Los hombres vivían poco, no más de treinta o, en el mejor de los casos, cuarenta años, y su salud, a tenor del estado de los cadáveres que han llegado hasta nosotros, debía de ser incluso peor que la de sus antepasados cazadores y recolectores, quizá por la escasa variedad de los alimentos que ingerían y las largas jornadas de duro trabajo que habían de soportar. El pan, sobre todo de trigo, era con mucho el principal alimento al este del Atlántico, como el de maíz lo era al oeste. La carne, por el contrario, no se consumía de manera habitual, a pesar de la existencia de animales domésticos, aunque sí las frutas y hortalizas, que se cultivaban en huertos familiares. El vino, de uva o arroz, y la cerveza, elaborada a partir de la cebada, debían de ser las bebidas más frecuentes, con predominio del uno o la otra según las zonas, si bien sabemos de la existencia en la cultura del Indo de diversas bebidas espirituosas, como el *soma,* elaborado a partir de una planta de origen iranio que aún desconocemos y reservada para los sacrificios rituales, o la *sûra,* que consumía habitualmente el pueblo a pesar de las prohibiciones que pesaron ocasionalmente sobre su ingesta.

La condición de la mayoría de las gentes era, sin duda, muy poco afortunada. Sometidos a un estado de servidumbre colectiva, los campesinos del Creciente Fértil, al igual que sus iguales en China, venían obligados a trabajar para su soberano, que requería mano de obra en abundancia para mantener en buen uso los canales y diques de los que dependía el volumen de las cosechas. Aun así, es posible apreciar diferencias. Con toda seguridad vivía mejor el labriego egipcio, que disfrutaba al menos de sólidas y soleadas viviendas de adobe constituidas por varias habitaciones que se abrían a un patio y podía complementar su dieta de cereales con las verduras que le proporcionaba su huerto

familiar y la leche y la carne de sus animales domésticos. Y las condiciones eran mucho peores en China, donde los humildes habían de pasar buena parte del año en chozas de ramas construidas a toda prisa sobre los mismos campos de labor y carecían incluso de personalidad jurídica alguna fuera de la comunidad a la que pertenecían, única entidad que disfrutaba de reconocimiento legal. Sólo en la India, sin embargo, parecía librarse en alguna medida el hombre del campo de las corveas y los tributos asfixiantes que padecían sus iguales del resto del mundo. Los canales y los diques, por lo que sabemos, eran responsabilidad de una comunidad fundada, a pesar de la precoz presencia de castas de raíz religiosa, sobre presupuestos más igualitarios, que incluso permitían a los humildes organizarse en asambleas y participar así en ciertas decisiones del soberano.

La condición social de los esclavos, sin embargo, debía de ser mejor en general de la que luego tendrían entre griegos y romanos, pues, como se deduce del llamado Código de Hammurabi, un texto legal babilónico del siglo xvm a. C., la ley reconocía su personalidad jurídica, e incluso les concedía el derecho a poseer bienes y a comprar su propia libertad, como sabemos que ocurría también por entonces en la India. Existían, es cierto, en todas partes esclavos en el sentido habitual del término, que la norma equiparaba a simples herramientas parlantes, pero eran poco numerosos, pues sólo nutrían sus filas los deportados y los prisioneros de guerra.

La posición de la mujer era sin duda menos inicua de lo que acostumbra a recoger el imaginario popular de nuestros días. Aunque el matrimonio era la única opción que le aseguraba ciertas prerrogativas de orden civil y económico, y el ordenamiento jurídico permitía —con menores derechos para la mujer— el concubinato y la poligamia, no por ello debemos pensar en un modelo de mujer ignorante y sumisa, limitada al papel de esposa y madre, que pasaba de la autoridad del padre a la del marido sin concesión alguna a su voluntad o sus intereses. En Mesopotamia, por ejemplo, no le estaba vedado por ley el acceso a ninguna profesión, conservaba el control de sus bienes y no podía ser repudiada sin más, sino que se exigía al marido que argumentara su solicitud de divorcio ante los tribunales. No muy distinto era el caso de Egipto, donde incluso debía ser mantenida por su ex marido en caso de ruptura del vínculo matrimonial. Y bastante mejor parecía ser el de la India, donde las fuentes nos hablan hasta de mujeres que alcanzaron cierta notoriedad como ascetas y teólogas. Incluso en la China de las primeras dinastías, donde los campesinos soportaban sobre sus hombros todo el peso de una sociedad rígidamente jerarquizada y la unión entre ellos carecía del reconocimiento legal propio del matrimonio, goza al menos del derecho a escoger marido, siempre que lo haga, eso sí, fuera de su propia aldea.

Sellos pertenecientes a la cultura del Indo. Contemporánea de las civilizaciones egipcia y mesopotámica, su escritura, que conocemos desde hace casi un siglo y medio, aún no ha sido descifrada. En 2004, una provocativa tesis defendió que carecía de contenido lingüístico y que no cabía ver en ella sino sencillos pictogramas de simbología política o religiosa.

Asimismo, aunque no puede negarse que tanto en el país del Nilo como en Mesopotamia la esposa adúltera era a menudo castigada con la muerte, pena que, huelga decirlo, no se aplicaba jamás al marido, la moral sexual que se le imponía no era ni mucho menos tan estricta como habría de serlo luego en el Occidente cristiano. En la China del segundo milenio antes de nuestra era, los chicos y las chicas solteros disfrutaban de gran intimidad antes del matrimonio, lo que incluía relaciones sexuales libres en los largos períodos que la comunidad pasaba en los campos de labor en primavera y verano, e incluso verdaderas orgías con motivo de las distintas celebraciones vinculadas al calendario agrícola. Sólo mucho más tarde la moral confuciana impondría rígidas prohibiciones sobre la vida sexual.

También en el país del Nilo el sexo parecía asumirse como una fuente natural y legítima de placer sobre la que no pesaba interdicción jurídica o moral de ningún tipo, aunque la homosexualidad sólo era aceptada, o más bien tolerada, en determinados ambientes cortesanos. La poesía egipcia entona con frecuencia sentidas alabanzas a los impulsos eróticos sin disfrazarlos en exceso, y aunque el arte figurativo apenas nos ha legado escenas carnales explícitas entre mortales —no así entre dioses— más allá de algunos grafiti y fragmentos de cerámica, hay al menos una excepción importante: el llamado Papiro de Turín, datado en el reinado de Ramsés II, entre el 1279 y el 1213 a. C., en el que aparecen dibujados hasta nueve actos de sexo explícito entre hombres mayores con grandes penes y mujeres jóvenes, en lo que suele interpretarse como vívida descripción de la vida en un burdel. Tampoco debe sorprendernos en exceso en una cultura cuyo relato de la creación atribuye esta al resultado de la masturbación de un dios primigenio, de cuya semilla habrían nacido todos los seres. Asimismo, abundan los textos referidos al uso de afrodisíacos, entre ellos la mandrágora, y también los que describen diversas recetas y prácticas anticonceptivas. Así, en una de dichas recetas se insta

a mezclar apio y cerveza dulce, una mixtura con la que se debían untar los genitales, y otro útil remedio consistía en introducir en la vagina una especie de tapón previamente impregnado en una mezcla de miel, dátiles, espinos de acacia triturados y coloquinto. En todo caso, y como veremos en los próximos capítulos, no fueron los egipcios, sino los griegos y los romanos, los más aficionados a hacer del sexo un tema recurrente de las más diversas manifestaciones artísticas.

El conocido como Papiro de Turín, por hallarse en el museo de dicha ciudad, es un rollo de papiro de poco más de dos metros y medio de longitud fechado en el reinado de Ramsés II, entre el 1279 y el 1213 a. C., en una de cuyas caras se representan escenas sexuales muy explícitas que supuestamente ilustran la narración de las aventuras de un visitante en un burdel de Tebas.

4

El amanecer de Occidente

> [...] cuadros nacionales y políticos, estética y moral, valores de todos los órdenes, armadura jurídica de los Estados, maneras y costumbres de la vida cotidiana; nada de lo que nos rodea habría sido lo que es si Roma no hubiese existido. La misma vida religiosa conserva la huella de Roma. ¿No fue en el interior del Imperio donde nació el cristianismo, donde consiguió sus primeras victorias, formó su jerarquía y, en una cierta medida, maduró su doctrina?
>
> *La civilización romana*
> Pierre Grimal

El alba de la razón

Las culturas estatales habían alcanzado, en diversas regiones del planeta, un nivel notable de civilización. Los adelantos técnicos que se habían producido en su seno sin duda habían impulsado el progreso global de la humanidad. En algunas de ellas, de la mano de la aparición de los primeros dioses de vocación universal, incluso se habían producido avances en el campo de la moral. Pero la dignidad superior del hombre y la consideración del individuo como un ser esencialmente libre y enfrentado a cada momento a decisiones de carácter ético no había hallado aún acomodo en aquellas sociedades terriblemente despóticas en las que la vida humana no valía mucho más que la de una cabeza de ganado.

Este avance, fundamental desde nuestra perspectiva actual, se produjo en un pequeño rincón del mundo, tan sólo un apéndice del vasto continente asiático, que con el tiempo se conocería como Europa. Allí, al sur de la península balcánica, la más oriental de las europeas, y en las numerosas islas que, en desordenada recua, la envuelven por doquier, nació una civilización llamada a ofrecer al ser humano las herramientas que le permitirían alcanzar sus mayores cotas de progreso y dignidad.

Grecia, abrupta, rota en infinitos valles casi aislados entre sí, azotada por vientos continuos, sin ríos ni lluvias que alivien a la tierra su crónica aridez, dueña de un suelo pobre y rocoso que nada ofrece a los pueblos de agricultores hechos al cultivo del cereal, tan sólo amante del olivo, la higuera o la vid, parecía complacida de huir de la compañía del hombre. El medio era en ella menos exigente que junto al Nilo o a orillas del Indo, pero también menos dadivoso. El excedente, escaso, sólo podía lograrse con gran esfuerzo y jamás alimentaría un crecimiento demográfico intenso. Las comunidades humanas, encerradas en sus valles, no se mostrarían dispuestas a plegarse a los designios de un Estado que no poseía argumento alguno con el que persuadirlas.

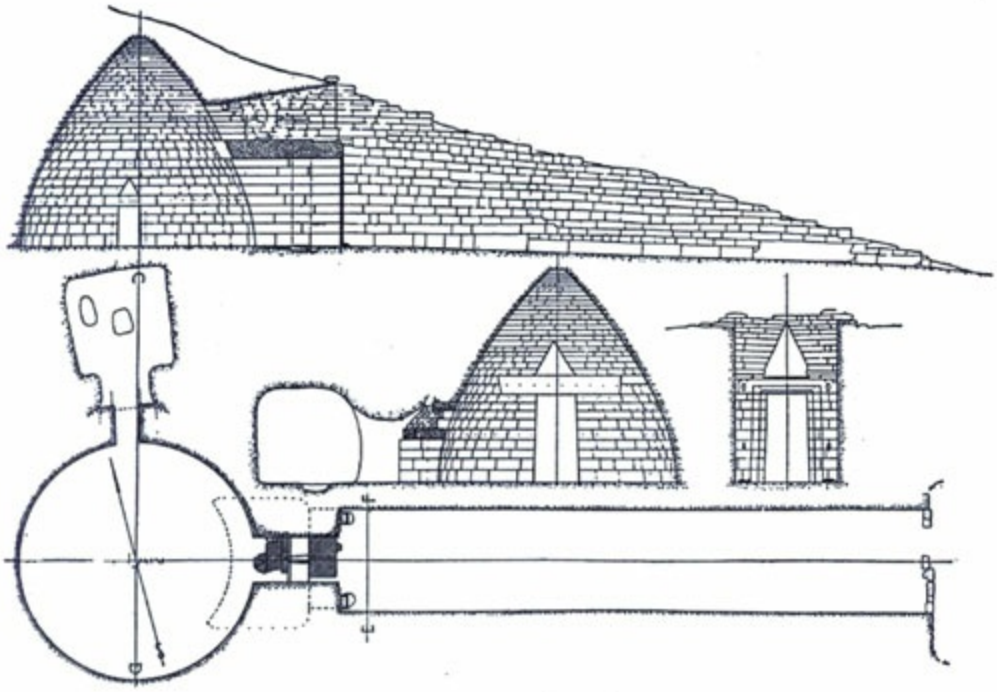
Sin embargo, Grecia se hallaba muy cercana a algunas de las tierras donde el Estado había dado sus primeros pasos. Dos mil años antes de nuestra era, sus pobladores fueron también seducidos por el engañoso perfume de la civilización. La primera cultura estatal de que tenemos noticia allí, que la tradición, tomando su nombre del rey Minos, uno de sus míticos monarcas, ha dado en llamar minoica, refleja así los trazos de las culturas del Creciente Fértil, bien que amoldados a las peculiaridades de su entorno. En Creta, en lugares como Cnosos y Festos, las casas se arracimaron junto a los palacios de los reyes-sacerdotes, que sirvieron también, al igual que los templos de

Mesopotamia y Egipto, de centros administrativos y de redistribución de los alimentos, materias primas y productos elaborados. Pero no siendo allí tan generosa la naturaleza, no fue la tierra, sino el mar, el garante de la riqueza, y fueron por ello el comercio y la artesanía, y no la agricultura, los cimientos de la opulencia. Durante siglos, la talasocracia cretense, un verdadero imperio comercial asentado en la mar, extendió sus redes por el Mediterráneo oriental. Chipre, Egipto, Fenicia, las islas del Egeo y la misma Grecia consumieron su dorado aceite, compraron su elaborada cerámica y admiraron un arte que rendía culto en sus palacios fastuosos, sus polícromos frescos y sus delicados jarrones y estatuillas a una naturaleza que se dejaba querer por gentes que amaban la vida como luego lo harían todos los hijos del Mediterráneo.

Sin embargo, aquel primer ensayo de Estado pronto conocería su final. Hacia el 1600 a. C., los aqueos, un pueblo de origen indoeuropeo procedente de tierras septentrionales, sometía a sus designios la península balcánica y las islas del Egeo, debilitadas entonces por terribles catástrofes naturales. Greciaen-tera se pobló enseguida de pequeñas ciudades-estado que, creyéndose a salvo tras sus ciclópeas murallas, se dieron a la guerra con la misma fruición con que sus predecesores se entregaron al comercio. Micenas, la urbe que da nombre a esta civilización paradójica, no fue más que la primera entre aquellas ciudades, ferozmente independientes, pero hermanas en cultura. Piratas y soldados antes que comerciantes y artesanos, los aqueos lograron, no obstante, llevar sus influencias muy lejos a través del mar. Sus palacios y tumbas se hallan en Sicilia; su cerámica y sus armas, en Egipto y en los arrabales mismos del mundo germánico. Occidente descubre el metal, y son las tierras ricas en cobre o estaño, unidos para convertirse en bronce, las que más se benefician de los progresos que llegan desde la costa. Los poblados se envuelven en murallas; la igualdad entre las personas se extingue; los jefes imponen su autoridad; las tumbas monumentales proliferan. Las culturas del bronce —Únetice y los campos de urnas en Europa central y oriental, el vaso campaniforme al oeste del continente, El Argar en el sudeste de la península ibérica y muchas otras —, sociedades de jefaturas que parecen negarse a convertirse en estados, se enseñorean de Europa entre el 2200 y el 1500 antes de Cristo.

Fotografía del acceso y plano (en la página siguiente) del denominado Tesoro de Atreo, sepulcro de corredor próximo a las ruinas de la ciudad de Micenas, en Grecia, que la tradición atribuye a Atreo, padre del rey Agamenón, el famoso monarca que, a decir de Homero, condujo a los

griegos en la guerra de Troya. Construido probablemente hacia el siglo xin a. C., es el mejor ejemplo de tumba rematada en una falsa bóveda por aproximación de hiladas de sillares, un modelo llamado a alcanzar gran éxito en todo el Mediterráneo.



EL NACIMIENTO DE LA POLIS

Pero la historia no acabaría ahí. En el 1200 a. C., los llamados «pueblos del mar», dueños ya de mortíferas armas de hierro, arrasan el Imperio hitita, conmueven el Egipto del faraón Ramsés III y uno de ellos, el de los dorios, aniquila las ciudades de los aqueos. Una larga era de oscuridad enturbia nuestras fuentes. Cuando concluye, allá por el siglo viii a. C., nuevos imperios se han formado en el Oriente Próximo, fiel a su tradición estatal. Pero la Grecia que ahora encontramos es un mundo bien distinto. Los palacios, las grandes tumbas y las guerras entre príncipes son un mero recuerdo, relegado al terreno de la leyenda. No hay por doquier sino aldeas que se han unido para constituir pequeñas villas y formar así, con los campos que las rodean, una nueva entidad. El proceso se llama sinecismo; su fruto, la «polis».

La polis está llamada a ser mucho más que una ciudad, pero eso es cosa del futuro. Su apariencia tiene ahora poco de espectacular. Sus moradores apenas sobreviven arrancando al suelo su fruto miserable; son pobres el comercio y la artesanía, y escaso el bullicio que la anima. Sus vínculos son de sangre; no ha brotado aún en ella el espíritu de la ciudadanía. Quizá por ello entrega su gobierno a un consejo de nobles que asientan su autoridad en los mitos del pasado y acaparan sin pudor las magistraturas. La asamblea, donde se reúnen los campesinos soldados, los «hoplitas», así llamados por el *hoplón,* el gran escudo redondo que portaban, nada decide.

Pero hondas transformaciones se pondrán pronto en marcha. Poco a poco, el trigo y la cebada, poco adecuados al suelo pedregoso de Grecia, retroceden en favor del olivo y la vid. No se trata de un simple cambio de cultivos. El aceite y el vino se destinan al mercado antes que al propio sustento y sus precios no son estables. El campesino se endeuda, pierde su terruño y, a veces, incluso su

libertad. Las tensiones sociales aumentan. Los poderosos tratan de limarlas enviando lejos a los díscolos. Muchos barcos abandonan Grecia en pos de nuevas tierras. Las colonias helenas comienzan a poblar el Bósforo, el mar Negro, las costas de Asia Menor, el norte de África e incluso la lejana Iberia, llevando con ellas la cultura de la Hélade. Pero no es sino una solución temporal. Las colonias reclaman las ciudades de las que partieron sus fundadores y los bienes que no producen a sus metrópolis. Alimentados por la pujante demanda, las manufacturas y el comercio crecen como nunca. La aparición de la moneda, hacia el siglo vi a. C., agiliza los intercambios. Artesanos y comerciantes, ricos, pero excluidos del poder político, vuelven sus ojos hacia los campesinos. Juntos quizá puedan forzar a los aristócratas a compartir el gobierno de la polis.

Así sucede, aunque no siempre del mismo modo. En algunas ciudades, un noble frustrado por las derrotas sufridas a manos de los suyos se vale de las masas para conquistar el poder, que ejerce de modo voluble, beneficiando al pueblo que lo aupó, pero reprimiendo también con dureza a quien se le opone. La tiranía no es, sin embargo, el único camino. Los aristócratas a veces aceptan compartir el gobierno con los demás grupos sociales y permiten que un respetado legislador conciba una nueva constitución y la escriba para que nadie se ampare en la costumbre como pretexto para el abuso. El Consejo, por el que pasan por turno todos los ciudadanos, es ahora el que delibera y propone, pero es la Asamblea, de la que todos forman parte, la única que decide. Las magistraturas son electivas o se sortea su desempeño. Incluso la justicia se imparte por turnos. Ha nacido la democracia. Atenas se erige en modelo. Buena parte de Grecia la seguirá.

Imagen actual de la Acrópolis de Atenas. Los primeros pobladores de una comarca escogían siempre para establecerse lugares elevados y de fácil defensa. Con el tiempo, en torno al asentamiento inicial se arracimaban barrios que terminaban por dar lugar a una ciudad. Entonces, el emplazamiento original se reservaba para la construcción de templos y otros edificios públicos, adoptando la denominación de «acrópolis», que significa 'ciudad alta'.

La vida en las polis griegas, que habían heredado de sus antecesoras aqueas un intenso apego a la independencia política, se hace entonces muy similar. El heleno vive en la calle, al aire libre, fuera de un hogar por lo general diminuto, pobre e insalubre, a no ser que tenga la suerte de habitar en el

campo, no muy lejos de la ciudad, a la que va y viene andando, pues no permiten otra cosa los caminos, casi siempre angostos y mal cuidados. Dedica buena parte de su tiempo a pasear con los amigos y charla o juega con ellos, a las tabas o los dados. Asiste con frecuencia al teatro, donde ríe con las comedias de Aristófanes o se emociona con las tragedias de Sófocles y Eurípides, y no menos al estadio, donde se celebran a menudo las carreras y las luchas que tanto excitan su alma apasionada. Pasa mucho tiempo en la palestra, bañándose, cuidando su cuerpo con ejercicios gimnásticos o, una vez más, departiendo en animada charla. Pero, de seguro, su mayor satisfacción la experimenta cuando expone su parecer en la Asamblea, ante sus iguales, ricos o pobres, o desempeña, por riguroso turno o por sorteo, alguna magistratura, o cuando ocupa un puesto en los tribunales. Porque la política, junto a la guerra a la que va unida, constituye la única tarea que el hombre griego considera propia y digna de su condición de ciudadano. Ser ciudadano implica ser soldado y a la inversa, y siempre han de estar dispuestos para ambas su cuerpo y su espíritu, y sobre todo sus armas de hoplita, que su dignidad le exige costearse y mantener en buen estado. Son, por tanto, los esclavos, muy numerosos y tenidos por meras herramientas sin derecho alguno, o los extranjeros, artesanos y comerciantes en su mayoría, quienes se encargan de las tareas productivas, pues sólo aquellos, privados del privilegio de la ciudadanía, disponen de tiempo para ello. El ateniense, que vive de las rentas de sus tierras, no suele leer y quizá no sepa de números mucho más de lo necesario para que no le engañen en las compras. Adora, eso sí, reunirse con sus iguales, y jugar y charlar con ellos en simposios regados por abundante vino mezclado con agua y animados por hermosas y complacientes hetairas, jóvenes mujeres que proporcionan solaz a un tiempo al cuerpo y al espíritu. Y no le hace ascos a iniciar a algún hermoso joven en la vida adulta a cambio de sus favores, pues la pederastia, así entendida, forma parte de las costumbres griegas y a nadie escandaliza.

¿Y la mujer? Su lugar es la casa, y su estado natural, el matrimonio legítimo, orientado a la procreación de nuevos ciudadanos. Pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que la mujer griega no sea otra cosa que una simple herramienta reproductiva. Es la esposa la que administra para el marido el *oikos,* el patrimonio, constituido por la casa y las tierras de labor que la rodean, pues el trabajo manual no se considera digno de un hombre libre. Es ella, asimismo, la responsable de educar a los hijos, que su esposo viene obligado a procrear, con o sin amor, para garantizar tras su muerte la conservación y la unidad de los bienes familiares. Pero es también ella la protagonista de muchas y relevantes celebraciones religiosas, como si la sabiduría de los griegos deseara compensar de ese modo su exclusión de la ciudadanía confiriéndole un papel superior al del hombre en el importante terreno de la religión, poseedor en la Hélade de un carácter no menos cívico que el de la política. Y, lejos de constituir un tabú, su placer sexual, aunque desconocido en sus mecanismos —ignoran los griegos la existencia del orgasmo femenino—, no sólo es aceptable por el hombre, sino que se tiene por bueno y conveniente para favorecer la procreación.

Pero no todas las polis han seguido la estela de Atenas y, con ella, el camino de la democracia. Esparta, sobre todo, se aferra a su vieja constitución oligárquica. Dos reyes con competencias militares y religiosas se miran de reojo, temerosos del espectro de la tiranía. Cinco éforos —magistrados— los vigilan mientras velan por el respeto a la tradición y las leyes. Pero es el Consejo vitalicio de ancianos, la *Gerousía,* el verdadero depositario del poder. La Asamblea no tiene más participación que el voto, por aclamación y sin deliberación alguna. Fuera de la comunidad política, los periecos, artesanos y comerciantes que habitan los alrededores de la ciudad, y los ilotas, campesinos sometidos a servidumbre, son objeto del desprecio de los orgullosos espartanos, que, gracias al esfuerzo de aquellos, pueden dedicar todo su tiempo a entrenar su cuerpo y su espíritu en

la dureza de la vida militar, sin concesión alguna a la molicie de la vida urbana, que en su polis, poco más que un villorrio parco en monumentos y espectáculos, no posee el aire civilizado del resto de las ciudades griegas.

Griegos y persas

Atenas y Esparta, dos rostros de la misma alma griega, parecen capaces, sin embargo, de colaborar en la defensa de la civilización común. Así lo hacen frente al invasor persa a comienzos del siglo v a. C. Pero luego, concluidas las llamadas Guerras Médicas con la victoria de los helenos, cuando la cooperación ya no es necesaria, incluso la coexistencia se torna difícil. Atenas, elevada bajo el gobierno de Pericles al culmen de su esplendor, pacta con los espartanos treinta años de paz. La capital del Ática brilla entonces con luz propia. Iluminada por el pensamiento de Protágoras, de Gorgias, de Sócrates o de Platón, ornada por las esculturas de Fidias, emocionada o angustiada por las obras que se representan en sus teatros, toda Grecia se mira en ella como en un espejo que le devuelve, embellecida, su propia imagen. Pero los espartanos son poco sensibles a los logros culturales de su adversaria y se niegan a aceptar su hegemonía. Grecia se parte en dos. La llamada Guerra del Peloponeso, en el último tercio del siglo iv a. C., tan encarnizada como cualquier lucha de ideas, es una conflagración a vida o muerte que concluye, a punto de morir el siglo, con la victoria espartana. Pero este conflicto no será el último. Los griegos aman demasiado su libertad y toleran mal a quien trata de quitársela. Las guerras se encadenan. Grecia languidece. Sus campos, arruinados, expulsan al campesino hambriento hacia la ciudad en busca de pan y de trabajo. Y la ciudad, superpoblada y en crisis, no puede ofrecer ni uno ni el otro. La polis paga así el precio de su orgullo.

Y mientras, al norte, en Macedonia, un poder nuevo ha crecido en la sombra. Su rey, Filipo II, sueña con unir bajo su mando a los griegos y lanzarlos contra el Imperio persa, sometiéndolo en su propia casa y vengando así los agravios pasados. Su talento militar y la fuerza de sus falanges subyugan enseguida a sus debilitados vecinos del sur. Dispone entonces un ejército y pone sus ojos sobre Asia Menor, pero la muerte le sorprende cuando acaricia ya el sueño por el que tanto ha luchado. Será su hijo Alejandro III, luego llamado «Magno», es decir, ‘el Grande’, el destinado a convertirlo en realidad, aunque antes deberá, una vez más, recordar a los belicosos griegos quién manda ahora en la Hélade. El cachorro de Filipo en nada desmerece la energía de su padre y aun le aventaja en talento y determinación. En tan sólo diez años, cruza Persia de un extremo al otro; derrota una y otra vez a los ejércitos que el Gran Rey envía contra él, y se apropia de aquel imperio colosal que abarca desde Grecia hasta el Indo, desde Egipto hasta el Caspio.

Mosaico de la Casa del Fauno, en la ciudad italiana de Pompeya, realizado hacia el 200 a. C., que representa la victoria de Alejandro Magno sobre el monarca persa Darío III en la batalla de Isos, en el 333 a. C. Como resultado del enfrentamiento, el Gran Rey perdió a sus mercenarios griegos, y con ellos los únicos soldados de infantería capaces de hacer frente a la falange macedónica, lo que le dejaba en clara inferioridad de cara a futuros choques entre ambos ejércitos.

Sin embargo, el gran conquistador es también un gran constructor. Somete para transformar, para crear, para dar forma a una civilización distinta, que ha de unir a Oriente y Occidente en un abrazo fecundo. Funda ciudades, traza caminos, impulsa la artesanía, resucita rutas comerciales y da a conocer a los griegos aquellas tierras lejanas que describen sus geógrafos y naturalistas. Pero se trata de un sueño irrealizable. Pueblos tan diversos en raza, lengua y cultura, separados por distancias tan inmensas, sólo se mantendrían unidos bajo la voluntad de un hombre excepcional. A su muerte en plena juventud, en el año 323 a. C., su imperio se desintegra en múltiples estados. Sus reyes, otrora generales de Alejandro, fundan dinastías griegas llamadas a gobernar sobre súbditos orientales.

De aquel sueño genial sí quedó algo, sin embargo, para la historia. Las conquistas de Alejandro quebraron la barrera que durante milenios había separado Oriente y Occidente y abrieron, al menos para los griegos, las puertas del comercio, exhibiendo ante sus almas inquietas mercados de una riqueza inconcebible. Y así emigraron a miles, poblando las ciudades que el joven monarca y sus sucesores sembraron desde Egipto a la India, llevando con ellos su cultura, que se revelaría capaz de galvanizar el desarrollo de regiones enteras. Las monarquías helenísticas, fundadas por sus generales, parecieron así capaces de convertir en realidad el descomunal designio de Alejandro. Su esplendor permitía vaticinar que el Próximo Oriente asiático conservaría su papel de pionero en las conquistas de la humanidad. Sin embargo, no ocurrió así. Habría de ser Occidente el llamado a liderar durante las siguientes centurias el progreso de los hombres.

LA HERENCIA GRIEGA

Porque mientras Alejandro asombraba al mundo con sus hazañas inverosímiles, un humilde

villorrio de casuchas de barro nacido a orillas del Tíber, un pequeño río que irriga las tierras del centro de la península itálica, estaba a punto de dar el salto que lo llevaría a erigirse en dueño del mundo. Fundado a mediados del siglo viii a. C., su existencia pasó casi inadvertida durante medio milenio. Entregados sus habitantes al cultivo del agro y el pastoreo de los rebaños, apenas hubo allí artesanos y comerciantes. Más pobres que ricos, no existían entre ellos diferencias relevantes. Todos eran, a un tiempo, campesinos y soldados que tomaban ora el arado, ora la espada; se reunían en asamblea para adoptar las decisiones importantes y escogían entre ellos a un rey sin oropeles que servía a la vez de sumo sacerdote, general y juez.

Así, austera y regida por las tradiciones, fue la vida de los romanos hasta que, allá por el siglo vi a. C., su existencia empezó a cambiar. Al calor del contacto con los pueblos vecinos, la población aumentó, la artesanía alcanzó cierto desarrollo y el comercio se hizo más intenso. La guerra, antes rara, se tornó endémica. Y con ello, como antes había ocurrido en las polis griegas, el equilibrio interno de la sociedad romana se rompió. Junto a la aristocracia terrateniente de los «patricios», a los que se tenía por descendientes de los padres fundadores de la ciudad, había ahora artesanos, comerciantes y trabajadores. Y todos ellos, ricos o pobres, carecían de derechos políticos y eran tenidos por simples «plebeyos» ajenos a la comunidad romana originaria. Era cuestión de tiempo que, al modo de los tiranos griegos, un noble ambicioso percibiera las posibilidades que ofrecía la frustración política de la plebe y se aprovechara de ella.

Pero no fue un noble sino los mismos reyes quienes lo hicieron. Buscando ganarse las simpatías de los artesanos y comerciantes, impulsaron las obras públicas, se lanzaron a la conquista de nuevas tierras, sometieron al Senado patricio y privaron de poder a las asambleas tradicionales, creando junto a ellas una nueva, los «Comicios centuriados», en la que la primacía correspondía a la riqueza y no a la familia. Como en Grecia, la sangre habría de inclinarse ante el dinero. Pero era más de lo que los patricios estaban dispuestos a tolerar. En el 509 a. C., tras un violento golpe de Estado, la Monarquía dejaba paso a la República aristocrática.

Los patricios, dispuestos a protegerse, diseñaron un régimen que conjugaba la desconfianza hacia el poder con la preservación de sus intereses de clase terrateniente tradicional. Las asambleas quedaron bajo su control; el Senado recuperó su primacía y se aseguró el dominio de la política exterior y la aprobación última de las leyes, y los reyes dejaron paso a magistrados especializados que ejercían sus funciones sobre parcelas de poder restringidas y durante períodos muy cortos. A la cabeza del Estado, dos cónsules, caudillos políticos y militares, gobernaban de mutuo acuerdo. Junto a ellos, los pretores administraban justicia, los cuestores se ocupaban del erario público, los ediles velaban por el orden y el bienestar de la ciudad y los censores salvaguardaban las buenas costumbres y realizaban cada cierto tiempo el censo de los ciudadanos. La Administración era ahora más compleja, pero volvía a estar tan vedada a los plebeyos como lo había estado en la época de los primeros reyes.

Y fue esta Roma aristocrática y desconfiada la que se lanzó a la conquista de la península itálica. A lo largo de dos centurias, sus legiones derrotaron a todos los pueblos vecinos, fundaron colonias en sus territorios y conformaron con ellos una suerte de confederación en la que los vencidos se integraban con diversos grados de autonomía política de acuerdo con las condiciones de su rendición. Hacia mediados del siglo iii a. C., Roma se había convertido, de pleno derecho, en una gran potencia.

Pero la conquista tuvo otra vez el efecto de someter su sociedad a insoportables presiones. La lucha entre patricios y plebeyos se agudizó. La guerra hacía más ricos a los plebeyos ricos, que se beneficiaban del auge de la artesanía y el comercio, y más pobres a los pobres, que, cargados de

deudas, veían arruinarse sus pequeñas fincas. Descontentos unos y otros, aprovechaban cada momento de debilidad de un Estado siempre en armas para presionar a sus gobernantes y obtener continuas concesiones. La igualdad política, el acceso a las tierras públicas y al desempeño de las magistraturas, y medidas que aliviasen el peso que soportaban los campesinos endeudados fueron sus principales reivindicaciones. Cuando las alcanzaron, Roma se transformó. En apariencia, se había convertido en una democracia similar a la ateniense; en la práctica, el poder había quedado en manos de una coalición de patricios y plebeyos ricos, una alianza tácita entre la sangre y el dinero, entre la tierra y el comercio. Y una ciudad así no podía, por su propia naturaleza, detenerse. La conquista de nuevos territorios era ya para la élite romana algo tan necesario como respirar.

Un obstáculo hubo de superar Roma antes de lanzarse decidida a la conquista total del mundo conocido. En el norte de África, Cartago, una antigua colonia de los fenicios, pueblo de comerciantes originario de la costa oriental del Mediterráneo, albergaba aspiraciones semejantes. Por ello la lucha entre ambas potencias sólo podía ser a vida o muerte. Tres contiendas, las conocidas como Guerras Púnicas, libraron los romanos contra los cartagineses entre los siglos iii y ii a. C. La victoria fue para Roma y sus consecuencias fueron decisivas. No sólo Cartago desapareció como gran potencia. Con ella murió la posibilidad de inclinar a Occidente hacia la civilización oriental. La victoria romana lo fue también de una forma de entender la sociedad humana sobre otra. La unidad construida sobre la comunidad de ideas y valores, asentada sobre un firme sistema constitucional, esencia de la que llegará a ser la forma de ver las cosas propia del mundo occidental, se reveló más fuerte que la simple unidad de sangre. La nación política se había impuesto sobre la nación étnica. Occidente, por segunda vez, como lo hiciera en la llanura de Maratón, o en las aguas de Salamina, durante las Guerras Médicas, había triunfado sobre Oriente.

Cicerón hablando ante el Senado, de Cesare Maccari, 1880. El Senado romano, formado originalmente por los jefes de las familias patricias, siguió siendo hasta el final de la República la cámara de representación de la oligarquía dirigente, por lo que no debe extrañar que se reservara el control de la política exterior, de la que dependían antes que nada sus intereses.

Sin embargo, una vez más, la victoria no fue gratuita para los romanos. Su triunfo habría de transformar a la ciudad del Tíber en algo muy distinto de lo que era. Desde comienzos del siglo ii a. C., primero en las riberas del Mediterráneo, luego también tierra adentro, un país tras otro fue

sometido a la soberanía de Roma. Los pretores nombrados para administrar las nuevas provincias, sin más compromiso que aplicar en ellas la política exterior diseñada por el Senado y responder después ante él, quedaban dueños de hacer cuanto les viniera en gana. Y habitualmente lo hacían, pues la carrera política de un noble romano, el *cursus honorum,* a menudo exigía enormes gastos en sobornos y compra de votos que dejaban en la ruina a los aspirantes a las magistraturas. De ahí que el nombramiento de pretor fuera aprovechado por los políticos para llenar sus arcas a costa de los sufridos provinciales sin que el Senado, ante el que estos podían en teoría reclamar, hiciese nada por evitarlo. No en vano estaba lleno de individuos que habían obrado igual que los acusados o tenían intención de hacerlo cuando se les presentara la oportunidad.

La propia dinámica de la administración provincial romana tendía de este modo hacia la guerra de conquista. Los pretores usaban la legión de que disponían para ampliar las fronteras, esperando con ello beneficiarse de la explotación de nuevos recursos. Las tropas servían también de policía para garantizar el cobro de impuestos en las tierras ya sometidas, lo cual, dados los frecuentes abusos, conducía a sublevaciones que permitían a los pretores apropiarse con toda legitimidad de las riquezas de los rebeldes. Además, la conquista suponía la confiscación de las tierras cultivables y su cesión a grandes terratenientes romanos o a legionarios licenciados que se convertían en colonos. Con ello, muchos indígenas se veían privados de sus medios de vida y no tenían más opción que el bandidaje o su incorporación a las tropas auxiliares de la legión.

Todos los caminos conducían así a igual destino: una lucha continua que se nutría de sí misma mientras extendía el imperio de Roma y cambiaba para siempre su alma política. La guerra produjo la ruina del campesino itálico, nutriente de las legiones, forzado a desatender sus tierras para embarcarse en campañas interminables e incapaz de competir con el trigo barato que producían los latifundios comprados en provincias a precio de saldo y explotados por una mano de obra servil sin otro coste que la manutención. Sin esperanzas de sobrevivir en el campo, el pequeño labrador vendía su tierra, engrosando así aún más la riqueza de los latifundistas, y emigraba a Roma, donde sus posibilidades de encontrar empleo eran escasas. Allí terminaba por vegetar, alimentado por los repartos gratuitos de pan y entretenido por los espectáculos teatrales y circenses que ofrecían con frecuencia los candidatos a las magistraturas a cambio de su voto. Con ello, el ejército romano experimentó un cambio fundamental. El soldado dejó de ser un ciudadano que se costeaba su impedimenta y regresaba a su labranza al llegar el otoño para convertirse en un profesional que percibía un salario, participaba en los botines tomados al enemigo y recibía un pequeño lote de tierra en provincias en el momento de su licencia, pasados veinte años de servicio. De ese modo, el legionario pronto puso la lealtad hacia el jefe que cuidaba de su bienestar y le enriquecía con sus victorias por encima de la fidelidad al Estado. Desde ese momento, la suerte de la República estaba echada.

Pero la agonía del régimen republicano habría de durar más de una centuria. Las conquistas eran tan frecuentes que los generales victoriosos solían coincidir en el tiempo, de forma que sus ambiciones encontradas ejercían de contrapeso, protegiendo a Roma del peligro de la dictadura duradera. Las luchas políticas, sin embargo, complicaban la cuestión. Roma se encontraba dividida en dos partidos: los *optimates,* partidarios de la oligarquía dirigente, y los *populares,* que pretendían frenar la deriva de los pequeños propietarios hacia la proletarización. Cada uno de ellos trataba de ganarse el apoyo de un general prestigioso, pero la mayoría de ellos, hombres de gran carisma como Cayo Mario, Lucio Cornelio Sila, Cayo Julio César o Cneo Pompeyo, se negaron e impusieron su liderazgo a los distintos bandos del Senado. La lucha en la arena política se trasladó pronto al campo de batalla.

Tres cruentas guerras civiles, separadas por efímeros períodos de paz, jalonaron la agonía de la República en el siglo i antes de nuestra era. Sólo la tercera decidió su suerte. Su vencedor, el joven Octavio, viose dueño del poder supremo tras derrotar en el 31 a. C. a su antagonista, el veterano Marco Antonio, en la batalla de Accio. Sobre el papel, nada cambió. Octavio, proclamado Augusto, mantuvo la apariencia de las instituciones. Pero era pura fachada. Por más que los ropajes externos de la República se mantuvieran, Roma se había convertido en una dictadura militar. El Imperio comenzaba su andadura.

El nuevo régimen trajo la paz y la prosperidad. Cerca de cien millones de personas moraban dentro de sus fronteras, entre el Atlántico y el Caspio, y disfrutaban de un nivel de vida que, en lo que se refiere a los más humildes entre los hombres libres, no volvería a conocerse hasta mediados del siglo xix, en plena Revolución Industrial. No fue el progreso técnico el factor que lo hizo posible, pues la abundancia de esclavos y su extrema baratura desanimaban la innovación. La clave reside en la unidad. Una tupida red de calzadas, rutas marítimas libres de piratas, la estabilidad de la moneda, la madurez de las instituciones bancarias y la seguridad que ofrecía un Derecho que amparaba la propiedad y los contratos crearon tales vínculos entre las provincias del Imperio que cada una de ellas pudo especializarse en aquello que hacía mejor. Sicilia, Egipto y el norte de África, sembrados de latifundios explotados por esclavos, inundaban los mercados con ingentes cantidades de trigo. Hispania, Grecia y la propia península itálica apostaron por el aceite y el vino. La Galia y Germania, colmadas de pequeños talleres, se especializaron en la cerámica, el vidrio y el bronce. Y lo que el Imperio no poseía, lo adquiría más allá de sus fronteras. Los mercaderes romanos alcanzaron con sus naves Arabia, China y la India, e incluso costearon el África oriental hasta la isla de Zanzíbar. Las especias, el incienso, el marfil, la seda y las piedras preciosas fluyeron sin cesar hacia el mundo romano, vistiendo de suntuosidad la vida de los poderosos.

Augusto de Prima Porta, escultura del primer emperador romano así llamada por el lugar donde se encontró en Roma, hoy conservada en los Museos Vaticanos. Octavio, proclamado Augusto por el Senado, reinó entre el 27 a. C. y el 14 de nuestra era, disfrazando su régimen, de hecho una dictadura, bajo los ropajes de las magistraturas republicanas.

Pero la prosperidad no sólo alcanzó a los opulentos. Junto a los productos de lujo, se desarrolló en el Imperio un importante mercado de bienes de carácter funcional con una calidad muy alta y precios tan bajos que resultaban asequibles también para los más humildes. En la vivienda de un romano medio, por lo general mucho mejor acondicionada que la del griego, incluso en el campo, hallamos un menaje que habría sido impensable en la Hélade. Desde utensilios de cocina para elaborar los alimentos, una delicada vajilla para servirlos y ánforas para conservarlos, a un mobiliario revestido de ciertas pretensiones estéticas que apuntaban más allá de lo funcional, pasando por vestiduras y adornos personales de todo tipo, la vida de los humildes era sin duda más llevadera en Roma que en ninguna otra civilización que la haya precedido y, desde luego, mucho más que en todas las que entraron en la historia desde su caída hasta los comienzos de la Revolución

Industrial.

En buena medida, estos avances se debieron al auge experimentado por la ciudad. La vida urbana, alimentada por la artesanía y el comercio, alcanzó la cima de su esplendor. Las ciudades brotaron por todas partes, colonias de legionarios licenciados muchas de ellas, remedos indígenas otras; enormes algunas, como la propia Roma, pero también Alejandría en Egipto, Antioquía en Siria o Corinto en Grecia, pequeñas la mayoría, con no más de unos miles de habitantes. Las ciudades llegaron incluso allí donde lo urbano había sido hasta poco antes un fenómeno desconocido, en los fríos páramos de Britania o entre los espesos bosques que lamían el Rin y el Danubio, crecidas en torno a los campamentos de las legiones que protegían la frontera. Sólo allí donde regían aún las tradiciones y los dioses indígenas las urbes eran desconocidas. Lo romano y lo urbano llegaban del brazo, entretejiendo una espesa red de ciudades que definía el grado de romanización alcanzado en cada territorio.

Pero todas se asemejaban, en su aspecto, en su forma de gobernarse, en su deseo, ante todo, de parecerse en lo posible a la orgullosa Roma, imitando a escala reducida la apariencia y las instituciones de su modelo. En torno al foro, núcleo vital de la ciudad, se erigían basílicas donde se impartía justicia y se cerraban tratos, termas en las que charlar y cuidar el cuerpo, teatros en los que presenciar comedias, anfiteatros y circos para disfrutar las luchas de gladiadores y las carreras de carros. El lugar del Senado lo ocupaba el Consejo, integrado por un centenar de conspicuos representantes de la oligarquía urbana, los decuriones; el de los Comicios, la Asamblea, de la que formaban parte, con escaso poder decisorio, el conjunto de los ciudadanos. Dos magistrados anuales, los duunviros, al modo de los cónsules, encarnaban el poder ejecutivo. Pero había también ediles que velaban por el orden en las calles, su limpieza y su embellecimiento y cuestores que se ocupaban de la gestión de los fondos municipales. Incontables sacerdotes, agrupados en colegios, al igual que la mayoría de los artesanos y comerciantes, monopolizaban el culto religioso público. Y una multitud de empleados y esclavos se afanaba en sus tareas de contable, escribiente, cartero, albañil, pregonero o vigilante.

Los romanos

Pero, ¿cómo eran aquellas gentes? ¿Qué pensaban y sentían? ¿Cómo se divertían? No pensemos que se trata de una pregunta sencilla. El mundo de los romanos, en tantas cosas semejante al de los griegos, era, empero, mucho más complejo. La distinción más simple que se establecía entre los individuos, la que permitía diferenciar entre esclavos y hombres libres, no bastaba para difuminar las profundas diferencias que existían en su seno. Los esclavos eran, como en Grecia, poco más que herramientas parlantes a las que no se reconocía siquiera el derecho a vivir. Pero las condiciones de su existencia variaban mucho. Podían ser humanas si su amo lo era, o insufribles, si no tenían esa suerte; penosas si se ocupaban en los campos, las minas o los talleres, o cómodas si, como fue el caso de tantos griegos, servían como pedagogos a los hijos de los pudientes, o incluso como fámulos en sus residencias. Era posible que terminaran sus días en el más absoluto descuido, como un objeto que se desprecia cuando ya no sirve, o que perecieran en la juventud, víctimas de un trabajo agotador. Por suerte, no era infrecuente que su amo les regalara la libertad, abriéndoles así las puertas de una existencia mejor, pues la manumisión no suponía, como en tantos otros lugares, la indigencia inexorable del antiguo siervo, vinculado a la familia de su dueño por lazos de clientela que le garantizaban su auxilio.

No menos diversa era la condición de los hombres libres. La frontera más relevante venía trazada por la posesión de la ciudadanía romana, privilegio escaso al principio que se fue extendiendo gracias a su transmisión de padres a hijos, el pago de favores políticos y, sobre todo, los sucesivos decretos que la extendieron a capas cada vez más amplias de la población hasta alcanzar, en el siglo iii, a todos los hombres libres del Imperio. Los que carecían de ella no poseían, con independencia de su riqueza, más derechos que los civiles. Podían, eso sí, contraer matrimonio legalmente, poseer bienes y transmitirlos en herencia, pero quedaban marginados por completo de la vida política, reservada a los ciudadanos. De ahí que su aspiración fundamental fuera contarse entre ellos. Por desgracia, no existía una forma de lograrlo que dependiera en exclusiva de su esfuerzo personal. Por ricos que llegaran a ser, la ciudadanía romana devenía siempre como una concesión, un favor que se obtenía como pago por los servicios prestados y que dependía de la magnanimidad o el interés de un individuo concreto —un general, un magistrado— con suficiente poder para ello.

Los ciudadanos, al igual que en Grecia, participan en las asambleas, disfrutan de inmunidad frente a los castigos corporales y se reservan la facultad de apelar a los tribunales romanos. Sin embargo, las diferencias entre ellos son también enormes. Ciudadanos son los ricos oligarcas que monopolizan las tierras, el comercio y las magistraturas, pero también los pobres de solemnidad que subsisten de la caridad individual, obligada para los pudientes, los repartos gratuitos de pan y la asistencia sin cargo a los espectáculos. Pero incluso entre los propios ricos se establecen nítidas diferencias en virtud de la magnitud de su opulencia. Son los órdenes, en realidad tres estratos sociales delimitados por exigencias precisas de riqueza a los que se vincula la facultad de aspirar a ciertos cargos.

Así, el orden superior, denominado senatorial, exigía a los aspirantes a formar parte de él la posesión de tierras, y sólo tierras, suficientes para garantizar una renta anual de al menos un millón de sestercios. De sus filas salían los senadores, como su propio nombre indica, pero también los magistrados más importantes, como los cónsules, pretores, censores, ediles y cuestores, y sólo los miembros del orden senatorial mandaban ejércitos y gobernaban provincias. Inmediatamente por debajo de ellos, los conocidos como caballeros —pertenecientes al orden ecuestre— debían poseer rentas de cuatrocientos mil sestercios, sin limitación alguna respecto a sus fuentes, por lo general el comercio y las finanzas, las concesiones de minas o el arrendamiento de impuestos. Por último, las oligarquías municipales integraban el denominado orden decurional. Todos, senadores, caballeros y decuriones, venían obligados a comportarse de forma acorde con lo que la tradición esperaba de las personas de su rango. Debían ejercer la beneficencia, sostener a sus numerosos clientes y contribuir con largueza a la conservación y el embellecimiento de las ciudades en que residían o poseían propiedades.

Por encima de todo ello, la Administración imperial gobernaba el orbe romano, un mundo integrado por pueblos diversos en riqueza, raza, lengua y creencias, pero también vinculados por poderosos lazos culturales. Quedaron así los habitantes de aquella vasta construcción política hermanados por un idioma, el latín, que se había convertido en *lingua franca* de Occidente, mientras el griego seguía siéndolo en Oriente. Se sintieron cada vez más partícipes de una cultura que bebía de Homero y de Virgilio, de Aristóteles y de Séneca, y de una religión que, tolerante con todos los cultos que no trataran de imponerse al resto, fue extendiendo poco a poco la veneración a los grandes dioses romanos. Ciudadanos o no, y ya dijimos que con el tiempo todos los hombres libres lo fueron, quedaron también amparados por una legislación que, a despecho de las tradiciones locales, sirvió en todo el Imperio para regir las relaciones entre particulares. Y, quizá agradecidos, terminaron por adoptar una estética similar a la romana en la ordenación urbana, el vestir, el adorno propio y el del

hogar, y una filosofía vital, de hondas raíces mediterráneas, que hacía de la existencia al aire libre y de la cultura del vino y las intensas relaciones personales que en torno suyo se articulaban el centro de la vida social. ¿Se extendieron de igual modo los tradicionales valores romanos? Es difícil de decir. Los viejos principios republicanos eran muy exigentes. La *gravitas,* la seriedad patricia, que huye de toda frivolidad y rechaza la más mínima concesión al lujo, tenido por superfluo e innecesario; la *pietas,* el respeto profundo al orden de las cosas y a sus formas externas; la *virtus,* el deber cívico, tenido por sagrado por el varón romano, y la *fides,* el respeto a los compromisos, constituían el ideal romano que determinaba la norma de conducta en todos los órdenes de la vida. Pero, ¿cómo hacerlo compatible con un mundo nuevo, dinámico, abierto y tolerante en el que las ideas y los bienes circulaban con libertad?

La decadencia

Algunos síntomas anticipan, ya desde el crepúsculo del siglo ii, el fin del mundo romano. Aunque la agonía fue lenta, el mal que segaría su vida resultó ser irreversible, quizá porque el virus que lo causaba era el mismo al que en otro tiempo debió su fuerza y su energía. Los esclavos, cimiento de la economía romana, ofrecieron al Imperio una mano de obra abundante y barata mientras la conquista de nuevos territorios aseguró su suministro continuo. Pero los esclavos, privados de salario, consumían poco, contrayendo la demanda global, lo cual, sumado a su extrema baratura, actuaba también como freno para las innovaciones técnicas. A la larga, estos dos factores bloquearon por completo las opciones de crecimiento económico sostenible. El sistema podía seguir creciendo hacia afuera mientras siguiera nutriéndose de botines, mercados, tierras y esclavos. Pero cuando, en los primeros años del siglo ii, tras las victorias del emperador Marco Ulpio Trajano sobre los dacios y los armenios, las conquistas se interrumpieron, la economía empezó a debilitarse.

Y esa economía debilitada hubo de hacer frente a una presión creciente de los bárbaros en las fronteras del Imperio. Roma respondió cubriendo de fortificaciones el Danubio y el Rin para frenar el avance de los pueblos germanos, asegurando las defensas orientales ante la amenaza del renacido Imperio persa y vigilando de cerca a los nómadas saharianos, siempre atraídos por la feracidad de las tierras mediterráneas. Con ello, el tamaño del ejército no hacía sino crecer y el gasto militar se disparaba, forzando a un emperador tras otro a gravar con tributos crecientes a una economía cada vez más exangüe. Mientras, el aumento del número de soldados limitaba aún más la oferta de una mano de obra ya encogida por la falta de esclavos asociada al fin de las conquistas y el incremento de su precio. Y las alteraciones en el contenido de metal precioso de la moneda, burdo recurso para ahorrar oro y plata sin reducir el valor nominal del dinero, agravaron aún más la crisis, pues disminuían la confianza de las gentes en él, lo cual favorecía el atesoramiento de las monedas viejas, aceleraba el gasto de las nuevas y provocaba así la subida de los precios.

En consecuencia, los talleres y las fábricas, privados de clientes, faltos de mano de obra y asfixiados por la presión fiscal, empezaron a cerrar, mientras el comercio se contraía y las ciudades se despoblaban. De ellas huyeron en primer lugar las clases más pudientes, aplastadas por el peso creciente de los impuestos. Después lo hizo el resto, que escapaba al campo en busca de refugio en las grandes villas de los terratenientes. Sus explotaciones, transmutadas en economías cerradas capaces de producir cuanto necesitaban, se aislaban del mundo, cerraban sus puertas a los agentes del fisco y ofrecían a los refugiados un terruño del que subsistir a cambio de una parte de la cosecha y del compromiso de no abandonarlo nunca. Las clases medias se extinguen así lentamente. Entre los

honestiores —terratenientes, obispos, generales y altos funcionarios— y los *humiliores* —artesanos empobrecidos, campesinos atados a la tierra, libertos— apenas quedaba nada. El sentido de la historia pareció invertirse. Un mundo dinámico, bullicioso y abierto se batía en retirada frente a un mundo de ciudades en ruinas, caminos descuidados e inseguros que nadie transitaba y campos que producían apenas poco más de lo necesario para alimentar a sus labradores.

Batalla entre romanos y godos. Bajorrelieve que decora una de las paredes laterales del llamado *Sarcófago Ludovisi,* obra de arte funerario del siglo iii que se conserva en el Museo Nacional Romano de la capital italiana. La invasión de los bárbaros no fue, en contra de la creencia popular, el factor determinante de la caída de Roma, sino sólo el detonador de un proceso que venía desarrollándose desde al menos dos siglos antes.

Es cierto que esas penas no pesaban por igual sobre el conjunto de los hombres. Para la gran mayoría de los esclavos, convertidos ahora en colonos que trabajan su minúsculo terruño a cambio de una parte de las cosechas, la situación ha empeorado poco. De hecho, no ha hecho más que equipararse a la de los campesinos antes libres que, atemorizados ahora por los recaudadores imperiales y los bandidos sin escrúpulos, se acogen al amparo de un terrateniente, convertido a cambio en propietario de sus tierras, a las que quedan atados de por vida. Y no es muy distinta tampoco su condición de la del artesano huido de la miseria urbana y refugiado también tras los muros de la villa, ambigua en su papel de cárcel y fortaleza. Otros, en fin, conducidos a la desesperación por los tributos opresivos y la miseria creciente, prefieren abrazar soluciones más drásticas. Los violentos bagaudas, que descargan su ira contra los ricos terratenientes, o los seguidores de las múltiples herejías que denuncian la nefanda alianza de la Iglesia con los poderosos, no son sino dos caras del mismo fenómeno de desaliento de los humildes, aplastados por las ruinas de un mundo que se desmorona. Porque de los restos del esclavismo está naciendo ya una sociedad nueva que, cuando sus trazos se hagan menos difusos, se nos revelará más cercana a los siglos oscuros de la Edad Media que a los siglos dorados de Roma. Con las piedras mohosas de las calzadas y foros pronto se erigirán castillos.

Antes, el Imperio trata de revolverse contra la muerte que lo atenaza. Diocleciano primero y Constantino después intentan, a punto de concluir el siglo iii, devolver a Roma la grandeza perdida. Sus reformas, enérgicas pero inconscientes, lo abarcan todo: la moneda, los impuestos, el ejército, la Administración. Pero algunas de sus medidas son erróneas y otras llegan demasiado tarde. La actividad económica no va a recuperarse con recetas como el aumento de los tributos o la

adscripción forzosa de los hijos a los oficios de los padres. La misma reorganización del Imperio, dividido entre Oriente y Occidente, no es sino una confesión de la mayor decadencia del segundo. Y, en fin, todo ello no bastó tampoco para preservar las fronteras del ataque cada vez más decidido de los bárbaros. Ya en el siglo iii, los francos y alamanes llegan con sus correrías a cruzar los Pirineos. En el 409, suevos, alanos y vándalos, originarios de las lejanas y abigarradas tierras del Rin y del Danubio, penetran también en Hispania. La humillación culmina un año después, cuando la orgullosa Roma sufre el brutal saqueo de los visigodos de Alarico. El Imperio semeja una pantomima incapaz de poner dique a la desbordada marea de los pueblos germanos. En el colmo de la indignidad, los césares recurren a otros bárbaros para tratar de recuperar al menos sus provincias más prósperas. Los pactos abren las puertas del Imperio a visigodos, ostrogodos, burgundios y francos, que se establecen dentro de sus fronteras, reciben tierras y se comprometen a cambio a proteger a quien así los acoge. Durante décadas, las luchas devastaron los campos y las ciudades hasta que en el 476 de nuestra era, mil doscientos veintinueve años después de la fecha mítica de su fundación, Roma dejaba el escenario de la historia. No era una ciudad sino todo un mundo el que moría. Pero su herencia no iba a desaparecer con ella.

El cristianismo

Roma no pretendió, salvo raras excepciones, imponer sus divinidades. Antes bien absorbió las ajenas o trató sin más de asimilarlas a las suyas propias. Pero aquellas deidades de aspecto terrible tenían sus limitaciones. Los dioses griegos, etruscos o romanos eran urbanos, servidores inmateriales del orden social, incapaces de ofrecer a las gentes el consuelo y la esperanza que precisaban para arrostrar una existencia precaria. Sirvieron a sus propósitos mientras la vida de los humildes permaneció encerrada en los estrechos límites de la ciudad. Luego, cuando el comercio y la navegación ampliaron el mundo y gentes de toda procedencia se mezclaron por doquier en el seno del Imperio, cuando las barreras que separaban a las masas empezaron a desmoronarse, estas se sintieron desamparadas y buscaron con ahínco consuelos más eficaces.

Cada uno buscó a su manera. Los más cultos trataron de encontrar la respuesta en la razón y, trocados en filósofos, probaron a comprender la naturaleza para dejar de temerla. Pero para las gentes sencillas la filosofía no ofrecía consuelo, a menudo incluso sembraba en el alma la zozobra y la duda. Por eso, muchos cambiaron una superstición por otra y pusieron sus esperanzas en dioses capaces de brindarles el alivio que anhelaban. Soldados, comerciantes, campesinos y artesanos volvieron así los ojos hacia el seductor Oriente y adoptaron con ansia sus exóticas divinidades. Isis, Osiris, Serapis, Cibeles, Atis, Mitra e Ishtar fueron alzándose a los altares, desplazando entre los humildes al marchito culto estatal. Divinidades salvadoras, que redimían los pecados del hombre y le daban la esperanza de una vida inmortal; dioses de liturgias intensas, teatrales, que conducían al paroxismo y al éxtasis en los que los iniciados creían encontrar la comunión con la divinidad y la superación de sus desdichas, abrieron una puerta por la cual más tarde penetraría en Roma el cristianismo.

En sus orígenes, el cristianismo parecía llamado a ser uno más entre los cultos orientales. Y así habría ocurrido de no ser por el apóstol Pablo, su verdadero fundador, que intuyó el enorme potencial del mensaje originario de Cristo y supo hacer de él, entre los años 36 y 67 de nuestra era, una religión universal, apta para dar respuesta a los anhelos más íntimos de las personas de toda raza y condición. Como los otros cultos orientales, brindaba consuelo, promesas de salvación y un

vínculo directo con la divinidad. Pero ofrecía también algo más. Su profeta, Jesús, había sido un hombre de carne y hueso, no un simple mito. Su palabra, lejos de limitarse a la elaboración de un ritual más o menos atrayente para las masas ávidas de misticismo, ofrecía una norma de conducta de validez universal. Y desde el principio rechazó quedarse en una oscura secta de iniciados para convertirse en una iglesia en toda regla, dotada de una liturgia y una teología elaboradas, pero también de un sólido armazón que se ocupaba por igual del culto y de la caridad, colmando a un tiempo las urgencias espirituales y materiales de los humildes.

Así, poco a poco, el mensaje de Cristo se extendió por el Imperio. De Oriente a Occidente, de la costa al interior, de las ciudades a los campos, de los humildes a los acomodados, hacia el siglo iii, y a despecho de las persecuciones de que fueron enseguida objeto sus seguidores, la nueva religión había arraigado ya hondamente entre los romanos. Por el camino, surgieron discrepancias en la interpretación de la palabra de Cristo y la creciente organización transformó el igualitarismo original de las comunidades cristianas en una sólida jerarquía. La Iglesia primitiva, marginada y perseguida, pero henchida de fe, que esperaba con anhelo la segunda venida de Cristo, iba dejando paso a la Iglesia medieval, asentada con comodidad entre las injusticias de un mundo cuyo fin ya no creía inminente. La adopción del cristianismo como religión oficial romana, a finales del siglo iv, selló su destino. Al hacerse cristiano, el tambaleante Imperio ganaba apoyo social y la valiosa sanción espiritual de la Iglesia. Respecto a los obispos, lograban el respaldo del Estado para enfrentarse a las herejías, en especial las que cuestionaban el orden social vigente. Por supuesto, el cristianismo pagaría a cambio un precio muy alto. Oculto tras el oropel de la liturgia y unido al poder político, su potencial para convertir los corazones por medio de la caridad se diluía. La sencilla verdad de Cristo, llamada a liberar a los hombres, los animaba ahora a aceptar la esclavitud; su palabra, que había de despertar los espíritus, los adormecía. Los servidores de Dios servían ahora al César.

Y, no obstante, esa Iglesia falseada había de prestar un servicio impagable a Occidente. Porque fue ella la que atesoró durante un milenio la esencia de su civilización, salvándola de la destrucción a manos de los invasores que precipitaron la caída de Roma en el 476 de nuestra era. Sucedió así porque el cristianismo, hijo de la tradición hebrea, griega y romana, supo tomar de cada una de ellas tan sólo lo que suponía un paso adelante en la sinuosa senda del progreso humano. De la religión judía adoptó su visión ética del mundo, tiñéndola de universalidad y humanizando su rígida moral con un mayor acento en la caridad y el perdón. De la filosofía griega tomó las herramientas racionales que le permitieron trocar las sencillas palabras de un carpintero en una religión organizada y capaz de ofrecer respuesta a todas las preguntas. Y, en fin, la misma herencia de Roma perduró también en el cristianismo. Llegado el momento de que el agónico Imperio sucumbiera, la Iglesia se proclamó su heredera legítima, conservando su sede en una ciudad que no era ya sino una humilde villa de provincias; preservando una lengua, el latín, que había servido y gracias a ella siguió sirviendo como instrumento de la cultura en el mundo occidental; asumiendo como propias la liturgia y las jerarquías romanas, y, en definitiva, preservando la misma idea del Imperio y enarbolando con ella el pendón de la universalidad en un mundo que se había convertido en un mosaico de reinos regidos por bárbaros ajenos a la civilización occidental.

Ética hebrea, razón helena, pragmatismo romano. El cristianismo, al preservar todo eso, al guardarlo, casi intacto, durante centurias, permitió que la Edad Media, que podía haber sido un verdadero imperio de las tinieblas, fuera, como escribiera el historiador austriaco Ernst Gombrich en 1935, tan sólo una noche tachonada de estrellas.

5

Cuando Europa no era el centro

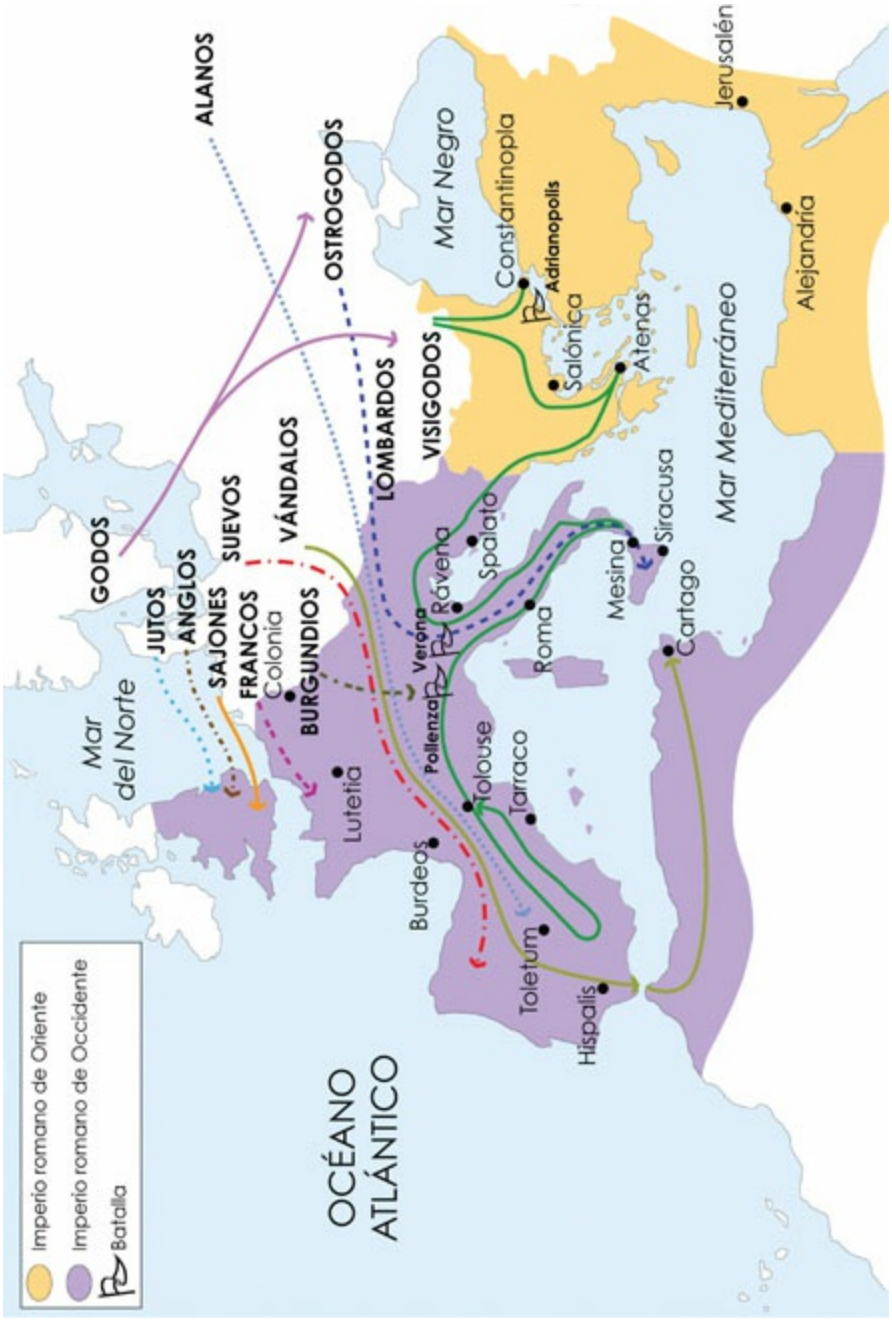
Es tentadora la comparación entre la China de la época Song y el Renacimiento porque en ambas vemos una vuelta a la antigüedad, un desarrollo sin precedentes de la ciencia y la tecnología, nuevas formas de pensamiento, el surgimiento de una nueva clase social y el desarrollo de una cultura urbana. Sin embargo, no bastan los paralelismos, debemos ver cuál fue el resultado. En Europa surgen los estados modernos y el capitalismo, en China se afirma el Estado burocrático y no prosperan las semillas ya existentes del capitalismo. En Europa la vuelta a la tradición antigua dará nuevas formas de pensamiento liberadas de la filosofía medieval; en China se experimenta un atrincheramiento ideológico.

China: su historia y cultura hasta 1800
Flora Botton

EL FIN DEL MUNDO, PERO NO DEL TODO

En el atardecer del Imperio, todas las personas cultas parecían seguras de que cuando Roma cayera, el mundo caería con ella. De algún modo, resultó ser cierto. Entre los siglos v y x, Occidente sufrió tres gigantescas migraciones de pueblos. Primero los germanos; después los eslavos y los árabes, y por último los vikingos y los magiares transformaron de manera radical el rostro de Europa y dieron comienzo a una nueva etapa de su historia. Roma fue destruida y sobre sus cenizas aún humeantes se erigieron numerosos reinos reacios a aceptar cualquier poder superior al suyo. Las dos tradiciones culturales que albergaba el Imperio, la latina y la griega, se separaron de forma definitiva, preservada la segunda por los soberanos de Constantinopla, que habían logrado conservar en su integridad las fronteras del Imperio romano oriental, ahora denominado bizantino en honor al nombre original de su capital. Y, sobre todo, la penetración de tantos pueblos de lenguas y tradiciones ajenas, aunque pronto asimilados en su mayoría, alteró las bases económicas, sociales y culturales del mundo romano. Sin embargo, y a pesar de las apariencias, Occidente cambió, pero no sucumbió.

Las primeras centurias fueron las más difíciles. Los visigodos, tras saquear la misma Roma, se establecen en el sur de la Galia, mientras los francos hacen lo propio en el norte y los burgundios en el este. Suevos, alanos y vándalos cruzan Europa central para instalarse luego en Hispania y el norte de África. Los ostrogodos se apropian de la misma Italia. Anglos, jutos y sajones ocupan Britania. Han llegado para quedarse, pero escasos en número e incapaces, por tanto, de imponer su modo de vida a las poblaciones romanas aferradas a su cultura, se limitan a instalarse donde les place y a vivir sin mezclarse con ellas. Sus reinos son frágiles, poco cohesionados, y sólo consiguen una cierta estabilidad cuando, ya en el siglo vii, abrazan la lengua, la fe y el Derecho del Imperio que habían ayudado a destruir. El legado occidental sobrevive así, pero su unidad parece irrecuperable.



Las invasiones bárbaras de los siglos v y vi. Como puede apreciarse, el Imperio romano de Oriente sufrió tan sólo, en un primer momento, el empuje de los godos, desviados hacia el oeste a finales del siglo iv, como lo serían los hunos de Atila cincuenta años después. Por entonces, Constantinopla había comprendido que Roma ya era demasiado débil para resistir al empuje de los bárbaros y apostó por salvarse sola.

A pesar de ello, los intentos de reconstruir el Imperio se sucederán en las centurias siguientes. El primero surgió entre quienes mejores títulos tenían para hacerlo, los monarcas bizantinos. A inicios del siglo vi, los ejércitos de Justiniano, el más audaz entre ellos, tomaron la península itálica y el norte de África, e incluso arrebataron a los visigodos las Baleares y una estrecha franja costera en el sudeste de la península ibérica. Durante unas pocas décadas, el sueño pareció realizable, pero no lo era. Los recursos necesarios para defender las áreas recién adquiridas eran superiores a los que podía desplegar Bizancio, amenazado en su frontera oriental por el renacido Imperio persa. Además, las nuevas provincias no eran sino un peso muerto. Mientras en Egipto, en Siria o en Grecia las ciudades bullen aún de actividad, en Hispania, en la Galia o en la misma Italia no hay ya sino pequeñas villas sin pulso donde sólo moran criados, clérigos y soldados. Mientras en Oriente una artesanía aún dinámica alimenta con sus productos un mercado pujante, en Occidente no hay más

comercio que el que permite el propio Bizancio, cuyas compras de esclavos, metales y grano a cambio de sedas, papiro y especias van drenando hacia el este la exigua moneda que aún queda en el oeste. Mientras allí permanece la aristocracia romana de terratenientes y clérigos, de burócratas y generales, pero subsisten también artesanos, comerciantes y campesinos libres, aquí no hay sino terratenientes y colonos. Y mientras Bizancio conserva las leyes de Roma, su compleja administración y su moderno concepto del Estado, los reyes germanos confunden lo privado y lo público y asientan su gobierno sobre las fidelidades personales, más cerca ya del feudalismo que de la *res publica* objetiva e indivisible ideada por los grandes juristas romanos.

Así, muerto Justiniano, sus conquistas, una tras otra, se pierden y el Imperio bizantino retorna a sus fronteras originales, que luchará por mantener hasta su desaparición en pleno siglo xv. Pero no tardará en surgir quien tome, sin saberlo, el testigo de su sueño. Al poco de iniciarse el siglo vii, en la estéril península de Arabia, apartada hasta entonces de las corrientes de la civilización, Mahoma, un profeta tan visionario como audaz, logró fundir a las belicosas tribus locales al calor de una nueva fe. El islam hizo de las bandas de ladrones y mercaderes árabes una comunidad regida por una sola ley; le proporcionó algo en lo que creer, la verdad revelada por Dios, e insufló en ella la voluntad de servir a un proyecto común, la guerra santa, a la que pronto se entregaría con el fiero ardor del converso. A la muerte de Mahoma, en el 632, Arabia entera había olvidado sus rencillas. Treinta años después, las tierras más ricas del Oriente, desde Libia hasta Persia, se encontraban ya en manos del islam. Medio siglo más tarde, los sucesores del profeta regían un imperio que abarcaba desde el Atlántico hasta el Índico y, deteniéndose tan sólo a las puertas de Constantinopla, de la India y de Francia, habían hecho del Mediterráneo, en palabras del historiador belga Henri Pirenne, un lago musulmán.

Una expansión tan rápida requiere alguna explicación. El fervor religioso no basta. La historia nos demuestra que la organización rinde mejores réditos que la fe. Pero nunca antes ni después una civilización ha contado con las ventajas de que disfrutaron los árabes. Su deseo de escapar de las míseras y superpobladas tierras de Arabia; la opulencia de sus vecinos bizantinos y persas y su extrema debilidad después de décadas de lucha sin cuartel entre ellos; la frustración generalizada de los habitantes de esos imperios, hartos de pesados tributos e intolerancia religiosa y, por último, la clarividencia de los jefes musulmanes, que no impusieron la conversión a cristianos ni judíos, convirtieron al islam en una fuerza imparable. Por todo ello, a mediados del siglo viii, era su vasto imperio, y no los rudos monarcas de Europa occidental, el que parecía al fin capaz de erigirse en heredero de Roma. Favorecido por su ubicación estratégica entre los centros de progreso de la India y China, al este, y Grecia y Roma, al oeste, actuó como transmisor de los avances técnicos y culturales de ambos y edificó sobre ellos una civilización original, dueña de ciudades florecientes y fructíferas rutas comerciales, impulsora de la ciencia y de la cultura, que alcanzó elevadas cotas de desarrollo y refinamiento.

Sin embargo, las ricas vestiduras de la civilización musulmana ocultaban bajo sus pliegues un cuerpo macilento. La aparente solidez de su imperio esconde serias debilidades internas. Los árabes llevan consigo allí donde van sus crónicas querellas intestinas; su tradición levantisca se compadece mal con las exigencias de un Estado que aspira a la centralización. Los conversos musulmanes, siempre postergados frente a los compañeros originarios del profeta, aceptan a duras penas su marginación del poder. El pueblo llano contempla con rabia creciente el aumento de la desigualdad. Y en una sociedad en la que fe y política son inseparables, las disensiones encarnan pronto en herejías.

Mientras las conquistas se suceden, las riquezas bastan para suavizar las tensiones. La unidad

política se mantiene hasta mediado el siglo viii. Luego, frenados en Poitiers en el 732 los ejércitos de Alá por los jinetes de Carlos Martel y vencidas sus naves por el «fuego griego» bizantino, la expansión se detiene, la opulencia se esfuma y el Imperio se desgarra por sus frágiles costuras. España, el norte de África, Egipto y Persia caen en manos de dinastías locales. Al principio, la ruptura es únicamente política, pero es sólo una cuestión de tiempo. Hacia el año 1000, rota también de manera irreversible la unidad espiritual del islam, sus pretensiones a la herencia de Roma no son ya sostenibles.

¿Y Europa? Durante siglos, simplemente no contaba. El declive se había iniciado, como vimos, mucho antes. La artesanía, el comercio y la vida urbana marchaban ya cuesta abajo desde el siglo iii. Los invasores tan sólo han acelerado la decadencia y precipitado la muerte de un Imperio crepuscular. Después de la caída de Roma, las cosas apenas cambian. Romanos y germanos se ignoran. Ambos conservan su lengua, sus leyes y su religión. Poco a poco, sin embargo, las barreras ceden. Mediado el siglo vii, una nueva sociedad, en la que lo romano parece haberse impuesto, ha nacido por fin. Pero lo mejor de Roma se ha perdido en el proceso. Se trata de una sociedad atrasada, estática. La posición respecto a la tierra determina la jerarquía. Reyes y nobles la poseen y obtienen de ella, junto a las rentas, la primacía social y política; los colonos, en número creciente, tan sólo la trabajan, cada vez con mayor dependencia. Entre unos y otros, disminuyen sin cesar las filas de los campesinos libres, los comerciantes y los artesanos. Sin recursos que lo alimenten, el Estado se debilita. La autoridad del rey es ficticia; el poder pertenece a los aristócratas.

No, aquellos reyes que sienten temblar sus tronos no pueden reclamar para sí la herencia de Roma. ¿Quién lo hará, pues? Quizá la Iglesia romana. Los restos de la cultura clásica se cobijan tras los gruesos muros de los cenobios. Sus monjes, hijos de san Patricio o san Benito, copian los viejos códices; preservan, en lo que cabe, el cultivo racional de la tierra, y prestan a los monarcas los consejeros que su nobleza iletrada no puede ofrecerles. Mientras, el Papa, libre ya de la tutela imperial, proclama y afirma su autoridad incuestionable sobre el conjunto del clero. Pero no le basta con eso. Los tiempos de Justiniano han pasado. La Iglesia no volverá a servir al Estado; será el poder temporal el que deba ponerse a disposición del espiritual, proveerle de los medios que requiere para consumar su misión. El Imperio romano no resucitará, pero quizá le suceda un Imperio cristiano.

Pero el romano pontífice no puede aspirar a ejercer sobre Occidente sino una suerte de primacía moral. Sin un territorio propio, carece de poder real; necesita aliados a los que ofrecer, como ya hiciera con los césares, sanción espiritual a cambio de respaldo político. Los carolingios aceptarán el trato. No eran en la Galia de los francos merovingios, débil y fragmentada, sino funcionarios palaciegos, pero ejercían el poder de hecho en aquella ficción de reinos donde los monarcas se hallaban sometidos a sus nobles. Y lo ejercieron con tal firmeza que el país volvió a unirse bajo sus designios. Carlos Martel, como vimos, vencedor sobre los musulmanes en Poitiers, atrae la atención del Papa. El reino franco no será sólo la barrera de Europa contra el islam, sino el aliado que buscaba la Iglesia para convertir en realidad sus proyectos sobre el Occidente. Roma auparía al trono a los carolingios a cambio del apoyo de sus ejércitos frente a los lombardos que anegaban Italia y un reino en la tierra para sustentar sus pretensiones políticas. Pipino, llamado *el Breve,* y su sucesor, Carlos, luego conocido como Carlomagno, no dejan pasar la oportunidad. El día de Navidad del año 800, el pacto se firma con todos los honores. En la misma Roma, el papa León III corona a Carlos emperador de los romanos. A pesar de las apariencias, es el primer paso del papado hacia la jefatura de Occidente.

Carlomagno, al principio, parece capaz de resucitar la grandeza de Roma. Después de varias

campañas, sólo la Gran Bretaña de los anglos y los sajones y el emirato musulmán de Córdoba, en la península ibérica, se escapan a su control. Pero la unidad de aquel imperio es frágil y aún lo son más sus bases económicas. Carlos se rodea en Aquisgrán de una corte de intelectuales, impulsa un cierto renacer cultural y se entrega a un loable esfuerzo legislativo que busca la implantación de un gobierno centralizado. Pero un Estado fuerte requiere una economía sólida y Europa carece de ella. La población crece, muy despacio, sólo desde mediados del siglo viii. La tierra es la única fuente de riqueza. Apenas quedan algunos artesanos que trabajan en las mansiones de los terratenientes: herreros, albañiles, carpinteros, unos pocos tejedores y fabricantes de aperos de labranza. La moneda no circula, innecesaria en una economía donde todo se paga en especie. El gran comercio, el de la seda, las especias o el papiro, ya no es posible. No hay oro con que pagar ni barcos que transporten las mercancías. El Mediterráneo, ya lo hemos dicho, es un lago musulmán.

Sigue sin existir nada, por tanto, entre la aristocracia laica o eclesiástica, propietaria de fincas cada vez más extensas, y los campesinos que las trabajan. Poco importa que sean libres o siervos; su vida es la misma, la pobreza les iguala, sus hábitos y sus miedos son idénticos. Se han definido ya las rutinas que jalonarán su existencia por un milenio: el laboreo del «manso», el nimio terruño que el labriego cultiva a cambio de una renta; el trabajo forzoso en la «reserva», las tierras, prados y bosques que el señor guarda para su disfrute personal; los pagos por el uso del molino, el horno y el lagar, que el señor ha convertido en monopolios. El propietario pleno es un recuerdo lejano y borroso. Sólo en las inseguras comarcas fronterizas, donde la tierra carece de dueño, podrá el labrador erigirse en amo de una finca al precio de arriesgar su vida.

Sobre cimientos tan endebles no podía edificarse un Estado centralizado. Carlos comprendió enseguida que siendo tal el poder de la nobleza, debía utilizarla en la administración del imperio. Pero, ¿cómo asegurarse su lealtad? La única receta viable era la fidelidad personal. Por ello nombró a sus nobles condes, marqueses o duques; los hizo vicarios del Estado en sus propias tierras y condicionó su posesión a la lealtad a su persona. Cobraba así fuerza legal el pacto que se constituiría en el principal cimiento jurídico de la sociedad occidental en el Medievo, un contrato en el que las dos partes dan y reciben. Homenaje por beneficio, fidelidad a cambio de tierras, auxilio y consejo por protección anudan un lazo que une de por vida al señor y al vasallo. Era la confesión de impotencia de un Estado que, perdida la fe en la afirmación objetiva de su poder, ha de recurrir a los vínculos personales para guardar un soplo de vida. Y funcionó, al menos mientras los feudos de los nobles no fueron hereditarios; mientras entre ellos y el rey no se interpuso instancia alguna. Pero, ¿qué sistema sería capaz de asegurar la lealtad de los nobles a un monarca que no poseía otros medios para imponer su voluntad que los que ellos mismos podían darle? El modelo había de llevar por la fuerza a la desintegración del Estado, a la conversión de cada conde en un pequeño soberano, integrados todos ellos en una pirámide de lealtades personales a cuya cabeza el monarca terminaría por ser un señor más. Había nacido el feudalismo.

Carlomagno en un grabado italiano del siglo xix. El imperio que fundó, a pesar de su apariencia imponente, se levantaba sobre cimientos sociales y económicos muy frágiles que explican su escasa duración.

Por ello era inevitable a medio plazo que el Imperio de Carlomagno se hundiera como un edificio sin cimientos. Su sucesor, Luis el Piadoso, logró a duras penas preservarlo. Pero los hijos de este, Carlos el Calvo, Lotario y Luis el Germánico, a mediados del siglo ix pactaron ya repartirse el legado de su padre. Apenas habían transcurrido cuarenta años desde aquella Navidad del año 800. A la postre, el concepto germánico del Estado como patrimonio divisible se había impuesto de nuevo en las mentes de los monarcas de aquel imperio de opereta que, a instancias de otros, se había proclamado heredero de Roma. No obstante, tras él se agazapaba, esperando su momento, el obispo de Roma, verdadero y perpetuo aspirante a la herencia de Occidente.

Pero, ¿qué sucedía, entretanto, en el resto del mundo? ¿Había alcanzado también la decadencia a los estados nacidos más allá de las fronteras de Occidente? Olvidemos por un instante a América y África, de las que nos ocuparemos más adelante, para centrar nuestra atención en Asia, que habíamos dejado en el momento de la aparición de las primeras sociedades estatales.

En China y la India, como en torno al Mediterráneo, los imperios nacen y mueren; se suceden la guerra y la paz, y alternan, e incluso conviven, la prosperidad y la miseria. Hay quien se muestra convencido de que, al menos en China, el ciclo se completa, con pasmosa regularidad, cada ochocientos años. Unificación, reformas, decadencia, fragmentación y caos desfilan uno tras otro con tanta seguridad como las estaciones. Y mientras, al igual que en Occidente, los humildes soportan, casi siempre sumisos, los designios de sus dirigentes, cuyas peripecias apenas les distraen de las rutinas de una vida que cambia muy poco con el correr de los siglos.

Hay, sin embargo, diferencias. China vive su particular Edad Media entre los siglos iii y vi de nuestra era, cuando, caído el imponente imperio de la dinastía Han, su territorio se fragmenta en varios reinos en lucha continua. Las crónicas contemporáneas dibujan un paisaje tan desolador como el de las invasiones bárbaras sobre el Occidente romano. Edificios públicos carbonizados o en ruinas, canales sucios y cerrados al tráfico de barcos, caminos y puentes en estado de completo abandono. Incluso la Gran Muralla, orgullo del país y parapeto indispensable contra las incursiones de los nómadas de la estepa, sufre la incuria de unos gobernantes absortos en sus querellas intestinas.

Pero mientras Europa gastará siete siglos en recuperar tan sólo una parte del terreno perdido, la China que emerge de la crisis, de nuevo unida, en las últimas décadas del siglo vi brilla con un esplendor que Occidente no conocerá hasta un milenio más tarde, en pleno auge del Renacimiento. El «Imperio del Centro», como los chinos llaman a su propio país, alcanza sus mayores cotas de progreso bajo las dinastías Sui y Tang, entre los siglos vi y x, que constituyen una época de refinamiento cultural y artístico cuyos cimientos se asientan con solidez en una economía en auge. La capital, Chang'An, la actual Xi'an, en el noroeste del país, constituye un prodigio de casi cuarenta kilómetros de perímetro ideado por los arquitectos imperiales de acuerdo con severos criterios de racionalidad urbanística. Su población, próxima a los seiscientos mil habitantes, hace de ella la más populosa del mundo, pero no se trata sino de la mayor de una densa red de ciudades que se diseminan por todo el territorio, unidas por carreteras y canales que aseguran un tráfico continuo de mercancías. El Gran Canal, que acerca el norte, más pobre, al rico sur del país, se extiende a lo largo de dos mil quinientos kilómetros, siempre flanqueado por caminos arbolados, y ha movilizado para su construcción a casi tres millones de personas.

Durante trescientos años, el país disfruta de una gran prosperidad. El poder de sus emperadores es reconocido por doquier. La Ruta de la Seda, una pista de ocho mil kilómetros de longitud que une el oeste de China con el Mediterráneo y por la que caminan caravanas de mercaderes, soldados, bandidos, ejércitos e ideas, está ya bajo su control. Los campos, heridos por arados que regulan la penetración de su reja y regados por acequias que transportan el agua allí donde se necesita, rinden cosechas cada vez más generosas, capaces de alimentar con abundancia a una población que alcanza los cincuenta millones de habitantes. Gran número de talleres, algunos de ellos con cientos de operarios, abastecen el Imperio, y buena parte de Asia, de porcelanas, sedas y, desde el siglo x, libros impresos en papel de arroz, que extienden por doquier la influencia de la cultura china. La unificación de pesos y medidas, y una numerosa burocracia de mandarines escogidos por medio de

exámenes muy rigurosos, facilitan el tráfico de las mercancías y la recaudación de impuestos. Y un ambiente de gran tolerancia religiosa hace posible que, junto al taoísmo, la fe tradicional, arraiguen en China el budismo, el islam, el mazdeísmo, el judaísmo e incluso creencias de origen tan lejano como el maniqueísmo y el cristianismo nestoriano.

Sutra del Diamante, encontrado en la cueva budista de Dunhuang, en la actual provincia de Gansu, en el noroeste de China. Fechado a mediados del siglo ix, es el documento impreso conocido más antiguo de la humanidad.

Luego, apenas iniciado el siglo x, el imperio se desmorona. Diez reinos se forman en el rico sur mientras en el norte los señores de la guerra luchan por el trono vacante. La economía se resiente; los campesinos gimen de dolor. Pero se trata, una vez más, de un paréntesis. Una nueva dinastía, la de los Song, devuelve a China la unidad perdida antes de morir la centuria. Se trata de un país más pequeño; ha perdido muchos territorios y no posee ya el control de la estratégica Ruta de la Seda. Sus vecinos, en fin, son más poderosos y es necesario en ocasiones comprar con cuantiosos tributos su benevolencia. Sin embargo, su desarrollo cultural, tecnológico y social es mucho más elevado. China es ahora, por primera vez, el «taller del mundo», que exporta armas, tejidos, papel, joyas, porcelanas y cerámicas que llegan a los mercados más lejanos; el reino de los ricos mercaderes que emplean papel moneda y surcan el océano con formidables bajeles guiados por precisos mapas y eficaces brújulas; la nación del más exquisito refinamiento, que escucha extasiada a sus poetas y adora la pintura de paisajes; el imperio de las grandes ciudades dotadas de alcantarillado y recogida de basuras donde los más humildes usan cepillo de dientes y papel higiénico y disfrutan los primeros hospitales, asilos y orfanatos. Pero también es el país de los mandarines corruptos que abusan de los aldeanos miserables, los soldados que blanden las primeras armas de fuego y los aristócratas que conspiran a espaldas del emperador y se mostrarán dispuestos a colaborar con los mongoles cuando, en el siglo xiii, las hordas de Gengis Kan invadan las tierras de China.

Y es que más allá de las fronteras del «Celeste Imperio», al calor de las grandes civilizaciones que los rodeaban, algunos pueblos nómadas habían evolucionado hasta adoptar formas políticas estatales que, al igual que había sucedido en Egipto o Mesopotamia, llegarán a poner en peligro a los estados más antiguos. También entre Asia y Europa surgieron imperios efímeros, barridos de tanto en

tanto por invasiones que los arrasaban por completo, tan sólo para dar lugar al poco tiempo a la aparición de otros nuevos. Persas y turcos, árabes o búlgaros tuvieron su oportunidad en aquellas tierras. Pero entre esos pueblos, será el de los mongoles, originario de las estepas situadas al norte de China, el que supondrá una amenaza mayor, hasta el punto de transformar por completo el mapa político de Asia a partir del siglo xiii.

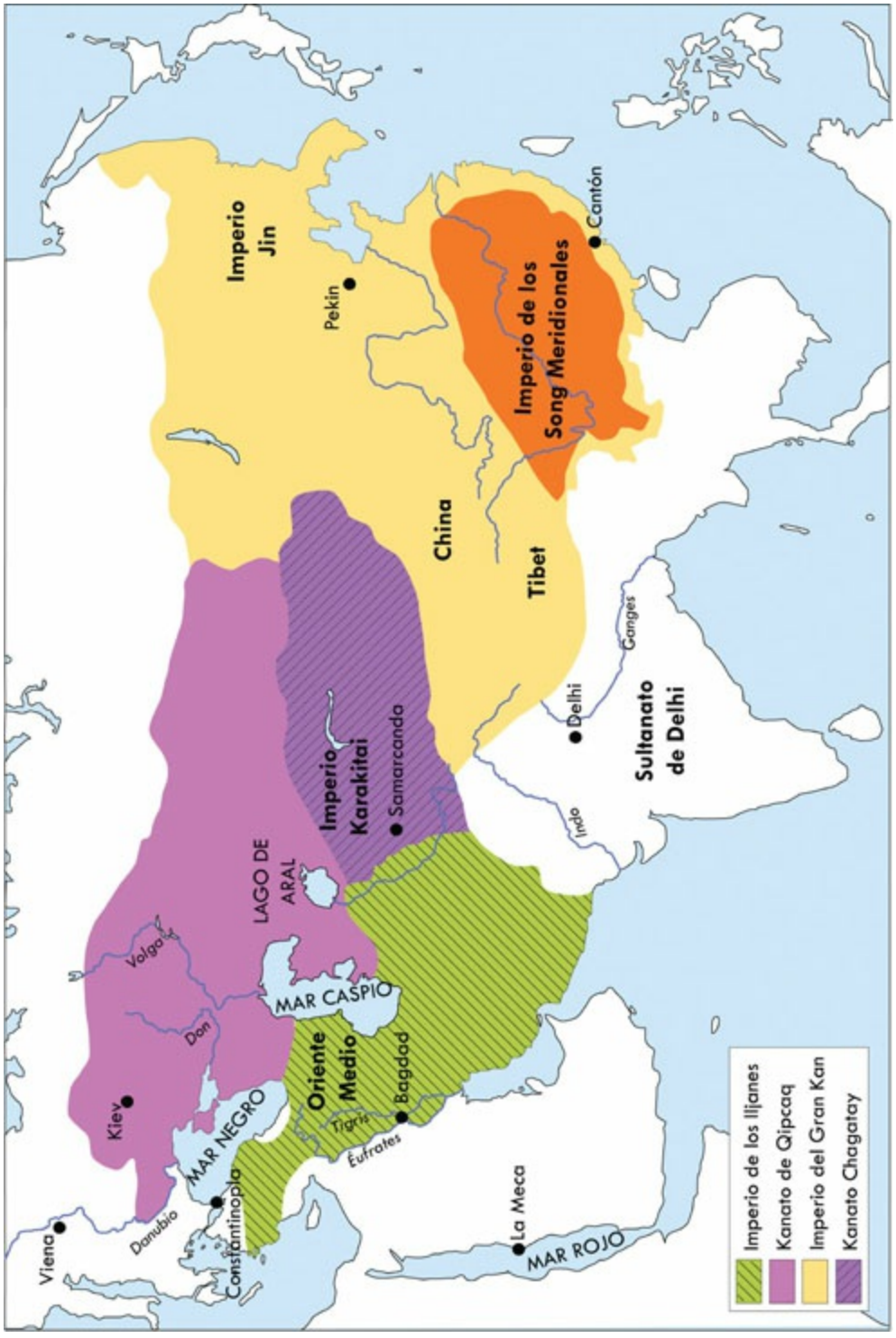
Billete impreso de la dinastía Ming, que gobernó China entre los siglos xiv y xvii. El papel moneda se utilizó por primera vez bajo la dinastía Song, a partir del siglo x de nuestra era.

Fue Gengis Kan, erigido en soberano indiscutible de todos los clanes mongoles en 1206, quien hizo de ellos un verdadero Estado, dotado de una eficaz maquinaria militar y administrativa, y lanzó sus tropas a la conquista de las fértiles tierras del sur. En unos pocos años, sus temibles jinetes barren Asia, derriban fronteras y hunden imperios desde China hasta Rusia. A su muerte, en 1217, los dominios de los mongoles se extienden desde el mar de China, al este, hasta las tierras de los polacos, los húngaros y los búlgaros, al oeste, formando el mayor imperio nunca creado por el hombre. La unidad, sin embargo, es efímera. La riqueza trae la molicie; el ardor bélico se enfría. Los hijos del Kan se reparten su herencia. Cuatro estados nacen de las ruinas del Imperio mongol: la China de los Yuan, en Extremo Oriente; el *kanato* Chagatay, en Asia central; el Imperio de los Iljanes, al sudoeste del continente, y el *kanato* de Qipcaq, pronto conocido como Horda de Oro, al nordeste. De todos ellos, sólo uno, la China de los Yuan, el país de Kublai Kan, anfitrión del veneciano Marco Polo, conocerá una existencia duradera.

¿Qué sucedía mientras al sur, en tierras de la India? La invasión de Alejandro Magno, en el siglo

iv a. C., ejerció como catalizador de grandes cambios políticos. Los viejos reinos que se repartían el norte del país desde la invasión de los arios, dos milenios antes, dieron paso al primer imperio indio, el Maurya, cuyo gobierno centralizado llegó a imponer su dominio sobre toda la península del Indostán entre los siglos iv y ii a. C. Ya por entonces, la India experimenta un importante desarrollo. La vida urbana, el comercio y la artesanía conocen un notable auge. Una densa red de caminos mantiene unido el imperio. Y la fe brahmánica tradicional, rígida y ritualizada, pierde terreno frente al budismo y el jainismo, que siembran por doquier sus exigentes principios éticos.

Pero también aquí los imperios son efímeros y el país vuelve a fragmentarse entre los siglos ii a. C. y iv. Durante esas seis centurias, sólo un estado de cierto tamaño, el reino Kushana, al norte, logra asentar su dominio. Es a partir de esa fecha, mientras Occidente sufre lo más hondo de su declive, cuando la India vive su edad de oro, el período en el que se definen los rasgos característicos de lo que llegará a ser la civilización hindú.



El Imperio de Gengis Kan y los Estados en que se dividió.

A pesar de su corta duración, el edificio político erigido por el caudillo mongol desempeñó un papel fundamental en la evolución posterior del continente asiático.

El mérito corresponde a un nuevo Imperio, el de los Gupta, que gobernó la mitad norte del país durante más de dos centurias, hasta bien entrado el siglo vi. Bajo sus reyes, sensibles a las ideas procedentes del exterior y tolerantes con la diversidad religiosa de sus súbditos, la India disfruta de un gran esplendor cultural y científico. Las artes, beneficiadas por el mecenazgo regio, viven su período clásico. La tecnología y la ciencia, en particular las matemáticas y la astronomía, progresan con rapidez. Las ciudades se desarrollan en tamaño y complejidad, y son frecuentes en ellas los edificios de varios pisos. El comercio de larga distancia crece con rapidez. Los barcos indios cruzan el Índico y alcanzan el mar de China, donde rivalizan con los mercaderes del Celeste Imperio.

Pero, una vez más, el esplendor es fugaz. Mediado el siglo, de los Gupta no quedan sino cenizas. Durante centurias, numerosos reinos independientes luchan entre sí con ánimo de imponerse a los demás. Pero la unidad, cuando se logra, es efímera. Habrá que esperar al siglo xii para que un nuevo Estado asiente su dominio sobre una parte importante del país. Pero en esta ocasión la unidad será impuesta desde fuera. La conquista del país por los musulmanes, que fundan el llamado sultanato de Delhi, inicia un largo período de dominación extranjera que, en la práctica, no terminará hasta mediados del siglo xx.

Europa despierta

Volvamos ahora a Occidente, al que habíamos dejado por un instante sumido en las tinieblas de la decadencia. Entre los siglos ix y x, mientras China se encarama a la cima de su esplendor y la India lucha por recuperar su unidad perdida, Europa recibe una nueva arremetida de pueblos dispuestos a arrancarle incluso los harapos con que se cubre. Vikingos, magiares y musulmanes penetran desde Rusia hasta Francia, de Italia a las islas británicas. Occidente parece a punto de perecer. Los invasores han sembrado por doquier el desorden y el miedo. La población se contrae aún más, los caminos se vuelven inseguros, la miseria se apodera de los campos. Los estados, minados por la división del poder entre los nobles, se desmoronan. Cada región queda abandonada a su suerte. Cada hombre libre busca un noble que lo proteja; cada campesino, un señor que lo ampare. Incluso la Iglesia entra en el juego. Como señores, los obispos y abades rigen vastas explotaciones agrarias y reciben de los campesinos, olvidado ya el trabajo de los monjes, las rentas que les permiten entregarse a la oración y la cultura; como vasallos, los sacerdotes y sus templos se entregan a señores laicos que los usan como un beneficio más en el entramado de las relaciones feudales. El mismo papa gime bajo la tiranía de la nobleza romana. Y el clero, corrupto e ignorante, se halla muy lejos de un pueblo que le necesita ahora más que nunca.

Pero, con todo, Occidente, sobrevive a aquella era de tinieblas. Lo hace como civilización, como idea, y al cabo de un tiempo su vitalidad se despliega de nuevo. Frenados los magiares y los sarracenos, trocados los vikingos en pacíficos comerciantes que se asientan, ensanchándolas, en las fronteras de Europa, se abre una era de paz. En los últimos años del siglo x algunos síntomas anticipan la recuperación. Las pestes acaban y los nacimientos aumentan. La vida regresa a los campos desiertos y resucitan las iglesias en ruinas. Modestos avances técnicos nutren un tímido aumento de las cosechas, al que pronto acompaña un cierto despertar de la artesanía. Las rutas de los mercaderes vuelven a abrirse. La cruz avanza hacia el este y el mundo eslavo se cristianiza. Los

reyes sueñan con recuperar el poder perdido y rescatan las ideas universales. Pero el ritmo de la política es cansino. Las primeras tentativas fracasan. En el 962, un nuevo emperador, Otón I, se proclama heredero de Carlomagno. La historia se repite. El papa, siervo de la nobleza de Roma, pide ayuda; el emperador, hambriento de legitimidad, se la ofrece. Pero el nuevo imperio es distinto del carolingio. Sus monarcas ven en el pontífice un mero auxiliar. No aceptan ni aun su primacía espiritual: sólo ellos son los vicarios de Cristo en la tierra. Además, aunque Sacro y Romano, el nuevo Imperio es también Germánico. Su origen se halla en los éxitos de Otón en la lucha contra los magiares, más allá de los límites del fenecido mundo carolingio. Pero no es distinta su debilidad. El papa no desea señores, sino amigos; la nobleza italiana rechaza al extranjero; los mismos alemanes sienten escasa simpatía por un reino que admite en su seno a los eslavos y un monarca que reside en Roma. A la muerte de Otón III, sus sucesores se conformarán con reinar sobre la Germania.

Mientras, los monasterios recuperan alguna vitalidad. Sus monjes han mantenido viva la herencia clásica copiando una y otra vez los viejos códices, haciendo circular las copias por cada cenobio de la cristiandad latina, peregrinando ellos mismos de biblioteca en biblioteca, conservando así unidas en el espíritu las piezas de aquella Europa rota por las invasiones. Y ahora, cuando amaina la tormenta, Occidente, vivificado por la ciencia árabe, redescubre las matemáticas, la geometría, la astronomía y la dialéctica. La reforma impulsada por los monjes de la abadía francesa de Cluny facilitará las cosas. Una tupida red de monasterios que se extienden como tentáculos desde la casa madre y un ejército de monjes disciplinados a las órdenes directas del papa, ajenos a obispos y señores, llegan prestos a liberarla de sus hipotecas feudales, a cada rincón de Europa. Y de su mano, la Iglesia, que renacía de sus cenizas, reclamará bien pronto una vez más su derecho al liderazgo.

La recuperación se consolida a partir del año 1000, pero no todo son cambios. Sigue vigente un orden social que se cree natural y querido por Dios. Las gentes se encuadran de por vida en estamentos protegidos por rígidas fronteras legales que justifican su existencia por la función a la que han sido llamados por el Creador. A la cabeza, los *oratores* velan por la salvación de las almas. Sólo un poco más abajo, los *bellatores* se ocupan de la seguridad de los cuerpos. Y más abajo aún, en la base de la sociedad, los *labratores* trabajan para alimentarlos a todos. Así son las cosas y nadie las cuestiona. El destino queda sellado al nacer; lo marca la ley de la sangre. Sólo la Iglesia abre una puerta, estrecha y engañosa, a la promoción social. Porque los humildes pueden, al vestir los hábitos, asegurarse quizá casa y comida, pero nada más. El cura de aldea en poco se distingue de su rebaño, con el que comparte ignorancia y penurias. Obispos y abades no son hijos del pueblo, sino de la nobleza, y en todo se asemejan a sus orgullosos hermanos laicos.

Tampoco es distinta la vida en el campo. La tierra sigue en poder de la nobleza y la labran, ahora y siempre, los campesinos. El señorío apenas ha cambiado. Poco a poco, los trabajos en la reserva y las prestaciones en especie van dejando paso a las rentas en metálico. La misma reserva pierde terreno en favor de los mansos, pues el señor ha comprendido que aumentan así sus beneficios. Pero el paisaje es el mismo. En ella se levantan el castillo o la mansión del señor, sus graneros y establos, el horno y el molino, el lagar y la forja. La completan, a veces, huertos y viñedos, y un muro, real y simbólico, la separa del mundo que la rodea, el de los labriegos sin cuyo esfuerzo no podría existir. Allí, del otro lado, en sus aldeas y pueblos, en torno a la iglesia, o a la sombra protectora del castillo, se arraciman sus casas de madera, de piedra o tapial, cuyo techo, horadado para dejar paso al humo del hogar, comparten hombres y animales. Allí se diseminan sus parcelas, repartidas aquí y allá entre muchos y lejanos campos, y se extienden los pastos y prados, de uso comunitario, y los montes y bosques, donde de tanto en tanto caza también el señor. En aquel mundo cerrado, que rara vez abandonan, sigue transcurriendo, sometida a una indecible rutina, la corta vida de los humildes.

Algo sí había cambiado, sin embargo, en el señorío. Impotentes y lejanos los reyes, los señores acapararon cuantas prerrogativas correspondieron antes al soberano. Poco a poco, el monarca perdió en sus tierras el derecho a reclutar tropas, a recaudar tributos y a administrar justicia. Los señores pronto se arrogaron también el derecho a autorizar ferias y mercados, gravaron con tasas el tráfico de mercancías por sus tierras y, deseosos de ser en todo iguales a los monarcas, acuñaron enseguida monedas con su efigie. Lo que de unitario podía poseer aún el Imperio de Carlomagno se había deshecho por completo. Sus atribuciones y su soberanía se habían repartido entre los grandes señores, que a su vez las habían compartido con señores más pequeños a cambio de su fidelidad personal, consolidando el binomio vasallaje-beneficio como pilar básico de la sociedad feudal. Concluido el siglo x, el proceso iniciado en los tiempos del Bajo Imperio con la aparición de las villas había alcanzado su culminación. Los nobles y sus vasallos habían ocupado el lugar del monarca y sus funcionarios. El Estado, en el sentido romano del término, había desaparecido.

Boda campesina, de Pieter Brueghel el Viejo, 1568. Aunque la vida del pintor holandés transcurrió en el Renacimiento, nadie como él retrató la vida del campesino europeo, que permaneció casi inalterable durante muchos siglos.

Pero Europa, tras siglos de letargo, se desperezaba. Sus fronteras se desplomaron, demolidas desde dentro por un impulso renovado. Al sur, en la península ibérica y en Sicilia, la cruz ganaba terreno a la media luna; al este, más allá del Elba, los colonos alemanes poblaban las llanuras del centro del continente. Mientras, nuevos campos de cultivo se ganaban en todas partes. Los señores, ansiosos de acrecentar sus rentas, ordenaron desecar pantanos y talar bosques, y nuevas aldeas y pueblos brotaron poco a poco en parajes antes solitarios. La población crecía tanto que pronto se sintió con fuerzas para recuperar lo que pensaba que era suyo. Las Cruzadas, entre siglos xi y xiii, trataron, hasta en ocho ocasiones, de devolver a la cristiandad los sagrados lugares donde Cristo había vivido y predicado su mensaje. Motivadas por un fervor de índole espiritual, impulsadas por un papa deseoso de recuperar el liderazgo de Occidente y de restaurar la unidad perdida con los cristianos de Oriente, no habrían sido posibles sin la recuperación demográfica y económica que las precedió, la cual proporcionó los hombres que engrosaron los ejércitos, los pertrechos que los armaron y el comercio con Oriente que se había convertido en vital para las grandes villas del norte de Italia que las apoyaron.

Pero, ¿qué estaba pasando? Es evidente que las gentes mejor nutridas gozaban de defensas más fuertes frente a la enfermedad, vivían más años y engendraban más hijos sanos, capaces, a su vez, de burlar mejor a la muerte. Además, la disminución de las guerras favorecía la caída de la mortalidad. Quizá incluso una cierta mejora de la higiene, gracias a la difusión del jabón, ayudó también a prolongar la vida de los humildes. Pero la alimentación no habría mejorado tanto sólo gracias a la roturación de nuevos campos. Era, también, que los campos producían más. La paz favorecía el uso de nuevas técnicas que empezaron a aumentar los rendimientos. Los aperos de hierro sustituyeron a los viejos útiles de madera. Cultivos desconocidos, como el centeno y la avena, se ganaron un lugar entre los tradicionales, y otros que no lo eran, como las frutas y muchas hortalizas, se hicieron más frecuentes. Un abrazo más intenso entre los animales y la tierra generalizó el cultivo de plantas forrajeras y el uso del estiércol como abono. El arado con ruedas y vertedera, capaz de herir el suelo a mayor profundidad que el romano, permitió poner en cultivo las tierras más duras del norte, que eran también las más fértiles. La sustitución de la rotación tradicional de dos hojas por la de tres, que hacía posible cultivar cada año dos tercios de la tierra en lugar de la mitad, multiplicó con rapidez el alimento disponible para personas y bestias. Y, en fin, la introducción como animal de tiro del caballo, que permitía trabajar tanto como tres o cuatro bueyes, agilizó el laboreo de los campos y abrió a los campesinos la posibilidad de cultivar extensiones mayores con igual número de brazos.

Más gentes y más y mejores alimentos. Tales cambios no podían dejar de tener consecuencias sobre el resto de las actividades humanas. En muchas zonas, el crecimiento de la población era superior al de las cosechas. Los campesinos se veían entonces forzados a buscar trabajo en otro lugar. A veces buscaban nuevos campos que roturar y fundaban nuevas aldeas. Pero en otras ocasiones fue la ciudad el lugar escogido para dar comienzo a una nueva vida. Y la ciudad, tanto tiempo muerta, recibió así la savia que necesitaba para revivir. Su crecimiento, una vez iniciado, proporcionó a la agricultura nuevos mercados, pues las villas albergaban ahora más bocas que alimentar. El círculo virtuoso empezó a girar de nuevo. Los señores arrendaron sus tierras a cultivadores que cargaban sus cosechas en carros y las llevaban a la ciudad, donde volvían a celebrarse mercados y ferias. La moneda circuló de nuevo; el comercio la necesitaba. Las urbes se poblaron, una vez más, de talleres y el aumento del empleo atrajo a nuevos campesinos deseosos de liberarse de las servidumbres de la gleba. Más allá de los muros de la ciudad, crecían nuevos barrios que acogían a los recién llegados. Al norte de Italia y en los Países Bajos muchas ciudades alcanzan ya los cien mil habitantes; París llega a los trescientos mil al morir el siglo xiii. Son legión, por toda Europa, las que superan los diez mil.

En su interior, el paisaje ha cambiado. Las iglesias, los cuarteles, los palacios, las viviendas escasas y miserables que se agolpaban intramuros cuentan ahora con la forzosa compañía de los talleres, las tabernas y las tiendas. Los huertos y campos proliferan a su alrededor. Un tráfico incesante de carretas, de bestias y de personas cruza sus puertas. Ha vuelto el bullicio y la algarabía. Los recién llegados se organizan. Los artesanos se agrupan según sus ocupaciones. Herreros, tejedores o plateros forman gremios que atan a cuantos ejercen idéntico oficio con los lazos de la hermandad. A un tiempo cofradías religiosas, sociedades de socorros mutuos y corporaciones profesionales, velan por la devoción al santo que las apadrina; protegen contra el infortunio a los artesanos y sus familias; fijan precios, determinan salarios, vigilan la calidad, establecen permisos y exámenes para desempeñar el oficio, y excluyen y persiguen a quienes tratan de ejercerlo fuera de su control. A la cabeza, los maestros, envidiados por los oficiales y emulados por los aprendices, imponen una jerarquía que se torna cada vez más rígida. Su preeminencia social tardará poco en aspirar al ejercicio del poder político.

El renacimiento urbano trae consigo el resurgir del comercio. Las ciudades producen, pero también consumen. Es necesario abastecerlas. Los ríos sirven de caminos naturales al tráfico de mercancías. Pronto les acompañan las antiguas vías romanas. Las villas costeras resucitan. Sus puertos se animan con el constante ir y venir de barcos más resistentes y pesados. El mercado semanal, en el que los campesinos ofrecen los frutos de su cosecha, gana la compañía de la feria, que acoge a comerciantes venidos de muy lejos. Nobles avisados, como los franceses condes de Champagne, comprenden el beneficio que se les ofrece y no dudan en acogerlas bajo su protección, garantizando al mercader seguridad, libertad y exenciones fiscales. Su ejemplo cunde pronto. En Florencia, en Pisa, en Génova y Venecia, en Brujas y Gante, las ferias se multiplican. Sus ciclos, que se suceden uno a otro, cubren todo el año. Se acuña de nuevo moneda de gran valor, la que requiere el renacido comercio a larga distancia, primero de plata, pero más pesada que la carolingia, como el denario genovés o el matapán veneciano; luego de oro, cuando empiezan a escasear las monedas bizantinas y árabes, como el florín florentino o el ducado veneciano. Pero la moneda no basta. Nuevas técnicas comerciales surgirán para facilitar el crecimiento de los intercambios. El mercader tradicional, de pies manchados por el polvo del camino, deja paso al comerciante a gran escala, que dirige sus negocios desde una cómoda oficina valiéndose de agentes y pagarés. La banca resucita, y nuevas formas de empresa comercial, que ofrecen diversas combinaciones de capital y trabajo, nacen para atenuar los riesgos. La apatía de los primeros siglos de la Edad Media es cosa del pasado. Las fuerzas productivas renacen con vigor empujando con ellas a nuevas fuerzas sociales. Pronto los poderosos sentirán temblar los cimientos de su autoridad.

Pues, como ocurre a menudo, los cambios plantean preguntas. ¿Qué lugar cabe en el orden natural del mundo a comerciantes y artesanos? Es cierto que no son nobles ni clérigos, pero, ¿acaso son labradores? ¿Puede mantenerse intacto el equilibrio entre los estamentos tras su irrupción en el panorama social?

Parece que no. La identidad entre aristocracia y riqueza, cierta dos siglos antes, ya no lo es cuando proliferan los aristócratas arruinados y los plebeyos enriquecidos por el comercio. Los mismos campesinos, sometidos aún al señor, se emancipan de su tiranía, ganando la libertad a veces a cambio de dinero, otras como incentivo para acrecer una producción que ahora se orienta al mercado. Pero es la ciudad el crisol en el que van a fundirse las fuerzas que terminan por enterrar el mundo feudal. Su aire, según un viejo proverbio alemán, hace libre. Quizá no al principio, cuando los grandes señores, e incluso los reyes, tratan de someter a su vasallaje las urbes en crecimiento. Pero se trata de un empeño inútil. Su propia riqueza protegía a la ciudad, daba a sus habitantes el arma con que ganar su libertad, que logran a veces mediante la violencia, casi siempre por medio del acuerdo. Pero es el dinero el que da el poder y no todos eran ricos en su seno. Pronto, los grandes mercaderes despojan del gobierno municipal a las asambleas de ciudadanos, y los reyes encuentran en ellos los aliados que necesitan para romper las oxidadas cadenas con las que les ha aprisionado el denso entramado de las relaciones feudales. Los burgueses aportan su dinero; el rey les concede la libertad y les ofrece un lugar junto a su trono. A la nobleza y el clero, consejeros tradicionales de la Corona, se añaden así los representantes de las ciudades. Los consejos reales se tornan parlamentos, dietas o cortes. Y los monarcas, dueños al fin de recursos superiores, pueden afrontar la tarea de recuperar el poder perdido. Hallan en el Derecho romano la justificación de sus pretensiones e imponen a sus nobles, a veces mediante la fuerza, otras por medio del arbitraje, la primacía de su autoridad, reflejada en la aprobación de códigos legales únicos. La Administración se densifica, distinguiéndose otra vez de la casa real, y se dota de nuevo de representantes que llevan su voluntad a cada rincón del reino. La Hacienda, engrosados los recursos del monarca por la extensión de sus

dominios y la consolidación de derechos sobre la moneda, la sal, las minas o los mercados, respalda con mayor eficacia las pretensiones reales. Y el ejército, liberado de la dependencia de las mesnadas feudales, gracias a las milicias urbanas y los propios reclutas del rey, sin duda confería una fuerza decisiva a sus argumentos. Se perfilan ya los estados que darán forma política a Europa en los siglos venideros.

Mientras, las viejas ideas se niegan a morir. Iglesia e Imperio plantean de nuevo sus títulos. Sostienen los papas su derecho a ostentar la monarquía universal, pues su autoridad, recibida de Dios, es superior a cualquier otra y a ella deben someterse reyes y emperadores. Argumentan que reyes y sacerdotes son consagrados por igual, ante el altar, porque todo poder viene de Dios. Pero el Supremo Hacedor fue rey desde la eternidad, mientras que sacerdote sólo lo fue desde que se encarnó como hombre. El poder temporal, por tanto, es superior al espiritual y el emperador ha de tener primacía sobre el papa. Así se enfrentan durante casi tres siglos papas y emperadores, con las ideas y con las armas, con la persuasión y con la fuerza. Una guerra baldía de la que ambos salieron debilitados y cuyos únicos vencedores fueron los monarcas, de Francia, de Inglaterra, de Castilla o de Aragón, que podían, quizá, reconocer cierta primacía al emperador y al papa, pero no se someterían nunca a su poder temporal. La idea de una cristiandad unida sobrevivirá, renacerá incluso en los albores de la modernidad de la mano de Carlos V, pero la verdadera herencia del Medievo fue el embrión del Estado-nación, el cimiento sobre el que se construirá el mundo del futuro.

La gente del medievo

Pero si la Iglesia no pudo vencer en la guerra por la supremacía política, sí logró el éxito en una misión mucho más importante. La supervivencia de Occidente quedó asegurada. Su unidad se había roto de forma definitiva. No sería ya, en el futuro, un imperio, sino una familia de estados independientes. Independientes, pero no ajenos, ya que la división política no destruyó la unidad cultural. Gracias a la civilización cristiana que la Iglesia sustentó con tesón durante los siglos posteriores a la caída de Roma, la herencia del Occidente no pereció. Porque fue en el seno del cristianismo donde se operó la síntesis de las tradiciones griega, romana y germánica de la que surge la civilización europea medieval y su legado para los siglos posteriores. Con limitaciones e imperfecciones, la Iglesia continuó manteniendo unidas las piezas de Europa.

Esa unidad se cimentó en el idioma. En el Medievo nacen y alumbran su literatura las lenguas vulgares, pero sólo el latín sirve, y servirá por mucho tiempo, a las gentes cultas de Occidente como instrumento universal de comunicación. En él estudian y aprenden las mismas cosas, primero las grandes síntesis del saber, el *trivium* y el *quadrivium,* la teología; más tarde, derecho, medicina, dialéctica o filosofía. Ciudadanos todos de una república de las letras que no conoce fronteras, no gustan ya de la fría paz de los cenobios, sino del animado bullicio de las renacidas urbes, nuevos centros de irradiación de la cultura. En París, en Bolonia o en Oxford, las escuelas nacidas bajo el manto protector de los obispos se despegan de su tutela. En Palencia, en Nápoles o en Toulouse, son los reyes quienes toman la iniciativa. Ambos caminos conducen a idéntico destino, el ayuntamiento autónomo, protegido por sus propios estatutos, de profesores y alumnos entregados a la tarea del estudio. Más de cuarenta universidades posee ya Europa al concluir el siglo xiii. Todas disfrutan similares privilegios. En todas ellas se enseña lo mismo y de la misma manera. Sus títulos, Artes, Derecho, Medicina, Teología, y sus grados, bachiller, licenciado o doctor, son válidos en todo el continente. Políticamente roto hasta lo indecible, Occidente conserva unida su civilización.

¿Y el pueblo? ¿Forma parte también de esa unidad cultural de las élites? Digamos que alcanza la suya propia. Ni campesinos ni menestrales hablan ya latín; tampoco leen o escriben en lengua alguna; la mayoría de ellos ni siquiera traspasa los estrechos límites de la comarca donde han nacido. Su cultura, pues, varía mucho de un lugar a otro. Incluso dentro del mismo reino, dos regiones muy cercanas pueden vivir de espaldas entre sí, sin influirse apenas. Pero, con todo, también entre ellos se afirma poco a poco una civilización común. Los europeos son cristianos por encima de las fronteras políticas o culturales. Creen en los mismos dogmas y practican los mismos ritos, pues una liturgia común ha sustituido a las liturgias nacionales. Mediante el bautismo y la confirmación, por medio del matrimonio y la unción de enfermos, la Iglesia se hace presente en cada momento crucial de la vida de los humildes; a través de la confesión y de la eucaristía, de la predicación en los templos y los campos, orienta sus creencias y actitudes. De la mano del clero secular, cada vez más numeroso y cercano, y de franciscanos y dominicos, las nuevas órdenes mendicantes, los ideales cristianos penetran en cada rincón de la existencia. Por doquier se extiende el culto a la Virgen y a los santos y el fervor por las reliquias. En cada rincón de Europa, las gentes abrazan el ideal monástico, ofreciéndose a los monasterios como oblatos o agrupándose en cofradías, retirándose del mundo como eremitas o peregrinando por millares a Roma, a Jerusalén o a Santiago.

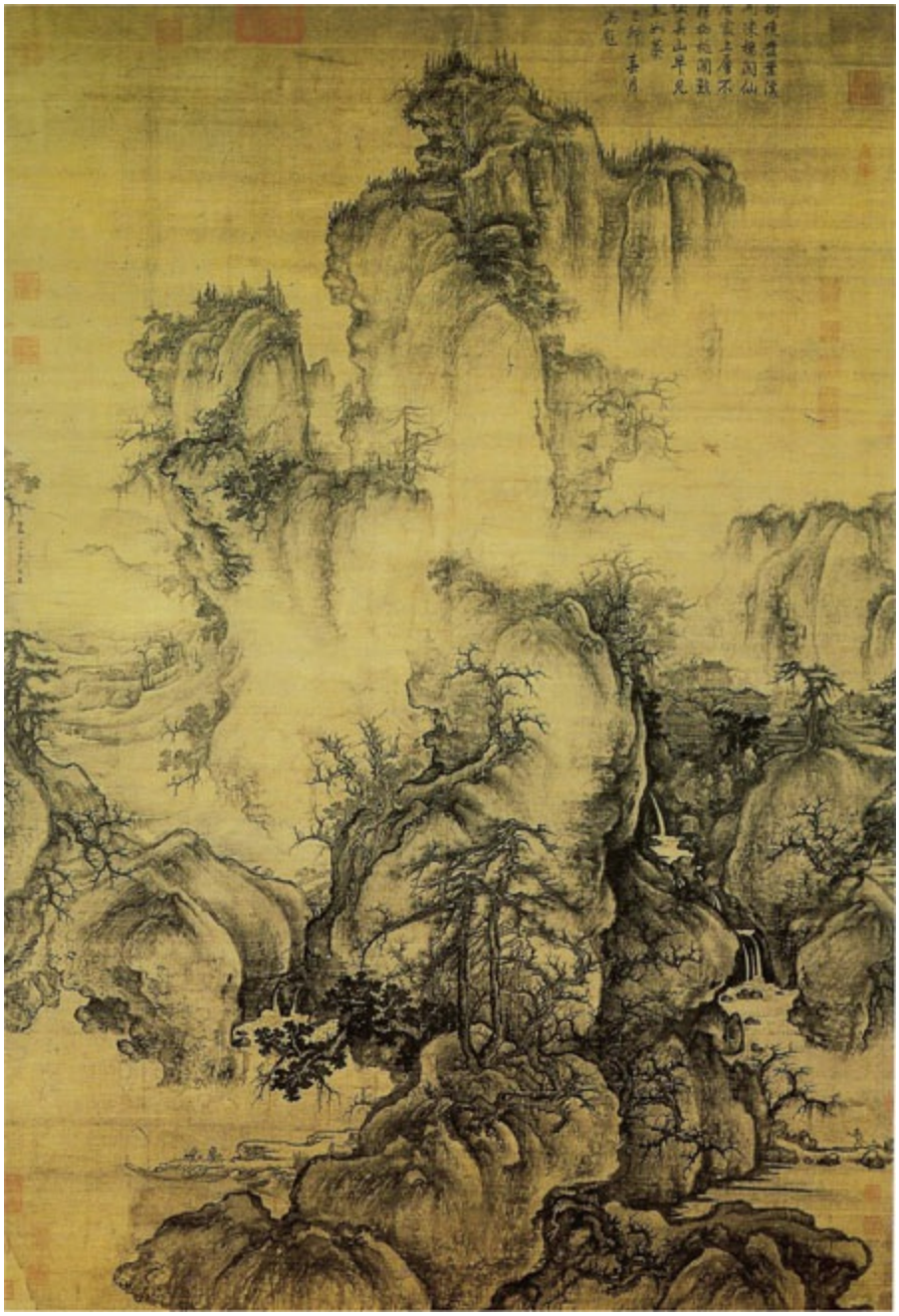
Hay, es cierto, quien, insatisfecho con el credo oficial, busca sus propias respuestas fuera del dogma. Pero la sociedad cristiana, a diferencia de las orientales, no es abierta. Al que discrepa se le marca enseguida con el hierro de la herejía; si se obstina, caerá sobre él la Inquisición, creada por los papas para perseguir la disidencia. Y no se trata de una imposición de la Iglesia. Su acción congrega por lo general el apoyo del pueblo. El europeo no entiende al distinto, al que desea estar solo, al que se aparta voluntariamente. Puesto que el orden del mundo es natural y querido por Dios, el cambio no puede venir sino a perturbarlo. *Malae sunt novae consuetudines,* se dice a menudo: las nuevas costumbres son malas.

Tal es la mentalidad del hombre medieval. Su vida, corta y difícil, halla en la fe el único consuelo, la única seguridad. El orden social no es justo ni injusto, simplemente es tan natural e inevitable como la enfermedad y la muerte, la salida del sol o la sucesión de las estaciones. El campesino o el menestral no maldicen su suerte, ni mucho menos envidian la condición del clero o la nobleza. Tienen su misión, como los otros tienen la suya. Una misión distinta, superior quizá; pero el pueblo no desearía cargar con ella. Si abusan de su posición, se alejan de Dios y Él les castigará.

Por lo demás, todo tiene su lugar. La mujer no se halla tan sometida como a veces pensamos. Por supuesto, en una sociedad entregada a la producción y la guerra, es mejor tener campesinos y soldados que hilanderas y cocineras. Pero más que marginación de la mujer, existe segregación de los sexos. Cada uno tiene su mundo, que no debe mezclarse con el otro. La mujer en la casa, donde ella, esposa y madre, es la señora indiscutible; el hombre fuera, entregado a las tareas propias de su trabajo. En teoría, el varón recibe del padre autoridad plena sobre su esposa; en la práctica, ambos sexos se igualan. Lo hacen, en la intimidad del hogar, en los juegos amorosos, en la violencia, física o verbal, en la educación de los hijos; lo hacen, más allá de sus muros, en su pertenencia a una comunidad, a una red de intercambios y favores mutuos sin la cual ni uno ni otra son nada; lo hacen en el trabajo, tan natural para ambos, cada uno el suyo, como la vida misma, y lo hacen, sobre todo, en la muerte, que unos y otras afrontan envueltos en el abrazo protector de la familia y la aldea, cuya presencia sirve antes como oportunidad para afirmar los sagrados lazos de la cohesión social que para ofrecer consuelo en el momento inevitable y terrible del tránsito.

Pero, ¿sirve este apresurado retrato de las gentes del Medievo para describir también a los musulmanes, los indios o los chinos? No del todo, pero sí quizá en mayor grado que en el presente.

En torno al año 1000, el individuo, fuera europeo, chino o musulmán, se sabía menos importante que el grupo, sin cuyo apoyo era por completo incapaz de sobrevivir. Su identidad, además, se definía mediante criterios más amplios que la etnia o la cultura. Al igual que el campesino occidental se sentía ante todo cristiano, el chino se sabía chino, fuera cual fuese, de entre las muchas que convivían en su país, su identidad étnica o cultural, como el pueblo hindú, no menos heterogéneo, se tenía por tal o el musulmán se sentía ante todo hijo de Alá. No era menos compartida la idea del orden natural de las cosas. El europeo considera voluntad de Dios lo que el chino cree determinado por el Tao, el principio de la armonía que rige el universo y cada uno de los seres que lo pueblan, aunque el hombre occidental, que desconoce tal principio, tiende a verse a sí mismo en el centro de un mundo que no entiende sino como algo que está a su servicio, visión por completo ajena al modo de pensar oriental.



El nacimiento de la primavera, rollo vertical de seda, dinastía Song del Norte, hacia 1072, atribuido a Guo Xi, Museo Nacional del Palacio, Taipei, en Taiwán. Aunque la cultura china bajo los Song alcanzó elevadas cotas de refinamiento, no por ello se olvidaron sus gobernantes de las clases populares, que se beneficiaron de los primeros rudimentos de lo que hoy llamaríamos un Estado del bienestar.

Por lo demás, la vida de los humildes no es muy distinta a uno y otro lado de los Urales. En China y en la India el aldeano trabaja buena parte del año para pagar al Estado los impuestos en especie a los que le obliga la ley; en Occidente el destinatario es el señor y los pagos, poco a poco, se hacen en metálico. En ambos mundos rige una estricta jerarquía social, que las castas hacen aún más radical en la India. Sólo el mayor desarrollo técnico, y en el caso de la China de los Song la mayor sensibilidad social de sus gobernantes, hace más llevadera la condición del pueblo llano en Extremo Oriente. Pero las cosas van a cambiar mucho en las centurias siguientes. A partir del siglo xiv, China se cierra al mundo y Europa recupera el terreno perdido. Durante medio milenio, Occidente dictará sus reglas al resto de la humanidad.

6

La primera globalización

A Vasco da Gama y Zheng He los separan sesenta y cinco años. Cabe imaginar lo que podría haber sucedido si en su primera visita al océano Índico los europeos se hubiesen encontrado con la flota del tesoro, cuyos pequeños juncos de apoyo sobrepasaban en altura a las enclenques carabelas portuguesas. Afortunadamente para los portugueses, la amante voluble que es la historia les ahorró la humillación. Cuando Vasco da Gama irrumpió en el océano Índico, acababa de abandonar el terreno de juego la única fuerza capaz de rechazarlo.

Un intercambio espléndido
William J. Bernstein

Europa se encoge...

En 1348 llega a Europa la peste negra. En sólo un par de años, treinta millones de personas, casi uno de cada tres europeos, mueren víctimas de la enfermedad. Regiones enteras quedan despobladas por completo. Las cosechas se contraen, la producción artesanal disminuye y el comercio cae en picado. La sociedad se conmueve hasta los cimientos. En el campo, los señores tratan de frenar la caída de sus rentas aumentando la presión sobre los campesinos supervivientes, que estallan en violentas revueltas o huyen a la ciudad, tan sólo para engrosar el número de desempleados nacidos del cierre de los talleres. El odio entre pobres y ricos se hace más intenso y poco tarda en encontrar en las minorías el chivo expiatorio sobre el que descargar la agresividad de los espíritus. Los judíos sufren las peores persecuciones y se convierten en masa para salvar la vida. El fantasma de la guerra recorre Europa y los monarcas ven cómo la nobleza cuestiona de nuevo su poder. Presas de la angustia, pobres y ricos reflexionan sobre la inconsistencia de la vida y, sin encontrar consuelo en un clero inculto e inmoral, abrazan con desesperación las herejías que se extienden como un reguero de pólvora; rinden culto a la muerte igualadora de las diferencias sociales, y plasman su zozobra espiritual en un arte que huye de toda mesura.

¿Cómo podemos explicar tal cataclismo? En realidad, la peste fue tan sólo el disparador, no la causa. Miremos, pues, hacia atrás para entender lo que pasó. Después del año 1000, la población europea había experimentado un crecimiento acelerado. Mientras la producción de alimentos mantuvo una progresión similar, gracias a las nuevas roturaciones y las mejoras técnicas, nada malo sucedió. Pero en los últimos años del siglo xiii las tierras de buena calidad empezaron a escasear, lo que obligó a roturar incluso pastizales y páramos, antes despreciados. La disponibilidad de alimentos mejoró un poco al principio, pero la disminución de los pastos contrajo la cabaña ganadera y con ella la carne para consumir y el estiércol para abonar los campos, lo que pronto contrajo de nuevo las cosechas. El cambio climático aceleró el proceso. Los inviernos cada vez más largos, fríos y húmedos pudrían las semillas antes de que germinaran y las intempestivas lluvias estivales destrozaban las cosechas maduras para la recolección. El precio del pan, en consecuencia, se disparó, condenando al hambre a los humildes. Cuando llegó la peste, encontró una población mal alimentada y sin defensas ante la enfermedad, a lo que se sumaba en las ciudades el extremo

hacinamiento de las gentes.

Por todo ello, el contagio fue rápido y letal. Europa, que había empezado el siglo xiv con unos noventa millones de habitantes, lo terminará con menos de sesenta. No es raro, pues, que el impacto psicológico de la enfermedad fuera tan inmenso. A su paso surgió un cortejo de extraños fenómenos, hijos de la angustia y la ignorancia, que pronto arrastraron a muchos europeos. Las compañías de flagelantes, que recorrían los campos y ciudades golpeándose y suplicando el perdón divino; la renacida persecución contra los judíos, perennes chivos expiatorios de todos los males, o las danzas de la muerte, venerada como suprema igualadora de los hombres, dibujan en su conjunto un paisaje teñido con los oscuros colores de la tragedia.

Porque la peste no causó la crisis, pero sí contribuyó a agudizarla. La rápida caída de la población hizo innecesario el cultivo de las tierras marginales, que volvieron a convertirse en bosques o pastizales. Con ello, las cosechas crecieron de nuevo, y como el número de bocas era ahora muy inferior, los precios del cereal se hundieron, mientras los salarios, animados por la falta de mano de obra, crecían sin cesar. Los señores, al borde de la ruina, reaccionaron reduciendo la reserva, que requería la contratación de jornaleros, y favoreciendo el asentamiento de colonos en sus tierras. Pero las rentas que estos pagaban iban perdiendo valor con el tiempo, lo que les animó a probar otras soluciones, en su mayoría muy gravosas para los campesinos. Reclamaron tasas y obligaciones olvidadas; trataron de impedir la huida de los aldeanos, atándolos a la tierra que cultivaban, y en algunos casos lograron que se fijara un tope a los jornales, reviviendo en el alma de los humildes el triste recuerdo de la servidumbre ya en franco retroceso en Europa occidental en los siglos anteriores.

El triunfo de la muerte, de Pieter Brueghel el Viejo, 1562, óleo sobre tabla, Museo del Prado, Madrid. El cuadro representa el concepto de la muerte como gran igualadora, que arrebata la vida a todos los seres humanos sin prestar atención a las diferencias sociales.

La chispa de la rebelión prendió así con facilidad en las aldeas de Europa. Hacia 1356, los campesinos franceses se sublevaron contra sus señores. En 1381, Inglaterra entera se levantaba pidiendo el fin de los abusos. Los párrocos, tan míseros como los aldeanos, a menudo alentaban a la

sedición. Y si el campesino no se rebelaba, huía a la ciudad, sumándose a los que habían llegado antes que él, alimentando el paro y ayudando a desplomarse a unos salarios que la abundancia de mano de obra presionaba a la baja sin cesar. El caldo de cultivo de la revuelta se preparaba así también en las villas, aunque los motines fueron allí distintos de los rurales. En el campo, la violencia había sido a menudo espontánea, carente de metas claras. En la ciudad, poseía una fuerte organización y unos objetivos definidos. Sus jefes convocaban asambleas en las que inflamaban los ánimos de los asistentes con reivindicaciones como un empleo seguro, salarios más altos y participación en el gobierno de la ciudad. Armadas y bien dirigidas, las masas urbanas desplegaban una fuerza temible y forzaban con cierta facilidad concesiones del patriciado urbano. Así, mientras en el campo la violencia remitió o fue aplastada, en la ciudad sus instigadores, cabecillas de los gremios en su mayoría, fueron admitidos en los consejos municipales. Olvidados cuando ya no fueron útiles, los pobres urbanos lograron, sin embargo, tan poco como sus camaradas campesinos.

Quizá el éxito de las revueltas urbanas se debió también a que el comercio, alma de la ciudad, sufrió menos que otros sectores los rigores de la depresión. Es cierto que las ferias de Champagne, las pañerías flamencas o las ciudades italianas acusaron un golpe terrible. No lo es menos que el agotamiento de las minas de plata y la disminución progresiva del caudal de oro procedente de África produjeron una escasez creciente de moneda que, al menos al principio, tendió a restringir los intercambios. Pero los comerciantes supieron reaccionar ante los nuevos retos. La carestía de numerario facilitó el desarrollo de los instrumentos de crédito existentes e impulsó la creación de otros nuevos. La célebre letra de cambio, orden de pago librada en una plaza distinta y en moneda diferente a la de origen, reúne en una misma operación cambio y crédito y facilita sobremanera las transacciones internacionales. La banca se adapta y no sólo incluye ya entre sus operaciones el depósito, los préstamos y el giro, sino que incluso atrae la atención del Estado, que impulsa la creación de los primeros bancos públicos. Además, nuevas ferias ocuparon pronto el lugar de las caídas, mientras zonas hasta entonces secundarias como Inglaterra, los Países Bajos, Castilla o Aragón exhibían un notable auge comercial. Europa, una vez más, había sobrevivido.

Pero semejante conmoción había de producir alguna consecuencia en la política. Las construcciones universales cayeron en una decadencia definitiva. El Imperio, fracasadas sus expectativas de dominio sobre Occidente, fallará incluso en su intento de convertirse en un reino más, condenado su titular a la soberanía nominal sobre los príncipes alemanes, ansiosos por mostrar su independencia. La Iglesia conservará a duras penas su primacía espiritual. Pero cuestionada, dividida por el Cisma de Occidente, que fuerza a los católicos, a caballo entre los siglos xiv y xv, a escoger entre dos papas, uno en Roma, otro en la ciudad francesa de Avignon, y sometida a los monarcas, no podrá tampoco plantear sus pretensiones a la supremacía política europea. Sólo los reinos soportan los retos del siglo y salen de ellos fortalecidos.

En apariencia no era así. El otoño de la Edad Media fue una época de violencia general. La guerra arrasó regiones enteras, lo que agravó las consecuencias de la crisis económica y las tensiones sociales. Pocos fueron los estados que escaparon a sus destructivos efectos. Francia e Inglaterra se enfrentaron en la llamada Guerra de los Cien Años, entre 1337 y 1453. También lo hicieron, entre 1356 y 1365, Castilla y Aragón, martirizadas a un tiempo por la guerra civil. Las tierras de Italia no conocen tampoco la paz. En el norte la guerra se alimenta de los afanes expansionistas de las viejas repúblicas, caídas en manos de déspotas y mercenarios sin escrúpulos; en el sur, de las disputas por la hegemonía entre la casa francesa de Anjou y los reyes aragoneses. Por último, las aspiraciones de príncipes y emperadores garantizan en el Imperio la perpetuación de un conflicto que la Edad Media legará sin resolver a la Moderna.

Sin embargo, se trata, como decimos, de apariencias. La aristocracia saldrá mucho más débil de estos conflictos, cuya frecuencia reduce su tamaño, incluso extingue algunas casas, mientras el rey, con el pretexto de asegurar la unidad frente al enemigo exterior, fortalece un poder ya acrecido en los siglos precedentes. Porque la guerra, siendo excepcional, justifica medidas de excepción. Los impuestos crecen, los ejércitos se engrosan y organizan, los parlamentos se humillan y la Iglesia, desprestigiada, no puede sino ceder a las pretensiones de los príncipes. Además, ya no es la guerra de antes; han cambiado sus tácticas y sus armas. La caballería, privativa de los nobles, comienza su decadencia frente a la infantería, que el rey puede reclutar y pagar por sí solo o con ayuda de las ciudades. La artillería, arma nueva y mortífera, posee un precio tan elevado que sólo un Estado puede sufragarlo. Del violento crisol de la guerra nacerá, concluido ya el Medievo, el Estado moderno.

Jan Hus es quemado en la hoguera en Constanza, grabado de la *Spiezer Chronik,* de Diebold Schilling el Viejo de 1485. El teólogo y reformador checo, líder del movimiento husita, es considerado un precursor del protestantismo por su denuncia de los abusos, la inmoralidad y la excesiva riqueza de la Iglesia.

En este contexto, no es raro que el mundo del espíritu sufriera también una gran conmoción. Los humildes carecían de armas racionales con que afrontar tan terribles desgracias. La única explicación a su alcance era ver en los infortunios el castigo terrible de un Dios irritado al que había que apaciguar con urgencia. Era la Iglesia la que debía, pues, guiar a los fieles en aquel trance. Pero los

sacerdotes, ignorantes e inmorales en su mayoría, carecían de respuestas. Los obispos y el mismo papa, más preocupados por los asuntos terrenales, tampoco podían ofrecerlas. Buscarlas en otro lugar se convirtió, pues, en la única salida. Los más cultos las hallaron en el interior de su alma, cultivando una devoción más intensa, pero también más individualista, que no requería ritos. Los humildes, amigos de cofradías de laicos, peregrinaciones y reliquias, cayeron, sin embargo, en manos de predicadores que cautivaban su ánimo con su oratoria y, en los casos más extremos, abandonaron casa y familia para unirse a las compañías de flagelantes que recorrían los caminos castigando sus cuerpos y llamando a las gentes a la conversión. Y otros, hartos de esperar la respuesta de la Iglesia, abordaron por sí mismos la tarea de purificar la fe y la modelaron, sin preocuparse de traspasar las fronteras de la ortodoxia, a imagen de los apremios de la época. Condenados como herejes por la jerarquía eclesiástica, hombres como el teólogo inglés John Wyclif, sentenciado por el Concilio de Constanza en 1415, o el checo Jan Hus, que murió en la hoguera en el mismo año, encandilaron con facilidad a unas masas deseosas de consuelo y desencantadas con la religión oficial. Su idea de la Iglesia como comunidad invisible de elegidos, ajena a obispos y papas, la defensa del derecho de los fieles a interpretar por sí mismos la Biblia y una liturgia más cercana a la sensibilidad popular anticipan la reforma del siglo xvi. Mientras, grupos más radicales, como los lolardos ingleses o, ya a comienzos del siglo xiv, los dulcinistas lombardos, arremeten con violencia contra la Iglesia oficial fundiendo ideales religiosos y sociales en el confuso crisol de la lucha de clases.

La conmoción no fue menor en el mundo intelectual. Las ideas del Pleno Medievo ya no servían para un mundo que se descomponía. Filósofos como Guillermo de Ockham y Duns Escoto, conscientes de ello, discuten los supuestos de Santo Tomás. Razón y fe, afirman, no conducen siempre a idénticas conclusiones, pues sólo esta puede llevarnos a Dios, mientras aquella nos ayuda a entender su obra. El triunfo de la razón, fundamento del humanismo renacentista, se atisba ya en el horizonte. Sólo sus innovadoras ideas, a partir del siglo xv, proporcionarán a la atormentada mente del hombre medieval la alternativa que andaba buscando. Esa alternativa pertenece, sin embargo, a otro mundo, un mundo que aún no ha nacido pero se encuentra ya en gestación.

... ANTES DE EXPANDIRSE

Durante la segunda mitad del siglo xv, la Europa despoblada y mísera, desgarrada por graves conflictos sociales, golpeada por la guerra y sumida en la angustia y el miedo, deja paso a una nueva Europa, llena otra vez de energía, confiada y dispuesta a desplegar su renovada vitalidad dentro y fuera de sus fronteras. Occidente reafirmaba su identidad, dispuesto, para bien o para mal, a revelarse al mundo.

Su expansión se inició bajo la forma de una población que crecía de nuevo, ocupando los vacíos, resucitando aldeas y pueblos extinguidos, insuflando vida a las urbes moribundas. Se manifestó luego en la roturación de nuevas tierras, en la siembra de cereales y vides, en el cultivo de productos novedosos, como el lino o el cáñamo, que nacían con vocación comercial, puestas las miras en los mercados urbanos. Alcanzó más tarde al artesano, animado por la recuperación de su clientela, cuyo renovado amor por la vida exigía joyas y ropajes, libros apenas salidos de la naciente imprenta y arcabuces cargados con la pólvora que audaces viajeros habían traído de la lejana China. Reanimó los intercambios, contagiado el Atlántico de la añosa vocación comercial de los puertos mediterráneos, cediendo a Sevilla y Lisboa la primacía que antaño disfrutaran Génova o Venecia, y exigió oro, plata y herramientas de crédito con que financiar las grandes expediciones comerciales. La economía europea remozaba sus cimientos, preparándose, sin saberlo, para erigir sobre ellos un

nuevo proyecto histórico.

El olvidado conocimiento de la esfericidad de la tierra revivía en forma de recopilaciones de los saberes antiguos que comenzaban a circular entre geógrafos y navegantes y abrían su mente a la posibilidad de trazar nuevas rutas de navegación hacia China y la India. En 1453, la caída de Constantinopla en manos de los turcos, que cerraba la vía tradicional del comercio con Oriente, alejando a los europeos de la seda y las especias, sirvió de incentivo para explorar esas rutas. La construcción de buques más sólidos y rápidos, capaces de aventurarse en el océano, y las mejoras en su orientación lejos de la costa lo harán posible. La acuciante necesidad de metales preciosos de una economía cuyo comercio despierta de la postración de la centuria anterior contribuirá a despejar dudas. Y la crisis de la mentalidad tradicional, barrida por vientos de cambio, fama y libertad, que impulsaban la curiosidad y el ansia de aventura, sumándose al espíritu de cruzada que conservaba aún intacto su potencial movilizador en los albores de la Edad Moderna, harán el resto.

Viajes de exploración de los europeos a comienzos de la Edad Moderna. La apertura de nuevas rutas comerciales trajo importantes consecuencias tanto para los europeos como para los americanos y asiáticos. Sin exagerar, podemos decir que comenzaba la primera globalización.

Estimulados por estos factores, los europeos se lanzan a explorar el mundo. Primero los portugueses, incitados por el infante Enrique el Navegante a costear África en busca de un paso hacia Extremo Oriente. Luego los castellanos, encandilados por la descabellada idea de Colón de navegar hacia el oeste para alcanzar China y la India por el este. Ingleses y franceses más tarde, empeñados en hallar en el norte su propio camino hacia las Indias. En 1498, Vasco da Gama abría la ansiada ruta del Índico al tocar al fin tierra en Calcuta. Seis años antes, el 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón había descubierto, sin saberlo, un nuevo continente, que luego se llamaría América. Enseguida, los reinos ibéricos se reparten el mundo. Portugal concibe su Imperio, hacia el este, como una simple cadena de factorías que cubren las costas desde las islas Azores hasta la península de Indochina, asegurando refugio y protección a su comercio de sedas y especias. Castilla, hacia el oeste, no se

conforma con comerciar; busca también explorar, conquistar, poblar, convertir. Su designio es llevar la cruz al otro lado del océano y crear allí un mundo hecho a imagen y semejanza del europeo. De su mano, un inmenso tesoro cultural se perdería para siempre, pero en cambio otro nuevo, híbrido entre lo europeo y lo indígena, empezaría a gestarse y a expandir sin saberlo las fronteras de Occidente.

A cambio, Europa también cambió. El café de África, el té y el arroz de Asia, el cacao, el tabaco, la patata, el tomate y el maíz de América alteraron la dieta y las costumbres de los europeos. El oro, que los portugueses traían de África y los españoles de América, empieza otra vez a ser abundante. Aún lo será más la plata, extraída por toneladas de las ricas minas americanas. El caudal de metal precioso crece sin cesar, tanto que llega a ser excesivo. Sumado al rápido crecimiento de la población, dispara los precios; primero en la península ibérica, su primer destino, luego en toda Europa, donde llega como soldada de las tropas españolas o en pago de las manufacturas que se envían de vuelta a las tierras americanas. La artesanía incrementa también su producción. El comerciante, que desea liberarse de la tiranía de los gremios, empieza a trasladarla al campo, donde proporciona al campesino la materia prima y las herramientas y le compra después el producto, paños las más de las veces. Pero junto a esta artesanía doméstica nace ahora la gran empresa, necesaria para asumir las enormes inversiones que demanda el comercio con las colonias. Los negocios de banqueros como los Fugger desconocen los límites. Aceptan depósitos, arriendan impuestos, explotan minas, arman navíos y financian expediciones y guerras.

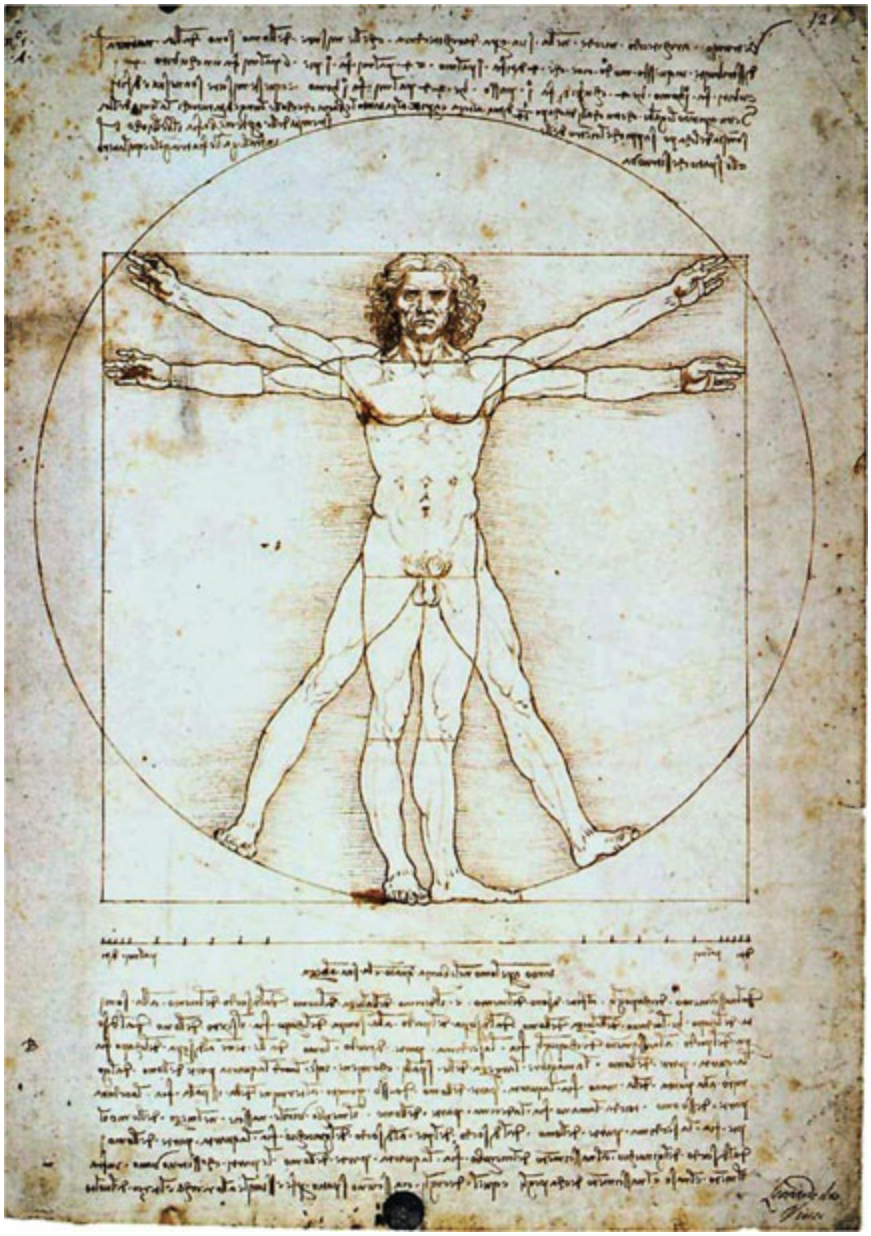
Pero los beneficios no llegan a todos. El crecimiento demográfico presiona los salarios a la baja en un momento en que la abundancia de moneda impulsa los precios al alza. La situación de las masas populares empeora; al final del siglo se hará dramática. La nobleza, que vive ahora de las rentas fijas pagadas por los campesinos, padece también la inflación. Sus gastos, además, han aumentado. Forzada por los reyes a residir en la corte o cerca de ella, lejos de sus viejos castillos rurales, afrontará a veces notables dificultades para costearlos. Por el contrario, comerciantes, armadores, banqueros y artesanos, los burgueses en suma, se enriquecen. Sin embargo, carecen aún de confianza suficiente para contagiar sus valores al resto de la sociedad. Los títulos nobiliarios constituyen aún la principal fuente de prestigio y de reconocimiento social y poseer uno de ellos es para un burgués la mejor forma de culminar su carrera. En medio de una Europa que despliega sus energías con tanto vigor, la burguesía tan sólo comienza a desperezarse. Su momento no ha llegado todavía.

Sí ha sonado, por el contrario, la hora del Estado. Los reyes completan la recuperación del poder entregado mil años atrás a la nobleza feudal y extienden su dominio a cada rincón del reino, valiéndose del matrimonio, la guerra y la diplomacia para absorber feudos díscolos e imponer a todos la autoridad real. España reconstruye su unidad bajo los Reyes Católicos. En Francia, Luis XI y Carlos VIII devuelven a la Corona los ducados de Borgoña y Bretaña. Los nobles sirven al rey como generales o embajadores, compartiendo honores con la nueva nobleza «de toga», que cobra en títulos sus servicios al Estado; la Iglesia debe aceptar que el monarca escoja a los obispos; los parlamentos, que se les reúna sólo de tanto en tanto mientras el soberano prescinde de ellos para imponer tasas y tributos; las ciudades, en fin, han de humillarse ante los representantes del rey. Para lograrlo, el monarca se dota de los medios que le permiten liberarse de su anterior dependencia de los poderes tradicionales: dinero con el que pagar a sus nuevos servidores, que añade a los recursos de sus tierras los impuestos cargados a las personas, los bienes y el comercio; un Ejército eficaz y permanente, bien pertrechado y adiestrado en el manejo de las nuevas armas de fuego; funcionarios que impongan a todos unas leyes que conocen cada vez menos de privilegios y fueros territoriales, aunque a veces hayan aún de plegarse ante ellos. Y, por encima de todo, el Consejo real que, junto a

la rancia aristocracia, sienta ahora en sus escaños a la pequeña nobleza e, investido de mayor autoridad, comienza a dirigir de hecho el gobierno del reino.

Las viejas fuerzas, sin embargo, se niegan a morir. La Iglesia renuncia al fin a su sueño de liderar la cristiandad, pero no le ocurre así al Imperio. Carlos de Gante, elevado a la dignidad imperial en 1519 como Carlos V, cree todavía en la unidad de los reinos de Occidente bajo el cetro del emperador germánico, sin disensiones que los debiliten frente al enérgico avance de los turcos otomanos, que han ocupado en el Mediterráneo oriental el lugar del fenecido Imperio bizantino. Se trata de una fantasía. Los estados nacionales en formación no aceptan más soberanía que la de sus reyes; rebaten incluso la primacía simbólica del emperador y llegan, muchos de ellos, a rechazar la autoridad espiritual de los papas, deseosos de someter también a la Iglesia a sus dictados al precio de romper la precaria unidad del Occidente ante el turco que amenaza las puertas de Viena.

Pero Carlos puede soñar después de todo. Heredero de Castilla y de su prometedor futuro americano, de Aragón y sus tierras de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, de los opulentos Países Bajos y el Franco Condado y de las ricas posesiones de los Habsburgo en Austria y el Tirol, no ha existido desde Carlomagno un rey más poderoso. Sus rentas son las mayores de Europa, gracias sobre todo al poder que disfruta en Castilla y al inmenso caudal de oro y plata que le llega de América; sus ejércitos, los famosos tercios españoles, los más temibles y su diplomacia, forjada en los moldes de Fernando el Católico, de las más hábiles. Pero no todo son ventajas. La defensa de sus estados devora enormes sumas; su heterogeneidad hace difícil imponerles un gobierno ágil y eficiente, y su gran poder crea recelos en muchos monarcas, que temen sus intenciones y se alían frente a él, forzándole a una guerra continua en varios frentes. En Italia, Francia sueña con desbancar el poderío español; en el Mediterráneo, el turco amenaza sus costas; en Alemania, muchos príncipes abrazan la nueva fe luterana que ataca en sus mismas bases la autoridad imperial. No es de extrañar que, después de cuarenta años de lucha, cansado y envejecido, se retire del mundo sin haber coronado con el éxito ninguna de sus empresas. Un hombre puede ganar cualquier batalla que le enfrente a otro, pero nunca triunfará sobre las fuerzas de la historia.



El hombre de Vitruvio, de Leonardo da Vinci. Para la mentalidad renacentista, el hombre, que encarna en su propio cuerpo la perfección de la naturaleza, es la medida de todas las cosas.

En realidad, el emperador era un alma del Medievo encarnada en un cuerpo renacentista. A comienzos del siglo xvi, el mundo cambia, pero no lo hace menos el hombre. Su mentalidad, muy distinta de la medieval, es ahora optimista, abierta y se muestra henchida por el deseo de apurar hasta las heces la copa de la vida. No ha dejado de creer, pero no hace de la fe el motor único de su existencia. Asido a la razón, que ha vuelto a descubrir, se cree capaz de comprenderlo todo. Mirando a la naturaleza, no ve ya en ella a un tirano que le esclaviza, sino un inmenso abanico de oportunidades de saber y gozo. Volviendo sus ojos al pasado, fija su vista admirada en la herencia de Grecia y Roma, en las que descubre los modelos que han de ser imitados en el pensamiento y en la vida, y, al igual que sus artistas, toma de nuevo al hombre como medida de todas las cosas y escribe por primera vez en mayúsculas el nombre de sus maestros. Ha nacido el humanismo.

Cosa de unos pocos, la nueva actitud ante el mundo va calando como una lluvia fina. Desde Italia, donde nace, se difunde por toda Europa gracias a la correspondencia entre eruditos, a la imprenta, invento de mediados del siglo xv que multiplica y abarata la producción de libros, y a los viajes, cada vez más fáciles y frecuentes, y desborda a las universidades tradicionales, fieles a los viejos principios. Sus ideas se enseñan en colegios financiados por ricos mecenas, o en universidades

nuevas, como la de Alcalá, cercana a Madrid, y empapan a nobles y burgueses, que adoran la nueva estética y alimentan con largueza a sus creadores. Y de su mano, Europa cambia su rostro, mirándose de nuevo en una tradición que parecía haber olvidado.

También la religión se contagia de los nuevos vientos. Europa vivía a fines del Medievo una verdadera efervescencia religiosa. Pobres y ricos, eruditos e ignorantes padecían una aguda urgencia de respuestas y exploraban en su busca nuevos caminos espirituales. La Iglesia, que debía haber liderado esa exploración, se mostraba incapaz de hacerlo. Papas y obispos vivían para la política o el arte, desatendiendo a su grey cuando más los necesitaba. El párroco de aldea, inmoral e iletrado, dispensaba los sacramentos como si de remedios mágicos se tratase. El alma de Europa estaba vacía, anhelante, esperando tan sólo las ideas que vinieran a llenarla.

Esas ideas se hicieron públicas el 1 de noviembre de 1517. Martín Lutero, monje agustino y profesor en la villa alemana de Wittenberg, da entonces a la luz noventa y cinco tesis en las que condensa su profunda angustia espiritual. Para muchos, en ellas se halla la respuesta a los interrogantes de sus contemporáneos. La libertad de los fieles para leer la Biblia, la afirmación de que la fe basta para la salvación, la reducción a dos de los sacramentos y el rechazo de la jerarquía eclesiástica se extienden como la pólvora por el Sacro Imperio y los países escandinavos, donde príncipes y reyes abrazan la nueva fe, se proclaman jefes de su propia iglesia y confiscan sin más los bienes del clero. Otros reformadores siguen pronto el ejemplo de Lutero. En Suiza se difunden las ideas de Ulrico Zwinglio, que niega la presencia de Cristo en la Eucaristía. Francia y los Paí ses Bajos se pueblan de seguidores de Juan Calvino, que predica la sola salvación de los predestinados por Dios. En Inglaterra, Enrique VIII, deseoso de anular su matrimonio con Catalina de Aragón, rompe con la Iglesia de Roma. Reformistas más radicales, como los anabaptistas, rechazan el mundo y no dudan en imponer sus ideas por la fuerza.

La Iglesia, forzada, responde con una reforma en el seno de la ortodoxia, la Contrarreforma. Entre 1545 y 1563, el Concilio de Trento condena con firmeza las proposiciones de los disidentes, clarifica los dogmas católicos, sienta las bases de una mejor preparación pastoral del clero, descubre en el arte una poderosa herramienta para conmover los corazones de los fieles y, de la mano de Ignacio de Loyola, recluta una pacífica milicia de jesuitas empeñados en recuperar el ardor perdido en la defensa de la ortodoxia.

Europa se divide. El Imperio se consume en las llamas de la guerra civil. Los príncipes no cejan hasta imponer a Carlos V, tras muchos años de lucha, su derecho a escoger su fe y la de sus súbditos, que se consagra en la Paz de Augsburgo en 1555. Francia se contagia del ejemplo germano. Sus guerras de religión, que enfrentan con insólita violencia a católicos y calvinistas entre 1562 y 1598, revelan una profunda fisura en la fe y en la sociedad que sólo se cierra gracias a la ola de patriotismo que suscita la intervención de las tropas del odiado Felipe II de España. Sólo en la península ibérica parecen sosegadas las aguas, pero el precio que el país paga por ello, la asfixiante tutela de la Inquisición y el cerril aislamiento frente a Europa, tardará poco en mostrarse elevado en exceso.

Porque aquella Europa que se agitaba en plena crisis espiritual se encuentra a sí misma, reconociéndose en griegos y romanos, pero sin renunciar por ello a lo aprovechable de la tradición medieval: el cristianismo, que no busca abandonar, sino tan sólo releer a la luz de una sensibilidad más centrada en el hombre y compatible con la razón; el antropocentrismo, que coloca al hombre en el centro del cosmos, ansioso de comprenderlo y dominarlo en beneficio propio y, por último, una concepción del Estado a un tiempo romana en su nítida separación entre lo público y lo privado en la esfera misma del poder y medieval en su vinculación con la etnia, la religión y la lengua. Una vinculación que el Renacimiento, que da forma definida al Estado moderno, consolida y convierte en

seña de identidad de una Europa que será ya para siempre una realidad hecha de reinos, y no de construcciones universales, políticas o religiosas, que reivindican en beneficio propio la herencia del Imperio de Roma. Una Europa que, recuperada la vanguardia del progreso histórico, se apresta ahora a darse a conocer al mundo e imponerle sus reglas.

GIGANTES CON PIES DE BARRO

La instauración en China de la dinastía mongol de los Yuan devolvió la seguridad a los caminos, en especial a la Ruta de la Seda, por la que empezaron a entrar los primeros viajeros procedentes de una Europa que, mediado el siglo xiii, aún no había comenzado a sufrir el azote de la crisis. En 1246 llegaba a la corte de los kanes, como embajador del papa, el misionero Juan de Piano. Ocho años después lo hacía, en nombre del rey de Francia, Guillaume de Ruysbroeck. Pero, sin duda, el más célebre trotamundos de aquel siglo fue el veneciano Marco Polo, que no sólo recorrió China y gran parte del Extremo Oriente entre 1271 y 1294, sino que llegó a ocupar cargos relevantes en la administración del emperador Kublai Kan. La narración de sus viajes, que publicó bajo el título de *Libro de las maravillas,* despertó entre los europeos una reverencia por China que explica, entre otros factores, la urgencia de descubrir nuevos caminos que condujeran hasta ella cuando, un siglo después, quedó rota de nuevo la Ruta de la Seda.

Pero antes de que Europa, sumida casi de inmediato en la grave crisis del siglo xiv, recobrase las fuerzas necesarias para planteárselo siquiera, fueron los chinos los que, por un instante, parecieron dispuestos a asumir un papel hegemónico en el concierto internacional para el que su población, sus recursos y su tecnología les preparaban sobradamente. Ello exigió, no obstante, un cambio de gobernantes que se produjo a comienzos del siglo xiv. Los abusos de los mongoles, que habían convertido a los chinos en parias en su propia tierra, llevaron al campesinado a un estado de rebelión casi continua que facilitó el ascenso de una nueva dinastía local, la de los Ming.

Bajo sus nuevos dirigentes, China se reconstruyó con rapidez, elevó de nuevo su bienestar económico y, por primera vez en su historia, empezó a prestar atención al mundo que la rodeaba. En ese cambio de actitud resultó determinante el desplazamiento operado en la cúspide de la Administración imperial. La élite tradicional, de formación confuciana, dejó pasó a los eunucos, que desde el harén de palacio fueron encumbrados con insólita rapidez a los puestos dirigentes por autócratas aquejados de un recelo patológico hacia cualquier individuo ajeno a su propia casa. Los eunucos miraban el mundo con ojos distintos, y aunque compartían la creencia secular en la superioridad de China, deseaban obtener réditos de esa superioridad, buscando fuera de sus fronteras las rentas que necesitaba un Estado con enormes gastos militares que los tributos sobre los campesinos no eran capaces de asegurar. Por ello, auspiciaron una política de decidida expansión territorial que se concretó en sucesivas campañas contra los piratas que infestaban las costas; el control, aunque indirecto, de la Ruta de la Seda, y la ocupación de nuevas tierras en el sur, pronto repobladas por colonos chinos.

Pero, sin duda, el signo más elocuente del cambio de actitud de la nueva dinastía fueron las grandes expediciones marítimas que, cruzando el océano Índico, llegaron incluso a alcanzar las costas meridionales del África oriental. Fue, como era de esperar, un eunuco, el almirante Zheng He, quien entre los años 1405 y 1431 dirigió las más importantes, todas ellas de una magnitud que escapaba al alcance de la tecnologia naval europea del momento y dignas de figurar a la cabeza de las más destacadas en la historia de la navegación. A Cristóbal Colón, seis décadas después, le

seguirían en su primer viaje unos noventa marineros en tres pequeñas naves, la mayor de las cuales, la nao Santa María, apenas alcanzará los treinta metros de eslora. Zheng He, en su expedición de 1431, embarcó treinta mil hombres, no sólo marinos, sino también militares, científicos y diplomáticos, y entre sus embarcaciones, que se acercaban a las trescientas, figuraban algunas con una eslora de más de ciento veinte metros y una manga superior a cincuenta.

Es evidente, pues, que si los chinos hubieran deseado entonces dotarse de un imperio ultramarino, no se habrían encontrado impedimento alguno. Ninguna potencia europea se hallaba en situación de hacerles frente. Sin embargo, no lo pretendían en ese momento, pues sus objetivos eran tan sólo comerciales, diplomáticos y científicos. Y unos años después, cuando la élite confuciana tradicional recuperó el poder, el conato aperturista de los Ming se dio enseguida por zanjado y el país volvió a su aislacionismo tradicional. La colosal armada Ming se desmanteló e incluso se prohibió a los chinos salir del país. China pagó por ello un precio muy alto, pues el comercio y la navegación dieron a Europa el control de los principales recursos del planeta, impulsaron de forma decisiva su progreso técnico y la situaron a la cabeza de la humanidad. Así, cuando cuatro siglos después fue Occidente el que llamó, con propósitos bien distintos, a las puertas de China, sus dirigentes carecían de los recursos y la tecnología imprescindibles para hacerles frente.

Maqueta de uno de los llamados «barcos del tesoro» de la expedición de Zheng He de 1421 junto a una reproducción a la misma escala de una carabela española de la época. Resulta sencillo imaginar cuál habría sido el resultado de una hipotética batalla entre la armada china y la de cualquiera de las potencias navales europeas de comienzos de la Edad Moderna.

Pero faltaba mucho tiempo para eso. Los europeos que, en los albores de la Edad Moderna, comenzaron a llegar a las costas chinas debieron de parecer a sus altivos mandarines tan inofensivos como las moscas para un elefante. Por ello, sin abrirles del todo los mercados de su país, sí les permitieron recalar en sus puertos e instalar en algunos de ellos factorías comerciales. Los comienzos, sin embargo, no fueron sencillos. En 1514, los portugueses, que habían alcanzado la India en 1498, tocan por primera vez la costa china. Pero sus ataques al rey de Malaca, vasallo del Celeste

Imperio, y las propias quejas de los súbditos directos del emperador ante los frecuentes abusos de los comerciantes portugueses terminan por irritar al Gobierno chino, que no hace nada por frenar la ira de los agraviados. En 1518, treinta y cinco navíos portugueses son incendiados en Ningbo y muchos de sus tripulantes masacrados sin piedad. A pesar de ello, la presencia lusa en las costas chinas, mezcla de comercio, piratería y evangelización, no se interrumpe. En 1557 sus comerciantes reciben incluso el permiso oficial de Pekín para establecerse en Macao, donde permanecerán hasta finales del siglo xx.

Peor suerte corrieron los españoles, que no lograron, sino de forma efímera y en contadas ocasiones, un permiso semejante, quizá porque los dirigentes chinos fueron manipulados con ese objetivo por los celosos mercaderes portugueses. No por ello dejó de haber comercio entre ambos países, pues la ciudad española de Manila, en las Filipinas, sirvió como puerto de intercambio preferente entre las sedas que los juncos chinos transportaban desde Xiamen y la plata que el llamado «Galeón de Manila» traía cada año desde Acapulco, en la costa pacífica mexicana. Sólo en 1626 se apoderarán los españoles del puerto de Jilong, en Taiwán, que mantendrán hasta su ocupación por los holandeses quince años después. Aunque sabemos de la existencia de planes para la conquista de China en el reinado de Felipe II, estos fueron abandonados tras el desastre de la Armada Invencible en 1581. Filipinas marcará el límite de la presencia española en Asia hasta su desaparición a finales del siglo xix.

Más constantes fueron los designios evangelizadores de los misioneros europeos, aunque no menos costosos en sus inicios. A pesar de que el famoso sacerdote jesuita Francisco Javier había muerto frente a las costas chinas en 1552, no fue hasta 1580 cuando se fundó en Macao un centro de formación orientado de forma concreta a los misioneros llegados al país. Su éxito no fue, sin embargo, excesivo. Mateo Ricci, el más cualificado entre ellos, que llegó a convertirse en un verdadero experto en la lengua y la cultura chinas e incluso desarrolló una meritoria adaptación de la fe católica a la tradición confuciana, no logró más allá de dos mil quinientas conversiones, todas en el seno de las élites administrativas. A su muerte, la carencia de misioneros dotados de un talento equiparable y la propia lucha en el seno de la Compañía de Jesús acerca de lo idóneo de sus planteamientos, conducen primero al estancamiento de las conversiones y después a la expulsión de los jesuitas del país, que se produjo en 1626.

China permaneció, de este modo, más o menos a salvo de la rapacidad de las potencias occidentales hasta bien entrado el siglo xix. Teniéndose por seguros en su dorado aislamiento, los gobernantes Ming y, desde el siglo xvii, la dinastía manchú de los Qing, decididamente expansionista no obstante en lo que a las fronteras terrestres se refiere, no prestarán atención excesiva a unos extranjeros que, en el fondo, les inspiran más desprecio que desconfianza. Cuando se la presten, será demasiado tarde.

No muy distinto fue el caso de la India. La llegada a sus costas de Vasco da Gama, a finales del siglo xv, supuso casi de inmediato el establecimiento en ellas de un rosario de fuertes y factorías comerciales, con el ánimo de apropiarse del jugoso comercio de las especias y asegurarse a un tiempo los pingües beneficios que parecía asegurar un gran mercado de casi ciento cincuenta millones de consumidores. El poderoso Imperio mogol, fundado a comienzos del siglo xvi por un descendiente de Tamerlán, el creador de un efímero estado turcomongol en las estepas del centro y el oeste de Asia en el siglo xiv, no pareció intuir el peligro que esto suponía, pues de haberlo hecho, al igual que los emperadores Ming, habría tenido fuerza sobrada para impedirlo. De este modo, tras los portugueses llegaron los franceses, los holandeses y, en fin, los ingleses, que resultaron ser los principales beneficiarios de la decadencia mogola a partir del siglo xvii. A mediados de la centuria

siguiente, eliminada por la fuerza la tardía resistencia local, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se disponía a asegurarse el control total del país.

UN MUNDO OCULTO TRAS LA BRUMA

Bien distinta es la historia del continente americano. Durante milenios, América había permanecido aislada de la corriente principal de la historia, condenada a evolucionar por sí sola en un mundo en que la circulación de bienes, personas e ideas ha sido siempre el catalizador más eficaz del progreso. Aunque puede tenerse por probada la presencia escandinava en sus costas septentrionales varios siglos antes de la irrupción de los españoles —el asentamiento vikingo descubierto en L'Anse aux Meadows, en la isla canadiense de Terranova, así como ciertos escritos medievales islandeses, permiten incluso situar en el siglo xi la llegada a la zona de estos aguerridos navegantes—, la relevancia de estas relaciones, tan limitadas como superficiales, fue nula. A efectos históricos, América y Europa tomaron contacto por primera vez en 1492, pues fue sólo a partir de esa fecha cuando empezaron a producirse consecuencias apreciables para ambas partes. Tan apreciables que, con el tiempo, su impacto habría de ser decisivo, no sólo para los dos continentes, sino para toda la humanidad.

En efecto, el inmenso caudal de recursos que los europeos extrajeron de las conocidas al principio como Indias Occidentales, la experiencia que adquirieron en su exploración, conquista y administración y el notable avance tecnológico que impulsó este proceso en todos los campos permitieron a Occidente prepararse para el dominio del mundo. Pero, ¿con qué se encontraron los primeros exploradores de aquella tierra hasta entonces oculta tras las brumas del océano?

El paisaje histórico que ofrecían las Indias a finales del siglo xv no puede pintarse con tan sólo unos pocos colores. La diversidad cultural era inmensa, tanto que pareciera que la historia había fundado allí una suerte de reserva ecológica de civilizaciones en la que convivían grupos humanos de muy distinto nivel de desarrollo y madurez. Dos grandes imperios, el de los incas, al oeste de los Andes, y el de los aztecas, en el actual territorio mexicano, convivían con pequeñas ciudades-estado, como las de los mayas, y una plétora de sociedades que no habían superado aún el estadio de las jefaturas o incluso se mantenían aún ancladas en la economía depredadora. América parecía la tierra de las contradicciones. Incluso el esplendor que exhibían los mayas, incas y aztecas en terrenos como la economía, la organización política y militar, la ciencia y el arte contrastaba vivamente con su retraso en otros campos. ¿Cómo era posible que un Estado tan evolucionado como el inca desconociera la escritura y basara la administración de su vasto imperio en un sencillo ingenio elaborado mediante cuerdas anudadas? ¿Por qué tenían ruedas los juguetes de los niños y, sin embargo, no se hacían con ellas carros de guerra ni carretas de mercaderes? ¿Existía alguna razón por la cual sociedades en las que el oro y la plata eran tan abundantes usaran como moneda materias perecederas como las semillas de cacao? ¿Obedecían los trágicos y frecuentes sacrificios humanos, que tanto repugnaban a la sensibilidad europea, a alguna finalidad distinta de la puramente religiosa?

Las preguntas se agolpan. Pero hay una entre todas ellas a la que es necesario dar respuesta cumplida. ¿Por qué cayeron con tanta facilidad imperios de factura en apariencia tan sólida ante el débil embate de unos hombres que, por muy aguerridos que fueran, no eran sino unas pocas decenas y se hallaban, además, a miles de kilómetros de su patria?

Las causas de la rápida ruina de los grandes imperios americanos a la llegada de los españoles son diversas. Se ha escrito hasta la saciedad acerca de factores como la superior tecnología militar

de los invasores, la audacia casi temeraria de jefes como Hernán Cortés y Francisco Pizarro o la creencia de los dirigentes incas y aztecas en la certeza de ciertas profecías que relacionaban el final de su mundo con la llegada de dioses procedentes de más allá del océano. Pero siendo cierto todo ello, no parece suficiente. Al frente de ambos imperios se encontraban fieras élites guerreras cuya ideología militarista se compadece mal con una actitud tan temerosa ante la llegada de extranjeros, por extraño que fuera su aspecto y estruendosas que resultaran sus armas.

Moctezuma II, *huey tlatoani* ('soberano de varias ciudades') de los mexicas, popularmente conocidos como aztecas, contempla el paso de un cometa, según la *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme,* escrita en la segunda mitad del siglo xvi por el fraile dominico Diego Durán. Junto a otros extraños sucesos que se produjeron por entonces, el cometa fue interpretado como una señal de la ruina inminente del pueblo azteca.

En realidad, la fortaleza de los estados azteca e inca era más aparente que real. La extensión que habían alcanzado, seiscientos mil kilómetros cuadrados en el caso de los incas y un poco menos en el de los aztecas, era muy superior a la de cualquier imperio anterior, como el huari, en el actual Perú, o el de Teotihuacán y el tolteca, en tierras mexicanas. Y desde luego se trataba de una extensión excesiva para su pobre tecnología de transporte. Hábiles constructores habían trazado magníficos caminos, levantado sólidos puentes e incluso horadado largos túneles que atravesaban las montañas, pero, privados de caballos y carros, habían de transitar por ellos a pie, lo que convertía en sobrehumanas distancias como, por ejemplo, los cuatro mil kilómetros que separaban el norte y el sur del *Tahuantinsuyu,* que era como los incas denominaban a su imperio.

Se trataba, además, de estados muy heterogéneos. El de los aztecas ni siquiera constituía un imperio en el pleno sentido de la palabra, sino una alianza entre tres ciudades, Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopán, en la que la hegemonía correspondía a la primera y cuya superioridad militar le había permitido imponer su voluntad a un gran número de pueblos adyacentes. Este mecanismo había conducido, también el caso de los incas, a la integración bajo un poder único de regiones muy distintas desde el punto de vista étnico y cultural, lo que no impedía a sus dirigentes imponerles sin miramientos su cultura y su lengua, el náhuatl en el caso azteca y el quechua en el inca. Ambos elementos, la extensión y la heterogeneidad, constituían factores de debilidad evidentes.

Por otra parte, las regiones sometidas debían plegarse en todos los casos a la política exterior que se les dictaba desde la capital, contribuir con tropas a los objetivos militares de sus líderes y subvenir a sus necesidades por medio de los tributos en especie —alimentos y materias primas sobre todo— y las prestaciones de trabajo o «mitas» que anunciaban en cada momento sus ubicuos agentes del fisco. Algunos pueblos, sin embargo, eran tenidos por aliados y conservaban sus jefes y sus leyes. Otros, por el contrario, recibían un trato propio de países ocupados y carecían de cualquier autonomía. Como es fácil suponer, los tributos y prestaciones resultaban casi siempre gravosos en exceso y alimentaban un descontento larvado que la presencia de unos extranjeros en apariencia más poderosos que sus opresores podía hacer estallar con facilidad, como de hecho sucedió. Cortés contó con ayuda económica y militar de los pueblos sometidos a los aztecas desde el mismo momento en que tocó territorio conquistado, y fue este hecho el que le permitió quemar sus naves y lanzarse con las exiguas fuerzas de que disponía a la conquista de todo un imperio. Como dato elocuente, la primera alianza que selló, la firmada con los totonacas a mediados de 1519, le reportó la ayuda de trece mil guerreros de esa nacionalidad, que se sumaron a los sólo cuatrocientos soldados y quince caballos con que él mismo contaba.

No menos importante era la gran tensión existente en el seno de las propias clases dirigentes azteca e inca, que los españoles pronto advirtieron y supieron utilizar en beneficio propio. En el caso de los aztecas, la nobleza constituía un grupo permeable en el que, junto a la aristocracia de la sangre, que copaba los altos puestos de la Administración, militaban los *calpulleque,* o jefes de clan, los grandes jerarcas religiosos e incluso muchos individuos de origen plebeyo que habían sido ennoblecidos como premio a sus méritos en el combate. Por esa razón, la cohesión del grupo era débil y existían en él continuas pugnas, manifiestas o soterradas, motivadas por los intereses divergentes de sus miembros, que afloraban sobre todo en el momento de la muerte del soberano, cuya sucesión, que no era por completo hereditaria, sino electiva entre sus parientes más cercanos, requería el consenso de los altos dignatarios del Estado.

Panorámica de la pequeña ciudad inca de Machu Picchu (en quechua, 'montaña vieja'), en los Andes centrales, al sur del actual Perú. A pesar del indiscutible mérito arquitectónico y organizativo de su construcción, distaba mucho de ser la

«ciudad perdida» que durante mucho tiempo se creyó, pues se encontraba ubicada en un área densamente poblada y nada menos que ocho caminos confluían en ella.

Algo muy similar ocurría entre los incas. Tampoco allí la nobleza era homogénea, ya que, junto a la aristocracia emparentada con la familia reinante y los descendientes de los clanes o *ayllus* fundadores del imperio, formaban parte de ella los *curacas,* o jefes locales, y un grupo no menos importante de personas a las que el soberano había promovido al estamento nobiliario como premio a sus servicios. Tanta heterogeneidad generaba conflictos continuos que, en casos extremos, podían conducir incluso a la guerra civil. Así sucedió poco antes de la llegada de Pizarro, en 1532. A la muerte del inca Huayna Cápac y su heredero designado, víctimas de una epidemia de gripe, dos de sus hijos, Huáscar y Atahualpa, se enfrascaron en una lucha fratricida en la que intervino el español. Con tan sólo ciento sesenta y ocho soldados y treinta y siete caballos, aprisionó al segundo y lo ajustició por haber mandado asesinar al primero, con lo que, tras contraer matrimonio con una hermana de los fallecidos y nombrado un títere como nuevo emperador, quedó dueño de un imperio mucho más grande que su propio país y que doblaba su población.

Poco importa, pues, la aparente magnificencia de Tenochtitlán, la capital azteca, que con sus cerca de doscientos mil habitantes figuraba entonces entre las mayores ciudades del mundo, o el mérito innegable de las carreteras y las terrazas para el cultivo construidas por los incas. Bajo la tierra en que se asentaban las portentosas construcciones de aquellas culturas militaristas y despiadadas, sus cimientos estaban podridos. El mérito de los conquistadores fue advertirlo muy pronto y aprovecharse de ello, aunque los pueblos sojuzgados por los imperios caídos tardarían bien poco en entender que tenían escasos motivos para alegrarse.

7

La segunda revolución

Y la onda expansiva fue creciendo y creciendo, hasta dar lugar a un mundo no siempre deslumbrante de mayores ingresos y productos más baratos, de instrumentos y materiales, y de apetitos insaciables inéditos. Novedades, novedades y más novedades. Dinero, dinero y más dinero. Como el doctor Samuel Johnson, más perceptivo que sus contemporáneos, lo expresó, «todos los negocios en todo el universo deben hacerse de una forma nueva». El mundo había largado sus amarras.

La riqueza y la pobreza de las naciones
David S. Landes

PARARSE A RESPIRAR

No cabe negar que el xvii fue un siglo difícil. Para la mayoría de los europeos, los años malos superaron con creces a los buenos. La población apenas creció y hubo momentos a lo largo de la centuria en los que fue incluso algo menor que a su comienzo. Las malas cosechas, las hambrunas y las pestes azotaron a los países meridionales. El enojo de los humildes cristalizó en frecuentes revueltas que hicieron peligrar el orden establecido. El optimismo renacentista se disipó, minado por el hambre, la enfermedad y los abusos de los agentes del fisco y los ejércitos en lucha. La conciencia europea, en fin, sufrió una indudable conmoción cuando entrevió cuán difícil iba a resultar conciliar los caminos de la razón y la fe. Pero sería un error identificar sin matices esta crisis con la que asoló Europa tres centurias atrás. La del siglo xiv fue una aguda recesión que perturbó cada faceta de la vida colectiva, de la demografía al arte, pasando por la economía y la política. La del xvii fue, más bien, una crisis de crecimiento.

En primer lugar, la depresión no golpeó por igual al conjunto de Europa y sus consecuencias económicas, aunque sólo si se las contempla desde la privilegiada atalaya que ofrece el tiempo, resultaron incluso benéficas. Es cierto que regiones enteras quedaron despobladas por completo. El Sacro Imperio perdió la mitad de sus habitantes; España, la cuarta parte. Pero otras, en especial en Inglaterra y los Países Bajos, disfrutaron de un notable impulso demográfico. Su economía no experimentó aún cambios estructurales. Todo siguió como estaba. Pero la producción se fue adaptando, poco a poco, a las exigencias del mercado. Por supuesto, no del interior, pues pocos bienes podían demandar aún las depauperadas masas europeas, sino del que ofrecían las colonias, propias o ajenas, que sus dueños legítimos, españoles o portugueses, apenas podían proteger. Se traficaba con oro, especias, joyas y otros productos de lujo, pero también con madera, pescado, grano, metal o esclavos, al arbitrio de las necesidades impuestas por las colonias en auge. Y gracias a ese comercio experimentaron los usos comerciales valiosos progresos. Grandes empresas, como la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fletaron expediciones con el fin de ampliar los límites del mundo conocido y cubrieron de factorías las principales rutas. La Bolsa, el mercado en el que cambiaban de manos sus acciones, nació en Ámsterdam apenas iniciado el siglo. Se acumularon, en fin, los capitales, y surgieron, aunque de forma embrionaria, las instituciones que permitirían el inicio de la revolución económica que cambiaría el mundo de forma decisiva dos siglos después; una

transformación radical, de magnitud tan sólo equiparable a la que se había producido diez milenios atrás, en la revolución neolítica.

En segundo lugar, las revueltas no son ahora, como ocurriera en el siglo xiv, una suerte de reflejo maquinal de las convulsiones económicas y demográficas. Sus causas más plausibles se hallan, por el contrario, en el excesivo esfuerzo fiscal impuesto por el belicoso Estado de la época a un pueblo exhausto y a unas élites regionales privadas del acceso a un poder que el monarca predica absoluto. El proceso se había iniciado cien años antes, pero entonces los soberanos habían podido incrementar sus rentas sin asfixiar a la sociedad porque los descubrimientos geográficos, los nuevos metales preciosos y el gran desarrollo del comercio les habían regalado ingresos extraordinarios. Ahora, apuradas esas fuentes de renta y en un marco de grave crisis económica, la presión se torna excesiva y conduce al pueblo a la violencia.

Pero, ¿qué cambiaron, en la práctica, esas revueltas? Bien poca cosa. Los cambios reales son más discretos, menos broncos; fluyen, como una sutil corriente subterránea, bajo la aparente permanencia de las instituciones sociales. La distancia entre la sociedad legal, encarnada en los estamentos, y la real, definida por las clases, se incrementa. Las prerrogativas de los privilegiados, nobles o clérigos, permanecen vigentes. Pero la economía y la política tienen también algo que decir. La vieja aristocracia se ve forzada a recibir en sus filas a los burócratas premiados por un Estado en constante expansión y a los ricos burgueses que han comprado sus títulos a los reyes faltos de dinero. Pero la burguesía, cada vez más opulenta, no puede contagiar aún a la sociedad sus ideales de esfuerzo y progreso individual. Es ella la que, como en la centuria anterior, busca ser aceptada, comprando respeto en forma de tierras y títulos que, alejándola de su misión histórica, la acercan al menos a un poder que, de momento, sólo los reyes poseen.

Las revueltas no tienen en ello papel alguno. Pero si no se produjeron rupturas, no fue porque no se intentara. El siglo xvii fue una era de extraordinarias convulsiones. En una sociedad en la que los humildes vivían bajo la ubicua amenaza del hambre, existía una gran potencialidad para el conflicto, que crecía en los períodos más arduos, cuando los años malos se sucedían a mayor ritmo. A veces, todo concluía en un fugaz estallido de violencia que, sin programa ni organización, se diluía por sí solo. Pero en otras ocasiones, como sucedió en la revuelta francesa de la Fronda, que estalló a mediados de siglo, o poco antes en la rebelión catalana contra el conde-duque de Olivares, la ira de las masas era usada por las élites regionales para frenar el ánimo centralizador del rey y poner coto a su rapacidad fiscal. En una época de guerra continua y tecnología bélica más avanzada y cara, el coste de las campañas crecía sin cesar y los agobiados gobiernos, siempre al borde de la quiebra, trataban de aumentar sus rentas. La coartación de las libertades regionales, el desprecio de los parlamentos, la afirmación del derecho divino de los reyes y la creación de una burocracia más amplia y nutrida de técnicos ajenos a las filas de la alta nobleza fue el corolario lógico. El Estado moderno se había convertido, por su propia dinámica, en absolutista.

Pero no sucedió así en todos los casos. Desde 1640, la Revolución inglesa anticipa ya la lucha entre dos mundos que se extenderá por Europa un siglo más tarde: el capitalista, que reclama libertad económica y gobierno representativo, y el medieval, aferrado a la tierra y al privilegio, que busca con ahínco sobrevivir unido al absolutismo regio. La partida acaba en tablas. El monarca inglés es forzado a gobernar con el Parlamento, la Iglesia anglicana ha de coexistir con otras confesiones, los derechos de las clases propietarias quedan amparados. Las elecciones, los partidos y el gobierno emanado de la voluntad popular, aunque todavía sólo de los ricos, adquieren carta de naturaleza. Pero los obstáculos al progreso económico han sido removidos. La pequeña isla olvidada en un extremo de Europa se convertirá, en poco más de un siglo, en la mayor potencia mundial.

Tan terribles conmociones no se entienden sin la guerra. El xvii fue un siglo de interminables conflagraciones que afectaron a toda Europa. Entre 1618 y 1648, la Guerra de los Treinta Años, en su origen una pugna entre protestantes y católicos en el seno del Sacro Imperio, motivada por el deseo imperial de hacer de él un Estado centralizado y confesional, se había complicado hasta convertirse en una lucha entre las grandes potencias por la supremacía continental. La Paz de Westfalia, en 1648, supuso el final de la hegemonía española y el comienzo de la francesa, confirmada en la denominada Paz de los Pirineos, firmada entre ambos estados en 1659. Luego, en una guerra tras otra, Francia amplió sus fronteras hacia el norte, el este y el sur, mientras España, exangüe, perdía uno a uno sus territorios europeos. Con todo, la hegemonía francesa había de durar menos que la española. Al otro lado del canal de la Mancha, Inglaterra esperaba su oportunidad.

La defenestración de Praga en un grabado de la época. El 23 de mayo de 1618 algunos nobles protestantes bohemios, indignados con la decisión del emperador Fernando de Habsburgo, católico convencido, de cerrar algunos templos protestantes, arrojaron por la ventana del castillo de Praga a dos gobernadores imperiales y a un funcionario. Aunque parece que ninguno de ellos sufrió daño porque cayeron sobre un montón de estiércol, este suceso se considera el detonante de la Guerra de los Treinta Años.

¿Qué sucedía, mientras tanto, con las mentalidades? La conciencia europea, que se había desplegado en toda su vitalidad de la mano de los humanistas, se enfrentaba a una crisis de identidad. El humanismo había reivindicado para el hombre un lugar en el cosmos, pero sin cuestionar a Dios; había exaltado la razón, pero sin discutir la tradición ni el magisterio de la Iglesia. Los pensadores del xvii van más allá. La obra del francés René Descartes, sobre todo, acarrea el germen de un cambio trascendental. La actitud que la inspira, animada por la duda metódica, implica un ataque frontal a la visión heredada del mundo, construida sobre la autoridad y la tradición. La nueva ciencia, que coloca en lo práctico el centro de atención, avanza más por el mismo camino. Galileo Galilei, corrigiendo a los antiguos, confirma el modelo heliocéntrico de Copérnico y sienta las bases de la astronomía moderna. Newton, rechazando el magisterio de Aristóteles, formula la ley de la gravitación universal, que da a los científicos el marco teórico en el que insertarán sus hallazgos

durante los tres siglos posteriores. Mientras, el conocimiento de nuevas gentes y culturas hacía más fácil cuestionar la validez exclusiva de la civilización occidental. Los principios sobre los que se asienta el orden político reciben críticas. John Locke critica el absolutismo, proclama la igualdad de los seres humanos y entiende la sociedad como el fruto de un contrato entre los hombres por el que ceden al soberano una parte de su libertad.

Nada de esto alcanza al pueblo, que vive atrapado en la rutina inalterable de su tiempo sin historia; es cosa de unos pocos elegidos que discuten de ciencia y de filosofía en los salones de la alta sociedad; de los ministros que animan a los reyes a tomar bajo su protección a los filósofos, fundando sociedades científicas, academias y observatorios. La mayoría continúa fiel a las enseñanzas de la Iglesia, que se aferra a la tradición para frenar las nuevas fuerzas y predica su reforzada ortodoxia, valiéndose de la eficaz escenografía barroca para conmover los corazones de los fieles. Pero la semilla está en la tierra, presta a brotar y multiplicarse cuando halle condiciones favorables. La centuria siguiente se las dará.

El Siglo de las Luces

Comienza el siglo xviii y todo parece animado por una energía extraordinaria. La población crece. Las epidemias no desaparecen, pero la mortalidad empieza a disminuir. El clima, más benigno, y la medicina, más avanzada, ayudan a explicar la mejora. Pero, sobre todo, los europeos viven más porque comen mejor. Los nuevos cultivos, como el maíz y la patata, liberan a los humildes de su secular dependencia de las frágiles cosechas de trigo. La extensión de las tierras de labor hace posible el incremento de la producción. La tierra empieza a verse como una empresa de la que extraer beneficios. Los bienes comunales, propiedad de todos y de nadie, son objeto de crítica. Muchos gobiernos se animan a su venta. Una parte de Europa se prepara para la Revolución Industrial. Sus burgueses comienzan a tomar conciencia de su importancia y se irritan ante el desprecio de la nobleza, que reclama del monarca el monopolio de los altos cargos. Sus filósofos y pensadores creen disipadas al fin las tinieblas de la ignorancia y, guiados por la razón, confían en un progreso que no puede detenerse.

El cambio se inicia en Inglaterra, donde el retroceso del barbecho y el auge de las plantas forrajeras, que dejan reposar a la tierra a la vez que nutren al ganado, acrecentando así el abono, estimulan la mejora de los rendimientos. Pero en la mayor parte de Europa el paisaje cambia poco. La nobleza, propietaria de la tierra, se limita a arrendarla a campesinos que, sin seguridad alguna en su posesión, no están dispuestos a endeudarse para introducir avances técnicos que mejoren la productividad. No es muy distinto el cuadro que ofrecen las manufacturas. Sólo en el campo prosiguen los avances de la industria doméstica, que hace de los hogares campesinos pequeños talleres estacionales, pues los gremios imponen aún en la ciudad sus limitaciones a la libertad económica. Algo sí ha cambiado: no trabajan ya para los mercados locales, sino para las lejanas colonias. Pero la era de la fábrica aún no ha empezado. La nueva organización del trabajo se limita a los arsenales del Estado, sus industrias de armamento, o las manufacturas de porcelanas, vidrios y tapices. En realidad, el siglo xviii, al igual que el anterior, sigue acumulando los capitales que alimentarán la gran transformación del XIX, pero a un ritmo mayor. Beneficiados por la desaparición de la piratería y el desarrollo de los seguros, los intercambios entre los países europeos y sus colonias disfrutan de un gran auge. Los barcos, cada vez más numerosos, parten cargados de manufacturas, baratijas y armas de fuego; recalan en las costas africanas, donde seducen a los

reyezuelos indígenas con el brillo de los abalorios y el estruendo de los fusiles; llenan sus bodegas de esclavos capturados en las continuas escaramuzas tribales, y parten hacia América, donde cambian esclavos y manufacturas por cacao, café, té, azúcar y algodón, que llenan sus bodegas de vuelta a Europa. Los productos europeos llegan también a Asia en busca de sus porcelanas, sedas y especias. Europa entera parece poseída por el espíritu de los mercaderes. La producción de metal precioso, alimentada por la plata mexicana y el oro del Brasil, se duplica. Pero la moneda es pesada, circula con lentitud y se roba con facilidad; son necesarios medios de pago más ágiles y seguros o el comercio se resentirá. Junto a la letra de cambio surge, siglos después que en China, el papel moneda. El crédito se perfecciona. Se presta sobre tierra, edificios, acciones y obligaciones, o incluso al descubierto. Las grandes compañías y las bolsas donde se cambian sus títulos proliferan. La de Ámsterdam va cediendo su protagonismo a la de Londres; la siguen París y Berlín.

Los precios, animados por el auge de la población, la moneda y los intercambios, crecen también, adelantando a los salarios; la creciente riqueza no llega por igual a todos. En el campo, cuando la cosecha es generosa, la caída de los precios devora los beneficios; cuando es escasa, los labradores nada ganan con su aumento, pues les faltan excedentes que vender. La presión del Estado, la Iglesia y los nobles agrava su situación, sepultándolos bajo el peso de gravosos tributos, diezmos y tasas. Y la desaparición de las tierras comunales, de las que obtenían recursos con los que completar sus pobres ingresos, les arrebata el único lenitivo de que disponían para los tiempos de crisis. No es mucho mejor la situación del populacho urbano. Tenderos, criados y artesanos sufren una existencia difícil incluso cuando las cosechas son abundantes y el pan barato. Cuando no lo son, se torna insoportable. Las malas cosechas, más frecuentes en el último tercio del siglo, encarecen el alimento, contraen la demanda de manufacturas y aumentan el paro. La creciente competencia de la industria doméstica perjudica a los talleres urbanos. Y la pobreza se hace tanto más difícil de soportar cuanto más evidente es la riqueza de otros. Pronta a concluir la centuria, el malestar de las clases populares es evidente.

Tampoco la aristocracia obtiene grandes beneficios. Sí lo hacen los nobles más sagaces, que invierten en el comercio las rentas de la tierra. Pero son la excepción. La mayor parte vegetan en la ociosidad, incluso cuando el auge de los precios hace cada vez más difícil la existencia para quienes no saben acrecentar sus rentas. Creyéndose amenazados, combaten las nuevas formas de riqueza; tratan de impedir los cambios; cierran sus filas a los burgueses ricos, e incluso exigen a los reyes el retorno de su extinta primacía. La nobleza está rubricando ante la historia su sentencia de muerte.

No le ocurre lo mismo a la burguesía. En Europa Occidental, es ella la que impulsa los cambios y la que acapara sus beneficios. Comerciantes, banqueros e incluso industriales, ingleses sobre todo, se enriquecen sin tasa. Médicos, abogados, profesores y pequeños comerciantes ganan consideración social. Pero es sobre todo su actitud la que cambia. En Inglaterra, burgueses y nobles se funden en una nueva oligarquía del dinero que rige la economía y acapara el gobierno. En Francia y en otros países, donde los burgueses son excluidos de los altos cargos del Estado, se muestran dispuestos a entenderse con la aristocracia, rica también, para gobernar juntos. Si la respuesta es negativa, tomarán por la fuerza lo que se les niega de grado. Las grandes revoluciones políticas que dan inicio a la Edad Contemporánea se están gestando en la última centuria del Antiguo Régimen.

Pero la revolución exige no sólo descontento, sino también ideas, y será ahora cuando esas ideas vean la luz. El xviii es el siglo de la crítica. Se critica desde la sátira y la burla, desde la reflexión seria y meditada, desde imaginarios libros de viajes que contrastan lo europeo con las bondades de una sociedad utópica. Se critican los usos y las costumbres, los fundamentos de la sociedad, los valores y las normas. Se critica el cristianismo, que representa cuanto desprecian los filósofos al

uso: la preponderancia de la fe sobre la razón, la concepción de la vida terrena como un medio, la maldad radical del hombre, la autoridad como argumento, la revelación como fuente del conocimiento de Dios. Y frente a él, esencia de lo viejo, de lo caduco, de lo erróneo, se plantan los cimientos de un mundo nuevo en el que la Razón, erigida en diosa, habría de reinar por derecho propio, inspirando cada dimensión de la vida colectiva de los hombres, iluminando su existencia con una intensidad mucho mayor de lo que lo había hecho la fe.

La educación sería, como no podía dejar de suceder, el camino para difundir las nuevas ideas. La heredada, orientada por los valores del pasado, sometida a los dictados de la Iglesia, no servía ya. Se necesitaba una nueva, dirigida a la formación de ciudadanos prestos a participar en la vida pública; práctica, capaz de fomentar los saberes útiles, la física, las matemáticas, la biología, la historia, la geografía, las lenguas vivas, la política; progresiva e integral, atenta a cada dimensión del espíritu humano, y pública, sostenida por el Estado.

Pero mientras esta educación llega, los ilustrados se entregan con denuedo a la tarea de divulgar su pensamiento. *La Enciclopedia,* compendio del saber de la época, extiende por toda Europa los conocimientos útiles que han de dar al hombre la felicidad. Con ellos, se extienden también nuevos modelos de comportamiento. Triunfa el aventurero, personificación de la libertad y el cosmopolitismo; la mujer, que encarna el placer, la sensualidad, el amor frívolo; el burgués, símbolo del trabajo, el esfuerzo y el conocimiento útil; el filósofo, conciencia crítica de los males de su tiempo...

Francois Marie Arouet, llamado Voltaire, en 1718, según un retrato pintado por Nicolas de Largilliére. Escritor, historiador, filósofo y abogado, el influyente intelectual francés fue una de las figuras más destacadas de la Ilustración y uno de los mayores defensores de la tolerancia religiosa y la lucha contra el fanatismo y la superstición.

Tales ideas animaron a los europeos durante el siglo xviii, fermentando en toda una corriente de pensamiento, la Ilustración, que se extendió por el continente en la segunda mitad del siglo. Pero la nueva filosofía no estaba exenta de contradicciones: ¿acaso no eran la violencia y el egoísmo tan naturales en el hombre como las virtudes que exaltaban los ilustrados? ¿No eran tan humanos la pasión y el sentimiento como la razón? Los llamados «filósofos» no tenían respuesta para estas cuestiones. Además, sus frías ideas no podían seducir a los humildes, a quienes, en el fondo, despreciaban. Por eso no intentaron convencerles, sino que dirigieron sus esfuerzos hacia los príncipes. De aquella alianza contra natura habría de surgir el despotismo ilustrado.

Reyes como José II de Austria, Federico II de Prusia, Catalina II de Rusia o Carlos III de España pusieron en marcha en sus estados políticas de modernización inspiradas en las ideas ilustradas. Monarcas absolutos se proclamaron servidores de sus súbditos, entregados a la búsqueda de su felicidad. «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo» sería su divisa oficiosa. Sin embargo, la fusión entre razón y monarquía no fue completa. Los reyes tomaron de los filósofos tan sólo aquello que convenía a sus intereses, despreciando lo demás. Su principal objetivo no era otro que fortalecer el Estado y a sí mismos. Las reformas que introdujeron, pues, sirvieron a este fin más que al de la supuesta felicidad de sus súbditos, y siempre se detuvieron, con la sola excepción de José II, que al final hubo de renunciar a ellas, en los límites del orden social y político heredado. Fueron, no obstante, verdaderas reformas, pues los déspotas ilustrados nacieron precisamente en los países rezagados, a medio hacer, como Rusia, Austria o Prusia, o adormecidos, como España. Sin burguesía, o siendo esta muy débil, tuvo que ser el Estado el que asumiera su papel. Por ello, las reformas se orientaron al principio hacia la centralización del Gobierno, la extensión de la Administración, la sumisión de la Iglesia y el fortalecimiento de la Hacienda y el Ejército. Luego, el aparato del Estado se utilizó para extender la educación, impulsar la agricultura y la industria y fomentar el comercio, fuentes de las que los reyes esperaban obtener hombres y tributos.

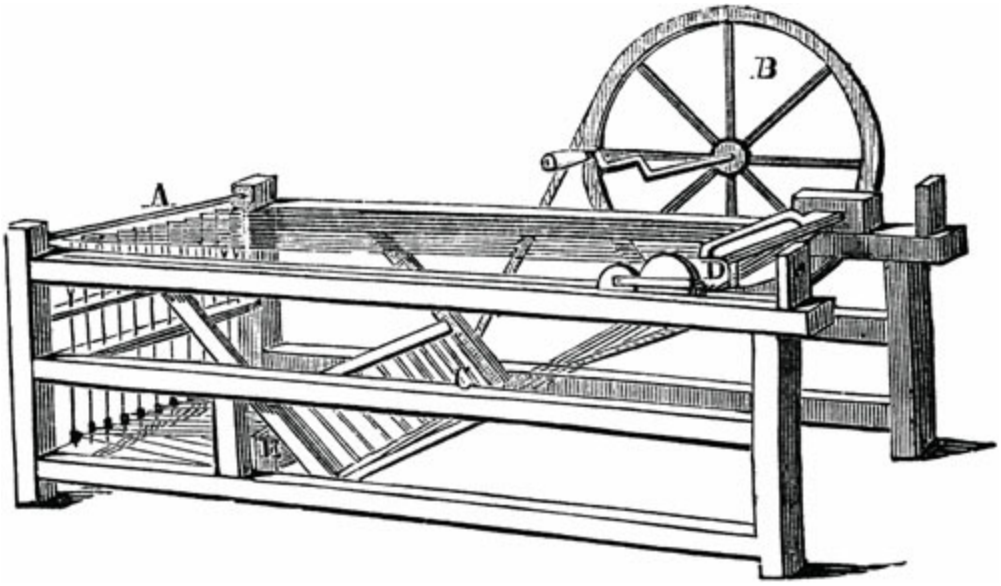
Su eficacia, no obstante, fue escasa. Siendo paradójico el pensamiento mismo de los filósofos, no podía dejar de serlo su hijo espurio, el despotismo ilustrado. Aquellos pretendían cambiarlo todo sin contar con el pueblo, el primer beneficiario de los cambios. Este quería detenerlos en el punto en que podían empezar a ser peligrosos para el orden establecido. Pero si algo era evidente, es que cuanto mayor fuera su éxito, más cercana a su fin estaría la misma monarquía absoluta que pretendían fortalecer.

EL GRAN CAMBIO

Las transformaciones que venían preparándose, a un ritmo despacioso pero continuo desde el siglo xvi, se aceleran y alcanzan su cenit en el XIX. Cuando lo hacen, el mundo es ya un lugar diferente, más semejante al nuestro que al que los seres humanos habían conocido durante los diez mil años anteriores, desde el lejano instante en el que, en un perdido rincón del Mediterráneo oriental, dio su fruto la primera semilla plantada por el hombre.

Primero en Inglaterra, más tarde en el resto de Europa Occidental y en Norteamérica, la economía se transforma por completo. Un alud de innovaciones técnicas, muy sencillas al principio, más complejas después, convierten en verdadera industria la manufactura tradicional. La fábrica sustituye como lugar de trabajo al taller del gremio y la vivienda del campesino. Los capitales, que la agricultura y, sobre todo, el comercio colonial han permitido acumular en cantidades ingentes durante las centurias anteriores, financian las nuevas máquinas. El espíritu de empresa, que apuesta por el

riesgo azaroso de la industria en lugar de por la tranquila seguridad de las inversiones en bonos o tierras, orienta sus objetivos.



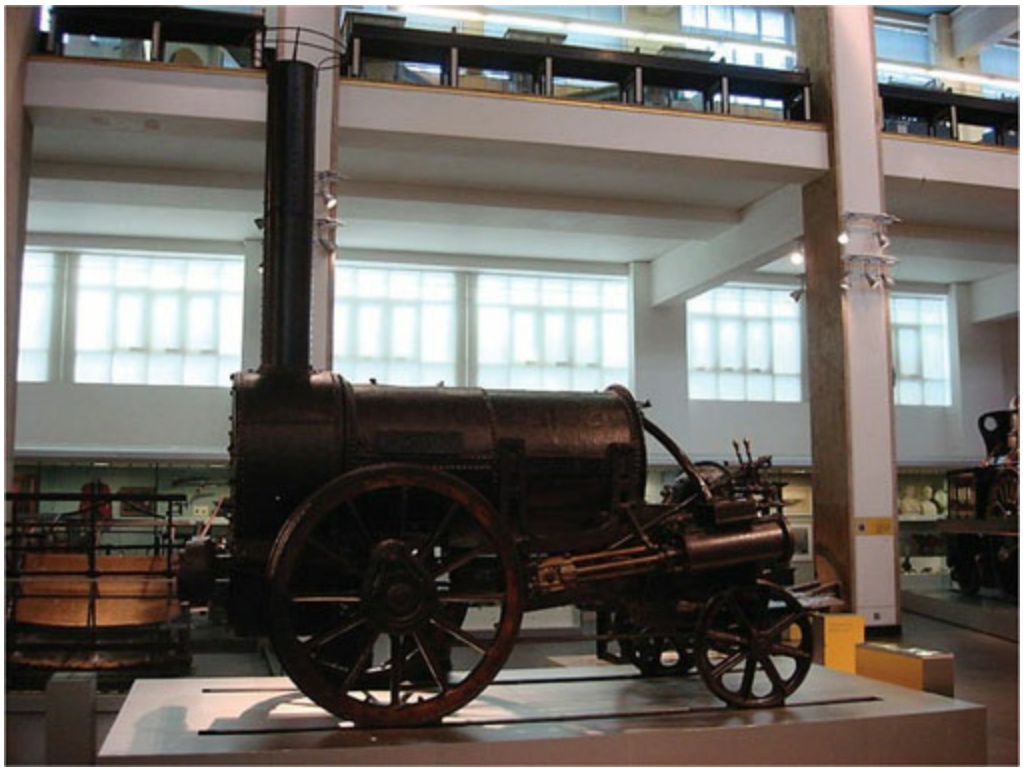
La *Spinning Jenny,* según aparece en el *Hand-book of the useful arts* de T. Antisell (1852). Esta máquina de hilar, que supuso un gran avance en su momento por su capacidad de devanar varios hilos a la vez, fue inventada en 1764 por James Hargreaves, tejedor y carpintero de Lancashire, en Inglaterra. Tras su destrucción por los luditas, que creían en peligro sus empleos, Hargreaves hubo de huir de la ciudad.

La industria textil es la primera que se beneficia de los cambios, y Gran Bretaña, como no podía ser de otro modo, el país que los impulsa. No se trata de una casualidad. Dueña de la India, que atesora inmensas reservas de algodón barato, y de las rutas comerciales oceánicas, encara en la segunda mitad del siglo xviii una situación inusitada: la demanda mundial de tejidos, pues al mundo entero llegan sus barcos, se ha hecho tan grande que se ve forzada a aumentar su producción con tal urgencia que no le sirven ya las técnicas tradicionales. La innovación es la respuesta; el beneficio, el resultado. Y sin trabas que lo limiten, multiplicado hasta la saciedad por una continua reinversión, el país alcanza enseguida un crecimiento económico sin precedentes.

Pronto, los capitales así acumulados crecen de tal modo que su remuneración, el interés, desciende. Urgen nuevos destinos para la inversión. Los transportes no parecen requerir avances inmediatos; los numerosos canales y veleros con que cuenta Inglaterra bastan para cubrir las necesidades del país. Pero cuando, en 1829, el ingeniero George Stephenson concluye su primera locomotora a vapor, la Rocket, que apenas supera los cuarenta kilómetros por hora, se produce el milagro. Los capitalistas, ávidos de beneficio, acuden en masa a financiar el ferrocarril. Rieles, máquinas y vagones precisan hierro y carbón. La minería y la siderurgia, impulsadas por el tirón de la demanda, aumentan su producción. La oferta de puestos de trabajo se incrementa también. Más trabajo significa más salarios y, por tanto, más gente en disposición de adquirir los bienes que produce la industria textil. Un círculo virtuoso de crecimiento sostenible ha dado comienzo.

Mientras, las nuevas máquinas llegan también al campo. En realidad, la revolución agrícola precede a la industrial, pero también la acompaña y acelera su ritmo. Por fin en manos de gentes que ven en la tierra una empresa antes que una fuente de prestigio, el agro había empezado a cambiar antes que las manufacturas. La rotación cuatrienal, que alterna en las parcelas cereal con leguminosas y plantas forrajeras, permitía a un tiempo aprovechar del todo la tierra disponible y recuperar su energía con un abono más abundante. Más tarde, las nuevas máquinas, trilladoras, segadoras y

tractores, suplen brazos con caballos de vapor. Los rendimientos crecen y la agricultura se convierte enseguida en eficaz aliado del progreso industrial. Modernizada, regala a la industria su excedente de mano de obra, que marcha a la ciudad presta a engrasar con hombres la insaciable maquinaria de la fábrica, le proporciona el alimento que solicita una población en acelerado crecimiento, le asegura nuevos capitales que financian su creciente inversión y, en fin, obtiene de ella las máquinas que permiten el aumento de su productividad, abriendo ante sus ojos un mercado nuevo y prometedor.



Locomotora Rocket de George Stephenson en el Museo de la Ciencia de Londres. A pesar de sus limitadas prestaciones, el ferrocarril se desarrolló con rapidez gracias a que los capitalistas hallaron en él un nuevo sector en el que invertir los beneficios acumulados en las décadas anteriores, que empezaba a resultar difícil colocar con un rendimiento aceptable.

No fue necesario mucho más. En Gran Bretaña, donde gobernaban desde mediados del xvii las mismas clases que impulsaban los cambios, era suficiente con que el Estado no se interpusiera en el camino de la innovación. Ni siquiera se requería del gobierno una reforma global del sistema educativo que asegurara la disponibilidad de mano de obra cualificada. Las máquinas eran todavía tan sencillas que hasta los niños podían manejarlas y, por desgracia, de hecho lo hacían. Pero no sucedía así en el resto de Europa. Sus estructuras económicas, sociales y políticas mostraban grandes diferencias, pero se hallaban en todos los casos menos avanzadas. Cuando sus gobiernos, aterrados por la invasión de productos británicos que sufrían sus mercados, comprendieron la necesidad de impulsar el desarrollo industrial, no tuvieron otra salida que animarlo ellos mismos. Sin embargo, no todos los países afrontaban la partida con las mismas cartas. Algunos como Francia, Bélgica, Alemania o Estados Unidos tenían en sus manos los triunfos decisivos para alzarse con la victoria en el gran juego del desarrollo económico. Poseían un gran mercado, abundantes fuentes de energía, capitales suficientes y cuantiosa mano de obra, y estaban, además, gobernados por una clase política presta a introducir las reformas necesarias. Los estados del este y el sur de Europa, por el contrario, con un mercado interior pobre, capitales escasos o poco atraídos por la inversión productiva, cortas reservas de carbón y hierro y gobiernos incapaces de enfrentarse a las trabas legales que frenaban el progreso de la industria, quedaron rezagados o se descolgaron del todo durante largo tiempo. Otros

países, como es el caso de Japón y, en especial, los Estados Unidos de América, mostraron enseguida una enorme capacidad de adaptación y quemaron etapas a un ritmo acelerado que les colocó a la cabeza de la economía mundial en unas pocas décadas.

Se trata, sin embargo, de dos modelos bien distintos. El coloso norteamericano se benefició de sus inagotables reservas de materias primas y fuentes de energía, un progreso técnico acelerado, la masiva inmigración procedente de Europa, que le proporcionó a un tiempo mano de obra barata y un mercado interior pujante, y la vastedad de su territorio, que le permitió una fuerte es-pecialización regional, enseguida facilitada por una red de ferrocarril que en 1840 era ya más extensa que la de todos los estados europeos juntos. A finales de siglo, Estados Unidos se había convertido ya en la primera potencia industrial del mundo.

Japón, por el contrario, no contaba con un territorio extenso y menos aún con materias primas y fuentes de energía abundantes, de modo que hubo de ser el Estado el que asumiera el protagonismo de la industrialización. Tras la conocida como «Revolución Meiji» de 1868, que acabó con el feudalismo y sentó las bases de la unidad nacional, llegaron al poder reformadores que impulsaron una verdadera revolución desde arriba. Las claves de su éxito se encuentran tanto en la relativa madurez de las estructuras económicas preexistentes, de algún modo cercanas al capitalismo y, en todo caso, mucho más avanzadas de lo que podría hacer pensar el feudalismo social imperante, como en la audacia de las recetas empleadas. La imitación descarada de los modelos extranjeros, la exportación de estudiantes e importación de técnicos y el proteccionismo radical de las empresas nacientes constituyeron los pilares sobre los que nació un capita lismo pujante, pero muy vinculado desde el principio a un Estado que propició en todo momento el desarrollo de enormes conglomerados industriales y financieros. En realidad, Japón se había saltado la primera fase de la Revolución Industrial; cuando se incorporó a ella, lo hizo directamente en la segunda.

Porque el proceso industrializador, una vez iniciado, mostró la capacidad de alimentarse a sí mismo, como un coche que fuera cambiando de marcha cuando las revoluciones del motor iban alcanzando el límite. Agotado un sector, el testigo de las innovaciones técnicas, la inversión y el empleo pasaba a otro, que tomaba el relevo como motor del crecimiento. En el último tercio del xrx, el petróleo y la electricidad ocupan el lugar del carbón; la química y la metalurgia desplazan a la industria textil y el Estado y las grandes corporaciones, que funden el capital financiero y el industrial, comienzan a sustituir al pequeño empresario. Se habla ya de una segunda revolución industrial. Vendrán después de ella, ya en la centuria siguiente, la tercera y la cuarta. La economía humana, de la mano de Occidente, había encontrado el camino del crecimiento sostenido que habría de conducirla a la sociedad de consumo. Las crisis, hijas de la naturaleza cíclica de la economía capitalista, empañarían de tanto en tanto el horizonte. Pero el mundo no volvería a ser ya aquel lugar inmóvil, congelado en el tiempo, que conocieron los hombres del Medievo.

En muchos países, nada de esto habría sido posible de no mediar una profunda transformación del Estado. Sólo en Gran Bretaña gobernaban, en íntima alianza, burguesía y nobleza; y sólo allí las estructuras sociales y económicas, transformadas poco a poco en los siglos xvii y xviii, se hallaban preparadas para impulsar por sí solas el progreso industrial. En el resto de Europa y América, la burguesía, protagonista de ese progreso, permanecía marginada del gobierno, incapaz, en consecuencia, de remover los obstáculos legales que lo frenaban. En el resto del mundo, ni siquiera existía.

Por ello, decididos al fin a defender sus intereses a cualquier precio, los burgueses terminaron por considerar la revolución como la única respuesta posible. Pero el terreno se venía preparando desde mucho tiempo atrás, incluso antes del siglo xviii. Como resultado del crecimiento del

comercio colonial, que dio a luz un nuevo tipo de riqueza, financiera y en manos de gentes ajenas a la nobleza tradicional, se generaron en las estructuras sociales heredadas de la Edad Media graves contradicciones. La ley amparaba los estamentos; el dinero había creado clases. Riqueza y poder ya no coincidían y los que poseían la primera aspiraban, al menos, a que les permitieran participar del segundo. Cuando la crisis final de la centuria colocó al pueblo en una situación calamitosa, y ante la absoluta cerrazón de los privilegiados, la burguesía vio su oportunidad y la aprovechó: valiéndose de la energía amorfa y sin objetivos de las masas, tomaría por la fuerza lo que se le negaba de grado.

Las últimas décadas del siglo xviii, tan próspero para algunos, habían deteriorado mucho el nivel de vida de las capas populares. Una sucesión de malas cosechas había elevado el precio del pan, su principal alimento, conduciendo a muchos a la indigencia. Los mismos burgueses, desprotegidos ante la competencia que los productos británicos, mucho más baratos, hacían a los suyos, se hallaban también irritados. Por doquier se culpa a los gobiernos, pero estos, aunque obsesionados por su creciente déficit fiscal, no acaban de comprender que sólo la reforma en profundidad de las instituciones políticas y sociales, al derribar los obstáculos al progreso de las fuerzas económicas, permitirá al Estado enjugar su deuda. La nobleza, que se opone con energía a la reforma, empeora las cosas y solivianta aún más a la burguesía frustrada por su exclusión del poder. La «revuelta de los privilegiados», como se la llamó en Francia, es la gota que colma el vaso de la indignación de las masas.

Revueltas populares había habido muchas a lo largo de los siglos, pero nunca antes habían contado los líderes rebeldes con una idea clara de qué hacer si lograban conquistar el poder. Todo iba a ser distinto en esta ocasión. Una nueva corriente de pensamiento había empezado a desarrollarse en el seno de la filosofía ilustrada, desgajándose luego de ella para evolucionar hasta convertirse en una alternativa integral al orden social vigente. Esta ideología, que había arraigado con fuerza en las filas de la burguesía y de los sectores más abiertos de la nobleza de ambos lados del océano Atlántico, y lo haría con el tiempo en buena parte del mundo, era el liberalismo.

Sus ideas ofrecían una respuesta para todo, siempre acorde, como era de esperar, con los intereses de la burguesía. Defendían la propiedad privada de los medios de producción, sin residuo alguno de la secular vinculación que había asegurado a los nobles y a la Iglesia, con independencia de su capacidad, la propiedad inalienable de sus tierras, alejando de ellos cualquier conato de inversión orientada a la mejora de los rendimientos. Creían, sin concesiones, en la libertad, para producir y consumir, para comprar y vender, sin otra ley que la del mercado y sin barreras o instituciones que, como los gremios, distorsionasen sus efectos, desanimando la introducción de avances técnicos capaces de rebajar los costes de producción. Sostenían con ahínco la igualdad de los individuos ante la ley, sin privilegios ni discriminaciones entre ellos, pero también sin injerencia alguna del gobierno orientada a convertir la igualdad de derecho, legal, en igualdad de hecho, económica. Y reclamaban, como ley suprema que asegurase para siempre el nuevo orden social, una constitución que diera forma jurídica al nuevo Estado. En ella quedarían definidos los mecanismos para la elección de los gobernantes, delimitando a un tiempo el ámbito de acción de los poderes para legislar, gobernar y juzgar, preservando el equilibrio entre ellos y asegurando que no coincidieran en las mismas personas. Se tutelarían también por ley los derechos fundamentales de los individuos, la propiedad, la libertad de pensamiento, de reunión y de expresión, la inviolabilidad del domicilio y la correspondencia. Y, sobre todo, se afirmaría el Parlamento como el único lugar legítimo donde serían llamados a enfrentarse en paz los representantes de las distintas formas de entender los problemas y sus soluciones, enviados allí por la opinión, volcada en las urnas, de aquellos, y sólo aquellos, que podían tener interés en el bien común y capacidad para trabajar por él: las clases acomodadas y

cultas.

Las nuevas ideas cambiaron el mundo tanto como la Revolución Industrial. Entre 1776 y 1783, las trece colonias británicas de Norteamérica lograron su independencia y dieron forma a un régimen organizado de acuerdo con los principios liberales, del que nacerían luego los Estados Unidos de América. Entre 1789 y 1795, la Revolución Francesa sembró el terror en las cortes europeas, que se coaligaron una y otra vez contra ella para evitar el contagio de sus peligrosas ideas, a las que sólo los países muy atrasados, carentes de clases medias sensibles al mensaje liberal, podían permanecer inmunes. Transformado el Ejército francés por la fuerza irresistible del nacionalismo; dirigido luego por el inigualable genio militar de Napoleón, la vieja Europa cayó derrotada una y otra vez hasta que supo usar contra la Francia triunfante la misma arma a la que esta debía sus éxitos. La derrota de Waterloo, preparada poco antes en los campos de España y de Rusia, puso fin en 1815 al sueño del genial corso.

Pero el triunfo de las viejas monarquías absolutas fue tan sólo temporal y aparente. Derrotado Napoleón, el Congreso de Viena trataba de devolver a Europa al lugar donde estaba dos décadas atrás. Los viejos principios de tradición y autoridad, orden y jerarquía social, absolutismo y legitimidad monárquica, al amparo de la remozada alianza entre el trono y el altar, recuperaron su vigencia. Las viejas fronteras, trastocadas por los ejércitos revolucionarios, fueron trazadas de nuevo sobre los mapas, con ciertos cambios a favor de las grandes potencias, que hicieron una vez más del equilibrio el principio rector de las relaciones entre los estados. Los reyes destronados, o sus sucesores legítimos, volvieron a ceñir la corona sobre sus sienes y juraron defenderse entre sí unidos para siempre en una Santa Alianza. Pero se trataba de un espejismo. La llamada Europa de la «Restauración» hubo enseguida de hacer frente a las mismas fuerzas que creía haber derrotado.

En 1820, 1830 y 1848, mientras la América hispana, animada de idéntico fervor liberal, se sacudía la tutela de su vieja metrópoli y poco antes de que los japoneses dictaran la sentencia de muerte del shogunato feudal, tres nuevas oleadas revolucionarias derribaron, en apariencia para siempre, el viejo orden. Pero los cambios no se habían detenido. El liberalismo clásico, burgués y exclusivista, convivía ahora con el radical, que aceptaba ya abrir al pueblo los derechos de la ciudadanía política. El nacionalismo liberal, que identificaba la nación con la comunidad de ciudadanos unidos por la voluntad de serlo, encontraba junto a sí al nacionalismo romántico, que hacía de la lengua, la historia y el genio nacional las señas de identidad de una comunidad a la que no se pertenecía por voluntad propia. Y la Revolución Industrial, al convertir en obreros a las masas campesinas forzadas a emigrar a la ciudad, alimentaba el desarraigo y la miseria, de cuyo maridaje nacería enseguida el socialismo. La acción combinada de tales fuerzas modelaría en unas décadas una Europa que apenas se parecía ya a la de medio siglo atrás y que, fortalecida como nunca, pronto sometería a su capricho al resto del mundo.

La libertad guiando al pueblo, óleo sobre lienzo pintado por el francés Eugene Delacroix en 1830, Museo del Louvre, París. El cuadro simboliza los sucesos acaecidos en la capital francesa en julio de 1830, cuando el pueblo parisino levantó barricadas para enfrentarse a la tiranía del rey Carlos X, dando así comienzo a la revolución que conduciría a Francia a la monarquía constitucional de Luis Felipe de Orleans.

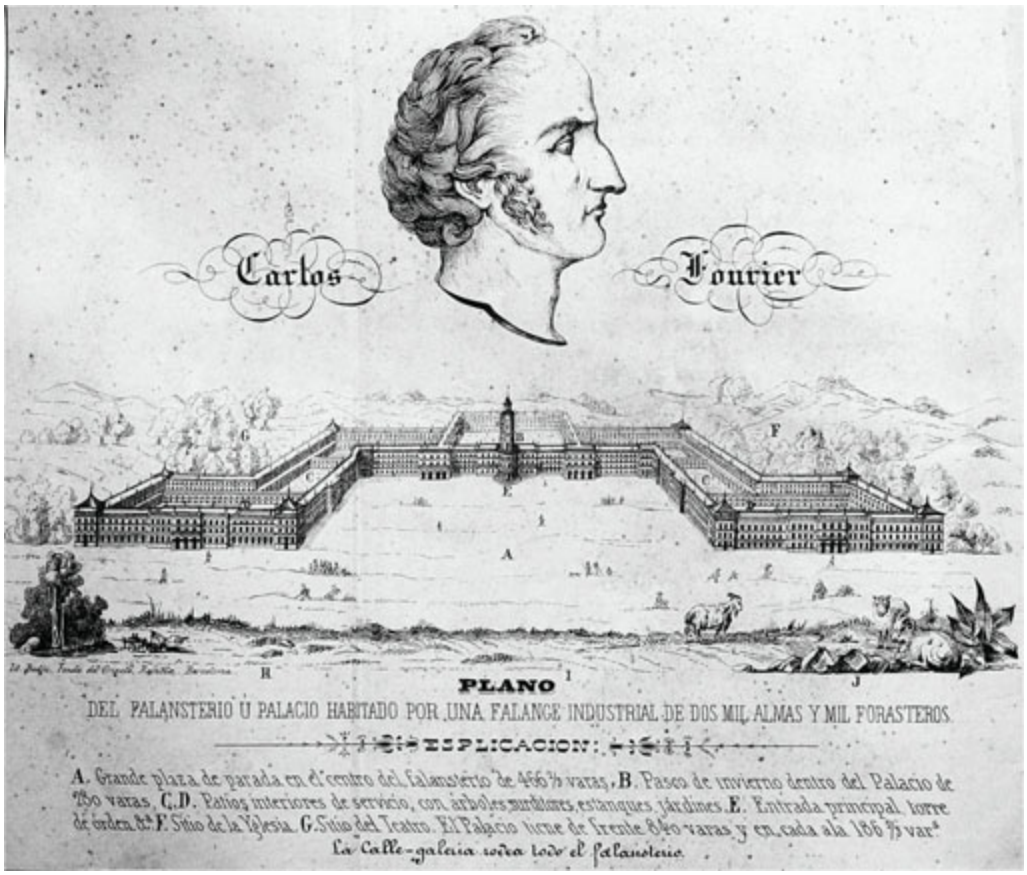
Los perdedores

El nuevo orden nacido de las revoluciones había eliminado las restricciones a la libre acumulación del capital, industrial o financiero. No obstante, al sentar las bases de un régimen en el que el poder correspondía, de modo natural, a los propietarios de la riqueza, facilitó la rápida reconciliación de la vieja nobleza y la flamante burguesía, ambas, a la postre, clases propietarias, en el gobierno de un sistema del que quedaba excluida la gran mayoría de la población. Esta exclusión fue aceptada al principio. Era natural para el campesinado, que vivía en comunidades dispersas y poco numerosas, nada propicias para el desarrollo de una conciencia de clase. No lo sería, sin embargo, para el obrero industrial. El continuo desarrollo de la industria y el crecimiento imparable de la población fue creando en torno a las ciudades de los países más avanzados gigantescos cinturones de miseria en los que se hacinaba el proletariado industrial. En ellos, los obreros de las fábricas, sometidos a jornadas interminables de trabajo e ínfimos salarios, privados de protección alguna frente a la enfermedad, los accidentes o la vejez, y sin medios para hacer valer sus derechos, prohibidos como estaban los sindicatos y las huelgas, empezaron a cobrar conciencia de su situación, bien que inspirados por líderes ajenos a su propia clase, y pronto se unieron para cambiarla.

Al principio, a caballo entre los dos siglos, la respuesta de los obreros, hija de la desesperación y la rabia, fue la simple violencia. Las máquinas, consideradas causantes de la miseria, se convirtieron por un tiempo en víctimas de la ira de quienes las manejaban. Fue la era de los luditas,

que tomaron su nombre del mítico Ned Ludd, un tejedor de finales del siglo xviii del que se decía que había destruido el telar en el que trabajaba. Pero a partir de 1830, persuadidos de la futilidad de tales acciones, unieron sus fuerzas para crear sindicatos clandestinos e hicieron de la huelga el arma principal de su lucha. Los objetivos también cambiaron. A las irrenunciables mejoras laborales se sumaron enseguida las demandas de participación política. Las pequeñas burguesías, embarcadas en una lucha similar, se convirtieron así en sus aliadas naturales. Pero aquellas clases, propietarias al fin, no podían coincidir durante mucho tiempo con los obreros desposeídos. El proletariado había de seguir su propio camino en busca de un orden social en el que las fronteras que levantaba la riqueza fueran derribadas para siempre. Había de ser el bienestar de la sociedad entera, y no el del individuo, el fundamento de la vida colectiva.

De esta idea difusa, pero profundamente sentida por la mayoría de los obreros, terminó por nacer el socialismo. En sus primeros momentos, sus apóstoles no eran más que utópicos filósofos, idealistas henchidos de optimismo que confiaban en la bondad natural del hombre y creían de buena fe que la asociación pacífica de los trabajadores y la buena voluntad de los burgueses serían recetas suficientes para resolver la cuestión social, como entonces se la llamaba, o tecnócratas que cifraban toda esperanza en el progreso de los recursos materiales. Pero unas vías tan lentas tenían poco que ofrecer y los obreros las rechazaron enseguida. Dos grandes ideologías que, conscientes de la urgencia de sus necesidades, prometían al proletariado un paraíso en la tierra, se repartirían sus lealtades en las últimas décadas del siglo xix.



Representación ideal de un falansterio, comunidad ideal diseñada por el pensador francés Charles Fourier a principios del siglo xix. Basada en la autosuficiencia económica, esta comunidad ideal estaría integrada por unas dos mil personas que vivirían en edificios colectivos trabajando según su capacidad y recibiendo según su necesidad.

El anarquismo, fruto de la reflexión de pensadores como los rusos Mijaíl Bakunin o Piotr Kropotkin, consideraba imposible cualquier reforma real de la sociedad y propugnaba su destrucción

por medio de una revolución espontánea que dejaría paso a un orden por completo nuevo y distinto. En él, extinguidos la religión y el Estado, la tierra y las fábricas se convertirían en propiedad colectiva y, alcanzada la plena libertad y la absoluta igualdad entre los individuos, cada uno recibiría según su necesidad y aportaría según su capacidad.

El marxismo, llamado así por su principal inspirador, el alemán Karl Marx, se declaraba también revolucionario pero, dotado de una compleja concepción filosófica del mundo y de la historia, concebía la revolución de un modo muy distinto. Habría de ser un proceso inexorable, de alcance mundial, que lograría el éxito bajo la dirección de un partido fuerte y organizado, capaz de conquistar el Estado; la seguiría una etapa transitoria de dictadura en la que el partido socialista se valdría del poder para transformar el orden vigente, y concluiría en una sociedad sin clases en la que los hombres vivirían en perfecta armonía.

La evolución de ambas corrientes, enfrentadas en el seno de un movimiento obrero que, en las últimas décadas de la centuria, posee ya una organización que trasciende las fronteras de los estados, fue muy diferente. Dentro de la Asociación Internacional de Trabajadores, los anarquistas, víctimas de su fobia a toda forma de autoridad, terminaron por disgregarse en múltiples corrientes que propugnaban desde la lucha sindical al mero terrorismo. Los marxistas, entregados a la lucha política y sindical en el marco legal existente, acabaron por integrarse en él cuando la extensión del sufragio universal y la mejora del nivel de vida de los obreros se lo aconsejaron. Sólo en los países más atrasados, en especial la Rusia de los zares, pervivieron las condiciones que, ya en el siglo xx, harían posible la revolución, aunque bajo una forma algo distinta a la esperada por Marx. En Occidente, el desarrollo económico, las reformas sociales y políticas y la extensión, limitada pero cierta, de la doctrina social de la Iglesia terminarían por diluir el fervor revolucionario del proletariado organizado.

UN MUNDO DISTINTO

En las últimas décadas del siglo xix, el timón de Occidente parecía haber pasado a otras manos. La vieja aristocracia, su dueña durante más de un milenio, lo había cedido al fin a la dinámica burguesía, que se disponía a conducir la nave hacia nuevos horizontes, más acordes con el signo de los tiempos. Los historiadores burgueses, ansiosos de justificar un cambio de tal magnitud, dieron entonces en repudiar el mundo que les precedió, al que llamaron con desprecio «Antiguo Régimen». Con ellos había comenzado la Edad Contemporánea, el tiempo de la burguesía.

Es cierto que el cambio era trascendental, casi tanto como el que, diez milenios atrás, había convertido al hombre en agricultor y ganadero. Los dos mundos, el viejo y el que ahora veía la luz, eran muy distintos. Una población estancada, víctima de malas cosechas periódicas que dejaban tras de sí un rastro de desolación y muerte, se transformaba en otra emergente en la que las epidemias, aun sin desaparecer, no podían ya frenar el constante aumento demográfico. Una economía agraria, de rendimientos escasos, esclava de los caprichos del clima, en la que la industria era una excepción y el comercio un islote de modernidad, dejaba sitio a otra pujante, en que cada sector competía con los demás en crecimiento y desarrollo, que despoblaba los campos y arrastraba a las ciudades una inmensa marea de individuos ansiosos de pan y de trabajo. Una sociedad rígida y cerrada, en la que las personas nacían y crecían constreñidas por infranqueables muros de privilegio y discriminación, se diluía como un azucarillo arrastrado por las aguas del capital, pronto a construir fronteras ciertas, pero permeables, hechas tan sólo de riqueza y conocimiento. Y un orden político arbitrario, que

entregaba la plenitud del poder a un monarca caprichoso, sólo responsable ante Dios y ante la historia, se desmoronaba ante el violento embate de fuerzas que enarbolaban con decisión la bandera de la libertad.

Llamar a todo ello «revolución» no supone, por tanto, pecar de exagerados. Revolucionarios son los cambios que experimentan la población, la agricultura y la industria, lentos, pero profundos y decisivos. Y no son menos relevantes los que sufre el Estado, drásticos y convulsos. La revolución proporciona, pues, su mejor nombre a la era que, a caballo entre los siglos xviii y xix, trae a la vida el mundo que conocemos.

8

Del imperio a la guerra

Llevad la carga del hombre blanco, y cosechad su vieja recompensa. La reprobación de vuestros superiores. El odio de aquellos que protegéis. El llanto de las huestes que conducís (¡tan laboriosamente!) hacia la luz: «Oh, amada noche egipcia, ¿por qué nos librasteis de la esclavitud?»

La carga del hombre blanco
Rudyard Kipling

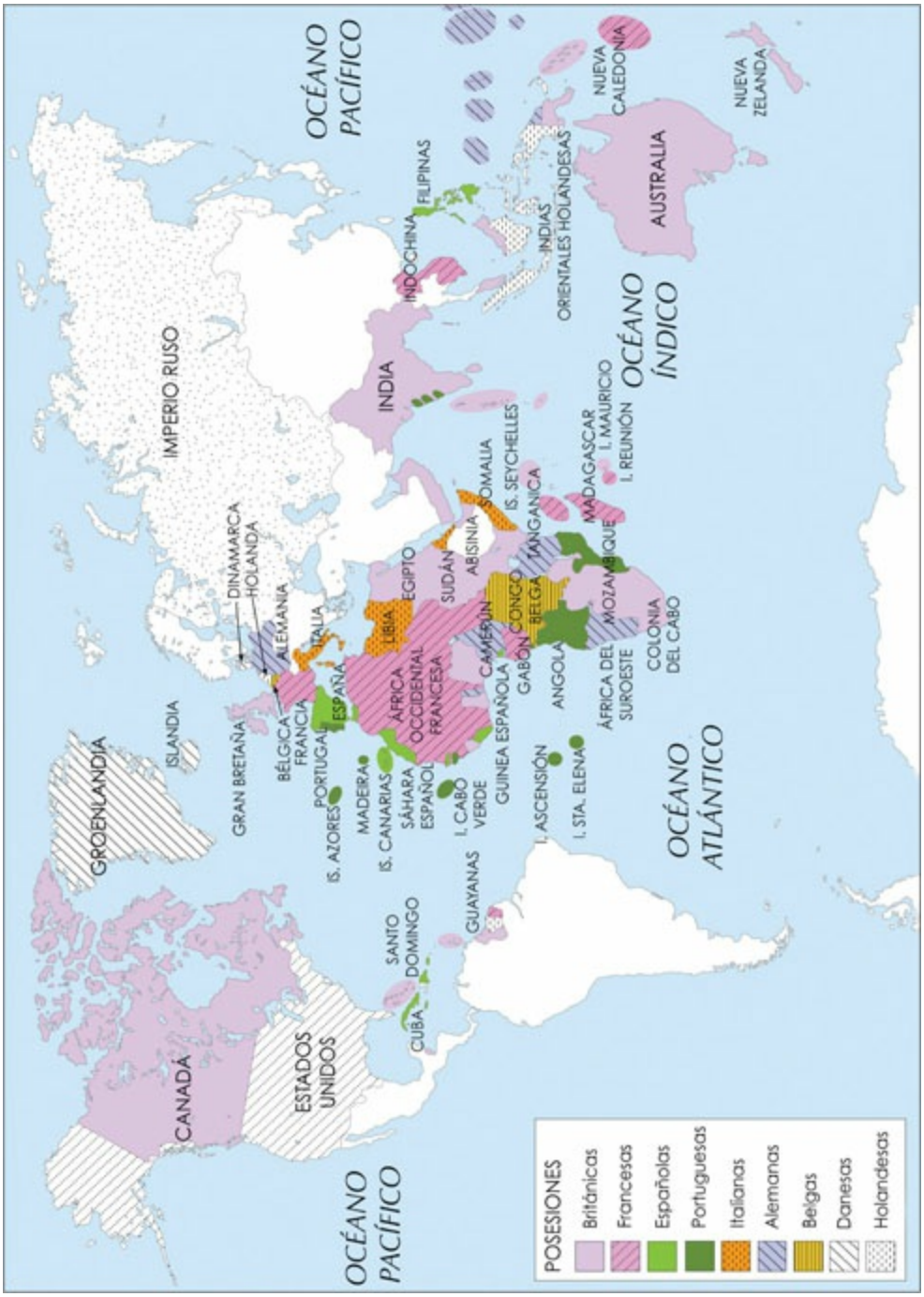
Occidente...

A lo largo del siglo xix, y en especial en su segunda mitad, las grandes potencias europeas, encabezadas por Reino Unido, Francia y, algo más tarde, Alemania, experimentaron una verdadera mutación. Su población creció a una velocidad vertiginosa. Sus fábricas multiplicaron su producción y la diversificaron. Los capitales se acumularon a un ritmo desconocido y grandes empresas que reunían bajo una sola mano intereses industriales y financieros surgieron por doquier, prestas a repartirse un mercado en el que la libre competencia resultaba cada vez más difícil. Como consecuencia de todo ello, Europa se hizo más fuerte que nunca. Sus ejércitos y armadas, transformadas en invencibles como resultado de la Revolución Industrial, se extendieron sin obstáculos por los cinco continentes, imponiendo su dominio, directo o indirecto, allí donde existía algún recurso que extraer o un mercado que conquistar. Entre 1880 y 1914, los europeos eran los dueños, políticos o sólo económicos, de todas las tierras emergidas, con la sola excepción del continente helado de la Antártida y de los poderosos Estados Unidos de América, constituidos ellos mismos en amos indiscutibles de un imperio sobre el hemisferio occidental que no era menos cierto por carecer de títulos oficiales de soberanía. Había comenzado la era del imperialismo.

A pesar de las apariencias, se trataba de un fenómeno completamente nuevo. Colonias e imperios ya habían existido antes, pero los mecanismos que provocan ahora la expansión y la universalización del imperialismo nunca se habían manifestado con anterioridad o no lo habían hecho en igual grado. ¿A qué se debió, pues, esta nueva y distinta eclosión del fenómeno? Si hubiera que reducir la respuesta a un par de palabras, diríamos que el imperialismo era el hijo espurio, pero vigoroso, de la Revolución Industrial, o más bien, quizá, de una serie de procesos concomitantes con la Revolución Industrial. Es necesario, en primer lugar, prestar atención a los cambios demográficos. A partir de 1850, la población de los países más industrializados comenzó a crecer a un ritmo desconocido. La natalidad se mantenía muy alta mientras la mortalidad caía en picado gracias a los avances de la agricultura, la medicina y, algo más tarde, la higiene. Mientras, la pérdida de empleos que la mecanización acelerada provocaba en el campo impulsaba a los jornaleros hacia las ciudades, donde las fábricas, a pesar de su rápido desarrollo, no eran capaces de crear los empleos necesarios. Este proceso alimentó enseguida una emigración creciente hacia el otro lado del océano que los gobiernos, inquietos ante las crecientes reivindicaciones obreras, pronto quisieron asegurar apropiándose de territorios en los que pudieran establecerse sin problemas.

Las necesidades económicas ocupan también un lugar destacado entre las causas del imperialismo. El crecimiento de la industria requería materias primas abundantes que sólo la conquista de nuevos territorios podía preservar de la insaciable voracidad de los países competidores. Por otro lado, en esos territorios con frecuencia eran necesarias grandes inversiones. La explotación adecuada de sus riquezas exigía la construcción de carreteras, vías férreas, puertos y otras infraestructuras cuya financiación ofrecía salida a los capitales acumulados en los países ricos y una demanda asegurada para las mercancías que, protegidos los mercados de las naciones competidoras por un férreo proteccionismo, no encontraban clientes más allá de las propias fronteras.

Pero el imperialismo fue también, en mayor o menor grado, un fenómeno ideológico. No se trataba tan sólo de encontrar argumentos más presentables con los que justificar el expolio de las riquezas de otros y la apropiación descarada de sus territorios. Algunas de las ideas manejadas, y no sólo las religiosas, eran sinceras, lo cual no quiere decir que fueran acertadas. La pertenencia a una civilización tenida por superior sirvió como coartada para imponer a los pueblos africanos y asiáticos creencias y valores occidentales disfrazados de avances objetivos para esos pueblos. La conciencia del propio poder económico y militar alimentó un nacionalismo extremo que no podía por menos que impulsar nuevas conquistas en abierta competencia con las otras grandes potencias. Y si el poder que ahora se poseía era escaso, como le sucedía a estados decadentes como Italia, Portugal o España, siempre podía apelarse al recuerdo de un pasado más o menos glorioso. El proselitismo natural de las distintas iglesias cristianas actuó también como poderoso estímulo del imperialismo, pues a menudo tras la cruz llegaban los capitales y tras ellos, los cañones, y una vez plantada la bandera, los púlpitos servían de valladar ideológico contra cualquier pensamiento contrario a los intereses de la metrópoli.



Los imperios coloniales en 1914. Como puede apreciarse, sólo Hispanoamérica, el mundo árabe, China y la India quedan fuera del control directo de las potencias europeas. Sin embargo, la mayoría de estos territorios, nominalmente soberanos, funcionaban de facto como dependencias económicas de las grandes potencias.

... Y EL MUNDO

Pero, ¿cómo era ese mundo que los europeos creían tener derecho a transformar sin pedir permiso apelando a la inherente superioridad de su civilización? La respuesta a esta pregunta ha de escribirse por fuerza en plural. No había un mundo fuera de Europa, sino muchos, pero todos cambiaron de forma irreversible al contacto de la poderosa mano de Occidente. No es en modo alguno exagerado afirmar que el imperialismo tejió en gran medida la urdimbre económica, política e incluso espiritual sobre la que escribió su historia la humanidad entera hasta el atardecer del siglo XX.

Existía, en primer lugar, un mundo que conocía a los europeos desde cuatro centurias atrás y había cambiado por completo a su contacto, un mundo que ya era occidental hasta cierto punto, pero que nunca había alcanzado ni el desarrollo económico ni la independencia política propia de los estados occidentales. Los antiguos territorios españoles y portugueses en América cortaron sus lazos políticos con la península ibérica a comienzos del siglo xix. De inmediato se organizaron como repúblicas a imitación de su vecino norteamericano, que había hecho lo propio con su metrópoli cuatro décadas antes. Pero el destino de ambos fue muy distinto. Mientras los flamantes Estados Unidos de América fundaban las bases de un régimen democrático basado en el respeto a los derechos individuales, sus vecinos del sur se convertían en oligarquías dirigidas por terratenientes que manipulaban sin escrúpulos las elecciones. Mientras los primeros iniciaban un rápido progreso en todos los ámbitos que les llevaría en menos de un siglo a convertirse en la primera potencia económica del mundo, los segundos pasaban de un sometimiento a otro y, libres sobre el papel, caían bajo el control económico del Imperio británico, al que sirvieron de mercados cautivos y suministradores baratos de materias primas durante una buena parte de la centuria. Un fenómeno histórico que llegaría a ser característico del siglo xx, el neoimperia-lismo, hacía su aparición en Iberoamérica.

No muy distinto fue lo ocurrido en la mayor parte de Asia, donde las potencias occidentales llevaban siglos de relación con estados más viejos que los propios y que antaño incluso les habían superado en su nivel de progreso técnico y organizativo. China, la India y Japón desconfiaban de los europeos, pero les habían permitido establecer factorías en sus costas y difundir entre sus gentes sus creencias religiosas, quizá porque no veían peligro alguno en unos extranjeros a los que consideraban, con razón, mucho más atrasados que ellos.

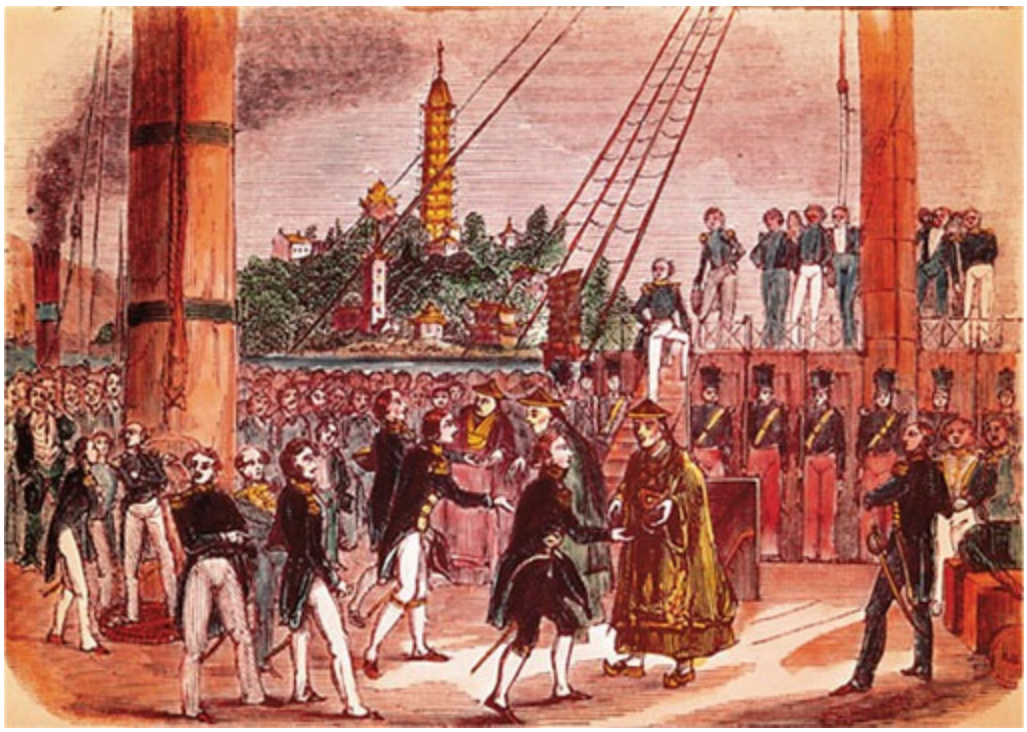
Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar en el siglo xix. Los efectos combinados del cerril aislamiento que se habían impuesto los viejos estados de Extremo Oriente y el rápido progreso técnico que la Revolución Industrial había regalado a las potencias europeas invirtieron las tornas. Ahora eran los pueblos asiáticos los que sufrían el retraso y las naciones de Occidente las que llevaban la delantera. Sólo que, a diferencia de lo que habían hecho los imperios asiáticos en la Edad Media, los gobiernos occidentales no estaban dispuestos a despreciar esa ventaja. China, la India y Japón, con sus cientos de millones de habitantes, eran mercados demasiado jugosos para despreciarlos.

Sólo su vastedad territorial y la práctica imposibilidad de la conquista total evitaron que se convirtieran, sin más, en colonias occidentales. Ni siquiera en la India se eliminó por completo el gobierno de las élites autóctonas. El territorio, que había sido de hecho una posesión de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales desde el siglo xvii, pasó a manos de la Corona británica y se convirtió a todos los efectos en una colonia en 1858, tras la revuelta de los cipayos, nativos enrolados como soldados en el ejército de la Compañía. Pero incluso entonces se preservó en amplias regiones de la India la apariencia de autogobierno, hasta el punto de que en el momento de su independencia, en 1947, llegaban a seiscientos los territorios regidos por príncipes locales, que disfrutaban de un notable grado de autonomía. El modelo, más inteligente y barato que la administración colonial directa, y muy similar al ensayado ya en Iberoamérica, se aplicó de un modo aún más laxo en China y Japón. Sobre el papel, aquellas antiguas sociedades seguían siendo estados soberanos e independientes que poseían himno, bandera, gobierno y fronteras, e incluso un ejército propio. En la práctica, mediatizada su economía por la intervención de las potencias occidentales, su riqueza fluía hacia ellas y su soberanía política no era sino una poco creíble pantomima que interesaba preservar.

En el caso de China, todo empezó al poco de iniciarse el siglo xix. Los británicos comerciaban allí desde mucho tiempo atrás, pero con escasos beneficios, pues mientras los productos chinos como la seda, el té o la porcelana alcanzaban una enorme demanda en Reino Unido, las manufacturas británicas apenas encontraban clientes en el Celeste Imperio. Las cosas empezaron a cambiar en el siglo xviii, cuando los británicos, como hicieran antes los españoles, hallaron en la exportación de opio desde la India una receta eficaz para enjugar su déficit comercial con China. Durante un tiempo todo fue bien, hasta que en 1829 el gobierno chino, consciente del exagerado nivel que la adicción a esta droga estaba alcanzando en su país, prohibió el consumo de opio y se lanzó a destruir sin más las existencias de los comerciantes extranjeros.

Como era de esperar, los británicos no iban a renunciar tan fácilmente a un comercio que rendía beneficios que incluso llegaban a cuadruplicar el capital invertido. En 1839, la Corona, siempre sensible a los intereses de sus comerciantes, envió a China una poderosa flota de guerra, cuya superioridad tecnológica laminó en poco tiempo la resistencia local. El Tratado de Nankín, tres años después, forzaba al Gobierno chino a abrir cinco de sus puertos al comercio con Reino Unido y le imponía la cesión de Hong Kong al Gobierno británico durante ciento cincuenta años.

Se iniciaba así lo que los chinos, con toda la razón, denominaron la «Era de los tratados desiguales». En los años siguientes, otras potencias occidentales, como Francia y Estados Unidos, obtuvieron ventajas similares para sus comerciantes. Ni una segunda Guerra del Opio, que estalló a mediados de siglo con un resultado idéntico a la primera, ni las reiteradas rebeliones del pueblo chino contra los diablos extranjeros, como la de los taiping, a mediados de siglo, o la de los boxers, a caballo entre los siglos xix y xx, sirvieron de nada. La economía de China y su mismo gobierno estaban ya, de iure en el primer caso, de facto en el segundo, en manos de Occidente.



Firma del Tratado de Nankín de 1842, según un grabado de la época. Los signatarios chinos son recibidos a bordo de un buque británico. La columna de humo que se aprecia al fondo, a la izquierda, es todo un símbolo de las verdaderas causas de la humillación que se vio forzado a aceptar el otrora orgulloso Imperio del Centro.

No mucho mejor le fueron las cosas a Japón, hasta entonces casi libre de injerencias europeas. La victoria de los británicos sobre China en la primera Guerra del Opio había abierto la veda. El

Imperio del Sol Naciente no era más que otro mercado que debía quedar franco para el comercio con Occidente de grado o por fuerza. En 1854, el comodoro estadounidense Matthew Perry obligó a los japoneses a abrir algunos puertos mediante el poco sutil pero eficaz recurso de la intimidación naval. Ocho años más tarde, los británicos bombardeaban brutalmente la ciudad portuaria de Kagashima como represalia por la «oportuna» muerte allí de uno de sus nacionales. Japón parecía seguir el mismo camino que China.

Sin embargo, no fue así. En 1868, el Imperio del Sol Naciente experimentó una fulminante revolución que terminó de un plumazo con el feudalismo vigente y convirtió al país en una suerte de despotismo ilustrado bajo cuya guía la sociedad japonesa pasó de la Edad Media a la era del gran capitalismo en tan sólo unas pocas décadas. La aristocracia tradicional fue doblegada; las revueltas campesinas, reprimidas; el Estado, reformado desde la raíz, y la industria, impulsada por un gobierno que asumió con decisión el papel de empresario, conduciendo al país a marchas forzadas hacia un capitalismo de grandes corporaciones industriales y financieras cimentado en presupuestos muy distintos de los de su modelo occidental, pero tan eficaz en sus resultados que Japón no sólo logró evitar un destino similar al de China, sino que a finales del siglo xix incluso se contaba él mismo entre las grandes potencias imperialistas.

Bien distinto fue el destino del resto de los pueblos asiáticos y africanos, en especial estos últimos. Allí donde existían estados antiguos, como era el caso de Egipto, se les impuso una suerte de protectorado similar al que se habían visto obligados a aceptar los chinos o algunos principados de la India. El mundo árabe en su conjunto, liberado del dominio turco tras la Primera Guerra Mundial, en 1918, conoció una peculiar forma de administración, el mandato, que entregaba el territorio a una de las potencias vencedoras en el conflicto con el fin de que lo preparara para la independencia, más o menos cercana en función de la madurez de la sociedad en cuestión. Pero donde el escaso desarrollo económico y político y el gran retraso tecnológico hacían imposible la resistencia y necesaria la implantación de una organización de nuevo cuño que permitiera la explotación de los recursos naturales, las potencias europeas procedieron sin más a la conquista directa. La Conferencia de Berlín, en 1885, dio forma jurídica a lo que no era sino un descarado reparto de África. Sólo dos naciones del continente quedaron libres de las apetencias coloniales de los europeos: Etiopía, un Estado de larga tradición histórica, y Liberia, un pequeño país del oeste, cercano al golfo de Guinea, fundado a mediados de siglo por una organización de esclavos norteamericanos liberados.

Los acuerdos de la conferencia determinaron el futuro de África para el siguiente medio siglo. La esclavitud quedó prohibida; la libertad de comercio en la cuenca del río Congo, garantizada, y el principio de ocupación efectiva, erigido como condición para la reclamación de la soberanía sobre un territorio. Este acuerdo fue el más relevante, pues desató una carrera desenfrenada de misiones comerciales, diplomáticas y militares enviadas desde Europa y, en poco tiempo, una penetración profunda hacia el interior del continente siguiendo el curso de los grandes ríos que no estuvo exenta de choques entre los principales estados europeos. A comienzos del nuevo siglo, dos grandes potencias se habían llevado la parte del león en el reparto: Reino Unido y Francia.

Pero, ¿qué se encontraron los europeos en el interior de aquel continente de selvas impenetrables y crueles desiertos que había permanecido hasta entonces casi ajeno a los avatares de la historia del mundo? Lo cierto es que los contactos entre europeos y africanos contaban con una historia muy dilatada, pero habían venido siempre determinados por la ignorancia, el prejuicio y el abuso. Incluso la geografía del continente estaba marcada por un absoluto desconocimiento. El antiguo Mapa de Ptolomeo, en el siglo ii, fijó la deformada imagen mental que los europeos tenían de África hasta casi

el siglo xix: un territorio que se prolongaba en exceso hacia el este, haciendo del Índico un mar cerrado, se recortaba aún más por el sur y no contenía en su interior sino un mundo imaginario de pesadillas y mitos.

Y lo peor era que la pesadilla y el mito servían de terreno abonado para el estereotipo y el prejuicio. Los europeos cultos, incluso los del siglo xix, se mostraban por completo convencidos de que los africanos no eran otra cosa que nómadas antropófagos que carecían de escritura, leyes y organización política compleja. Sobre esta base, cualquier abuso era posible. ¿Cómo podía resultar inmoral someter a esclavitud a unos salvajes que comían carne humana y se cazaban entre ellos como animales? Conquistar sus tierras e imponerles la superior civilización de los europeos no sólo era legítimo, sino incluso un imperativo ético.

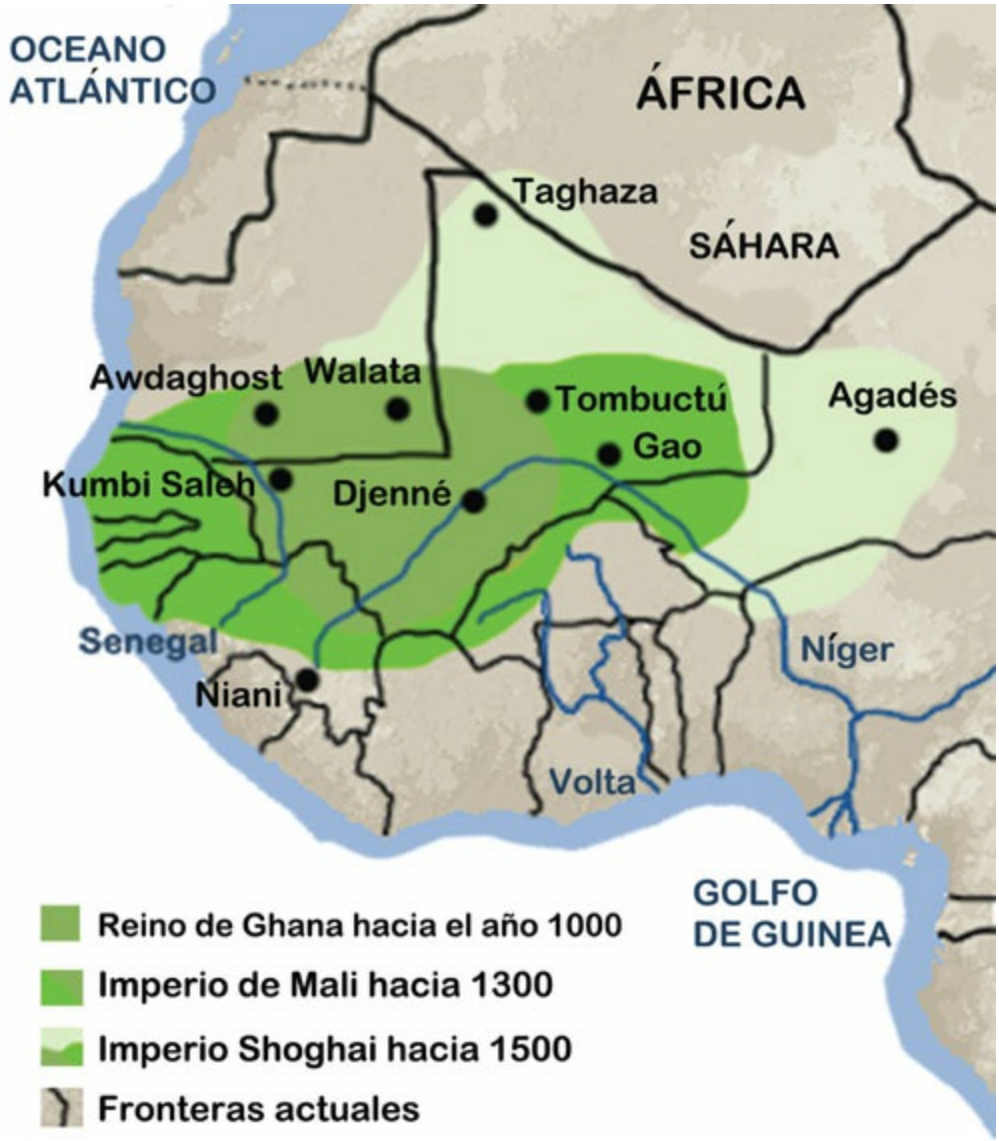
Sin embargo, esa concepción de los pueblos africanos suponía, cuando menos, una notable deformación de la realidad. En África existían, desde luego, pueblos anclados en un nivel de desarrollo propio del Paleolítico, prácticas de antropofagia seculares y guerras libradas con el objetivo de esclavizar al enemigo derrotado. Pero también había, y desde mucho tiempo antes del siglo xix, culturas avanzadas que, aunque casi siempre de la mano de los comerciantes árabes, habían alcanzado logros importantes en el terreno de la economía, la vida política y, sobre todo, el arte y la cultura.

Atlas Catalán de 1375, obra del cartógrafo hebreo mallorquín Abraham Cresques, Biblioteca Nacional de París. En el extremo inferior aparece un monarca que sostiene una gran pepita de oro y que no es otro que Musa I, emperador de Mali que hacia 1324 había ganado gran notoriedad en Occidente por la extrema generosidad de que hizo gala durante su peregrinación a La Meca, en la que gastó ingentes cantidades del precioso metal.

Todas esas sociedades mostraban rasgos comunes que se remontaban muy atrás en el tiempo y recubrían las culturas autóctonas con una gruesa pátina de tradición que las podía hacer aparecer a ojos de un observador europeo como mucho menos avanzadas de lo que eran. Aspectos como la gran relevancia de la familia extensa en la organización social, la prevalencia del derecho consuetudinario o el uso de materiales constructivos más endebles que los habituales en el mundo occidental transmiten una apariencia de arcaísmo que, si bien era cierto en algunos casos, no puede generalizarse sin más; al menos, no sin olvidar que en África hubo reinos e incluso imperios, y que durante siglos su nivel de desarrollo no tenía mucho que envidiar al de sus coetáneos europeos.

Un breve periplo geográfico e histórico por tierras africanas no puede sino afianzar esa impresión. Al oeste, en torno al sinuoso valle del Níger, al calor del comercio del oro, el marfil y los esclavos que afluían hacia el norte en las largas caravanas conducidas por los árabes, se sucedieron entre los siglos x y xvi el reino de Ghana y los imperios de Mali y Songhai. Se trataba en todos los casos de estados poco centralizados, en realidad monarquías más o menos feudales, aunque ya dotadas de una cierta complejidad administrativa, que habían florecido bajo la forma de una superestructura política erigida sobre el entramado tradicional de relaciones tribales y de intercambios materiales y simbólicos basados en el parentesco, aunque sólo el último de ellos, el Imperio Songhai, muestra ya un avance notable en el proceso de integración supratribal y el desarrollo de leyes escritas distintas de la mera costumbre. Ello no habría sido posible, de todos modos, sin la notable transformación que había sufrido la economía de estas zonas. La agricultura y la ganadería, así como la artesanía y la metalurgia, vivieron un cierto auge. Pero fue desde luego el comercio la fuerza transformadora más determinante. Muchas pequeñas poblaciones, animadas por el tránsito de las caravanas, se habían convertido en verdaderas ciudades en las que se afincaron mercaderes árabes, algunas tan importantes como Tombuctú o Gao, en la actual Mali, que se aproximaban a los cien mil habitantes. Los tributos que gravaban el tráfico alimentaban las finanzas públicas y financiaban el esplendor de las cortes, los nutridos ejércitos y la creciente burocracia. Y, en fin, las ideas procedentes del norte, entre ellas la misma fe coránica, impulsaban la modernización y la integración. Con razón podía admirarse el célebre viajero musulmán Ibn Batuta, que visitó estos reinos en el siglo xiv, de la prosperidad, la tranquilidad y el orden que imperaban en ellos.

La historia fue semejante en el resto del continente, aunque con diferentes, y por lo común inferiores, niveles de madurez económica y política. El Imperio de Kanem-Bornu, que se extendió por el Sudán central entre los siglos xiv y xix, se asemejaba mucho al Imperio Songhai, tanto en sus fundamentos económicos como en los administrativos. Los estados que alcanzaron su apogeo entre los siglos xvii y xviii en torno al golfo de Guinea, como Dahomey, al este, y Benín, al oeste, lograron asimismo un gran progreso cultural y artístico, pero fue la presencia portuguesa, no la árabe, la que impulsó el desarrollo de estados centralizados a partir del siglo xv, pues la centralización favorecía una mayor eficacia en la guerra contra los vecinos que proporcionaba los esclavos que requerían los comerciantes lusos.



Mapa que representa los imperios del África occidental antes de la colonización europea. En contra de lo que pensaba la opinión culta del siglo xix, los pueblos negros habían formado estados complejos y su nivel económico y organizativo distaba mucho de hallarse en la barbarie que se atribuía de forma generalizada a estos pueblos, sin duda como pretexto para imponerles los intereses y valores europeos.

Algo similar sucedió en el África central, donde la irrupción portuguesa a través del valle del Congo a finales del siglo xv favoreció el desarrollo del reino local del mismo nombre. Pero su progreso político y económico, así como la primacía que llegó a alcanzar entre sus vecinos, se produjeron a cambio de aceptar una gran injerencia de los recién llegados en los asuntos internos del reino, que se occidentalizaron hasta el punto de que incluso los monarcas adoptaron la fe católica y nombres portugueses, y su absoluto control del comercio del oro, el marfil y los esclavos que interesaban a los mercaderes lusos.

Más difícil lo tuvieron los intrépidos comerciantes ibéricos en el este, donde la interacción entre el mundo árabe y los grupos locales, de etnia bantú, dio lugar a una civilización costera basada en un activo comercio portuario. En un primer momento, desde finales del siglo xv, los portugueses lograron imponerse y se apropiaron de las rutas comerciales de la zona. Pero los árabes no se dieron por vencidos y terminaron por reconquistar la costa a comienzos del siglo xviii. El renacer de la zona fue, no obstante, efímero. Los europeos tardarían poco en regresar y ahora su fuerza sería irresistible.

Sólo un reino de cierta importancia se desarrolló al sur del río Zambeze. El autodenominado

como Gran Zimbabue, conocido por los europeos como Imperio del Monomotapa (es decir, el 'señor de las minas'), se extendió por los actuales territorios de Zimbabue y Mozambique entre el siglo xv y los comienzos del xvii, momento en el que hubo de plegarse a las exigencias de Portugal. Como en los demás casos, se trataba de un Estado edificado sobre el comercio del oro, que los árabes adquirían en la costa del Índico a cambio de mercaderías diversas procedentes incluso de la misma China. Sin embargo, el agotamiento del oro, la lucha entre facciones rivales y la presión de los portugueses terminaron por asfixiar a este imperio que, quizá por las impresionantes ruinas en piedra que ha dejado su capital, de igual nombre, pronto elevaron los nacionalistas africanos a la categoría de prueba incontestable de los grandes logros de sus antepasados.

El Imperio del Monomotapa en la *Tabula nova partis Africae,* un mapa francés de mediados del siglo xvi. El conocimiento real que los europeos tenían de África en la Edad Moderna terminaba en las costas. Hacia el interior, la realidad se batía en retirada ante la leyenda, el prejuicio y el mito.

La guerra

Ya se tratara de un producto ineluctable de la propia dinámica capitalista o el fruto consciente del simple deseo de los gobiernos, el fenómeno imperialista marcó con un sello indeleble en todo el planeta el tránsito entre los siglos xix y xx. Las grandes potencias europeas obtuvieron de él el combustible necesario para acelerar su crecimiento económico y reducir las tensiones internas que creaban sus fuertes desequilibrios sociales. Las colonias, por el contrario, ya fueran tan sólo dependencias económicas que conservaban en teoría su soberanía política, como les ocurría a China, Japón y las antiguas posesiones españolas y portuguesas en América, o territorios sometidos del todo a la voluntad de sus dueños, como era el caso de la mayor parte de África y el resto de Asia, disfrutaron escasas ventajas.

No puede negarse que los territorios colonizados se beneficiaron de mejoras evidentes en la salud, la esperanza de vida y, hasta cierto punto, el nivel cultural de sus poblaciones. Su economía,

aunque organizada en provecho de la metrópoli, experimentó una gran modernización, en especial en aquellos países que, antes de la llegada de los europeos, carecían de moneda, mercado o infraestructuras básicas de transporte y comunicaciones. Pero el balance final no es positivo. Junto a un pequeño sector moderno, siempre dependiente del exterior, el atraso siguió siendo el rasgo definitorio de la economía de estos países. Al lado de un pequeño grupo que se enriqueció al amparo de los colonizadores, la gran mayoría permanecía en la miseria. Frente a la cultura impuesta por los colonizadores, la propia languideció o pereció por completo. Cuando estos jóvenes países accedieron a la independencia, en la segunda mitad del siglo xx, las pesadas rémoras heredadas de la colonización estorbarían su desarrollo.

Sin embargo, las potencias coloniales hubieron de pagar también un alto precio. La pugna por el dominio del mundo llevó a tal punto la tensión entre ellas que el sistema de relaciones internacionales heredado del Congreso de Viena de 1815 entró en una quiebra irremediable. Tras la derrota de Napoleón, Reino Unido, Austria, Rusia y Prusia, a las que se sumó enseguida la propia Francia, habían introducido resortes diplomáticos encaminados a evitar la aparición de otro genio militar capaz de perturbar la necesaria armonía entre las naciones. La llamada «pentarquía» funcionó bien durante medio siglo. Luego, después de 1870, los efectos de la Revolución Industrial comenzaron a manifestarse en el frágil terreno de la diplomacia. Grandes potencias como Estados Unidos y el mismo Japón aparecieron de manera imprevista fuera de Europa. Dentro del continente, algunas naciones, las más industrializadas, eran ya mucho más poderosas que otras, y una recién llegada, Alemania, pronto despuntó entre ellas. Al principio, dirigida con pericia por el astuto Otto von Bismarck, logró preservar mediante artificios diplomáticos su hegemonía sin levantar en contra suya una alianza de los demás grandes estados. Sin embargo, caído el canciller en 1890, sus sucesores apuestan por una política más agresiva. Alemania, que había llegado tarde al festín colonial, exige «un lugar bajo el sol» acorde con la magnitud de su economía.

Las tensiones se agudizan. Los conflictos provocados en Europa por las ambiciones encontradas de los estados se enconan, cebados por los repetidos choques que se producen en las colonias. Los débiles, como España o Portugal, han de doblegarse a los deseos de los fuertes. Las reiteradas crisis diplomáticas van modelando un nuevo sistema de relaciones internacionales en el que, frente a frente, dos grandes alianzas reúnen a las principales potencias. Reino Unido, Francia y Rusia, que integran la «Triple Entente», recelan de los Imperios Centrales, Alemania y Austria-Hungría, que, con el paradójico concurso de Italia, forman la «Triple Alianza». Los gobiernos se entregan a una impetuosa carrera de armamentos. Sus estados mayores, seguros de la cercanía de la lucha, diseñan complejos planes estratégicos. Es la «Paz Armada». Hacia 1914 la tensión es tan grande que muchos desean ya que estalle la guerra.

Sin duda no habrían pensado así de haber sabido qué tipo de conflicto les aguardaba. Confiados en la eficacia del moderno armamento industrial, los generales anticipaban una guerra corta, protagonizada por los rápidos movimientos de los ejércitos. Pero sucedió todo lo contrario. La «Gran Guerra», que más tarde sería la Primera Guerra Mundial, fue larga, provocó abundantes bajas militares y sufrimientos horribles entre la población civil e implicó, de uno u otro modo, a la práctica totalidad de los estados soberanos, que lucharon con todas las armas a su alcance, entregados a una guerra total en la que cada aspecto de la vida colectiva, desde la economía hasta la propaganda, quedó rendido al control del gobierno con el único objetivo de asegurar la victoria final.

En algunos estados, además, la guerra tuvo el efecto de elevar hasta un punto crítico tensiones larvadas de mayor o menor gravedad. Revueltas y motines hubo en todos los países contendientes, aunque sólo en Rusia la situación derivó en una verdadera revolución imposible de reprimir. El

Imperio de los zares era una monarquía absoluta de derecho divino asentada sobre una sociedad que había sufrido un rápido pero desigual crecimiento económico. Una reforma política capaz de otorgar cierta participación en el poder a los grupos sociales crecidos al calor de la industrialización habría sido la respuesta lógica del régimen. Pero esa respuesta no llegó, lo que no hizo sino aumentar más y más las tensiones internas de la sociedad rusa. Más tarde, la guerra empeoró drásticamente el nivel de vida de las capas populares y mostró con claridad la debilidad militar del Estado, con lo que terminaron de crearse las condiciones objetivas para una revolución. Cuando esta se produjo al fin, la burguesía trató de imitar a sus homólogas europeas de un siglo antes, usando la violencia popular contra el gobierno con el fin de transformar el régimen en un Estado liberal acorde con sus intereses. Pero la relación de fuerzas en la sociedad rusa era muy distinta de la que se había puesto de manifiesto en otros países. El proletariado, rural y urbano, era ya numeroso; la respuesta zarista a la frustrada Revolución de 1905 le había convencido de que la reforma no podía ser la solución; se hallaba además lo bastante organizado como para imponer sus propias soluciones y contaba con líderes que consideraban llegado el momento de la revolución. Frente a ellos no había sino unas clases medias todavía débiles, una burguesía enclenque y una alianza más bien frágil de las clases propietarias, que discrepaban profundamente sobre las soluciones que requería el país, pues junto a los partidarios de las reformas liberales no faltaban los defensores a ultranza del absolutismo. El partido bolchevique, dirigido por Vladimir Ilich «Lenin», pudo así dar con facilidad el golpe de Estado que le abrió las puertas del poder y, una vez conquistado, lo usó para transformar de raíz la sociedad y la política. La revolución profetizada por Karl Marx, con algunos matices, se había realizado al fin en octubre de 1917.

La nueva Rusia bolchevique, que años después adoptaría la denominación de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se retiró enseguida de la guerra, lo que permitió a los Imperios Centrales soñar con una rápida victoria en el oeste. Pero la entrada en el conflicto de Estados Unidos no sólo compensó con creces la defección rusa, sino que aseguró una rápida y aplastante superioridad de la Entente. La guerra concluyó enseguida, cuatro años después de su inicio, con el colapso total de Alemania y el Imperio austrohúngaro, que se desmoronaron presas de sus problemas internos antes incluso de conocer la derrota en los campos de batalla. Pero la Europa que dejaba tras de sí el conflicto era un continente devastado. Ocho millones de personas murieron; otras tantas perdieron sus hogares, arrasados por las bombas, o se vieron forzadas a abandonarlos como resultado de los cambios de fronteras impuestos por los vencedores para dar forma a la pléyade de estados nacionales nacidos de la muerte de los viejos imperios multiétnicos. Los países beligerantes quedaron exhaustos, golpeados no sólo por la destrucción de fábricas, campos, transportes y comunicaciones, sino también por la inflación desbocada y una ingente deuda pública. Las estructuras sociales sufrieron un verdadero cataclismo. Una profunda brecha se abrió entre los favorecidos por el conflicto, especuladores sin escrúpulos, industriales y terratenientes, y los que sufrieron su duro castigo, asalariados y pequeños rentistas, sobre todo. Los ricos se habían hecho más ricos; los pobres eran ahora más pobres.

El resentimiento y el odio anidaron, pues, entre los humildes, y el mundo de las ideas sufrió una gran conmoción. Mientras las ideas democráticas se extendían por las colonias por boca de los soldados africanos y asiáticos que regresaban a sus casas, los europeos perdían la fe en ellas. Ideologías nuevas, tan henchidas de vitalidad como pletóricas de violencia, se aprestaban a destruir los viejos valores burgueses que parecían haber conducido a Europa al desastre. Triunfante en el extinto Imperio ruso, el comunismo contagiaba su ardor a los obreros del continente. Atemorizadas, las clases acomodadas pronto se echarían en brazos del fascismo. Las semillas de una nueva guerra

se hallaban ya sembradas en los campos de Europa y esperaban tan sólo la estación más propicia para germinar.

Los años locos

Porque, en realidad, la guerra se había cerrado en falso. Las potencias vencedoras, Francia, Reino Unido, Japón y Estados Unidos, culparon de ella sólo a Alemania y la cargaron con los costes de la recuperación, imponiéndole en Versalles un tratado que lo era sólo de nombre, pues nunca antes una nación que se había rendido sin sufrir una derrota aplastante había soportado tal humillación. Sepultada bajo el peso de las reparaciones a los vencedores, su economía se recuperaría con dificultad, y su joven democracia quizá no llegara nunca a consolidarse. El ahora sagrado principio de autodeterminación de las naciones, que había desmontado los viejos imperios, se reveló muy difícil de aplicar en la práctica, pues los grupos nacionales se hallaban muy mezclados sobre los antiguos territorios imperiales. El triunfo de la Revolución rusa sembraba cierta impaciencia entre los obreros europeos, que habían cargado con el peso de la guerra y sufrían ahora las duras consecuencias de la paz. Y las promesas hechas a árabes y hebreos por los aliados, ávidos de lograr su apoyo contra los turcos, amigos de Alemania, se revelaban ahora incompatibles, pues ambos pueblos reclamaban su derecho a existir sobre la misma tierra de Palestina. Las tensiones nacidas de todo ello presagiaban un futuro difícil para la recién recobrada paz.

Las cosas parecieron cambiar hacia 1925. Los nuevos estados europeos, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Polonia, Yugoslavia y los países bálticos, se habían consolidado. La poderosa economía alemana parecía recobrarse gracias a los créditos norteamericanos y, aplacado el resentimiento de los vencedores, la joven República de Weimar era al fin admitida en la Sociedad de Naciones, herramienta de un nuevo orden mundial basado en la paz y la seguridad. En 1928, el Pacto Briand-Kellogg declaraba incluso la guerra fuera de la ley. Los estadounidenses, entregados a una auténtica orgía consumista, contagiaban su optimismo a un Occidente que redescubría la alegría de vivir animado por los progresos de la técnica y las promesas de la compra a plazos. Los «felices veinte» fueron la época del automóvil y el avión, de la radio y el cine, del fonógrafo y la moda; iniciaron la liberación de la mujer; marcaron el nacimiento de la cultura de masas, y alumbraron una mentalidad hedonista, amante de las novedades, seducida por el dinero fácil, ávida de distracciones y deseosa de olvidar los desastres de la guerra. La ficción duraría tan sólo unos años. A punto de concluir la década, una terrible crisis económica castigaría sin clemencia a aquella sociedad que vivía por encima de sus posibilidades.

La llamada «Gran Depresión» de 1929 se alimentó de una compleja serie de factores. Los gobiernos de los estados beligerantes, tras agotar sus reservas de oro, habían costeado la guerra mediante la emisión masiva de papel moneda y, en el caso de la Entente, el recurso a los créditos norteamericanos. De este modo, en 1918 se hallaron sin capitales para financiar la recuperación y con muchas dificultades para obtenerlos mediante el comercio, pues sus monedas, sobrevaluadas, actuaban como freno a las exportaciones. De haber sido el Gobierno estadounidense consciente del papel protagonista que ahora desempeñaba en la economía mundial, habría reaccionado de inmediato. Su gran mercado interior, abierto al comercio internacional, habría impulsado una recuperación sólida de los países europeos, ofreciendo a sus empresas la demanda que necesitaban para recuperar sus beneficios, reinvertirlos y poner de nuevo en marcha el círculo virtuoso del crecimiento. Pero, bien al contrario, optó por un férreo proteccionismo, y fue el crédito el que ocupó

el papel de la economía real, construyendo sobre los frágiles cimientos de la economía financiera una prosperidad que era sólo aparente. Los bancos norteamericanos concedían préstamos masivos con los que los países derrotados pagaban sus reparaciones de guerra a los vencedores, que las utilizaban para satisfacer las deudas contraídas durante el conflicto y poner de nuevo en marcha sus débiles economías. Con ello, el sistema financiero internacional se hizo circular y también muy frágil. El dinero salía de Estados Unidos y regresaba al mismo lugar. Si, por cualquier motivo, el grifo del crédito se cerraba, la economía mundial se colapsaría.

Eso fue exactamente lo que sucedió. La economía del gigante norteamericano parecía mucho más sólida de lo que era en realidad. Los vientos de prosperidad que barrían el país escondían graves problemas en diversos sectores productivos. El campo empezaba ya a sufrir los efectos de la competencia exterior, las industrias tradicionales no se recuperaban y el sistema bancario, basado en numerosas entidades de pequeño tamaño, era muy frágil. La renta, además, se hallaba repartida de forma muy desigual, lo que hacía difícil sostener a largo plazo un consumo masivo de bienes y servicios. A pesar de ello, la demanda interna comenzó a crecer sin cesar sostenida por el crédito, lo que condujo a las familias a un nivel de endeudamiento muy peligroso. Los problemas no terminaban ahí. El ciudadano medio no sólo se endeudaba para adquirir bienes de consumo, sino también acciones. Jugar en bolsa, y hacerlo con financiación bancaria, se convirtió en el deporte nacional, incluso para las empresas, que desviaron al mercado bursátil una parte de su inversión en detrimento de la economía real. Todo fue bien mientras los índices, sostenidos por la demanda incesante de títulos, siguieron subiendo. Pero en el momento en que la confianza cayera y los índices frenaran su ascenso, la tendencia podía invertirse enseguida, arrastrando con ella al conjunto de la economía, cuya aparente prosperidad dependía en exclusiva del crédito.

Eso fue lo que ocurrió. El 23 de octubre de 1929, las acciones empezaron a bajar. Unos días después, el llamado «martes negro» de la Bolsa de Nueva York, el pánico se apoderó de los inversores. Dieciséis millones de acciones se vendieron con una pérdida media del cuarenta por ciento. En unas semanas se volatilizaron cincuenta mil millones de dólares. Innumerables ciudadanos, incapaces de devolver sus créditos, se arruinaron por completo, arrastrando con ellos a los bancos, la mayoría pequeños, que les habían prestado el dinero. Muchas empresas, que se habían endeudado también para jugar a la bolsa, cerraron sus puertas. El desempleo creció y la demanda se desplomó, lo que condujo a la quiebra a nuevas empresas, en un terrible círculo vicioso que se alimentaba de sí mismo. La economía entera entró en crisis. En pocos meses, el paro alcanzaba ya a más de diez millones de trabajadores. La economía capitalista, a pesar de su naturaleza cíclica, no había sufrido jamás una depresión semejante.

Cartel de *Las uvas de la ira,* película dirigida por John Ford en 1940 y basada en la novela homónima de John Steinbeck. El *film* dibuja un conmovedor fresco de las terribles dificultades que sufre la sociedad norteamericana en la época de la Gran Depresión, que conocemos a través de las vicisitudes que sufren los protagonistas, una familia de pequeños agricultores que ha perdido sus tierras, en un largo viaje desde su Oklahoma natal hasta California, donde esperan conseguir trabajo como temporeros.

Pero lo peor estaba por llegar. Los bancos de Estados Unidos, desesperados, repatriaron sus capitales del exterior y cortaron el crédito. Sin préstamos que los respaldaran, los sistemas financieros de los países derrotados en la guerra se colapsaron de inmediato, arrastrando con ellos al abismo a sus economías y a las de los países vencedores, privados de igual modo de los capitales de que dependían. El cierre masivo de empresas, los despidos y la desesperación se extendieron por Europa Occidental. Una profunda depresión económica se enseñoreó del mundo. Los gobiernos, que ignoraban por completo su naturaleza, incluso la agravaron con sus medidas, inspiradas en las recetas deflacionistas tradicionales, pensadas para hacer frente a crisis de naturaleza muy distinta, como habían sido las del xrx. El optimismo de los años veinte se esfumó. El espíritu de cooperación entre los estados dejó paso a una defensa cerril de los intereses nacionales. La Sociedad de Naciones se mostró enseguida incapaz de frenar la agresividad de algunas potencias. A mediados de los años

treinta, negros nubarrones volvieron a aparecer sobre el horizonte.

FASCISMOS Y GUERRA

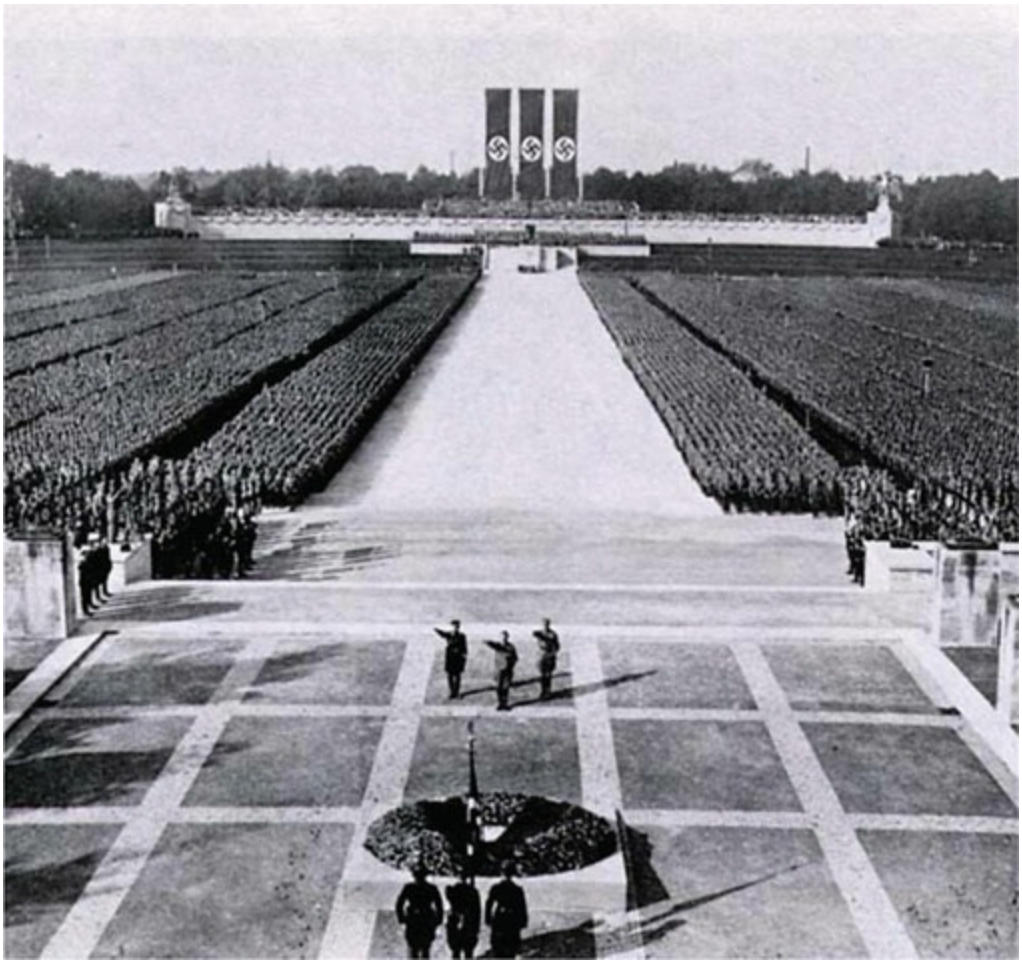
La Gran Depresión hizo crecer con inusitado vigor las semillas que la guerra había plantado. El regreso a casa de los soldados desmovilizados había sido difícil. Muchos de ellos, después de cuatro largos años en el frente, no eran capaces de reintegrarse sin más a la vida civil. El desempleo, alimentado por la lentitud de la recuperación económica de la posguerra, no facilitaba las cosas. Las graves tensiones entre los obreros, que miraban con simpatía la Revolución rusa, y los patronos, que temían su contagio, estallaban a menudo en forma de violentos enfrentamientos en los que los soldados licenciados servían de matones a sueldo de los empresarios. La misma democracia, a todas luces incapaz de evitar una catástrofe como la sufrida, parecía a muchos una impotente pantomima.

Y si estos preocupantes fenómenos eran comunes a todos los estados de Europa Occidental, en algunos como Alemania e Italia se manifestaban con mayor intensidad. Sus democracias, inmaduras y debilitadas por sistemas de partidos por completo ineficaces, se hallaban lejos de consolidarse. La frustración de las masas, debida en Alemania a la derrota y en Italia al desengaño provocado por los escasos beneficios que la victoria había traído al país, era muy aguda. Y la grave crisis económica de la posguerra, agravada en el caso alemán por las enormes reparaciones impuestas por los aliados, fue mucho más profunda y golpeaba en gran medida a unas clases medias que se sentían atrapadas entre los obreros y los empresarios, y no hallaban, a diferencia de ellos, medio alguno para defender sus intereses.

En este nutritivo caldo de cultivo vieron la luz los fascismos, en plural, pues aun compartiendo significativos rasgos, mostraron también notables diferencias en los distintos países europeos. En conjunto, constituían una doctrina nueva, extremista y muy violenta, que se presentaba como reacción radical contra las ideologías vigentes y planteaba, frente a ellas, una alternativa de renovación global. Sus ideas propugnaban un Estado monolítico, centralista y autoritario, sin partidos ni facciones, capaz de vigorizar a la nación y situarla a la cabeza de las grandes potencias. Defendían una economía integradora, sin sindicatos obreros ni organizaciones patronales, regulada por el Estado en beneficio de todos y capaz de colmar las necesidades del país, sin dependencia alguna del exterior. Y predicaban un credo idealista que apuntaba hacia una cultura moderna y secular, libre de las ataduras, religiosas o laicas, de la tradición y las normas heredadas, pero no menos de los postulados ingenuamente racionalistas del liberalismo burgués. Sus organizaciones, pensadas para prosperar en el contexto de la flamante sociedad de masas, perseguían el encuadramiento bajo disciplina militar de hombres y mujeres, jóvenes y niños, sin distinción de clases. Expresaban una visión estética de la política, amante de las grandes concentraciones, los discursos arrebatados y una simbología henchida de mitos llamados a despersonalizar al individuo y facilitar su fusión con la masa. Y exaltaban el culto al líder carismático, la obediencia ciega, la juventud y la violencia como herramientas con las que moldear un mundo nuevo que habría de nacer de las cenizas del antiguo.

Pero la proclamada novedad radical de los fascismos no lo era tanto. En realidad, su ejecutoria política en los países donde conquistaron el poder mostró un evidente respeto por los intereses de las clases dominantes tradicionales, con las que pactaron sin escrúpulos cuando lo creyeron conveniente. Su actitud hacia el capitalismo, ambivalente, respetó la propiedad de las empresas, pero no el libre juego del mercado, que sometieron a un rígido intervencionismo estatal. Sólo en el terreno de los valores su reacción contra la visión del mundo propia de la burguesía, racionalista, equilibrada y

positiva, no ofreció lugar a dudas. Los fascismos se mostraban como los apóstoles de un mundo nuevo, pero tras su remozada fachada se guarecían las fuerzas decadentes del viejo.



Celebración nazi del Día del Partido en Núremberg, 1934. Los actos multitudinarios constituyen un rasgo característico de los partidos fascistas, que persiguen la disolución del individuo en la masa, en cuyo seno impera el instinto de obediencia al líder.

El primer país que tuvo ocasión de poner en práctica las ideas fascistas fue Italia, donde el antiguo socialista Benito Mussolini logró hacerse con el poder en 1922. Su régimen, que se consolidó con rapidez, ejerció gran influencia sobre otros estados europeos, a los que sirvió de modelo. Pero la debilidad relativa de Italia en el concierto de las grandes potencias hacía del fascismo un enemigo poco temible. Sin embargo, los terribles efectos de la Gran Depresión comenzaron pronto a actuar en favor de las aspiraciones fascistas. En enero de 1933, el demagógico líder del denominado Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista (NSDAP) o Partido Nazi, Adolf Hitler, llegó al poder en Alemania, una de las naciones más poderosas de Europa. Mientras, los militares se hacían con el Gobierno de Japón e imponían una agresiva política exterior que, desde postulados racistas y ultranacionalistas, perseguía sin ambages la creación de un vasto Imperio japonés en Extremo Oriente.

Cuando los tres estados empezaron a coordinar su política exterior, la terrible amenaza que los fascismos suponían para la paz quedó planteada en toda su dimensión. Por desgracia, los principales líderes de Occidente no supieron, o no quisieron, verlo a tiempo. A mediados de los años treinta, las promesas de paz y armonía entre las naciones comenzaron a diluirse como un azucarillo en el café. Frente a la inoperancia de la decorativa Sociedad de Naciones, los nuevos regímenes autoritarios comenzaban a poner en práctica sus doctrinas expansionistas. La Italia fascista ocupaba Etiopía,

Japón se anexionaba Manchuria y lanzaba sus tropas contra China y la Alemania de Hitler incumplía, una tras otra, las cláusulas del Tratado de Versalles que imponían severas restricciones sobre su capacidad bélica. En este contexto, los gobiernos de las potencias democráticas, víctimas de una irritante ingenuidad, se limitaban a esperar, inconscientes de que su paciencia era interpretada como debilidad y que tan sólo lograba alimentar la voracidad de los fascismos. Así, el canciller alemán colocó tropas en Renania en 1936, se anexionó Austria en 1938 y se apropió de Checoslovaquia en 1939 sin que Reino Unido y Francia movieran un dedo para detenerlo. Sólo cuando, el 1 de septiembre de ese mismo año, tras asegurarse su reparto con la URSS, sus tropas invadían Polonia, las potencias occidentales le declaraban al fin la guerra. Por desgracia, para entonces la maquinaria bélica nazi se hallaba ya perfectamente engrasada y frenar su vertiginoso avance exigiría un enorme sacrificio de vidas humanas.

La Segunda Guerra Mundial que, aunque nadie lo sabía aún, había dado comienzo aquel 1 de septiembre de 1939, fue una reedición, varias veces multiplicada en intensidad, de la Primera. Como en 1914, el conflicto se inició en Europa y se extendió después a todo el planeta. Pero si durante la Gran Guerra las operaciones bélicas que se desarrollaron en otros continentes y océanos tuvieron una importancia menor, ahora alcanzaron una gran relevancia. La rápida ocupación japonesa en Asia y el Pacífico, que llevó en unos meses a sus tropas a las puertas de Australia, exigió a los ejércitos aliados largos años de sangrientas batallas hasta devolver a los japoneses a sus fronteras y forzar su rendición. La voluntad alemana de asfixiar la economía británica mediante los continuos ataques de sus submarinos condujo a una lucha crucial en el Atlántico que se prolongó durante toda la guerra y a una encarnizada refriega en el norte de África, donde fue necesario frenar a las tropas acorazadas alemanas antes de que alcanzaran el canal de Suez y yugularan así el comercio británico con la India a la vez que accedían al petróleo del Cáucaso.

Fue también una guerra ideológica, pero mucho más reñida que la anterior, pues la lucha no enfrentaba ahora a los partidarios de regímenes abiertos en mayor o menor grado al liberalismo, sino, de forma explícita, a los defensores de dos visiones del mundo, la democracia y el fascismo, por completo incompatibles y, de forma larvada, pero creciente, a otras dos no menos inconciliables: la democracia y el comunismo soviético, aunque en este caso la lucha no se haría explícita por razones de oportunidad hasta el final del conflicto.

Se trató, asimismo, de una guerra total, ya que cada dimensión de la vida social se puso, una vez más, al servicio de la victoria bajo la intervención estatal. Pero el grado de control alcanzado por los gobiernos entre 1914 y 1918 palidece frente al conseguido entre 1939 y 1945. El control exhaustivo de la emisión de moneda buscó evitar la repetición de los procesos de depreciación ocurridos tras la Gran Guerra. El empleo de mano de obra femenina y, en el caso alemán, incluso de prisioneros de guerra y convictos sacados de las cárceles, permitió compensar la masiva incorporación de obreros al frente y evitar así una caída de la producción. La reconversión de la industria para potenciar la fabricación de armamento y pertrechos permitió asegurar el suministro continuo de los ejércitos en lucha. Y, por último, la implantación de eficaces sistemas de racionamiento y la planificación de los cultivos para potenciar los de mayor aporte calórico permitieron alejar en lo posible el fantasma del hambre y sus peligrosos efectos sobre la moral de las poblaciones. Con todo ello, la economía de guerra de 1914 quedaba reducida a la categoría de mero experimento en relación con la madurez alcanzada por el sistema entre 1939 y 1945.

Como su predecesora, la Segunda Guerra Mundial impuso grandes sufrimientos a los civiles. La aviación, mucho más poderosa y eficaz, permitió bombardeos sistemáticos que buscaban sin ambages aterrorizar a la población civil y arrasaron para ello ciudades enteras, como Coventry, en Reino

Unido, o Dresde, en Alemania. Decenas de millones de personas abandonaron para siempre sus hogares, forzadas por las deportaciones durante el conflicto o el cambio de soberanía de los territorios una vez concluido aquel. Por último, el número de muertos se elevó, en el más optimista de los recuentos, a cincuenta millones, entre ellos seis millones de judíos masacrados sin otro motivo que la pertenencia a una etnia considerada inferior por los jerarcas nazis, un genocidio brutal que coloca a la Segunda Guerra Mundial a la cabeza de la barbarie humana de todos los tiempos y marca una diferencia no sólo de número, sino de grado, entre ambos conflictos.

El Enola Gay, tal como se expone actualmente en el Museo Nacional del Aire y el Espacio, cerca del Aeropuerto Internacional Dulles, en Washington. El Enola Gay fue el bombardero B-29 que lanzó la primera bomba atómica utilizada durante la Segunda Guerra Mundial sobre la ciudad japonesa de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945. Su nombre era el de la madre del piloto, el coronel Paul Tibbets.

El armamento y las tácticas de combate muestran, asimismo, cambios determinantes. A lo largo del conflicto, los campos de batalla, tanto en Europa como fuera de ella, conocen innovaciones armamentísticas numerosas y continuas. Artillería autopropulsada, carros de combate pesados, aviones a reacción o cohetes de largo alcance eran, en todo caso, armas mucho más destructivas, que se producían a un ritmo mucho mayor y se mostraban capaces de superar los sistemas de defensa estática todavía eficaces en la guerra anterior. Además, el ejército alemán optó desde el principio por una táctica ofensiva, la denominada *Blitzkrieg,* o 'guerra relámpago', que se basaba en un uso imaginativo y mucho más eficiente de la aviación y los elementos acorazados, lo que le permitió desbaratar con increíble rapidez toda resistencia. Una tras otra, Polonia, Dinamarca, Noruega, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia cayeron frente al rápido avance de la Wermacht. En el este, las invasiones y los golpes de Estado configuraban las fronteras al capricho de Hitler y su aliado Mussolini. En unos meses, mientras sus amigos japoneses implantaban su nuevo orden en Asia, los nazis se habían convertido en los amos de Europa.

¿Por qué, entonces, la guerra no fue corta, sino incluso más larga que su predecesora? Las razones son diversas. Alemania podía valerse de su supremacía militar y económica para imponer su voluntad a Europa Occidental, pero los británicos contaban para sobrevivir con el mar, donde eran

claramente superiores, y los recursos inagotables de su inmenso imperio. Tras el fracaso de su fuerza aérea en el verano de 1940 en su intento de someter a la británica, la invasión alemana de Reino Unido se convertía en imposible, y con ella una rápida victoria de Hitler. Luego, el ataque alemán a la URSS, en junio de 1941, y la entrada en guerra de Estados Unidos sellaron el destino del conflicto. La superioridad aliada se hizo tan aplastante, que sólo las ventajas estratégicas ganadas por Alemania dilataron una derrota ya inevitable. Si algo había demostrado la guerra, era que, en la era industrial, la victoria militar es un correlato del potencial económico y tecnológico de las naciones. El lanzamiento de dos bombas atómicas sobre Japón, aliado de Alemania, en agosto de 1945, impresionó tanto al mundo como a Robert E. Lewis, copiloto del Enola Gay, el avión que lanzó la primera de ellas, que se preguntó: «Dios mío, ¿qué hemos hecho?». Después de aquel día, nada volvería a ser como antes.

9

¿El fin de la historia?

El mundo económico enormemente productivo y dinámico creado por la tecnología avanzada y la organización racional del trabajo posee un enorme poder homogeneizador. Es capaz de enlazar físicamente distintas sociedades del mundo unas con otras por medio de la creación de mercados globales y de crear aspiraciones y prácticas económicas paralelas en las sociedades más diversas. La fuerza de atracción de este mundo fomenta una «predisposición» muy fuerte en todas las sociedades humanas a participar en él, pero el éxito en esta participación exige la adopción de los principios del liberalismo económico.

El fin de la historia y el último hombre
Francis Fukuyama

La guerra fría

La debacle sin paliativos de los regímenes fascistas selló el destino inmediato del mundo. La victoria del modo de vida basado en el parlamentarismo democrático y la economía de libre mercado, una vez extirpado el maligno tumor crecido en su propio seno, no dejaba resquicio alguno a la duda. Pero era Occidente, y no Europa, el protagonista del triunfo, pues el continente que apenas cincuenta años antes dominaba el planeta se encontraba ahora sumido en la destrucción. Treinta y cinco millones de personas yacían sepultadas en incontables cementerios improvisados o habían sido reducidas a cenizas en los atroces hornos crematorios, víctimas del genocidio nazi. Sus campos de cultivo semejaban un paisaje lunar, sembrado de trincheras, minas y bombas sin estallar, y muchos de ellos no producirían cosecha alguna durante años. Sus ciudades y fábricas habían quedado devastadas y la reconstrucción de sus transportes y vías de comunicación demandaría inversiones ingentes. El gigantesco esfuerzo bélico había consumido las reservas de oro de los bancos centrales, y las finanzas de los estados, vencedores o vencidos, se enfrentaban ahora a la pesada carga de la inflación y la deuda. La sociedad, en fin, mostraba de nuevo los preocupantes síntomas del desánimo y la desmoralización, bien alimentados por el desempleo, la escasez y el mercado negro. La antigua señora del mundo era, en aquellos últimos meses de 1945, tan sólo una triste sombra de lo que había sido.

Quizá la historia se repetía. Parecía probable que el fin de la guerra diera paso a un nuevo y dilatado período de crisis económica e inestabilidad social y política, tal como había sucedido en 1918. Sin embargo, existían también importantes diferencias. El Gobierno estadounidense no se mostraba en 1945 demasiado ansioso por embarcar sus tropas de regreso a casa. Tampoco su economía mostraba los preocupantes signos de debilidad que habían conducido al mundo a la Gran Depresión a finales de los años veinte. Por último, superada de manera irreversible la pulsión aislacionista que les había llevado a mantenerse fuera de la Sociedad de Naciones, sus dirigentes pisaban por vez primera la arena internacional con la profunda seguridad que otorga la conciencia de la propia supremacía. Recién terminada la guerra, Estados Unidos mantenía aún en sus filas a doce millones de soldados, acaparaba la mitad del transporte marítimo de mercancías del mundo, poseía

dos tercios de sus reservas totales de oro y su producto interior bruto igualaba al del resto de los estados juntos. Y, sobre todo, desde tal posición de fuerza, su gobierno se revelaba ahora dispuesto a implantar un nuevo orden internacional coherente con sus principios. En la conferencia de Bretton Woods, un año antes del fin del conflicto, Estados Unidos, junto a más de cuarenta de sus aliados, pergeñó ya las bases del futuro económico y monetario del planeta. En el encuentro de Dumbarton Oaks, un mes más tarde, dibujaba también las líneas maestras del orden político. La hegemonía absoluta del dólar, única moneda que seguiría siendo convertible en oro, la estabilidad de los tipos de cambio entre las divisas y un firme compromiso en favor de la liberalización progresiva de los intercambios comerciales serían los rasgos fundamentales de Bretton Woods que, en previsión de tentaciones proteccionistas similares a las del Período de Entregue-rras, se dotaba de sólidas instituciones de cooperación internacional como el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, luego llamado Banco Mundial, y el Fondo Monetario Internacional. El carácter sagrado de las libertades individuales, la paz y la cooperación entre los estados y el derecho a la autodeterminación de los pueblos inspirarían Dumbarton Oaks, del cual la flamante Organización de las Naciones Unidas (ONU), sucesora de la fallida Sociedad de Naciones, habría de servir de garante autorizado. Conducido con mano firme por el coloso norteamericano, el mundo parecía al fin encaminarse hacia una nueva era libre de conflictos y guerras en la que los valores occidentales habrían de iluminar a todos los pueblos de la tierra.

Pero no iba a resultar tan sencillo. En primer lugar, Occidente no aplicaba dentro de su propia casa los principios a los que con tanto orgullo decía servir de puertas afuera. Los grandes imperios coloniales europeos mantenían recluidos en sus fronteras incontables pueblos africanos y asiáticos, cuyas élites, formadas en las universidades británicas o francesas, iban a tardar bien poco en exigir para ellos los derechos de los que la ONU había hecho su misma razón de ser. En segundo lugar, la derrota de los fascismos europeos había fortalecido en gran medida a un enemigo mucho más poderoso que sólo la agresión hitleriana había convertido en aliado fortuito de las democracias: el comunismo encarnado en la Unión Soviética. Y una Europa asolada y empobrecida, víctima de la escasez y la desesperación, constituía un terreno abonado para que las semillas plantadas por Lenin en 1917 brotasen una vez más con renovado vigor. Este factor de desestabilización fue el primero en manifestarse.

Las divisiones del Ejército Rojo habían liberado del dominio nazi y colocado bajo su control toda Europa al este de Berlín, la capital alemana, donde se habían encontrado con las tropas de las potencias democráticas en mayo de 1945. Se trataba de una oportunidad de exportar su régimen que la Unión Soviética no podía desaprovechar. Y no lo hizo. Josef Stalin, de manera más o menos sutil, impuso enseguida en los países ocupados gobiernos provisionales controlados por los partidos comunistas leales a Moscú y se aprestó a reconstruir en beneficio propio sus dislocadas economías. Nada quedaba ya del acuerdo alcanzado en Yalta, cerca del mar Negro, en febrero de 1945 por el que los «tres grandes», el estadounidense Franklin D. Roosevelt, el británico Winston Churchill y el mismo Stalin, se habían comprometido a asegurar el derecho de los pueblos liberados de la ocupación nazi a expresarse sin cortapisas en unas elecciones democráticas. En poco tiempo, Polonia, Rumania, Hungría, Bulgaria y Albania se organizaron como «democracias populares» controladas por partidos comunistas estalinistas y se convirtieron en satélites soviéticos. Con razón dijo Winston Churchill el 5 de marzo de 1946 que de Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, un «telón de acero» había caído sobre el continente.

Delegación norteamericana en la Conferencia de Bretton Woods, New Hampshire, celebrada entre el 1 y el 22 de julio de 1944. De izq. a dcha., de pie, detrás, Harry Dexter White, jefe de la delegación; Fred W. Wilson, Dean Acheson, Edward E. Brown, Marriner S. Eccles y Jesse P. Wolcott. Sentados, delante, Robert F. Wagner, Brent Spence, secretario del Tesoro Henry R. Morgenthau y Charles W. Tobey. Aunque al encuentro asistieron los representantes de 44 naciones soberanas, fueron los EE. UU. quien impuso su voluntad. La propuesta británica de John Maynard Keynes, que apuntaba a una mayor cooperación y equilibrio entre estados, resultó derrotada.

Pero pronto la cuestión esencial pasó a ser otra más alarmante: ¿se conformaría con ello Stalin? Todo parecía indicar que no. En la Alemania ocupada por los aliados, la Unión Soviética no parecía dispuesta a facilitar la reunificación del país si con ello caía bajo la órbita occidental. En Irán, que rusos, estadounidenses y británicos habían acordado evacuar, las tropas soviéticas fomentaron el espíritu separatista de las regiones del norte con la esperanza de desgajarlas y hacer de ellas un nuevo satélite soviético. Turquía estuvo a punto de perder Armenia en favor de la Unión Soviética. Y el resultado de los comicios griegos, que se habían saldado con el triunfo de los monárquicos, no fue respetado por los comunistas, que llevaron al país a una nueva guerra civil. Y lo peor es que los mismos estados de Occidente empezaban a mostrar síntomas preocupantes. La pobreza y la desesperación eran tan grandes en la inmediata posguerra que un triunfo comunista devenía más probable que nunca. En Francia, las primeras elecciones convertían al Partido Comunista Francés en la fuerza más votada. Comunistas y socialistas juntos alcanzaban en Italia el cuarenta por ciento de los sufragios.

La agresividad generalizada que parecían exhibir los comunistas hizo comprender a Harry S. Truman, el nuevo presidente estadounidense, que debía hacer algo para evitar que Europa entera, y quizá el mundo, cayera bajo la influencia directa o indirecta de la Unión Soviética. Su célebre «doctrina», formulada ante el Congreso de Estados Unidos el 12 de marzo de 1947, proclamaba el compromiso de su gobierno de prestar socorro a todos los «pueblos libres» amenazados por la subversión comunista. De inmediato, los gobiernos de Grecia y Turquía recibieron cuatrocientos millones de dólares en concepto de ayuda económica. Poco después, en julio, veía la luz el Plan

Marshall, que haría llover sobre Europa Occidental, entre 1948 y 1961, más de treinta mil millones de dólares en forma de donaciones y préstamos.

El ambiente empezó a caldearse. La Unión Soviética tildó el Plan de instrumento al servicio del imperialismo yanqui e impidió a sus satélites beneficiarse de él. Yugoslavia, dirigida por Josef Broz «Tito», rechazó las presiones de Stalin y empezó a recibir ayuda. Checoslovaquia trató de hacerlo también, pero en febrero de 1948 un golpe de Estado daba el poder a los comunistas, que enseguida sacaron al país del Plan. Como respuesta, británicos, estadounidenses y franceses aceleraron la reunificación territorial de las zonas de Alemania Occidental, la futura República Federal Alemana, que todavía ocupaban sus ejércitos. Pero Stalin reaccionó enseguida. En junio decretaba el bloqueo de Berlín, dividida también en cuatro distritos de ocupación pero situada en el centro de la zona bajo control soviético, que hubo de ser abastecida por aire durante más de un año. En 1949, Alemania se rompe. Al oeste, la República Federal será una democracia capitalista; al este, la República Democrática contará con un régimen comunista.

Construcción del Muro de Berlín, símbolo visible de la Guerra Fría. De unos cuarenta y cinco kilómetros de longitud, fue levantado en 1961 para separar la zona controlada por Moscú del resto de la antigua capital alemana, bajo el control de la República Federal a pesar de hallarse en territorio de la República Democrática. Varios cientos de personas perdieron la vida tratando de cruzarlo hasta su derribo definitivo en 1989.

Comenzaba así lo que la historia daría luego en llamar la «Guerra Fría». Las grandes potencias se aprestaron a imponer disciplina a sus aliados mientras se aseguraban su lealtad. En el mismo 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte, más conocida por sus siglas OTAN, encuadra a las democracias capitalistas occidentales leales a Estados Unidos; el Pacto de Varsovia, en 1955, hará lo propio con los satélites de la Unión Soviética. Se inicia así sobre el tablero del mundo una tensa partida de ajedrez en la que estarán permitidas todas las armas, con la sola excepción de la guerra abierta. La sólida definición de la ortodoxia ideológica y la represión de las posibles desviaciones, la ayuda económica pagada en términos de influencia política y militar, el apoyo a los

bandos enfrentados en los continuos conflictos surgidos en las naciones afroasiáticas, el equilibrio entre arsenales atómicos suficientes para destruir el planeta, la propaganda, la subversión, el espionaje... Cualquier medio era legítimo y todos se usaron, según el momento, para minar la cohesión y la influencia del enemigo y fortalecer las propias.

En ocasiones, las reglas tácitas del conflicto se rompen y parece inminente el estallido de una guerra abierta. Pero el riesgo de destrucción a escala planetaria es tal que las aguas deben volver sin más remedio a su cauce, lo que hace necesario sentarse a negociar. Tras la Guerra de Corea, entre 1948 y 1953, Nikita Kruschev, heredero de Stalin, y Dwight D. Eisenhower, que ha sucedido a Truman, aproximan posiciones. El conflicto provocado por la nacionalización egipcia del canal de Suez y la violenta interrupción de la revolución húngara por la invasión soviética del país, en 1956, frustran los intentos de coexistencia pacífica, aunque el ambiente vuelve a relajarse con el ascenso a la presidencia estadounidense del demócrata John F. Kennedy. En 1962, la tensión provocada por la instalación de misiles soviéticos en la Cuba de Fidel Castro hace que el mundo aguante la respiración, pero, una vez más, el diálogo aleja el fantasma del holocausto nuclear. Sólo el inicio poco después de la prolongada Guerra de Vietnam impide nuevas aproximaciones entre los bloques hasta su conclusión, en 1975.

La Conferencia de Helsinki abre entonces camino a las negociaciones para la limitación del armamento nuclear. Jimmy Carter, el presidente estadounidense, y Leonid Breznev, el líder soviético, parecen dispuestos al diálogo. Pero se trata de un nuevo y frustrante espejismo. La invasión soviética de Afganistán, en 1979, y la llegada a la Casa Blanca del fanático anticomunista Ronald Reagan, un año después, inauguran una segunda guerra fría que sólo concluye, una década más tarde, cuando la exhausta Unión Soviética presencia, impotente, la ruina de su hegemonía en el este de Europa. La revolución de 1989 es el reverso de los triunfos comunistas de 1945. La hoz y el martillo se baten en retirada. Derribado el muro de Berlín, Alemania vuelve a ser un solo estado. Incluso China, donde la revolución dirigida por Mao Tse-Tung había implantado en 1949 un régimen comunista, sacrifica la ortodoxia leninista en aras del desarrollo económico. En 1991, la propia Unión Soviética renuncia al comunismo y, sin un gobierno totalitario que las mantenga unidas por la fuerza, las diecisiete repúblicas que la integran proclaman de inmediato su independencia. Sólo queda ya una superpotencia: los Estados Unidos de América. Un nuevo orden mundial ha nacido.

LA VIEJA EUROPA

Mientras esto sucedía, Europa se mostraba al mundo como lo que era: la reliquia decadente de un pasado glorioso. En realidad, el proceso había comenzado ya a finales del siglo XIX, cuando la economía norteamericana había superado a la británica, y se había manifestado con mayor intensidad en el Período de Entreguerras, en el que Estados Unidos se había convertido en garante de las finanzas internacionales. Sólo la cerril política aislacionista del Gobierno norteamericano, primero, y la gravedad de la crisis que atenazó al país, más tarde, hicieron posible disfrazar por un tiempo la decadencia de Europa. Hacia 1939, mientras la Segunda Guerra Mundial daba sus primeros pasos, aquel continente orgulloso que aún gobernaba sobre la mitad del mundo podía seguir pensando que conservaba la primacía. Pero se trataba de un espejismo que el fin del conflicto no tardaría en disipar. La Europa de 1945 sólo podía soñar con la supervivencia.

El presidente estadounidense Ronald Reagan realiza el saludo militar en el transcurso de una comparecencia en la Casa Blanca. Durante su mandato, entre 1981 y 1989, sus gigantescas inversiones en tecnología militar, que la Unión Soviética trató sin éxito de igualar, sumadas a otros factores internos de mayor relevancia, llevaron al colapso al coloso comunista, al que Reagan no había tenido reparo en calificar como el «Imperio del Mal».

Pero, ¿sería posible siquiera la supervivencia? Sobre sus tierras arrasadas se proyectaba con fuerza la sombra de dos gigantes que parecían prestos a usarlas una vez más como campo de batalla, y a los estados europeos no les correspondía ya otro papel que el de espectadores en el drama que ahora se representaba. La era de las grandes potencias, la era de Europa, había pasado. El reloj de la historia marcaba ya la hora de las superpotencias a escala planetaria, y ningún país de aquel continente envejecido y falto de energías podía aspirar a ese rango.

Para frenar el proceso sólo existía una solución con ciertas probabilidades de éxito: la unidad. No se trataba de ningún disparate. Los estados europeos, dueños de innegables peculiaridades históricas y culturales, compartían, no obstante, la misma civilización de raíces griegas, latinas, cristianas y germanas. La idea de la unificación, por otra parte, no era nueva. El mismo Napoleón había afirmado que Europa era una sola nación y toda guerra entre europeos una guerra civil. En la década de los veinte, el concepto llegó incluso a cobrar cierta vigencia en los círculos políticos. Un diplomático austriaco, el conde Richard Nikolaus von Coudenhove-Kalergi, funda en 1923 un movimiento al que denomina «Pan-Europa». Seis años después, el primer ministro francés Aristide Briand defiende ante la Sociedad de Naciones la idea de una federación de naciones europeas basada en la cooperación política y social. Pero la crisis, primero, vuelve recelosos a los gobiernos, que se repliegan sobre sí mismos, y la guerra, después, hace que todo se olvide por un tiempo. Es ahora, terminado el conflicto, ante la innegable superioridad de estadounidenses y soviéticos, cuando la evidencia de la decadencia europea hace inevitable la reacción. Winston Churchill, con su característica agudeza, lo proclama así en septiembre de 1946 en un célebre discurso pronunciado en la Universidad suiza de Zúrich: «Debemos construir —dice— una especie de Estados Unidos de Europa».

Pero, ¿qué camino seguir? Las opciones eran diversas, y todas se probaron. La más obvia era la

integración política directa, pero la Conferencia de La Haya, en mayo de 1948, puso de manifiesto la imposibilidad de avanzar por esa vía, al menos mientras no se resolviera la radical discrepancia entre federalistas y confederalistas. Otra opción pasaba por la firma de una alianza militar permanente como instrumento para preservar la identidad y la independencia de Europa frente a los bloques nacientes. Pero la Unión Europea Occidental, fundada también en 1948, pasó a un segundo plano un año después ante la creación de la OTAN, tutelada por Estados Unidos. Quedaba, pues, despejada tan sólo la vía más modesta, la más lenta, la que apostaba por la integración económica progresiva como paso previo a la integración política. Fue este camino el que se siguió al fin y el que, con el tiempo, demostró ser el más acertado.

La opción elegida se benefició en un primer momento de la sensatez de personajes como los políticos franceses Jean Monnet y Robert Schuman, que propusieron una integración gradual a partir de un único sector estratégico al que se irían agregando más tarde los demás. La creación de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA), en 1951, marcó, así, el primer hito en el camino de la unificación económica. El proceso se nutrió también de factores externos, como los organismos creados por el Plan Marshall para administrar las ayudas. Las miras de aquellos perspicaces pioneros eran muy ambiciosas, y el ritmo de la integración hubo luego de ralentizarse, pero el camino estaba trazado. El 25 de marzo de 1957, el Tratado de Roma, por el que se creaba la Comunidad Económica Europea (CEE), comprometía a los seis estados firmantes, Francia, Alemania, Italia, Luxemburgo, Bélgica y los Países Bajos, a trabajar por la integración económica como vía hacia la integración política.

Acto simbólico de inauguración de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA), fundada en 1951. Jean Monnet, a la derecha, muestra el primer lingote de acero europeo.

Las décadas siguientes mostrarían la enormidad del reto. Europa era en 1960 muy diversa, no sólo en lo cultural y lo político, sino incluso en lo económico, pues las diferencias de renta entre los distintos estados eran muy grandes. No lo eran menos, además, las distancias en cuanto a sentimiento. Alemanes y franceses podían sentirse muy europeos, pero los británicos, siempre vueltos hacia sus

hermanos del otro lado del océano, miraban con recelo las iniciativas que venían del continente, y sólo se integraron en la CEE, ya en 1973, cuando comprendieron que se trataba de la mejor opción. Las crisis económicas, por otra parte, ponían de tanto en tanto a prueba la firmeza de la voluntad integradora: ¿se mostrarían los países más ricos proclives a prestar ayuda a los menos opulentos con preferencia sobre las necesidades de sus propios ciudadanos golpeados por el paro y la inflación? No menos relevante era el ritmo y la dirección de las futuras ampliaciones: ¿habría de darse prioridad a la incorporación de nuevos miembros o a la integración política de los existentes? ¿Qué países debían ser admitidos antes? ¿Cuáles serían los límites de la futura Europa una vez implantada la democracia liberal en los estados de la órbita soviética?

Todas estas cuestiones han conservado su vigencia a lo largo de medio siglo de unificación y algunas de ellas aún lo hacen en la actual Unión Europea de veintisiete miembros. Parece, eso sí, que, con muy escasas excepciones, limitadas a los extremos del espectro político, ninguna fuerza política se plantea otra alternativa. El futuro de Europa pasa por afianzar su unidad o, simplemente, no tendrá futuro. Cosa distinta es la escasa confianza que merecen a los ciudadanos europeos las instituciones de lo que el tiempo habrá de convertir en una federación política. Las torpezas de los gobernantes y la inconsciencia de los gobernados tienen mucho que ver con ello.

¿EL FIN DE LA HISTORIA?

Los años noventa del siglo xx no sólo certificaron la victoria de Estados Unidos y sus aliados en su conflicto de cuatro décadas contra la Unión Soviética y sus satélites. Significaron también el triunfo definitivo del orden burgués, capitalista y liberal que había comenzado a desarrollarse en la plenitud del Medievo, mil años antes. Y, en fin, levantaron acta del éxito de Occidente, triunfante sobre el comunismo soviético, la última amenaza de alguna entidad que se había erigido contra la civilización que encarnaba. A punto de cruzar la frontera del milenio, hubo quienes, como el politólogo estadounidense de origen japonés Francis Fukuyama, autor de una obra con ese título, afirmaron que todo aquello significaba, sin más, «el fin de la historia».

Pero la audaz, superficial y no poco oportunista tesis de Fukuyama pasaba por alto algunos detalles no precisamente despreciables. Era cierto que Occidente había superado con éxito el reto que había lanzado contra él el comunismo. Pero el gran problema del subdesarrollo, que compromete el futuro de muchos pueblos africanos y asiáticos, escollo terrible en el camino colectivo del hombre hacia la libertad, el progreso y la paz, continuaba sin resolverse. Después de la Segunda Guerra Mundial, en un proceso conocido como «descolonización», la totalidad de esos pueblos fue alcanzando la independencia, se proclamaron estados soberanos y se les admitió como miembros de pleno derecho en la Organización de las Naciones Unidas. Pero con ello distaba mucho de quedar resuelto el problema; ni siquiera se había atenuado su gravedad. Tan sólo habían cambiado los ropajes externos de un enfermo cuya dolencia martirizaba su organismo desde mucho tiempo atrás.

Pero, ¿cuáles fueron las causas de la descolonización? Lo cierto es que se trata de un proceso complejo que se inicia hacia los años veinte del pasado siglo. Las guerras mundiales, en especial la Segunda, trastocaron en gran medida el orden vigente en los territorios coloniales. La demanda de materias primas y productos industriales por las potencias beligerantes dinamizaron sus economías e impulsaron el desarrollo de nuevos grupos sociales como la burguesía, las clases medias y los obreros. Estos grupos eran más sensibles a los cantos de libertad que Occidente lanzaba al mundo en documentos tan difundidos como los célebres *Catorce Puntos* del presidente norteamericano

Woodrow Wilson, de enero de 1918, o la *Carta del Atlántico,* de agosto de 1941. Los pueblos africanos y asiáticos, conducidos por las nuevas élites en gestación, habrían de aspirar enseguida a disfrutar de derechos tan seductores como los que Occidente proclamaba. Partidos nacionalistas que exigían la independencia y movimientos transnacionales que aspiraban a la unificación política de los pueblos que compartían una misma cultura, como el panarabismo, el panafricanismo o el panislamismo, brotaron por doquier en las colonias.

La reacción de las potencias europeas fue muy diversa. El Gobierno británico sacrificó la soberanía política sobre sus colonias y, en la mayor parte de los casos, les concedió con rapidez la independencia a cambio de preservar sus vínculos económicos con ellas. En 1949, el Imperio británico dejó paso a la denominada «Commonwealth», una mancomunidad de estados independientes que reconocen al soberano de Reino Unido como su cabeza visible. Francia trató de hacer algo parecido, pero su organización, la Comunidad Francesa, no cosechó un éxito equiparable. Los demás estados recorrieron caminos muy diferentes. Alemania perdió sus colonias en 1919, como parte de las condiciones de paz impuestas por los vencedores, que se las repartieron en calidad de «mandatos» de la Sociedad de Naciones con el deber de prepararlas para la independencia, que empezaron a alcanzar en el Período de Entreguerras. Los territorios italianos, belgas, españoles y portugueses fueron también accediendo a la soberanía entre los años cincuenta y setenta del siglo xx. Al concluir esa década, casi terminada la descolonización, dos centenares de estados habían marcado sus fronteras sobre la superficie del planeta.

Los derroteros que siguieron estas jóvenes naciones fueron similares. Unos, atrapados en la órbita de Moscú o de Pekín, instauraron sistemas más o menos copiados del modelo comunista soviético o del chino; otros permanecieron en las filas de Occidente, pagando con su lealtad y su subordinación ayudas exiguas e interesadas. Sólo los que contaban con líderes más clarividentes trataron de navegar por sí solos en el agitado mar de la Guerra Fría. La Conferencia de Bandung, en 1955, que reunió a los representantes de una treintena de estados, sentó las bases de lo que luego se llamaría Movimiento de los Países No Alineados, en el que llegarían a integrarse unas cien naciones. Pero, fuera cual fuese su militancia, era mucho más lo que unía a estos países que lo que los separaba. Los males que padecían, gravísimos, eran semejantes, y eran ellos, mucho más que la constitución de un tercer bloque independiente de los otros dos, que pronto se reveló ilusoria, los que, a ojos de cualquier observador, representaban la realidad que pronto sería conocida como «Tercer Mundo».

La expresión, acuñada en 1952 por el economista francés Alfred Sauvy con la intención de resaltar las similitudes que presentaba la situación de estos países con la del Tercer Estado en los momentos previos a la Revolución francesa, englobaba a estados muy heterogéneos, pero que poseían innegables rasgos comunes. En realidad, la práctica totalidad de las naciones africanas, muchas de las asiáticas y un buen número de las iberoamericanas sufrían una misma y penosa situación. La malnutrición y el desmedido crecimiento de la población mantenían baja la renta por habitante y lastraban el desarrollo de su economía. Su dependencia de la tecnología, los capitales y los mercados de los países ricos las condenaba al papel de suministradores de materias primas baratas. La intensa contradicción entre una nimia parcela de modernidad, vinculada a los intereses extranjeros, y el inmenso páramo de arcaísmo de la economía agraria tradicional, de muy baja productividad, generaba desequilibrios muy difíciles de superar. Su corolario social, la brecha insondable entre las oligarquías propietarias o gestoras de la riqueza y la enorme masa de ciudadanos depauperados, originaba una inestabilidad crónica. Y su correlato político, la contumaz persistencia de regímenes autoritarios y corruptos, bien tras el antifaz de una democracia aparente,

bien encarnados en monarquías tradicionales o dictaduras militares, dificultaba todavía más la evolución de aquellos estados hacia el progreso y la libertad.

Imagen de la Conferencia de Países no Alineados celebrada en abril de 1955 en la ciudad indonesia de Bandung. Aunque los asistentes aprobaron por unanimidad una firme condena del colonialismo en cualquiera de sus manifestaciones, la división entre países proclives a la Unión Soviética, amigos de Occidente y estrictamente neutrales dejaba bien claras cuáles podían ser las expectativas futuras del movimiento. Pero al menos, como señaló Butros-Gali, entonces profesor de la Universidad de El Cairo y luego secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, se había creado la ilusión de un porvenir mejor.

Había, desde luego, profundas diferencias que se pusieron enseguida de manifiesto. Las naciones de América Latina parecían condenadas a aspirar sin éxito al desarrollo, oscilando sin cesar entre la oligarquía corrupta y el espejismo revolucionario. Los países productores de petróleo, por el contrario, eran opulentos, pero corruptos y autoritarios. Las míseras naciones africanas, víctimas del tribalismo y la guerra civil endémica, agonizaban sin que a nadie pareciera importarle. Los jóvenes dragones asiáticos, impulsados por los cuantiosos capitales japoneses y por una arraigada moral social de la austeridad y el esfuerzo, levantaban con decisión el vuelo del desarrollo. Grandes estados, como China y la India, parecían llamados a contarse entre los gigantes de este siglo. Y muchos otros, demasiado pequeños, quedaban condenados a la dependencia de las grandes potencias o las corporaciones transnacionales.

Las cosas cambiaron mucho en la primera década del siglo xxi. Poco a poco, fue perfilándose un nuevo orden internacional en el que la decadencia de Europa volvió a parecer inexorable en un contexto definido por el auge de potencias de dimensiones continentales en el que los Estados Unidos de América se encontraban ya acompañados por estados que habían cumplido sus favorables expectativas del pasado, como China, la India o, algo más tarde, Brasil. Pero el problema seguía sin resolverse. Aunque el eufemismo, como en tantas cosas, había terminado por imponerse, la realidad cotidiana de los llamados «países menos desarrollados» o de «ingresos bajos» continuaba arrojándonos a la cara nuestra propia vergüenza. Mientras la pobreza y la miseria siguieran pesando como una losa sobre media humanidad, la historia, esta historia al menos, no habría acabado.

¿Choque de civilizaciones?

El modelo de Fukuyama no parece, pues, válido para entender el mundo de las últimas décadas. Pero, ¿existe alguno que lo sea? ¿Cómo podemos comprender nuestra historia más reciente? ¿De qué manera puede servir el humilde trabajo de los historiadores al que ha de ser el más relevante de sus fines, ayudar a la comprensión del presente?

Es difícil de decir. No puede negarse que Occidente aparenta ser, en estos momentos, la civilización de mayor éxito del planeta. Los derechos del individuo garantizados por ley y la democracia parlamentaria, la propiedad privada y la libertad de mercado y la clara separación entre la dimensión religiosa y la política, principales señas de identidad del mundo occidental, constituyen el modelo en el que se miran los pueblos del mundo, tal como desearon las potencias vencedoras en 1945. La extensión efectiva de la sociedad de consumo y, por su mediación, de los valores occidentales, la influencia económica y, si es necesario, incluso la intervención militar directa se han venido usando con el fin de que así fuera desde el término de la Segunda Guerra Mundial, al menos allí donde las naciones occidentales, y sobre todo, los Estados Unidos de América, han tenido capacidad para hacerlo. Por convencimiento o de forma más o menos inconsciente, los derechos humanos, la democracia, el libre mercado y la secularización de la sociedad siguen ganando terreno día a día en Asia oriental y meridional, en Europa del Este, en Iberoamérica e incluso, con mayores dificultades y en menor grado, entre las naciones africanas. Millones de seres humanos, año tras año, arriesgan sus vidas animados por la esperanza de encontrar en Occidente la libertad y el bienestar que no les ofrecen sus países de origen y, en su mayoría, terminan por abrazar los valores de la tierra que los acoge, ya sean ellos mismos, sus hijos o sus nietos. Las fuerzas de la modernidad, al menos tal como se entiende ese concepto en Occidente, son poderosas y continúan avanzando.

Los últimos años, sin embargo, han demostrado que el triunfo de la democracia parlamentaria y el capitalismo está resultando un poco más problemático de lo que se preveía. La integración en los países receptores de muchos inmigrantes pertenecientes a determinadas culturas resulta más trabajosa de lo que a veces se piensa. Además, en numerosas ciudades europeas y norteamericanas, inmigración no equivale a integración y prosperidad, sino a marginación y miseria. Los recién llegados, muchos de los que llevan ya décadas en el país de acogida e incluso buena parte de los que han nacido en él permanecen apartados de las ventajas que las democracias occidentales garantizan a sus ciudadanos, siguen abrazados a sus valores y tradiciones y, en ocasiones, incluso reaccionan con notable violencia contra la sociedad que parece rechazarlos.

Pero más elocuente es lo que sucede en los propios países de origen de los inmigrantes. Algunas naciones, entre ellas la populosa China, en la que habita uno de cada cinco seres humanos, impugnan sin dudar la sedicente universalidad de los valores occidentales, sin excluir siquiera de su rechazo la democracia y los derechos humanos, y tratan de igualar tan sólo su desarrollo económico y su progreso técnico. Otros estados, como Rusia, que alberga alrededor de ciento cuarenta millones de personas, y la práctica totalidad de las naciones africanas, parecen afrontar notorios problemas para alcanzar la modernidad, aun deseándola en todas sus dimensiones. Pero el problema más grave parece provenir del mundo musulmán.

El problema esencial se encuentra en dilucidar si la civilización islámica puede evolucionar hacia un estadio en el que resulten compatibles la modernidad y el mahometismo. Uno de los rasgos básicos de la cultura occidental y, por ende, de la modernidad, es la nítida separación entre religión y política. En un régimen democrático, el Estado no tiene, ni puede tener, confesión religiosa alguna, ni

tampoco abrazar una corriente ética concreta más allá del compromiso genérico con la preservación de los derechos humanos fundamentales, entre los que ocupa un lugar destacado el de elegir y practicar una religión y una moral determinadas. Para el islam, sin embargo, resulta impensable un Estado neutro en materia religiosa, sencillamente porque no existe dimensión alguna de la existencia humana que pueda entenderse ajena a la religión. Por ello, los países musulmanes devienen impermeables en muy alto grado al materialismo, el hedonismo y el relativismo moral que acompañan por doquier a la modernidad, incluso cuando, por efecto de la exportación masiva de petróleo, sus sociedades han alcanzado un importante nivel de riqueza; pero también, y parece que en no menor medida, a la democracia y las libertades individuales. Quizá por ello, sus países generan el mayor número de fanáticos terroristas dispuestos al martirio para atentar contra Occidente, al que consideran la diabólica encarnación de todo mal. Si existe un argumento sólido en contra de la convicción de que el mundo entero avanza hacia la comunión universal con la visión de las cosas propia de la civilización occidental, es la contumacia con que las sociedades islámicas se aferran a sus señas colectivas de identidad.

Atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, 11 de septiembre de 2001. A partir de esa fecha, la percepción del mundo cambió de forma radical en buena parte de la opinión pública de Occidente. El suceso podía entenderse como un símbolo y un mensaje: el rechazo absoluto que una parte de la humanidad sentía por los valores occidentales.

Es por ello por lo que el pasado reciente, y puede que el inmediato futuro, aparecen definidos

ante nuestros ojos con unos perfiles más semejantes a lo que el célebre politólogo de la Universidad de Harvard Samuel P. Huntington denominó «choque de civilizaciones» que a la victoria sin matices de Occidente que profetizara Francis Fukuyama en su popular ensayo. Pero las dificultades no se deben tan sólo a la profunda y visceral reacción antioccidental de sectores de población muy amplios fuera de Europa y Estados Unidos, como ha apuntado Huntington, sino a la evidencia de que el mismo Occidente parece sufrir una profunda crisis de identidad. Y si esto es cierto, el futuro inmediato de la dignidad del individuo, la democracia parlamentaria y la economía de mercado podría ser morir de éxito.

No es exagerado afirmar que la sociedad occidental languidece en nuestros días adormecida por el narcótico de la opulencia. El desarrollo económico, que fue posible gracias, entre otras cosas, a la extensión de los valores que han hecho de Occidente lo que es, puede ahora causar su destrucción. Y no porque riqueza y libertad sean incompatibles, sino porque la riqueza ha tenido como efecto colateral e indeseable minar las bases de la libertad. Como de algún modo le sucedió a la civilización romana en los últimos siglos del Imperio, y sin necesidad de compartir las jeremíacas profecías de Huntington acerca de la decadencia moral, el suicidio cultural y la desunión política de Occidente, sí es posible apreciar en el presente ciertos síntomas preocupantes y quizá similares a los que han jalonado en el pasado la lenta marcha de las civilizaciones hacia la decadencia.

Una prueba convincente de la pérdida de fe en sí misma de la civilización occidental es el creciente descrédito que parecen sufrir la democracia y sus instituciones. Tanto en los Estados Unidos de América, en mucho mayor grado, como en la misma Europa, disminuye día a día el interés de los ciudadanos en la política; la participación en las consultas electorales decrece; la afiliación a partidos y sindicatos se reduce, y sólo parece incrementarse la dificultad para percibir diferencias entre las opciones. Todo ello va extendiendo la idea, sin otra alternativa aparente una vez que se ha hecho evidente el fracaso histórico del comunismo soviético, de que todos los líderes políticos son iguales y actúan movidos más bien por intereses personales que por el deseo de servir a la colectividad. Esta actitud, sin embargo, podría disfrazar el pretexto tras el que una sociedad embotada por la opulencia y el materialismo oculta su escasa disposición a ejercer con responsabilidad las funciones propias, y a menudo gravosas, de la ciudadanía consciente y responsable.

Por desgracia, no se trata de un hecho aislado. La desaparición progresiva de la ética basada en el esfuerzo y el compromiso ha infectado todos los ámbitos de la vida. Las famosas palabras de John F. Kennedy que aconsejaban a los jóvenes no usar su tiempo como una hamaca, sino como una herramienta, resultan hoy poco atractivas para las nuevas generaciones crecidas en la abundancia fácil. Los medios de comunicación, siervos sumisos de la imparable maquinaria del consumo, siembran sin miramientos en las conciencias cada vez más indefensas valores radicalmente opuestos a los que se suponen propios de la democracia occidental. El materialismo sin disfraces, la búsqueda del placer fácil y rápido, el rechazo visceral al compromiso y el culto desmedido al dinero parecen ser las pautas reales de comportamiento en las que la sociedad occidental educa a sus hijos. Y la asimilación acrítica de ciertas ideas tenidas por políticamente correctas no ayuda demasiado a evitarlo. En especial, va arraigando de manera inconsciente en la mayoría de la población una sorprendente y errónea identificación entre la tolerancia moral y el relativismo ético que olvida que el respeto a las ideas de otros en modo alguno equivale a la falta de ideas propias. Si la primera es connatural a la democracia, el segundo no lo es, porque priva a la colectividad que lo sufre del eficaz elemento de coherencia que nace de la posesión de unos valores compartidos y porque, sobre todo, convierte en imposible la tarea de socializar a las nuevas generaciones.

Pero el relativismo alcanza el máximo de su potencial disgregador cuando se une al complejo de culpa. Durante las últimas décadas ha llegado a convertirse en un lugar común la necesidad de pedir perdón al mundo por el daño que Occidente le ha hecho. Esta actitud, en sí misma, no es mala; es más, se trata incluso de un rasgo propio de nuestra cultura, la única que ha producido una conciencia crítica lo bastante fuerte para superar un tanto el etnocentrismo característico de toda civilización. Pero una cosa es denunciar cuanto de malo ha hecho y hace Occidente y otra bien distinta renunciar a defender cuanto tiene y hace de bueno en un mundo en el que los derechos humanos, la libertad y la democracia siguen siendo, por desgracia, más la excepción que la regla.

Por último, el declive de Occidente parece alcanzar también a la economía. En los primeros años del siglo xxi, los índices de crecimiento alcanzados por algunos grandes países asiáticos y americanos, en especial China, la India y Brasil, multiplican varias veces los tímidos progresos que exhiben Estados Unidos y Europa. Su penetración en los mercados y, en consecuencia, su porcentaje de participación en el comercio mundial no han hecho sino incrementarse en detrimento de los países occidentales. Su progreso tecnológico en sectores tan relevantes como el de las telecomunicaciones, la informática o incluso el aeroespacial se hace cada vez más evidente. Y la crisis iniciada en 2008, quizá la más profunda de la historia del capitalismo, no ha servido sino para acelerar el proceso. A diferencia de lo ocurrido en otras ocasiones, han sido los denominados países emergentes los que menos han sufrido el impacto de la depresión, que en el caso de China incluso ha permitido alimentar unos índices de crecimiento económico superiores a los ya muy altos que venía registrando su producto interior bruto en las últimas décadas del siglo xx, hasta llegar al recalentamiento.

Perspectiva del edificio Jin Mao, uno de los rascacielos más altos del mundo, inaugurado en Shanghái el 30 de agosto de 2008. La pujanza de la economía china es tan grande que de mantener su ritmo actual de crecimiento, se convertiría en la primera del mundo en menos de veinte años.

Así las cosas, el futuro inmediato de la humanidad plantea muchas incertidumbres, pero también alguna certeza. El desarrollo de estas naciones, que suman en conjunto una cifra próxima a la mitad de la humanidad, pone en tela de juicio el modelo actual de desarrollo, que sólo puede conducir a corto plazo al agotamiento de los recursos estratégicos y a una feroz competencia por los restantes que pondría en peligro la paz mundial y la supervivencia misma de la especie. En este contexto, y en el marco de una sociedad internacional cada vez más multipolar, no sólo en lo político y lo económico, sino también en lo social y lo cultural, Occidente, y en especial Europa, lejos de adoptar una actitud de despreocupación irresponsable o aferrarse a una superioridad que ya no podrá sostener por la fuerza, deberá esforzarse por compatibilizar la defensa de los valores que son, a un tiempo, universales y propios de Occidente con el respeto a las creencias de otras civilizaciones, cada vez más pujantes y no siempre dispuestas a asumir sin más la forma de vida occidental. No

caben ya imposiciones. El único camino posible es el diálogo y el respeto entre las diferentes culturas desde un firme compromiso colectivo con la paz y el progreso de la humanidad en su conjunto. En nuestras manos está lograrlo. Si no lo hacemos, una nueva Edad Media, mucho más oscura y prolongada que la que sobrevino en Europa tras la caída del Imperio romano, podría cernirse sobre nosotros. Y en esta ocasión quizá no habrá un Renacimiento esperándonos a la salida.

Bibliografía general

AYDON, Cyril. *Historia del hombre*. Barcelona: Planeta, 2009 (edición original: 2007).

BERNSTEIN, William J. *Un intercambio espléndido. Cómoel comercio modeló el mundo desde Sumeria hasta hoy*. Barcelona: Ariel, 2010 (edición original: 2008).

BLAINEY, Geoffrey. *Una brevísima historia del mundo*. Barcelona: Península, 2007 (edición original: 2000).

CAMERON, Rondo. *Historia económica mundial. Desde el Paleolítico hasta el presente*. Madrid: Alianza Editorial, 1992 (edición original: 1989).

CARPENTIER, Jean y LEBRUN, Jacques. Breve historia de Europa. Madrid: Alianza Editorial, 2004.

CHRISTIAN, David. *Mapas del tiempo. Introducción a la «Gran Historia»*. Barcelona: Crítica, 2010 (edición original: 2004).

CROUZET, Maurice. *Historia general de las civilizaciones*. Barcelona: Destino, 1981 (edición original: 1958).

DIAMOND, Jared. *Armas, gérmenes y acero*. Madrid: Debate, 2004 (edición original: 1997).

ÍÑIGO FERNÁNDEZ, Luis E. *La historia de Occidente contada con sencillez*. Madrid: MAEVA, 2008.

POUNDS, Norman J. G. *La vida cotidiana. Historia de la cultura material*. Barcelona: Crítica, 1999 (edición original: 1989).

ROBERTS, John Morris. *Historia del mundo*. Madrid: Debate, 2010 (edición original: 2002).

TOUCHARD, Jean. *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Tecnos, 2006 (edición original: 1961).

WATSON, Peter. *Ideas. Historia intelectual de la humanidad*. Barcelona: Crítica, 2010 (edición original: 2005).

PREHISTORIA

ARSUAGA FERRERAS, Juan Luis y MARTÍNEZ MENDIZÁBAL, Ignacio. *La especie elegida. La larga marcha de la evolución humana.* Barcelona: Temas de Hoy, 2007 (edición original: 1998).

DÍEZ MARTÍN, Fernando. *Breve historia del Homo sapiens.* Madrid: Nowtilus, 2009.

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Víctor. *Prehistoria: el largo camino de la humanidad.* Madrid: Alianza Editorial, 2009 (edición original: 2007).

HISTORIA ANTIGUA Y MEDIEVAL

BRAVO, Gonzalo. *Historia del mundo antiguo.* Madrid: Alianza Editorial, 2008 (edición original: 1998).

FOSSIER, Robert. *Gente de la Edad Media.* Madrid: Taurus, 2008 (edición original: 2007).

LITTLE, Lester y ROWEN, Barbara. *La Edad Media a debate.* Madrid: Akal, 2003.

MONTANELLI, Indro. *Historia de los griegos.* Barcelona: Planeta, 2009 (edición original: 1959).

WARD-PERKINS, Bryan. *La caída de Roma y el fin de la civilización.* Madrid: Espasa Calpe, 2007 (edición original: 2005).

HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA

FÕHLEN, Claude. *La Revolución Industrial.* Barcelona: Vicens Vives, 1984 (edición original: 1971).

HUNTINGTON, Samuel P. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial.* Barcelona: Paidós, 2005 (edición original: 1996).

LARIO GONZÁLEZ, Ángeles. *Historia contemporánea universal.* Madrid: Alianza Editorial, 2010.

MARTÍNEZ CARRERAS, José Urbano. *Historia de la descolonización, 1919-1986. Las independencias de Asia y África.* Madrid: Istmo, 1987.

HISTORIA DE LOS PUEBLOS AMERICANOS, AFRICANOS Y ASIÁTICOS

CEINOS, Pedro. *Historia breve de China.* Madrid: Sílex, 2006.

FRÉCHES, José. *Érase una vez China.* De la Antigüedad al siglo xxi. Madrid: Espasa Calpe, 2006 (original: 2005).

GALLUD JARDIEL, Enrique. *Historia breve de la India.* Madrid: Sílex, 2005.

HALPERIN DONGHI, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina.* Madrid: Alianza Editorial, 2002 (edición original: 1967).

HANE, Mikiso. *Breve historia del Japón.* Madrid: Alianza Editorial, 2010 (edición original: 2000).

HOURANI, Albert. *La historia de los árabes.* Barcelona: Ediciones B, 2010 (edición original: 1991).

KI ZERBO, Joseph. *Historia del África Negra.* Madrid: Alianza Editorial, 1980.

MARTÍNEZ DÍAZ, Nelson. *América Latina en el siglo xx.* Madrid: Orbis, 1986.

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA del... MUNDO

Luis E. Íñigo Fernández

Una historia del mundo sin reyes ni batallas. La vibrante crónica de la humanidad desde sus orígenes a nuestros días.

Comprenda los grandes cambios que han jalonado la historia de la humanidad y entienda así el mundo que nos rodea y en lo que se ha convertido. Siempre nos han contado la historia desde el punto de vista de los hechos, las guerras y los grandes sucesos, pero hay otras formas de aproximarse a ella. Conozca la vida de los humildes a lo largo de los siglos. En esta historia los protagonistas no son reyes ni generales, sino ciudadanos corrientes con sus mentalidades características.

Aventúrese por las praderas de la Europa glaciar en compañía de un cazador de la Prehistoria. Comparta la comida de un campesino egipcio. Descubra que el nivel de vida de un artesano romano era superior al de un obrero inglés del siglo XIX. Sufra la dura vida de la trinchera junto a un soldado francés de la Primera Guerra Mundial.

BREVE HISTORIA
www.brevehistoria.com

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.